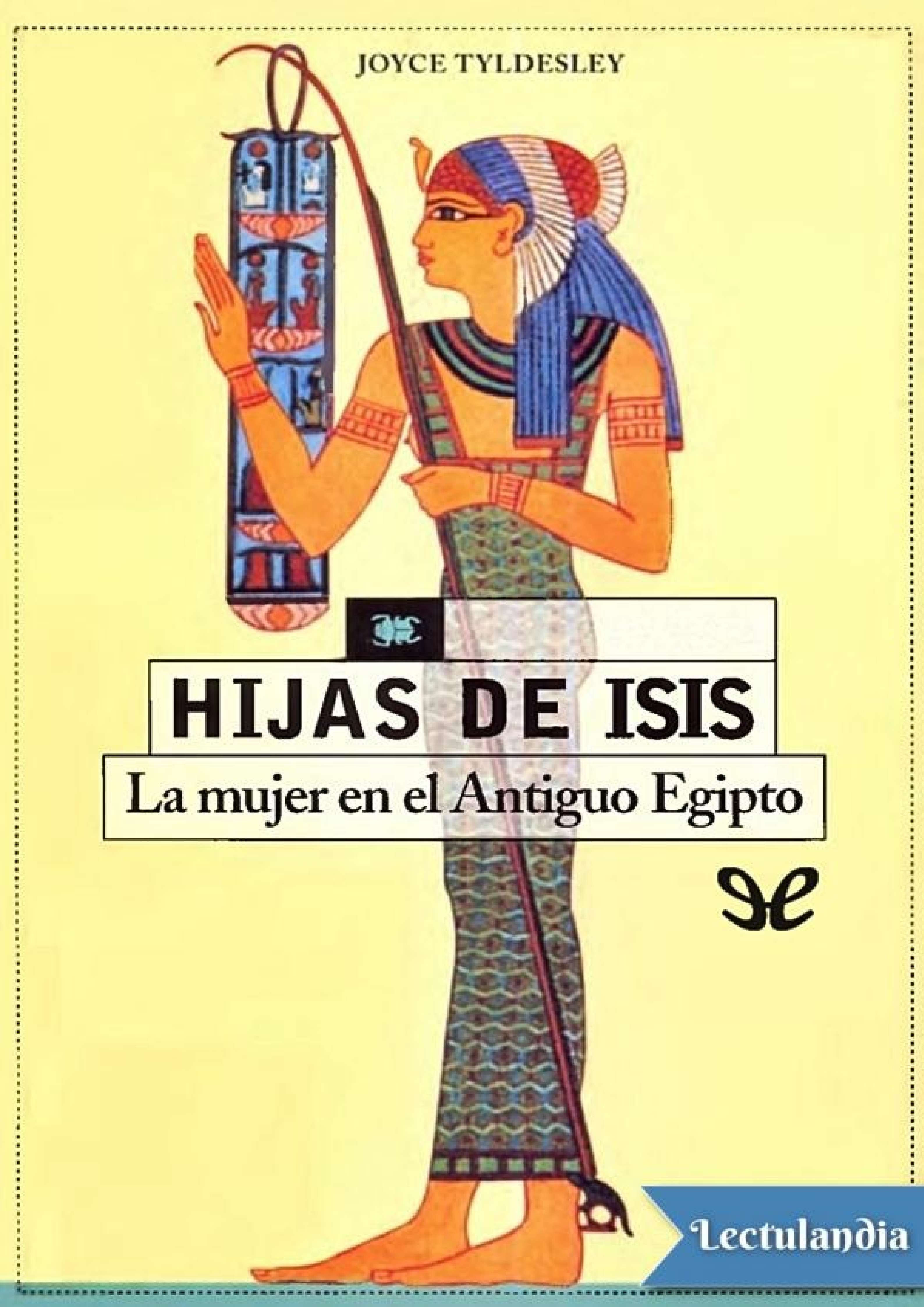

JOYCE TYLDESLEY
HIJAS DE ISIS
La mujer en el Antiguo Egipto
Lectulandia

¿Cómo eran las mujeres del Antiguo Egipto? ¿Cuál era su papel en la sociedad? ¿Qué hábitos de vida tenían? ¿Cómo cuidaban y embellecían su cuerpo?

Hijas de Isis presenta, desde una perspectiva diferente, el papel de la mujer en el Antiguo Egipto. Cualquier mujer nacida libre estaba asegurada por derecho legal a disponer de propiedades, iniciarse en la corte e incluso vivir sola sin la protección de un guardián masculino. Disfrutaban de gran influencia y poder en los asuntos de Estado, y en ocasiones establecían las normas que debían regir en su reino.

Esta obra dibuja importantes aportaciones desde la evidencia histórica, arqueológica y etnográfica. Matrimonio y maternidad, trabajo en el hogar, religión y muerte son examinados con detalle. Dos de los capítulos se dedican a la mujer influyente del harem real y a las reinas semidivinas que gobernaron sus reinos.

La mujer egipcia emerge en este relato, equilibrado y simpático, como una figura viva e influyente.

Joyce Tyldesley

Hijas de Isis

ePub r1.0
Titivillus 02.06.2021

Título original: *Daughters of Isis*
Joyce Tyldesley, 1994
Ilustración: Ramsés II arrodillado ante el dios supremo Amón Ra en presencia de su padre Seti I, el dios Luna. *Khonsu y la diosa Madre Mut*, James Putnam

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Steven y Philippa Anne Snape

Índice

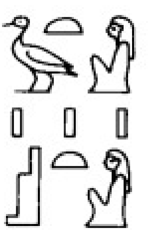
Agradecimientos

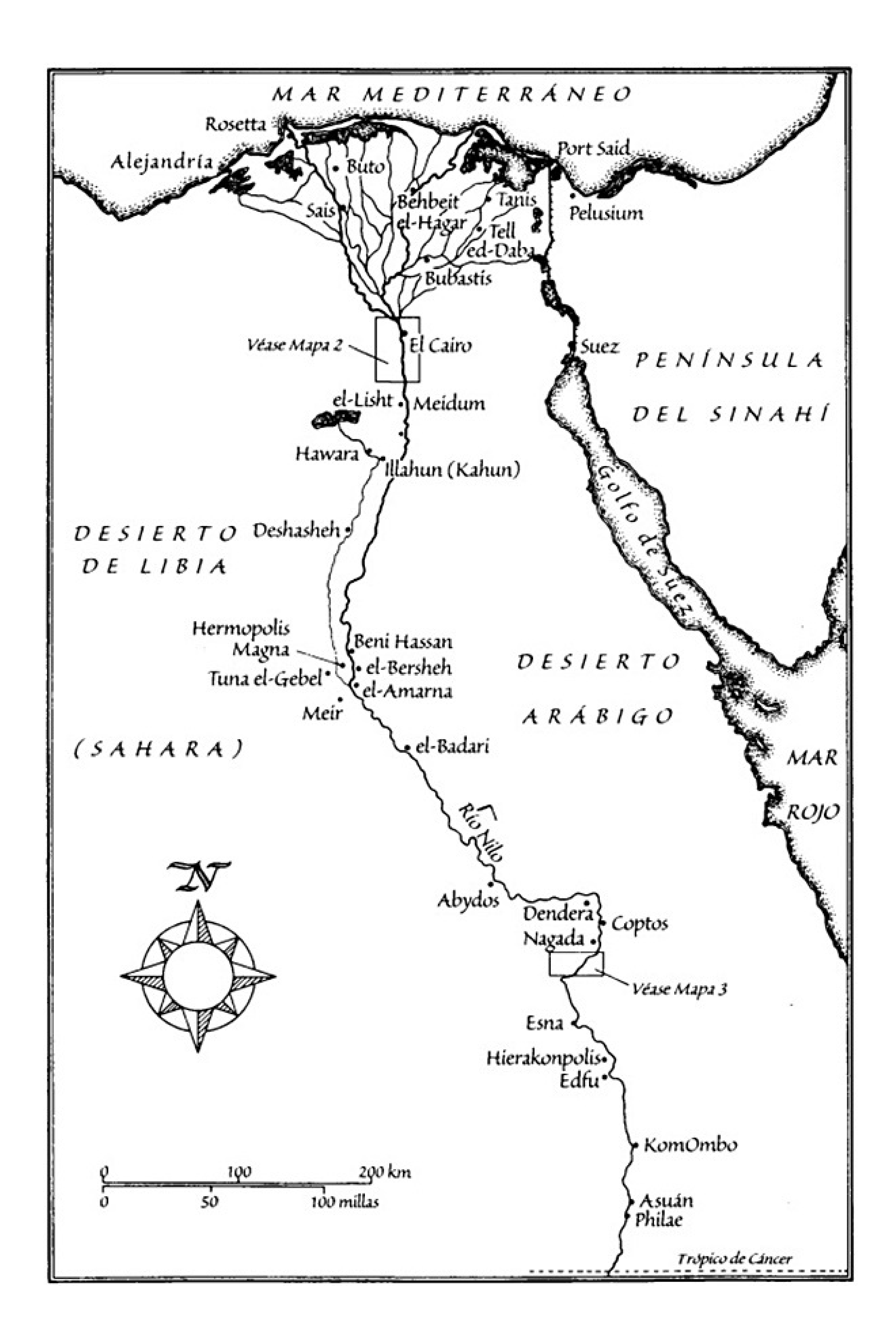
Quisiera dar las gracias a todos aquellos cuya contribución ha hecho posible este libro. A Paul Bahn, Eleo Gordon y Sheila Watson, que me alentaron y dieron consejos prácticos cuando los necesité. A Angela Thomas y al equipo del Bolton Museum, que me proporcionaron, encantados, algunas fotografías; también a los miembros del departamento de fotografía de la Universidad de Liverpool S. E. S., Ian Qualtrough y Suzanne Yee, que me fueron en todo momento de gran ayuda. Vaya mi profundo agradecimiento a la profesora Elizabeth Slater de la Universidad de Liverpool, que permitió que se fotografiasen algunos objetos, nunca dados a conocer con anterioridad, de la colección arqueológica de la universidad. Y sobre todo a Steven Snape, mi marido, que ha demostrado una paciencia extraordinaria y que nunca puso en duda que este libro, que empecé en 1986, tendría un final.

El libro incluye, en lo posible, citas de documentos contemporáneos que permiten a los egipcios expresarse con su propia voz. Los que están al corriente de las publicaciones que versan sobre literatura egipcia advertirán inmediatamente la enorme deuda contraída con el trabajo de traducción de Miriam Lichtheim, fundamental para muchas de las citas que aparecen en el libro.

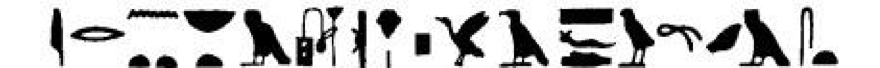
Los dibujos incluidos en el texto han sido reproducidos por la autora a partir de fuentes publicadas, cuyas referencias figuran en listado aparte.

HIJAS DE ISIS




MAR MEDITERRÁNEO
Rosetta
Alejandría
Buto
Sais
Behbeit el-Hagar
Tanis
Tell ed-Daba
Port Said
Pelusium
Bubastis
Véase Mapa 2
El Cairo
Suez
PENÍNSULA DEL SINAHÍ
el-Lisht
Meidum
Hawara
Illahun (Kahun)
Golfo de Suez
DESIERTO DE LIBIA
Deshasheh
Hermopolis Magna
Beni Hassan
el-Bersheh
Tuna el-Gebel
el-Amarna
Meir
DESIERTO ARÁBIGO
(SAHARA)
el-Badari
MAR ROJO
Río Nilo
Abydos
Dendera
Coptos
Nagada
Véase Mapa 3
Esna
Hierakonpolis
Edfu
KomOmbo
Asuán
Philae
0 100 200 km
0 50 100 millas
Trópico de Cáncer

Introducción: Antecedentes geográficos e Históricos



> No sólo el clima de Egipto es característico del país y el Nilo tiene un comportamiento que no tiene nada que ver con el de otros ríos sino que los propios egipcios observan, en muchas de sus costumbres y maneras, exactamente la conducta opuesta a lo que son las prácticas comunes de la humanidad. Así pues, las mujeres se ocupan de los mercados y del comercio, mientras que los hombres se quedan en sus casas tejiendo… Asimismo las mujeres transportan la carga sobre los hombros mientras que los hombres lo hacen sobre la cabeza… Los hijos no tienen que mantener a sus padres a menos que lo deseen, mientras que las hijas tienen la obligación de hacerlo, tanto si quieren como en caso contrario.
>
> *Herodoto cuenta las maravillas de Egipto*

Cuando el historiador griego Herodoto visitó Egipto al final del Periodo Dinástico, quedó impresionado ante el carácter caótico tanto del país como de sus gentes. No cabía duda alguna, Egipto era un país muy especial. Si su clima podría definirse simplemente como peculiar, el Nilo no se comportaba como ningún otro río del mundo clásico y las relaciones entre los sexos eran realmente extraordinarias. Herodoto no había visto nunca a mujeres aparentemente tan libres como los hombres, razón por la cual le intrigó su comportamiento. Durante el tiempo que viajó por el país tomó notas detalladas de todo cuanto observaba y siempre que pudo participó en las costumbres locales y conversó con la gente. A su regreso a Grecia plasmó lo que había visto en un tratado que es una mezcla de historia de Egipto y guía

de viajes del país. Fue el primer libro que descubrió a los lectores europeos la misteriosa y exótica tierra de los faraones.[1]

Herodoto estuvo muy acertado al atribuir a la forma geográfica de Egipto, alargada y estrecha, el factor básico del desarrollo de sus gentes. El río Nilo, que fluye hacia el norte a través de un angosto cauce que atraviesa las tierras de cultivo hasta dividirse en los distintos brazos del Delta, dominaba todos los aspectos de la vida Dinástica. Sería imposible comprender los actos y el pensamiento de los antiguos egipcios sin entender la tierra en que vivieron. Como observó Herodoto con una frase repetida hasta la saciedad, «Egipto es el regalo del Nilo».

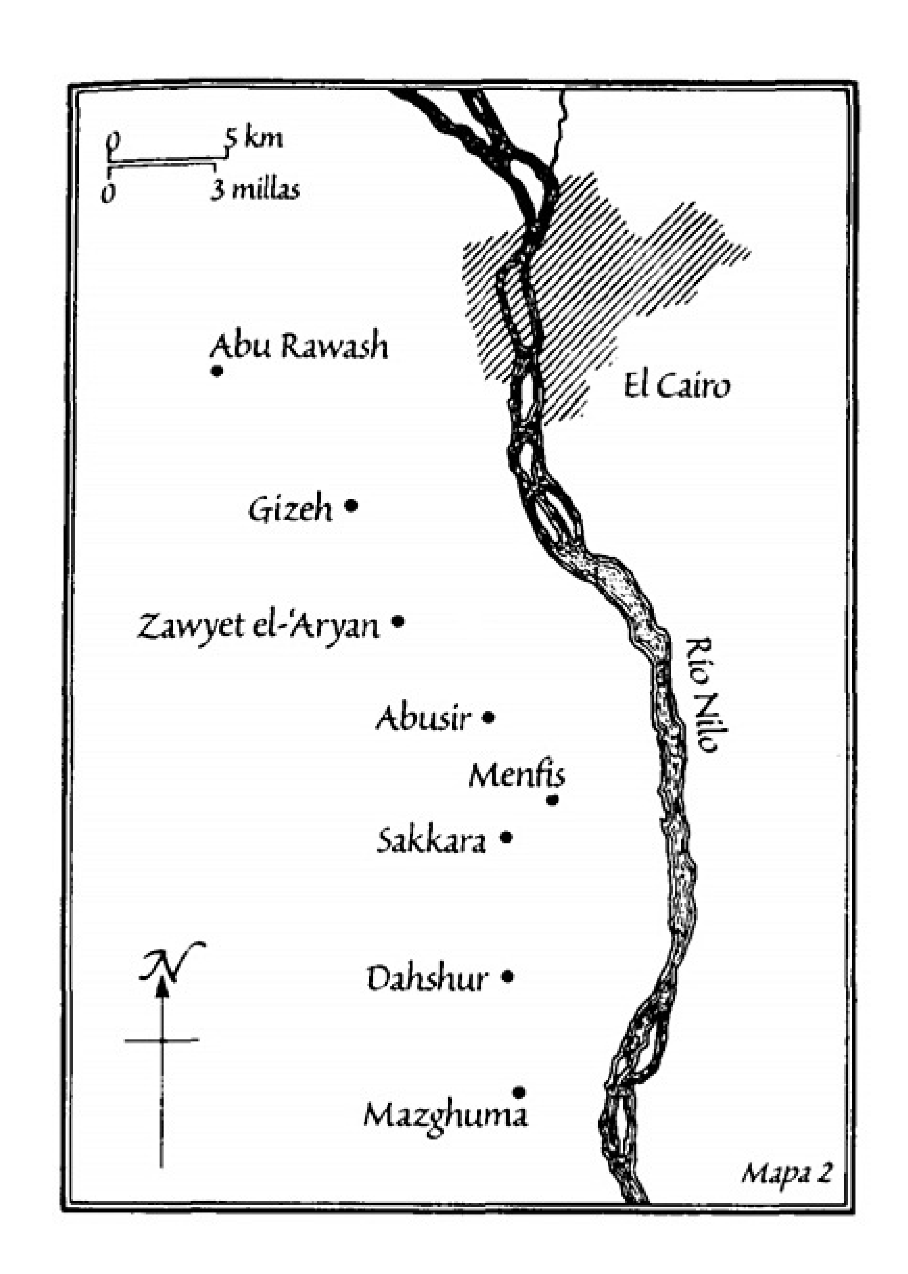
Egipto es un país mediterráneo y africano que tiene estrechos vínculos geográficos con Palestina y el Próximo Oriente. La primera catarata del Nilo, justo al sur de la ciudad moderna de Asuán, marca el límite meridional tradicional de Egipto, aunque en tiempos de la expansión imperial este límite llegaba por el sur hasta Nubia. Convencionalmente esta región meridional se conoce como «Alto Egipto», mientras que se denomina «Bajo Egipto» la del norte, incluido el Delta. Egipto está limitado por el mar Mediterráneo en la parte norte. Durante el Periodo Dinástico la expansión hacia el este y el oeste del Nilo se vio frenada por la estrechez de tierra fértil, aunque siempre que se tuvo por necesario se explotaron los recursos naturales de los desiertos. Egipto mantenía unas relaciones económicas fluctuantes con sus vecinos inmediatos —al sur con Nubia y al este con Siria y Palestina—, si bien el contacto con las tierras más distantes de Mesopotamia, Anatolia y Creta hicieron que la sociedad egipcia absorbiese la influencia mediterránea y del Próximo Oriente. Sin embargo, gracias a sus abundantes recursos naturales y a su casi absoluto aislamiento geográfico, Egipto pudo seguir siendo un país básicamente independiente y autosuficiente durante toda su larga historia.

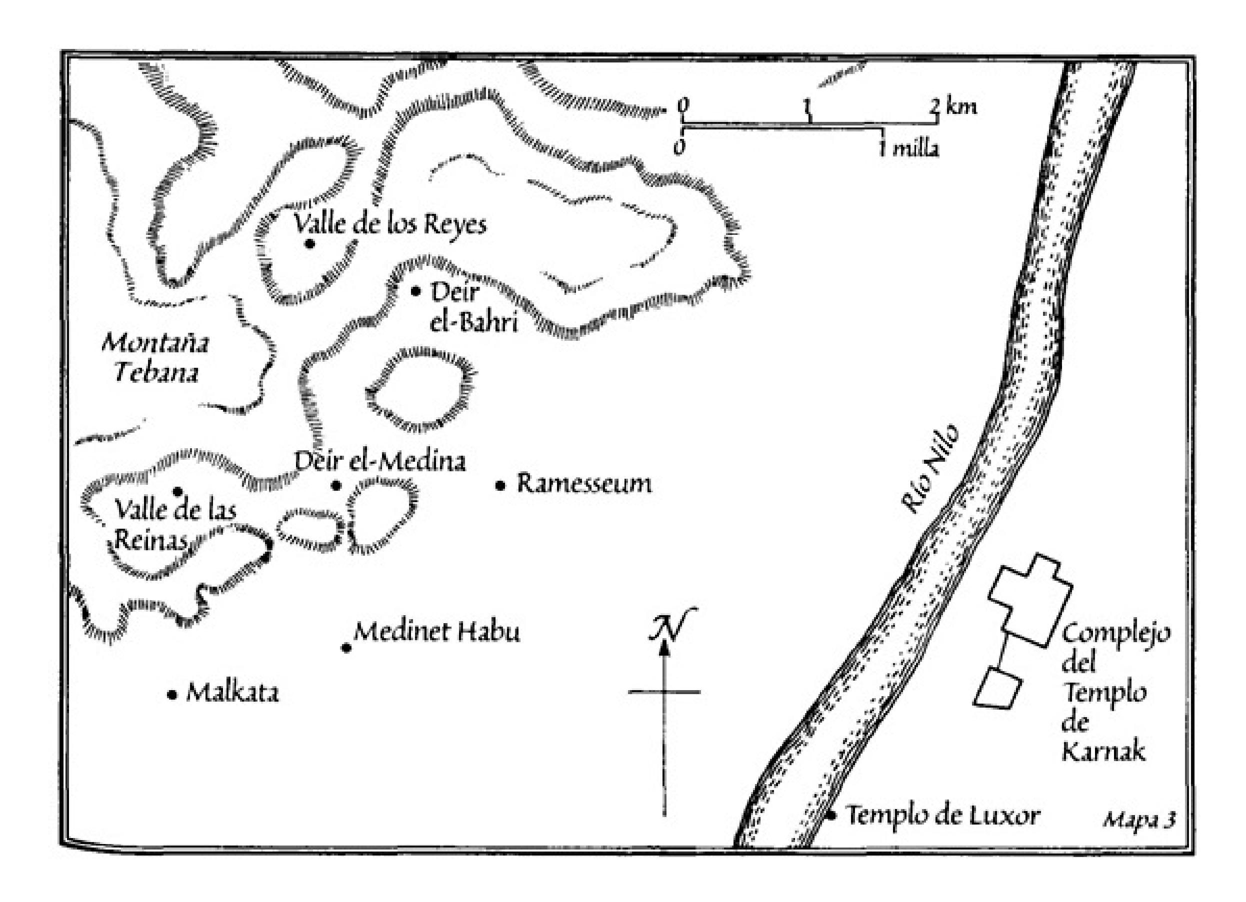
Los propios egipcios denominaban a su país «Tierra Negra», refiriéndose con ello a la considerable porción de suelo altamente fértil que flanqueaba las orillas del Nilo. La Tierra Negra cultivada estaba a su vez flanqueada por la «Tierra Roja», el desierto árido y los riscos, donde sólo podían construirse cementerios y sepulturas reales. Siempre ha sido muy marcada y extrema la diferencia entre la Tierra Negra fértil y la Tierra Roja estéril y son muchos los visitantes de Egipto que han tenido ocasión de comprobar que es un país donde uno puede estar con un pie en las arenas del desierto y otro en los verdes cultivos. Este recuerdo permanente del duro contraste entre la vida y la muerte, la fertilidad y la esterilidad, dejó una huella indeleble en el

pensamiento secular y religioso, mientras que el ciclo constante de nacer, morir y renacer pasó a ser tema inagotable en la vida de Egipto.

> ¡Salve al dios Apis que surge de la tierra para regar los campos!
> Tú, el de las misteriosas maneras, oscuridad de día, a quien tus devotos cantan.
> Tú inundas los campos que ha hecho Ra y das de beber a los sedientos.
>
> *Himno del Imperio Medio a Apis,*
> *dios de la inundación del Nilo*

El Nilo permitió que los primeros egipcios se establecieran con éxito en una zona del norte de África que sin aquel río habría sido árida, proporcionándoles una fuente fiable de agua para beber, cocinar y lavar y como vía de eliminación de los desechos. A falta de caminos importantes y de vehículos de ruedas, el Nilo fue la principal arteria utilizada para el transporte y como enlace entre pueblos y ciudades. Debido a que el río fluía de sur a norte y que el viento predominante soplaba en sentido inverso, era fácil el transporte en ambos sentidos a través del país realizado por embarcaciones provistas de vela y remos. Sin embargo, el factor de mayor influencia en el desarrollo de la cultura egipcia fue la crecida anual del Nilo y la inundación de las tierras.


0
5 km
0
3 millas
Abu Rawash
El Cairo
Gizeh
Zawyet el-'Aryan
Río Nilo
Abusir
Menfis
Sakkara
N
Dahshur
Mazghuma
Mapa 2



La agricultura, piedra angular de la economía de Egipto, dependía totalmente de esa inundación. Cada año, de julio a octubre, las intensas lluvias estivales de Etiopía provocaban una espectacular elevación del nivel del río, cuyas aguas inundaban las tierras bajas de Egipto, regaban y limpiaban la tierra y depositaban en ella una gruesa capa de limo fértil y rico en minerales. Durante este periodo del año, gran parte del valle del Nilo quedaba sumergido, mientras que los pueblos, prudentemente construidos en las zonas altas y protegidos por diques, se convertían en islotes asomados en las aguas y comunicados a través de caminos elevados. Cuando, a finales de octubre, se retiraban las aguas, dejaban al descubierto una gruesa capa de limo y de humedad excelente para el cultivo. Sólo los jardines privados y los campos más alejados requerían un riego artificial adicional. Los cultivos sembrados en noviembre proporcionaban, casi invariablemente, espléndidas cosechas a finales de la primavera, mientras que el caluroso sol de Egipto, que combatía eficazmente muchas de las plagas agrícolas, daba tiempo a que las tierras se secaran antes de la siguiente inundación. El nivel de las aguas del Nilo se controlaba rigurosamente y de forma constante en diferentes puntos de su curso, ya que si las inundaciones eran excesivas podían provocar daños a los asentamientos humanos, mientras que si eran escasas podían convertirse en alarma nacional, ser causa de epidemias de hambre en todo el país y dar lugar incluso a disturbios civiles y a la caída de reyes.

> Como monumento a su padre Amón, Señor de los Tronos de las Dos Tierras, él construyó un templo magnífico en el lado oeste de Tebas. Fue levantado como monumento perdurable que durara toda la eternidad. Estaba hecho de fina arenisca y en él había abundante oro; los pavimentos eran de plata pura y las puertas de oro. Era muy espacioso y muy grande y estaba decorado para perdurar.
>
> *Extracto de la estela del rey Amenofis III*
> *del Imperio Nuevo*[2]

La geografía y el clima del valle del Nilo tuvieron una profunda influencia en las construcciones de la época. Por lo general los egipcios construían con piedra los templos y sepulturas y, en cambio, los palacios y viviendas con humildes adobes. Era lógico que escogieran estos materiales teniendo en cuenta el clima seco y caluroso del país, además de la abundante cantidad de lodo que aportaba el Nilo y el elevado y por ello prohibitivo coste de las construcciones de piedra. La casa de adobe, siempre que estuviese bien construida, era aislante por naturaleza, cálida en invierno y fresca en verano; además, tenía la ventaja de ser barata, de conservación fácil y resistir varias generaciones. Desgraciadamente, esta utilización tan contrastada de la piedra y el adobe distorsionó los resultados de los restos arqueológicos que han sobrevivido al tiempo. Con el paso de los años, las construcciones de adobe reservadas a las viviendas se fueron desgastando gradualmente, erosionándose y derrumbándose hasta quedar reducidas a montículos de tierra muy fértil que, hasta la aplicación reciente de una legislación protectora, fue explotada por los campesinos locales, que no se habían percatado de su importancia arqueológica. Esto hizo que se desenterraran muchos yacimientos antiguos y se diseminaran sus restos por los campos vecinos.

En cambio, las sepulturas de roca dura, denominadas por sus dueños «casas de la eternidad», y los sólidos templos o «mansiones de millones de años» estaban pensados para perdurar literalmente toda la eternidad. A pesar de que la mayoría de tumbas han sufrido saqueos y graves daños y de que generaciones posteriores retiraron bloques de piedra de muchos templos, estas estructuras se han mantenido mucho más intactas que las casas y palacios. Como consecuencia, se les ha prestado una mayor atención egiptológica.[3] El desafortunado resultado de esta diferencia en lo que respecta a la arqueología es que los informes correspondientes a las sepulturas de personas de alto rango merecen mucha mayor confianza. Aunque perfectamente aceptable, no

se puede generalizar en modo alguno la información a toda la población, por lo que es evidente que sería un error de bulto querer basar la comprensión de la vida diaria de los egipcios en el material recuperado en la tumba de Tutankamón.

Afortunadamente no todo es tan negro en el terreno arqueológico, y son muchos los yacimientos importantes excavados que han sobrevivido. La ciudad de pirámides de Kahun y los asentamientos de población trabajadora de Amarna y Deir el-Medina eran complejos de viviendas construidos para servir de alojamiento a comunidades que trabajaban en grandes proyectos reales.[4] Dichas comunidades no solamente incluían los artesanos y sus capataces, sino también sus mujeres, hijos, familiares, personas a su cargo y animales domésticos, así como todos aquellos que realizaban ciertos quehaceres domésticos, como lavanderas, parteras y alfareros. No eran ni con mucho colonias egipcias típicas, ya que estaban construidas en zonas áridas e inhóspitas, ocupadas por trabajadores especializados y no por campesinos, si bien nos informan de muchos detalles íntimos de las actividades comunes diarias.

> Los sacerdotes dicen que Menes fue el primer rey de Egipto y el que levantó el dique que protege Menfis de las inundaciones del Nilo… Al contener el río en el recodo que se forma a unos cien estadios de Menfis en sentido sur, se quedó seco el antiguo canal y el río excavó un nuevo cauce…
>
> *Herodoto narra la historia de Egipto*

El periodo de tiempo que abarca este libro es extenso, ya que cubre desde los albores de la era Dinástica, alrededor del año 3000 a. C., hasta la conquista de Egipto por las fuerzas griegas de Alejandro Magno en el 332 a. C. Equivale al estudio de la historia de Europa desde un siglo antes de la fundación de Roma hasta nuestros días o a doce veces la historia de América desde la guerra de la Independencia hasta el presidente Clinton. Incluye treinta y una dinastías reales, el advenimiento y la caída de un vasto e influyente imperio, así como periodos de caos, anarquía e invasión extranjera. Ninguna lógica dejaría presumir que una nación tan floreciente y dinámica se estancara culturalmente durante más de dos mil quinientos años y, en efecto, es un hecho que hubo cambios constantes y sutiles en todos los aspectos de la vida de Egipto. Sin embargo, resulta asombroso ver lo poco que varió el núcleo fundamental de la sociedad egipcia durante este largo periodo. A pesar

de los cambios de matiz del pensamiento religioso y de la diversa importancia de los cultos y prácticas funerarias, la teología básica no se modificó y se mantuvo fundamentalmente inalterable en el estilo de vida de Egipto. La misma estabilidad se evidencia en la vida cotidiana de la gente corriente; si la mujer campesina del Imperio Antiguo se vestía con ropas distintas que sus descendientes del Imperio Nuevo y su marido trabajaba en la construcción de una pirámide en lugar de excavar una tumba de piedra, su estilo de vida y su apariencia eran muy parecidos. Esta uniformidad de pensamiento y creencias presta validez al estudio de un periodo tan largo.

Sostiene la tradición que la unificación de Egipto se produjo al inicio del Periodo Dinástico por obra del rey guerrero Menes, que condujo a sus bravos soldados desde el sur a la conquista de sus tradicionales enemigos del norte y consiguió establecer un imperio único. Menes se habría convertido a partir de entonces en el primer rey de aquella tierra recién unificada. En realidad, parece que la formación de Egipto fue más gradual y compleja, de modo que las grandes comunidades agrícolas situadas a lo largo del Nilo, cada vez más extensas, acabaron dándose cuenta de las ventajas que les reportaba agruparse y compartir una política común. Cualesquiera que fuesen los mecanismos de la unificación, es evidente que el país resultante era geográficamente demasiado grande para poder ser gobernado como una sola unidad administrativa y por esto se escogieron poderosas familias locales de gobernadores o príncipes a fin de que controlaran aquellas provincias que habían conservado en todo momento un cierto grado de independencia.

La historia de Egipto se encuentra dividida, desde el punto de vista de la unificación, en dinastías o imperios de duración variable, definidos por sus diferentes familias dominantes. Las dinastías a su vez están agrupadas convencionalmente en tres «reinos» y el llamado «Periodo Tardío», separados por tres «Periodos Intermedios» de diferente duración y carácter. La intención de esa división no es la de confundir a los no entendidos. Los egipcios no desarrollaron un equivalente de nuestro calendario moderno y prefirieron fechar los años haciendo referencia a la duración del reinado del rey que hubiese en aquel momento y, a título de ejemplo, en la tumba de Maya, del Imperio Nuevo, se encontraron unas tinajas de vino que llevaban la fecha del «Año Nueve». Si no era necesario hacer constar el nombre del rey (Horemheb) era porque todo el mundo sabía quién era. Un sistema tan complicado como éste obligaba a los egipcios, para entender su propia historia, a llevar una larga lista cronológica detallada de todos sus gobernantes con la duración respectiva de sus reinados. Por fortuna han

sobrevivido las suficientes listas de reyes para que podamos fechar con una cierta exactitud eventos remotos correspondientes al reinado de un rey determinado.

Al Periodo Arcaico de unificación y consolidación (I y II dinastías) sucedió el Imperio Antiguo (III a VI dinastías). Fueron tiempos de dominio feudal estricto, con un rey semidivino reconocido como dueño legítimo de todos los bienes materiales y, por tanto, con pleno derecho para quedarse con todo el producto excedente. La posición y el poder dentro del país dependían directamente del mecenazgo real y los dirigentes políticos y eclesiásticos que controlaban el Egipto del Imperio Antiguo eran en su mayoría parientes próximos de la familia real. El dios-sol Ra no tardó en convertirse en principal deidad del Estado y formó un influyente clero que tenía su sede en la antigua Heliópolis, actualmente un barrio de El Cairo moderno, mientras el rey gobernaba el país desde el norte, instalado en la ciudad vecina de Menfis. Las pirámides que caracterizan este periodo son un símbolo impresionante del poder de la monarquía y de la función del faraón como rey-dios y demuestran hasta qué punto los recursos del país se concentraban en monumentos reales específicos cuya intención era subrayar la posición del rey. Se desconocen las causas que condujeron el Imperio Antiguo al caos y casi a la anarquía, pero es indudable que uno de los factores que contribuyeron al creciente malestar civil y al fracaso definitivo de la autoridad central fue una sucesión de niveles bajos del Nilo, que desencadenó hambre y la pérdida de las cosechas.

La restauración gradual de la ley y el orden después del nefasto Primer Periodo Intermedio (VII a X dinastías) señaló el inicio del Imperio Medio (XI a XIII dinastías) y dio lugar a un periodo de paz y tranquilidad en todo el país. Gobernaron el país reunificado una sucesión de reyes poderosos cuya sede estaba en Itj-Tawy, nueva capital situada entre la entrada de Fayum y la capital del Imperio Antiguo, Menfis, en tanto que quedaba significativamente mermado el poder hereditario de los gobernantes locales gracias a la reorganización del gobierno provincial por obra de la XII dinastía. Dicha dinastía sobrevivió al asesinato de su fundador, Amenemhat I, que tuvo como resultado una época de una gran estabilidad interior que duró más de doscientos años e hizo florecer la literatura y las artes. Proliferaron las construcciones y, aunque ningún proyecto alcanzó las proporciones de las pirámides de Gizeh ni las de la Esfinge, los faraones siguieron construyendo tumbas impresionantes en forma de pirámide. En esta época la política

extranjera se volvió más agresiva y Egipto empezó a labrarse un imperio en el sur y cultivó las relaciones con sus vecinos de la frontera oriental.

Finalmente, la inmigración a gran escala de pueblos semíticos al fértil Delta del Nilo fue un factor que contribuyó a la desestabilización gradual del Imperio Medio. La autoridad central fue debilitándose progresivamente y poco a poco el país comenzó a fragmentarse en una serie de pequeños enclaves enemistados entre sí y diferenciados geográficamente: en el norte los invasores palestinos «hicsos» y sus vasallos egipcios, en el extremo sur el reino nubio de Kerma y, con base en la ciudad meridional de Tebas, como al principio del Imperio Medio, unos pocos egipcios independientes. Los hicsos dominaron Egipto durante unos cien años aproximadamente y llevaron al país novedades asiáticas tan espectaculares como el caballo, el carro tirado por caballos y el telar vertical. No se retiraron hasta ser derrotados por las sucesivas y enérgicas campañas militares dirigidas por Ahmosis, dinámico fundador de la XVIII dinastía.

El Imperio Nuevo (XVIII a XX dinastías) se recuperó rápidamente tras una breve etapa de ignominiosa ocupación extranjera y no tardó en dar lugar al periodo más próspero y rico de la historia de Egipto, caracterizado por la paz interior y las conquistas exteriores. Ahmosis estableció unos altos niveles militares que transmitió a sus descendientes y que hicieron que el imperio egipcio fuera creciendo de forma sistemática hasta que, gobernado desde su capital septentrional, Menfis, llegó a ocupar un territorio que comprendía desde el Sudán, al sur, hasta el río Eufrates, al nordeste. Esta política puso en manos de Egipto el control de valiosos recursos naturales y propició las rutas comerciales hacia África, Asia occidental y Grecia. Aquella abundancia recién adquirida por Egipto quedó reflejada en la construcción de magníficos monumentos de piedra, como los extraordinarios templos de Karnak y Luxor, las exquisitas obras de arte representadas por los espectaculares tesoros de oro de la tumba de Tutankamón. En esta época se produjo una gran expansión tanto del ejército como del funcionariado: ahora se requerían burócratas de clase media para mantener en marcha la gran maquinaria estatal.

Durante las XVIII y XIX dinastías Egipto siguió prosperando, pero bajo el reinado de Ramsés III su auge se vio afectado negativamente por los movimientos de los «Pueblos del Mar», hordas invasoras de Europa meridional que pretendían instalarse en el Próximo Oriente. Egipto consiguió expulsar a los invasores, pero el país resultó profundamente debilitado y, durante el gobierno de la XX dinastía, perdió su imperio asiático y la estructura interna del país inició un nuevo derrumbamiento.

Durante el tercer Periodo Intermedio (XXI a XXV dinastías) Egipto se fragmentó en numerosas unidades independientes, las dos más importantes gobernadas por los Sumos Sacerdotes de Amón, que dominaron gran parte del sur del país, y por la XXI dinastía de reyes, que regían la zona inmediata alrededor de Tanis, en la parte este del Delta del Nilo. Al principio las relaciones entre estos dos gobiernos eran relativamente amistosas y existía cierto grado de cooperación entre las dos capitales. Sin embargo, la fragmentación de la autoridad fue empeorando hasta que, durante las XXII a XXIV dinastías, los cabecillas locales, que solían pertenecer a familias militares de ascendencia libia, se levantaron de golpe proclamándose faraones. Egipto sólo volvió a someterse a una autoridad central en ocasión de que un rey nubio se lanzara hacia el norte desde el Sudán y volviera a unificarlo instaurando la XXV dinastía e inaugurando un periodo de relativa estabilidad que se prolongó más de cincuenta años hasta que una invasión asiría dirigida por Asurbanipal se adentró por el sur hasta Tebas y redujo a Egipto a simple provincia del imperio asirio.

Los principales colaboradores egipcios que trabajaron en conjunción con los asirios fueron una familia rica e influyente de jefes locales de la ciudad de Sais, situada en la parte occidental del Delta del Nilo. Estos gobernantes saítas fueron adquiriendo progresivamente más poder hasta que consiguieron deshacerse de los asirios y unificar otra vez el país al inicio del Periodo Tardío (XXVI a XXXI dinastías). La fase saíta resultante fue el floreciente final de la cultura egipcia, con un arte que recuperó los estilos clásicos del Imperio Antiguo. Parece que este fuerte resurgimiento de todo lo egipcio fue una estrategia política destinada a poner de relieve el carácter nacional individual de un país otrora poderoso que se estaba convirtiendo rápidamente en un jugador secundario en el tablero de los asuntos internacionales. En esta época todo el Oriente Próximo se encontraba en situación precaria e inestable y los pueblos vecinos de Egipto, debilitados por las luchas intestinas constantes, se habían hecho muy vulnerables a los ataques. En el año 539 a. C. el ejército persa, dirigido por Ciro II, conquistó Babilonia y, en el 525 a. C., Cambises, hijo de Ciro, invadió Egipto e instauró la XXVII dinastía, ya persa.

Las XXVIII y XXIX dinastías cubrieron periodos de desunión y confusión, probablemente reflejo de la oposición local al gobierno persa. Durante la XXX dinastía Egipto volvió a ser gobernado, ya por última vez, por mandatarios egipcios. Al último rey de esta dinastía, Nectanebo II, le corresponde el dudoso honor de haber sido el último monarca egipcio que

gobernó un país unido, hecho que no volvió a repetirse hasta el presidente Nasser. Acabó huyendo al sur, perdiéndose en Nubia y en las tinieblas de la historia, perseguido por los invasores persas, que instauraron la XXXI dinastía. Siguió un breve periodo de dominio persa, que finalizó cuando Alejandro Magno conquistó Egipto en el año 332 a. C. y lo incorporó a su imperio macedónico dejando al general Tolomeo como gobernador, y más tarde como rey, de la tierra conquistada. Esta conquista marca el final del Periodo Dinástico y el inicio del dominio grecorromano. Los descendientes griegos de Tolomeo siguieron reinando en Egipto hasta que la famosa reina Cleopatra VII fue derrotada y Egipto perdió toda posibilidad de independencia y se convirtió en provincia del imperio romano.

> No ahorres trabajo a tu hijo si puede hacerlo él… Enseña a tu hijo a escribir, arar, cazar pájaros y tender trampas por si un año el Nilo está bajo, a fin de que así recoja los beneficios de lo que haya aprendido.
>
> *Consejo de un escriba del Periodo Tardío a los padres*

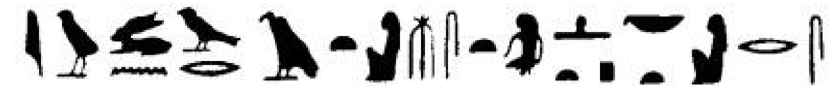
Egipto mantuvo durante toda su larga historia una sociedad inflexible y de estructura piramidal. En lo más alto de esta jerarquía social descollaba el rey o faraón y un gobernador reconocido como semidivino, que era propietario de las tierras y que a la vez actuaba de jefe del clero, del ejército y de la burocracia. Muy por debajo de él se encontraban las clases altas, grupo selecto de familias privilegiadas que debían su posición elevada al mecenazgo real y casi todas emparentadas con el rey. Estos pocos afortunados contribuían al gobierno del país funcionando como sacerdotes de alta jerarquía, generales y funcionarios de alto rango y recibían fincas importantes en pago de su duro trabajo. En un lugar mucho más bajo de la escala social estaba la clase media ilustrada que, por el hecho de estar alfabetizada, podía incorporarse a la burocracia y ocupar los puestos de escriba o contable. Justo por debajo estaba la clase media baja, compuesta por hombres medio ilustrados o analfabetos que trabajaban como carpinteros, alfareros, escultores o artistas. La capa social más baja y numerosa estaba constituida por soldados rasos, criados y, sobre todo, campesinos, que se pasaban la vida trabajando unas tierras cuyo propietario era el rey, algún señor o fundaciones religiosas. Durante el Periodo Dinástico nunca hubo muchos esclavos y en realidad no constituían una clase social importante ni independiente.

Ni que decir tiene que este modelo piramidal ofrece una visión muy simplificada de la sociedad egipcia y que hubo muchas variantes de este

modelo básico descrito. Sin embargo, resulta útil para reflejar la naturaleza curiosamente estática e inalterable del Egipto dinástico. Hubo siempre entre las clases unos cambios mínimos y era muy difícil que alguien, hombre o mujer, pasara de un estrato social a otro superior. El hecho obedecía en parte al método egipcio tradicional en lo tocante a educación y aprendizaje; los padres enseñaban invariablemente a sus hijos su propio oficio o profesión por lo que, en términos generales, el trabajo futuro que haría un niño ya estaba decidido antes de que naciera, razón de que se formaran castas de médicos, lavanderas, cortadores de caña y burócratas. Las muchachas todavía requerían menos consejos para su formación, ya que se daba automáticamente por sentado que todas las jóvenes se casarían y tendrían hijos. Sin las ventajas de la medicina moderna, las chicas se veían en gran parte limitadas por su biología, limitación reforzada tanto por el condicionamiento cultural como por la falta de recursos modernos, lo que convertía el cuidado de la casa en dedicación exclusiva. Así pues, la gran mayoría de mujeres eran incultas y sólo se las educaba para desempeñar las tareas domésticas.

Aunque la mujer egipcia gozó de un grado insólito de libertad, sería ingenuo considerarla el prototipo liberado de la mujer de carrera que conocemos en la actualidad. De hecho, todos los indicios apuntan a que los hombres y las mujeres llevaban vidas muy distintas. Los mismos egipcios, pueblo conservador por instinto y que concedía mucha importancia a la conservación de sus tradiciones, estaban satisfechos de que cada uno desempeñara su papel particular y preestablecido en el mantenimiento del orden natural y la estabilidad. Esta creencia en una manera correcta e inalterable de hacer las cosas fue absolutamente fundamental en el pensamiento egipcio. Para un pueblo que buscó constantemente los vínculos con el pasado, les dio una importancia tan grande y se sintió siempre profundamente unido a sus antepasados, la existencia de una estructura social inalterable constituía un motivo de inmensa seguridad. Nadie se cuestionaba la distribución desigual de la riqueza ni la posición social que uno pudiese ocupar en la comunidad, del mismo modo que nadie cuestionó nunca el derecho hereditario a gobernar que tenía el faraón, puesto que se trataba de unas divisiones sociales tradicionales y correctas que, como no podía ser de otra manera, servían para conservar el *statu quo*. Las hijas de Egipto, pues, veían su futuro como una proyección muy parecida de la vida que había llevado su madre y, antes que ella, su abuela, una continuidad interpretada como señal de que Egipto, y por tanto el mundo, funcionaba correctamente.

1
Imágenes de mujeres



Allí donde vayas, cuidado con acercarte a las mujeres.

Consejo de un escriba del Imperio Antiguo

Las mujeres del Egipto dinástico provocaron bastante revuelo en el mundo antiguo. Por algo estaban liberadas legalmente de aquella supervisión estricta que los hombres de otras sociedades más patriarcales imponían a sus mujeres e hijas, lo que hacía que sus contemporáneos considerasen que eran muy afortunadas pudiendo vivir de forma tan independiente y excitante por no decir incluso romántica. En una tierra de costumbres exóticas e insólitas, donde el rey vivía como un dios, los dioses adoptaban la forma de animales y parecía que todo el mundo estaba obsesionado con la muerte, se estimaba que las mujeres eran un fenómeno extrañísimo. Su llamativa y exótica belleza, unida a fantasiosos rumores sobre lo laxo de la moral egipcia y a la fama que gozaban de libertinas, se sumó a la fascinación que provocaban y las convirtió en fuente de inspiración de escritores y poetas de Grecia y Roma. Escritores más modernos, desde Shakespeare en adelante, perpetuaron esta imagen decadente de la mujer egipcia y aún hoy en día resuenan ciertos nombres como Nefertiti y Cleopatra que conjuran la imagen de la *femme fatale* primigenia.

Pero ¿hasta qué punto es exacto este retrato de la mujer egipcia activa, independiente y liberada sexualmente? ¿Cómo veían los propios egipcios a sus mujeres? ¿Y cómo se veía a sí misma la mujer egipcia?[1] No siempre es fácil entender las creencias y el condicionamiento cultural que explican los hechos del pasado. Las pruebas arqueológicas son inestimables cuando se pretende valorar la cultura material y constituyen la base de los siguientes capítulos de este libro, pero rara vez permiten



Fig. 1 - Mujer que acarrea mercancías.

adentrarnos en los procesos del pensamiento antiguo. La arqueología, por ejemplo, puede revelarnos que las cocinas egipcias estaban instaladas en la parte trasera de las casas y proporcionarnos todo un cúmulo de detalles objetivos en relación con los distintos tipos de hornos y enseres de cocina. Sin embargo, no puede decirnos quién cocinaba. ¿Era la actividad de cocinar una tarea doméstica de tipo humilde? ¿O quizá el cocinero o la cocinera era una persona merecedora por su habilidad del respeto de los demás miembros de la casa?

Afortunadamente, el legado egipcio nos permite estudiar la mujer desde dos ángulos contrastados. La observación de las artes de la época (pintura, escultura y literatura) nos proporciona una visión idealizada de la mujer y nos permite estudiar la imagen que los propios egipcios pretendían dar de ella al mundo. Mirando las cosas desde un enfoque más realista, el sistema legal y el tratamiento que éste da a la mujer nos permite saber cómo la trataba, en la práctica, la comunidad donde vivía. La combinación de estas dos evidencias tan diferentes nos ayuda a comprender cuál era el lugar que ocupaba la mujer en la sociedad egipcia.

El idiota que mira a una mujer es como la mosca que chupa sangre.

Papyrus Insinger, siglo primero

El arte figurativo, con sus colosales estatuas de piedra, así como las vividas pinturas de los sepulcros y sus relieves delicadamente tallados, nos obsequian con algunas de las imágenes más imperecederas de la mujer durante el Periodo Dinástico y nos brindan la oportunidad de ampliar nuestros conocimientos de la sociedad egipcia a través del examen y comparación de las distintas maneras de representar a hombres, mujeres y niños por parte de sus contemporáneos. Sin embargo, el arte egipcio difiere enormemente, tanto en su estilo como en su función, de su contrapartida occidental moderna y no es posible hacer una interpretación literal de las numerosas escenas pintadas

ni de las estatuas sin saber algo más sobre las convenciones que ejercieron una profunda influencia en la obra de los artistas de la época.

Los antiguos egipcios desconocían el concepto de «el arte por el arte» y cada obra se realizaba por encargo con un fin determinado, de la misma manera que cada imagen o estatua tenía una función expresa y perfectamente definida. Las consideraciones estéticas nunca fueron preocupación principal ni única del artista o del mecenas. Esta postura estrictamente utilitaria hizo que los egipcios consideraran más artesanos que artistas a sus pintores y escultores y limitaran su labor a contextos muy específicos, por lo general templos o sepulturas. En estos lugares las escenas convencionales corrientes y conocidas no servían tan sólo como un medio para realzar la decoración, sino que aportaban una contribución importante al objeto religioso y/o político de la construcción. Una representación del rey infligiendo una derrota a sus enemigos tradicionales esculpida en lo alto del muro de un templo, por ejemplo, expresaba el poder del monarca al tiempo que reafirmaba la autoridad del rey, en tanto que una escena representando a un muerto disfrutando de las delicias del Más Allá añadía una fuerza mágica a las aspiraciones del difunto de llegar a los Cañaverales. En cuanto a las escenas que decoraban el interior de los muros de las casas particulares, hay que decir que eran igualmente impersonales. Las precisas «instantáneas» artísticas de la vida familiar Dinástica son muy escasas y casi todas las pinturas de las casas que han sobrevivido al tiempo transmiten un mensaje claramente religioso o mágico.

No es sorprendente, pues, que este fin deliberadamente práctico sofocara todo impulso experimental y creativo. Llevó, en cambio, al desarrollo de unas pautas artísticas estrictas y a un repertorio de temas repetidos que satisfacían el amor egipcio a la tradición y a la continuidad. Aunque durante el Periodo Dinástico se produjeron leves variaciones en los estilos artísticos y aunque no había dos tumbas con muros idénticos, lo cierto es que encontramos siempre las mismas escenas convencionales, representadas una vez y otra con pequeñas diferencias de contenido.

Las principales figuras femeninas que aparecen en las pinturas ceremoniales son casi siempre esposas o hijas de clase alta, incluidas en la escena en virtud de su relación con un hombre determinado. Aparecen representadas, por ejemplo, en la tumba de su marido, padre o hijo, y no como titulares de una tumba por derecho propio. Es lógico que estas mujeres se conformaran a la imagen estereotipada que correspondía a la mujer en Egipto como apoyo pasivo de su marido o de su padre. Las mujeres tienen una

función secundaria en las ceremonias; aunque se presenten como personas activas y preeminentes, lo son menos que el propietario de la tumba en cuestión. A menudo se representan a una escala mucho menor que sus esposos y casi siempre de pie detrás de ellos. Ignoramos si estas representaciones ceremoniales reflejan la relación que existía realmente entre hombre y mujer, pero es evidente que los maridos egipcios querían conservar dentro de la tumba la imagen tradicional del hombre como cabeza de familia.



Fig. 2 - La reina Meresanj se pasea en barca por los marjales en compañía de su madre, la reina Heteferes

Las tumbas de las reinas egipcias son una excepción de la norma general que tiende a presentar la egipcia como una mujer inactiva. Hay varias sepulturas destinadas exclusivamente a mujeres en las que se ven escenas donde las esposas actúan de forma independiente de sus maridos; por ejemplo, la tumba de la reina Meresanj («Ella-Ama-La-Vida») de la IV dinastía muestra a la reina recogiendo flores de loto mientras se pasea tranquilamente en barca con su madre.[2] Ofrece un contraste todavía más marcado frente a la representación convencional de la mujer pasiva la de una población asiática asediada que vemos en el muro de una tumba de Deshasha correspondiente al Imperio Antiguo. Esta escena única muestra claramente a las mujeres del pueblo luchando con cuchillos y con las manos desnudas para

defender sus hogares de los arqueros egipcios enemigos. No está claro que la escena deba leerse como una exaltación de la valentía de la mujer local (no egipcia) ni como un comentario poco halagüeño del valor de sus hombres.[3]

> Yo era un artista hábil en mi arte y aplicado en el aprendizaje… Sabía cómo representar los movimientos de un hombre y el porte de una mujer… Nadie destaca en esto excepto yo y el hijo primogénito de mi cuerpo.
>
> *Inscripción del escultor Irtisen*

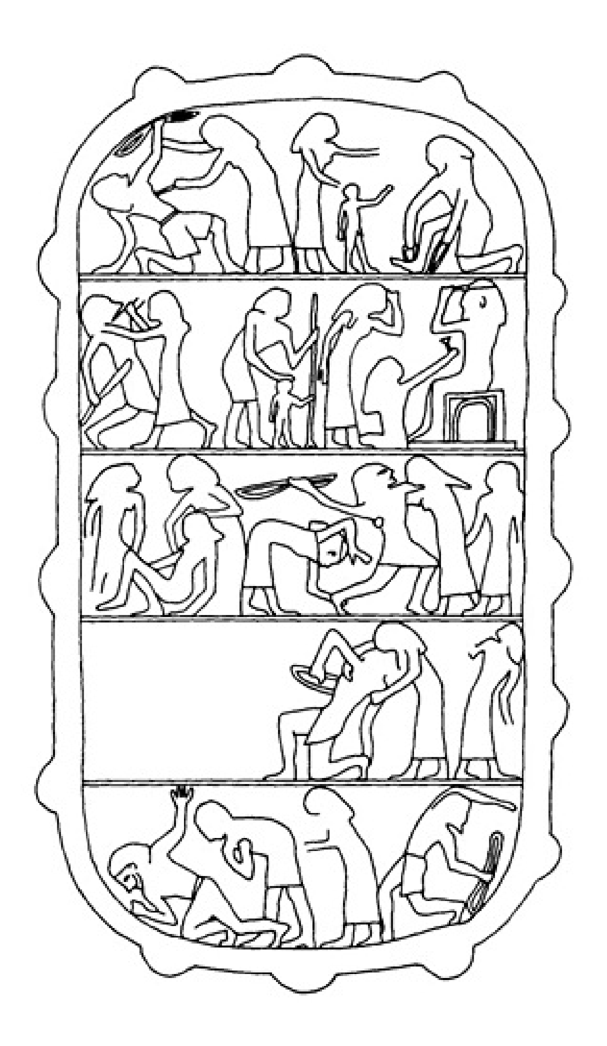


Fig. 3 - Mujeres que luchan en las calles

La mayoría de individuos representados por los artistas eran casi siempre especímenes de físico perfecto, vestidos con ropajes de deslumbrante blancura, adornados con joyas extraordinarias y rebosantes de vigor y buena salud. En las mujeres se resaltaba su feminidad, sus pechos y nalgas redondeados y unos músculos menos definidos, aparte de que todas, sin excepción, eran bellas. Todos los rasgos de su cuerpo idealizado estaban

representados desde su ángulo mejor o más característico, y así fueron apareciendo esas posturas forzadas y de gesto torcido en un intento del artista de presentar a sus modelos de pie con la cabeza de perfil, un único ojo y ceja vistos de frente, el torso también de frente, la cadera de lado y las piernas ligeramente separadas.

Para los ojos modernos, acostumbrados a imágenes que reproducen fielmente la realidad y habituados al escorzo y la perspectiva, esta estilización constituye una técnica pictórica poco natural y de características más bien primitivas pero que hacen inmediatamente reconocible el arte egipcio bidimensional. Sin embargo, para los egipcios, que perseguían unas formas formalistas, no impresionistas, el procedimiento constituía una precaución necesaria. Después de todo, los egipcios razonaban con una lógica extremadamente práctica: si no podía verse una parte del cuerpo era porque seguramente no existía. Era importante que las figuras principales pintadas en las paredes de las tumbas fueran vistas y entendidas completas, ya que si por desgracia el cuerpo físico desafiaba el arte del embalsamador y se descomponía después de la muerte, el espíritu del difunto quizá se vería obligado a vivir en aquella imagen de hombre o mujer o dentro de la misma. Pocos egipcios estaban dispuestos a arriesgarse a sobrevivir en el Más Allá sin un brazo o una pierna.[4]

El «bello sexo», que solía trabajar de puertas adentro, lejos del abrasador sol egipcio, era representado invariablemente con la piel más clara que los hombres, que era de un color ocre. Esta convención no tenía en cuenta el hecho de que se trataba de una sociedad que era una mezcla de razas a todos los niveles; ya se ha observado que el arte de los egipcios no era una reproducción exacta de la vida. Algunas mujeres se presentaban con la piel negra, aunque ello no implique necesariamente un origen negroide. El negro era el color de la tierra fértil egipcia, simbolizaba la regeneración y por consiguiente se utilizaba para los que esperaban renacer en el Más Allá. Según esta lógica, una mujer pintada con la piel verde significaría que estaba muerta, pero en este caso el verde es el color de la vida, es decir, la esperanza de la resurrección y no de la putrefacción. Tanto para hombres como para mujeres, vivos o muertos, el color se usaba para rellenar el contorno de las figuras sin intención de aplicarle ningún sombreado, al solo objeto de que la imagen fuera completa a ojos de los pedantes observadores egipcios.

La mayoría de señores acaudalados del Periodo Dinástico optaron por pasar a la posteridad con la imagen nada sana de unos gruesos pliegues de grasa colgando en torno a sus anchas cinturas. Un detalle tan poco sutil como

éste no servía para otra cosa que para subrayar la riqueza del individuo; era evidente que sólo los egipcios más ricos podían permitirse el lujo de consumir grandes cantidades de comida sin verse obligados a quemar calorías ejecutando duras labores manuales. La gordura equivalía a poder, concepto que queda muy claro en esas escenas de las tumbas donde aparecen unos trabajadores escuálidos y de bajo rango trabajando al lado de sus gordos amos. Por lo menos en algunos casos, la clásica barriga de la clase alta pudo tener una base real. Los egipcios ricos sentían una desordenada apetencia de comida y bebida, lo que confirman los cuerpos momificados de muchos faraones del Imperio Nuevo, entre ellos los de Tutmosis II y Ramsés II, que presentan grandes pliegues de piel fofa en la región abdominal, demostrativos de un sobrepeso que seguramente habían arrastrado toda su vida.**[5]**

En cambio, eran pocas las egipcias gordas y vemos que las distintas esposas, hijas y hermanas que acompañaban al propietario de la tumba solían conservar un aspecto esbelto aceptable, acentuado por las ropas ceñidas de moda en la época. Seguramente la reina de Punt, obesa y probablemente esteatopígica, y su también gorda hija debieron de ser consideradas antinaturales y poco femeninas por los trabajadores que tuvieron la obligación de reproducir su imagen en las paredes del templo de la reina Hatsepsut en Deir el-Bahri. No está claro si esta delgadez femenina obedecía a una simple convención artística o si debe interpretarse como un comentario deliberado sobre la relación menos estrecha de unas determinadas mujeres con los hombres. De todas formas, el hecho de que los artistas optaran por representar a las mujeres esbeltas no significa necesariamente que todas lo fueran realmente.

La mayoría de figuras femeninas de segundo orden que aparecen en las escenas de las pinturas no necesitaban conformarse a una imagen estereotipada de delgadez y pasividad. Debido a que estos personajes secundarios constituían una parte relativamente insignificante en la totalidad de la pintura es lógico que, a la hora de representarlos, los artistas se tomasen libertades con su aspecto y rechazasen las actitudes afectadas convencionales que, en cambio, eran las apropiadas en el caso del propietario de la tumba y de su mujer y adoptasen con ellas un estilo más naturalista y desenfadado. Mujeres feas, viejas, mal vestidas y gordas animaban el fondo de escenas cuyo primer plano era más vistoso, pero son precisamente estas figuras más relajadas que trabajan, descansan y se dedican a sus ocupaciones las que nos dan una visión más alegre y típica de muchos aspectos de la vida cotidiana dinástica. Muchachas núbiles bailan, tocan instrumentos musicales y hacen

piruetas increíbles a fin de entretener a sus amos, mientras doncellas sosegadas muelen inagotables cantidades de cereales que sirven para hacer pan y las viejas campesinas trabajan en los campos recolectando lino y cereales.

La escultura egipcia era tan práctica en su concepción como la pintura egipcia. Todas las estatuas estaban revestidas automáticamente de poderes mágicos o religiosos y podían usarse, en caso necesario, para representar o sustituir personajes reales. La escultura abstracta o «innecesaria» era, por tanto, desconocida en Egipto y los artesanos se consagraban a la representación de dioses, reyes y personajes ricos. La finalidad última de todas estas obras consistía en actuar de sustitutos de una persona o de un dios en su tumba o en su templo.

Durante el Imperio Antiguo, la gran mayoría de estatuas privadas se esculpieron con la finalidad de quedar encerradas en la tumba. Estas figuras constituían una base adecuada para que el alma del difunto recibiera las ofrendas y, como en las imágenes bidimensionales, podían servir de refugio del espíritu en caso de descomposición del cuerpo original. Sin embargo, durante el Imperio Medio la mayoría de las estatuas privadas que se encargaban debían colocarse en los patios de los grandes templos, donde servirían de sustitutos aceptables del devoto ausente y podrían absorber y transmitir todos los beneficios que recibían con la proximidad del dios. Esta tradición se mantuvo durante todo el Imperio Nuevo, hasta el punto de que la mayoría de templos importantes estaban asociados a industrias de la piedra. Esto hacía que el peregrino piadoso que no había podido transportar una estatua desde su casa pudiera comprar, en cambio, una figura del tamaño que quisiera —desde unos pocos centímetros hasta una estatua de tamaño natural —, a la que podía darle su nombre, fuera hombre o mujer. Después se colocaba a estos devotos por poderes formando curiosas hileras silenciosas de personajes que tenían la vista clavada en el santuario; cuando el patio estaba excesivamente abarrotado, se limitaban a sacarlos y enterrarlos en un gran foso dentro del recinto del templo sagrado.

Un egipcio tenía que ser rico o influyente para poderse pagar una estatua de piedra. No es de extrañar que las estatuas recuperadas nos proporcionen un fiel reflejo de las clases sociales más altas. La mayoría de las estatuas representan a hombres relativamente ricos, que pueden estar solos o formar grupos familiares, todos ellos participantes en el pago de una estatua comunitaria. No son raras las estatuas de marido-y-mujer ni las de grupos familiares que incluyen a los hijos dependientes del matrimonio, en los que

casi siempre vemos que la mujer respalda físicamente al marido rodeando su cuerpo con el brazo, colocándole la mano en el hombro en una actitud tradicional de esposa. Todavía no está claro si esta postura debe interpretarse como una actitud servil o como un signo de solidaridad conyugal. Las estatuas del rey y la reina muestran invariablemente a la mujer a mucha menor escala que el marido. Constituye un reflejo real de la importancia relativa de la pareja, pero más revelador de la diferencia existente entre un dios y un mortal que entre marido y mujer. En otros grupos familiares la pareja está representada a escala natural y, en los casos en que la mujer de estatura normal se casaba con un hombre enano, el marido también aparecía más bajo que la mujer. La mujer iba vestida invariablemente con ropas ceremoniosas que permitían al artista subrayar sus atractivos sexuales acentuando el perfil de los pechos. Son muy escasas las estatuas femeninas únicas, las de grupos de mujeres solas o de grupos donde la mujer tenga un papel dominante, lo que indica que las mujeres, ya sea por elección, por necesidad económica u oportunidad social, no invertían dinero en estatuas.

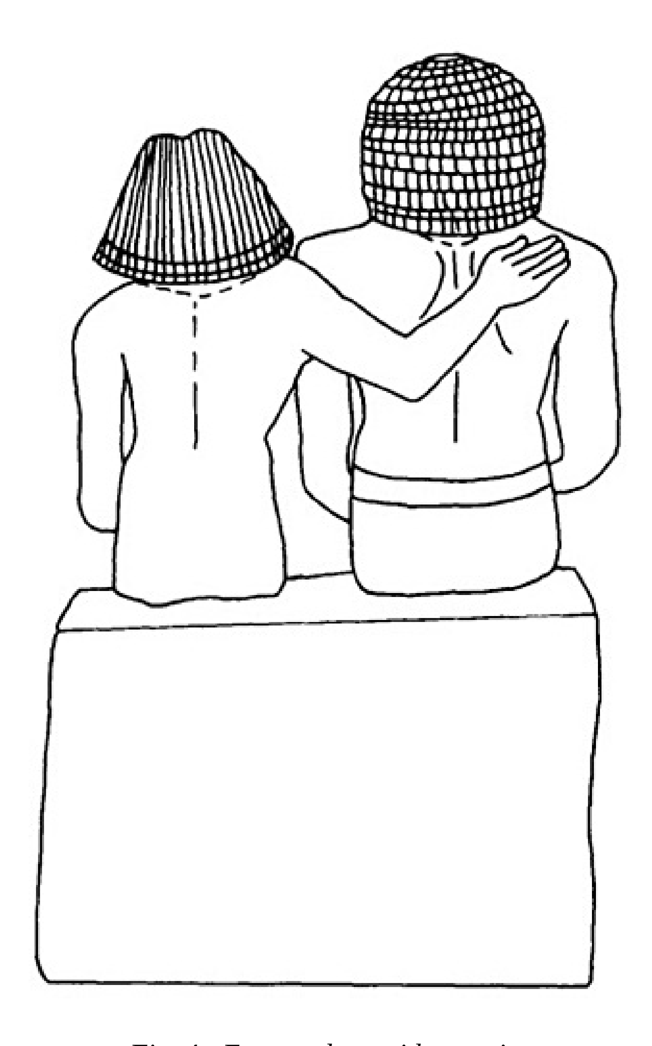


Fig. 4 - Estatua de marido y mujer

> Quien ofende a mi concubina está contra mí y yo contra él. Mirad, ella es mi concubina y todos saben cómo hay que tratar a la concubina de un hombre… ¿Tendría paciencia alguno de vosotros si alguien hubiera denunciado a su mujer? ¿Por qué debo entonces tenerla yo?
>
> *Carta del sacerdote Heqanajt*

La carta antes citada fue escrita por el sacerdote menor del Imperio Medio, Heqanajt, a su familia.[6] Refleja, igual que reflejaría una carta actual, desavenencias domésticas y trifulcas, y el sentimiento de inquietud que refleja este mensaje colérico inspiró a Agatha Christie su famoso libro de asesinatos y misterio titulado *Muerte en el Nilo*, que transcurre en el Egipto faraónico.[7]

Los egipcios instruidos eran escritores inveterados y, gracias a la sequía del desierto, se ha asegurado la conservación de inscripciones monumentales, frágiles papiros y rollos de cuero en los que no sólo leemos declaraciones reales impersonales, textos de ceremonias religiosas convencionales y cartas de negocios bastante aburridas, sino también casos legales privados, poemas de amor románticos y cartas familiares íntimas que a veces prestan rostro humano a los huesos resecos que nos ofrece la arqueología. Los ostraca (*sing*, ostracón: lascas y fragmentos de enseres de barro usados como base para escribir) eran los blocs de notas del pasado y se usaban a millares cuando los egipcios querían anotar cosas sin importancia y no querían derrochar los caros papiros. Gracias a que ha sobrevivido un enorme número de estos ostraca podemos hacernos una idea de la vida rutinaria de la gente corriente. Quizás no debería sorprendernos demasiado la noticia de que las relaciones humanas del antiguo Egipto eran muy parecidas a las actuales: había familias unidas y en las que imperaba el afecto y, tal como sugiere la correspondencia de Heqanajt, enconadas peleas entre familias por asuntos de dinero y posición. Abundaban los cotilleos y las alusiones, mientras que los rumores relativos a conductas inmorales eran, como no podía ser de otra manera, de interés general.

Sin embargo, hay que tratar con cautela todos estos escritos. Conviene no perder de vista que las noticias que tenemos son incompletas y están seleccionadas al azar, que aunque han sobrevivido muchos textos, son más aún los destruidos, lo que nos priva de aspectos enteros de la vida egipcia. Los documentos que han sobrevivido nos plantean diversos problemas de interpretación. Aunque somos capaces de traducir literalmente muchas de las palabras que usaron los egipcios, nuestros antecedentes culturales y sociales son distintos. Así como un visitante del planeta Marte que llevara tan sólo un

diccionario tendría dificultades para comprender los comentarios de un partido de fútbol transmitido por radio o el sentido de las palabras de una canción pop, a nosotros también pueden escapársenos muchos de los sutiles matices y expresiones coloquiales que para el lector destinatario resultarían claros. Éste es el caso particularmente de las canciones de amor, así como de los mitos y leyendas, en los que los egipcios se servían con toda intención de metáforas y dobles sentidos a fin de dar un giro simpático a sus palabras. La costumbre egipcia de exagerar e incluso inventar las gloriosas hazañas esculpidas en las inscripciones monumentales no hace sino aumentar nuestra confusión; los mismos egipcios no veían por qué no podían atribuirse ya no digamos los monumentos, sino también los hechos de sus ilustres antepasados.

Ante todo debemos tener presente que sólo un pequeño porcentaje de la población sabía leer y escribir, casi todos hombres pertenecientes a las clases media y alta. Las pruebas documentales que han sobrevivido hacen referencia principalmente a temas que conciernen a una parte restringida de la comunidad, están escritas desde un punto de vista masculino y van dirigidas a un lector contemporáneo masculino. Incluso cuando un texto pretende estar escrito por una mujer —por ejemplo, los poemas de amor escritos por una joven—, es frecuente que estuviera compuesto por un hombre, por lo que da una interpretación masculina de los supuestos sentimientos femeninos. Debido a que la mayoría de las mujeres no sabían leer ni escribir, muchos temas de exclusivo interés femenino quedan excluidos de los registros escritos que se han conservado.[8]

> El capitán de barco Ahmosis, hijo de Abana, el justiciero, habla y dice: «Os hablo a todos vosotros. Hablo para daros a conocer los favores que se me han otorgado. He sido recompensado con oro siete veces a la vista de todo el país, también con esclavos y esclavas. Me han concedido asimismo muchos campos. El nombre del hombre valeroso se conserva en sus hazañas, no perecerá en la tierra para siempre».
>
> *De la autobiografía de Ahmosis, hijo de Abana, del Imperio Nuevo*[9]

Siguiendo una tradición que se inició en el Imperio Antiguo, muchos egipcios instruidos y de clase alta llevaron un registro permanente de sus actividades diarias y de los éxitos conseguidos. Esta «autobiografía» extensa, escrita con buen estilo, se conservó en las paredes de sus tumbas. Es típico que estos textos detallen las pruebas por las que pasó el difunto y sus éxitos y,

aunque siempre están escritos en un estilo exagerado y, vistos con ojos actuales, más bien jactancioso, pueden proporcionar al estudioso de la historia de Egipto un gran caudal de información sobre la vida del interesado. Desgraciadamente, por ser ocupantes secundarias de las tumbas, las mujeres rara vez nos han dejado este tipo de información. No tenemos autobiografías femeninas para compararlas con las de los hombres,[10] y los epítetos que tradicionalmente se usaban para elogiar a una difunta son más bien insulsos: «Aquella a quien la gente elogiaba» o la «Guardiana del corazón huérfano», todos ellos vagos y más bien carentes de sentido.

> Consejo para proteger a una mujer cuya vagina se resiente con el movimiento. Hay que preguntarle: «¿Qué hueles?». Si te contesta: «Huelo a asado», entonces sabrás que son los síntomas *nemsu* de su vagina. Debes fumigarla con lo que ella huela como asado.
>
> *Extracto del Papiro Médico de Kahun*

Sólo hay una clase particular de documento que nos ofrece la oportunidad de contemplar a la mujer egipcia real despojada de su modesto velo de intimidad. Los llamados Papiros Médicos[11] —manuales que enumeran todos los síntomas conocidos y las curas propuestas para una variedad de dolencias y accidentes de tipo corriente— vienen a sumarse a los detalles procedentes de las sepulturas y restos momificados que han sobrevivido y nos ofrecen una fascinante imagen de la vida diaria del médico egipcio y sus pacientes. Esta prueba científica indica que la mujer indígena egipcia era por término medio relativamente baja de estatura, tenía el cabello y los ojos oscuros y la piel de una tonalidad morena clara. Sus expectativas de vida no acostumbraban a ir más allá de los cuarenta años y se daba por sentado que superaría la etapa infantil y los numerosos embarazos.

Las idílicas escenas que decoran las paredes de muchas tumbas dan la impresión de que los egipcios pertenecían a una raza saludable y en buena forma física, sin demasiados problemas de enfermedades. Sin embargo, es una impresión que se contradice totalmente con las pruebas médicas, que revelan que se trata de una población expuesta a una gran variedad de enfermedades debilitadoras que proyectaban una amenaza sobre su vida y que van desde la lepra y la viruela hasta la espina bífida y la polio. Incluso dolencias más insignificantes, como las diarreas, la tos y las heridas, podían resultar mortales sin los medicamentos actuales, en tanto que la mayoría de la población padecía de forma intermitente de artritis reumáticas dolorosas y de

abscesos dentales graves. El *Papiro de Edwin Smith* de la XVIII dinastía muestra un cuadro gráfico de los peligros que pueden presentarse en una sociedad donde la mayoría de los proyectos de construcción eran llevados a cabo con las mínimas precauciones y donde las guerras eran relativamente frecuentes. Este papiro es un tratado especializado en el tratamiento de espantosas heridas derivadas de la vida laboral e incluye historias de casos típicos: «Instrucciones para una herida abierta en la cabeza que ha destrozado el cráneo» u otra más seria: «Instrucciones para una herida abierta en la cabeza que penetra hasta el hueso, destroza el cráneo y deja el cerebro al descubierto». No es de extrañar que este último accidente se clasificase entre las enfermedades «no sujetas a tratamiento».

En el reverso del *Papiro Edwin Smith* aparece la información que más estrechamente se relaciona con un estudio de las mujeres. En algún momento del pasado un escriba o un médico egipcio usó el reverso del papiro para anotar en él una serie de textos mágicos y de tratamientos adecuados para una gran variedad de dolencias. En ellos se incluye una «receta para los problemas de la mujer», dos tratamientos «para el cutis» y una receta «para algunas dolencias del ano y zona próxima». Esta mezcla aparentemente aleatoria de consejos prácticos, conocimientos científicos y ritos supersticiosos indica claramente el límite poco definido que existió siempre entre la medicina antigua y la magia. En efecto, los médicos egipcios no intentaron establecer nunca una diferencia entre la efectividad de un tratamiento científico racional y las curas supersticiosas o sobrenaturales, como tampoco hicieron nunca ninguna distinción entre las dolencias médicas y problemas como la caspa persistente y las arrugas faciales que en la actualidad serían casos más propios para un esteticista que para un médico. Partían, en cambio, de la postura de que todo el mundo nacía sano y de que la enfermedad y las dolencias, cuando no eran consecuencia directa de un accidente, estaban producidas por un gusano parásito o un espíritu maligno que se introducía en el cuerpo. Es lógico, pues, que tomaran medidas prácticas para aliviar los síntomas físicos molestos a la vez que confiaban en hechizos mágicos para expulsar el espíritu maligno y así curar o disipar la enfermedad.

El *Papiro Médico de Ebers*, que también data de la XVIII dinastía, quizás sea el más avanzado científicamente de los documentos médicos egipcios. Su contenido es menos específico que el del *Papiro Edwin Smith*, pero presenta la misma mezcla de magia simpática y buenos consejos al tratar de las dolencias más comunes entre los egipcios, enfermedades internas y achaques tan comunes como la calvicie y problemas respiratorios. El apartado que trata

de los problemas específicos del hombre es muy corto y en él sólo se detallan cuatro enfermedades particulares (prurito, priapismo, impotencia y gonorrea). El apartado más largo, que se ocupa de las cuestiones femeninas, trata principalmente de la reproducción y de los problemas asociados a la contracepción, la lactancia y el bienestar de los niños. Sorprende que, tratándose de un país cuyos ritos funerarios fomentaban la disección de los difuntos, el conocimiento del funcionamiento interno del cuerpo de la mujer fuera tan limitado. La ginecología no era un tema especializado y existían algunos extraños equívocos en relación con el funcionamiento de los órganos femeninos. Por ejemplo, aunque se conocía la posición del cérvix, no se tenía ninguna referencia en relación con los ovarios, y se creía que el propio útero era móvil y capaz de flotar libremente dentro del cuerpo femenino. Se creía que un útero errante provocaba un gran dolor en la paciente y se concibieron varios métodos para volver a situar aquel órgano itinerante en la pelvis, el más extendido de los cuales fue la fumigación de la desgraciada paciente con excrementos humanos desecados.

> Método para que el útero femenino vuelva a su sitio correcto: se mezcla la brea de la madera de un barco con los sedimentos de una cerveza de calidad, que se toma la paciente.
>
> *Extracto del Papiro Médico de Ebers*

Se suponía también erróneamente que una mujer sana tenía un conducto independiente que conectaba el útero con el resto de su cuerpo, creencia que se transmitió a la sabiduría médica griega posterior. Se concibieron muchas pruebas de fertilidad tendentes a localizar cualquier obstrucción de este conducto que evitara el embarazo. Además, el *Papiro Médico de Kahun* aconsejaba que la paciente se sentara sobre una mezcla de harina de dátiles y cerveza. Después de este tratamiento la mujer fértil vomitaría y el número de las arcadas sería una indicación segura del número de posibles embarazos. Se recomienda un tratamiento similar en el *Papiro Médico de Berlín*. Por otra parte, según una prueba que más tarde usaría Hipócrates, se introducía un pesario de ajo o cebolla en la vagina de la mujer y se dejaba en ella toda la noche. Si a la mañana siguiente se detectaba olor a ajo en el aliento de la paciente se consideraba que era fértil. A veces los médicos podían detectar la causa exacta de la esterilidad femenina: cuando el rey de los hititas solicitó a su aliado Ramsés II los servicios de un médico egipcio que le ayudase a poner remedio al matrimonio estéril de su hermana, el rey le contestó indicándole

con más sinceridad que tacto que, como la mujer en cuestión tenía alrededor de sesenta años, las esperanzas de solucionar el caso eran pocas.

> Entonces el campesino le dijo a su mujer: «Mira, me voy a Egipto a buscar comida para mis hijos. Ve y sepárame la cebada que sobró del año pasado, que encontrarás en el granero». La mujer le separó veintiséis galones de cebada. El campesino le dijo entonces: «Mira, guárdate veinte galones de cebada para que comáis tú y tus hijos. Y ahora haz pan y cerveza con seis galones de cebada para que yo pueda comer durante los días que dure el viaje».
>
> *De la Historia del Campesino Elocuente, del Imperio Medio*

La literatura egipcia tuvo un desarrollo bastante tardío y fue ganando gradualmente en sutileza desde los sencillos cuentos heroicos de acción que estuvieron de moda durante el Imperio Antiguo hasta las alegorías más complejas y sugerentes de los Imperios Medio y Nuevo. Sin embargo, durante el Periodo Dinástico las mujeres sólo se incluían en las historias como figuras secundarias, subsidiarias y al margen de la trama principal. Las esposas y las hijas podían encargarse de proporcionar comida y ropa a sus hombres intrépidos, pero no los acompañaban nunca en sus aventuras y se contentaban con quedarse en casa y cuidar de la misma. Efectivamente, el contenido de las historias, extremadamente centrado en los hombres y con un indudable atractivo viril, sugiere que las narraciones egipcias que han perdurado vienen a ser unos relatos que los hombres contaban a otros hombres. Podría ser que las historias de mujeres equivalentes, que fueron populares entre ellas, no llegaran a escribirse nunca. Seguramente esto puede explicar la inexistencia de una literatura romántica y la ausencia total de unos detalles domésticos que no tendrían ningún interés para los hombres. La constante descripción que persiste en los relatos que nos han quedado y que nos hablan de esposas e hijas que son mujeres fieles pero pasivas y más bien insignificantes confirma la idea representada en las pinturas y esculturas contemporáneas de que los hombres y mujeres egipcios llevaban vidas independientes y con responsabilidades diferentes pero complementarias.

Hacia el final del Periodo Dinástico, cuando Egipto sufrió la creciente influencia extranjera, la tradición de escribir sobre mujeres buenas pero insignificantes se vio interrumpida de pronto por los escribas, que empezaron a representar mujeres más reales, con facetas buenas y malas en su carácter. [12] Rápidamente las mujeres de las historias se transformaron en seres que

eran más malos que buenos. Este cambio brusco de actitud se hace evidente tanto en las narraciones de carácter literario como en las instrucciones de los escribas que se utilizaban como textos reglamentarios en todas las escuelas egipcias. En el Periodo Tardío el escriba Anjsheshonq escribía sobre las mujeres de una forma que parecía indicar que tampoco él disfrutaba de una vida hogareña totalmente feliz:

> Deja que tu mujer vea tu riqueza pero no se la confíes… No abras tu corazón a tu mujer, ya que todo lo que le digas en privado se repetirá en la calle… Si una mujer no desea los bienes de su marido quiere decir que está enamorada de otro hombre.

Anjsheshonq mantenía una actitud muy ambivalente con las mujeres, ya que en la misma obra también expresa su admiración a la mujer buena de carácter noble, que «es como la comida que llega en época de hambre». ¿Creía que una mujer buena era un caso raro? ¿O sus comentarios sobre las esposas que no son merecedoras de confianza vendría a ser simplemente el equivalente antiguo de los chistes despectivos sobre las «suegras», aún hoy día populares entre algunos cómicos actuales?

Se presentaba a muchas mujeres literarias bajo una luz marcadamente desfavorable. La *Historia de Dos Hermanos*, por ejemplo, correspondiente a la XIX dinastía, describe las desavenencias que surgieron entre los hermanos Anubis y Bata cuando la astuta esposa de Anubis intentó primero seducir a su cuñado y después, al verse rechazada, lo acusó de intento de violación:

> Entonces la mujer de su hermano mayor se asustó y cogió grasa y manteca e hizo como que había sido golpeada a fin de poder decir a su marido: «Ha sido tu hermano menor quien me ha golpeado». El marido, como correspondía a la rutina diaria, regresó a casa al anochecer. Al llegar a casa encontró a su mujer tendida y aparentemente enferma. La esposa no le vertió agua en las manos como tenía por costumbre, ni tampoco había encendido el fuego. La casa estaba a oscuras y ella seguía tendida y vomitando…

Anubis, enloquecido y confiando en su mentirosa mujer, se dispuso a matar inmediatamente a su hermano quien, advertido mágicamente por su vaca preferida y que además hablaba, se vio obligado a huir de su casa para enfrentarse a una vida llena de peligros, desgracias y aventuras. Por desgracia,

Bata demostró ser también un mal juez del carácter femenino y a la larga también fue traicionado por una mujer infiel.

En el *Cuento de la Verdad y de la Mentira*, correspondiente al Imperio Nuevo, vemos que aparece también caracterizada una mujer igualmente desagradable y en él la Verdad más bien inocente, ya traicionada y cegada por las mentiras de su engañosa hermana la Mentira, se ve seducida por una mujer atractiva y egoísta. Aunque la mujer engendró el hijo de la Verdad, trató muy mal al que fue su amante y lo obligó a hacer las funciones de humilde portero en su casa. Hasta que el hijo no fue lo bastante mayor para dudar de quién podía ser su padre, la Verdad no le otorgó la posición que le correspondía en la familia.

> Cuando te veo mis ojos brillan y me acerco a ti para mirarte, el más amado de los hombres que domina mi corazón. ¡Oh, la dicha de este momento, que dure para siempre! Desde que dormí contigo me despertaste el corazón. ¡No me abandones nunca!
>
> *Canción de amor del Imperio Nuevo*

Las canciones líricas de amor y los poemas románticos fueron muy populares durante el Periodo Dinástico. Estos versos semieróticos, con sus referencias explícitas a la relación sexual mezcladas con una serie de alusiones encubiertas al acto sexual, dieron ocasión a que las muchachas egipcias expresaran su propia sexualidad y manifestaran claramente que una mujer puede desear a un hombre de la misma manera que un hombre puede desear a una mujer. Existe siempre el peligro de que los versos representen el deseo de los poetas de evocar a través de melancólicos sentimientos las imágenes fascinantes de un mundo inexistente, poblado de mujeres dispuestas a la entrega sexual. Sin embargo, indican también que la sociedad egipcia mostraba una actitud sorprendentemente ecuánime ante las relaciones entre dos bandos independientes pero que se toleraban mutuamente y que no le importaba que las mujeres expresaran unos sentimientos amorosos y una excitación sexual.

> Procura que tu mujer esté apartada del poder, manténla a raya… Así podrás retenerla en casa.
>
> *Consejo de un escriba del Imperio Antiguo dirigido a los jóvenes*

El papel de la mujer en el arte y literatura del Periodo Dinástico es más bien la imagen estereotipada de la mujer vista por el hombre. En pintura y escultura representa a la esposa, hija y madre sumisas, mientras que en literatura presta su fiel apoyo a su emprendedor marido. Siempre es pasiva y sumisa; su vida privada y sus pensamientos son más bien nulos. Esta clase de pruebas permiten entender un poco la jerarquía familiar egipcia. Vemos, por ejemplo, que el marido se consideraba claramente el cabeza de familia, por lo que adivinamos que sabía poco de la rutina diaria de la mujer. Sin embargo, la mujer real todavía permanece terriblemente atormentada y escondida detrás de una pantalla de convenciones y tradiciones. Esta imagen idealizada de la mujer egipcia y el matrimonio queda hasta cierto punto equilibrada con el verdadero trato que recibían las mujeres en la comunidad.

Por desgracia no ha sobrevivido ningún libro egipcio de leyes. Sin embargo, existen suficientes pruebas en forma de documentos judiciales y correspondencia legal para demostrar que, por lo menos en teoría, mujeres y hombres de una misma clase social eran iguales desde el punto de vista legal. Esta igualdad otorgaba a la mujer egipcia de la época dinástica, fuera casada o soltera, el derecho a heredar, a comprar y a vender bienes y esclavos a su antojo. Podía hacer un contrato legal válido, tomar en préstamo o prestar bienes e incluso entablar un juicio. Quizás lo más importante es que podía vivir sola sin la protección de un hombre. Este aspecto supuso una innovación sorprendente en unos tiempos en que las mujeres de otras importantes civilizaciones quedaban relegadas en menor o mayor medida, pero de una manera natural, a un rango inferior, situada a un mismo nivel que los niños menores y los perturbados psíquicos. Las leyes escritas de Mesopotamia, correspondientes a la misma época, al igual que las de Grecia y Roma, de época posterior, propugnaban invariablemente el principio de la superioridad del hombre, por lo que se consideraba normal y natural que la conducta de la mujer estuviese regulada por el hombre en todo lo que era la vida cotidiana y en gran parte del mundo antiguo.[13]

El *Código de Hammurabi*, en Mesopotamia, que consolidó la ley babilónica hacia el 1750 a. C., incluía muchas regulaciones que hacían referencia al control del comportamiento femenino y del considerado adecuado en el matrimonio. Resaltaba, en particular, la indiscutible autoridad del hombre dentro de la familia, donde las mujeres y los hijos eran tratados como un bien más puesto a la entera disposición del marido. Las mujeres disfrutaban de ciertos derechos legales y económicos muy importantes, entre ellos el de tener unos bienes propios y el acuerdo aceptado en un matrimonio

vinculante, considerados derechos estrictamente limitados. Era muy difícil para una esposa, por ejemplo, divorciarse de un marido que ella no considerase aceptable, del mismo modo que la mujer no podía disponer de su dote, que la ley trasladaba a sus hijos cuando ella moría.[14]

Las leyes y costumbres griegas todavía eran más represivas en lo tocante al trato con las mujeres y condenaban a todas las esposas e hijas a una protección perpetua y humillante.[15] Las mujeres griegas respetables, excluidas a todos los efectos de la vida pública, tenían pocos derechos legales a menos que actuaran bajo el total consentimiento de su *kurieia* o protector legal varón. En consecuencia, muchas mujeres de clase alta llevaban una vida muy poco satisfactoria y permanecían confinadas en sus habitaciones, donde pasaban las largas jornadas tejiendo y dirigiendo el trabajo de la casa. Solamente en Esparta se permitía a las jóvenes disfrutar del ejercicio sano y se las animaba positivamente a que no pasaran demasiado tiempo hilando. En la conservadora Atenas se estimaba que esta actitud liberal era desagradablemente laxa. Bajo la ley estricta de Atenas, las mujeres eran propiedad de sus padres o del esposo que las hubiera escogido. Su dote era siempre tutelada por el marido, que no les permitía heredar ni hacer contratos legales válidos. En cuanto a los hijos, pasaban a ser propiedad del padre y de su familia.

De la mujer romana se esperaba también que se comportase con modestia y decoro, aunque se le permitía disfrutar de un abanico más amplio de actividades sociales que a su hermana griega. Se aceptaba que una matrona romana cenara con invitados del sexo opuesto, visitara tiendas y templos e incluso desempeñara un modesto papel en la promoción de la carrera de su esposo. Los griegos que visitaron Roma por vez primera se quedaron muy confundidos al ver que las señoras de la casa también se sentaban a la mesa. Sin embargo, pese a disfrutar de esta libertad, la mujer romana permanecía bajo la tutela legal paterna hasta que se casaba, momento a partir del cual el padre tenía la opción de ceder su custodia al nuevo marido, concediendo de este modo a la novia los mismos derechos legales que a cualquier otra hija del novio. En caso de que el padre no actuara de esta manera, se mantenía financieramente responsable de su hija, que seguía siendo un miembro legal de la familia. La mujer necesitaba el consentimiento de su protector en todos los asuntos legales, aunque no podía tener la custodia de sus hijos.

¿Cómo consiguió la mujer egipcia, que gozaba de tan insólita libertad, desarrollar y mantener su posición legal de igualdad? Pregunta misteriosa que sigue sin una respuesta totalmente satisfactoria. Los primeros egiptólogos,

erróneamente influidos por los trabajos pioneros de Frazer,[16] creían que la libertad legal de las egipcias era una prueba directa de que el sistema egipcio de gobierno se había desarrollado a partir de un sistema matriarcal puro.[17] Ahora se sabe que esta teoría es completamente falsa y lo que parece más probable es que haya que buscar la respuesta en una consideración de los aspectos más insólitos de la cultura egipcia. La sumisión legal de las mujeres en las demás sociedades parece obedecer a la necesidad de asegurar que se negaría a las mujeres la misma libertad sexual que gozaban los hombres, no sólo para impedir la descendencia sino para evitar, además, la reproducción ilegítima. Si esto era resultado directo de la necesidad de crear una clase selecta que rigiera el país y de limitar así la dispersión de los bienes familiares, la existencia de un rey-dios y la ausencia de una clase de «ciudadanos» estrictamente definida hace que estas consideraciones resulten irrelevantes en Egipto. La naturaleza rígida del sistema de clases egipcio y el modelo tradicional de los emparejamientos con vistas al matrimonio hacía difícil que los bienes privados que se poseían pudiesen dispersarse con el matrimonio, al tiempo que la gran fertilidad del valle del Nilo redujo la lucha por el acceso a los recursos que existía en sociedades menos afortunadas. El reconocimiento de que la descendencia tanto podía pasar a través de la línea materna como paterna, característica de muchas culturas africanas, es algo que quizá contribuyó también a proteger los derechos de las mujeres. Los egipcios siempre consideraron importante la línea familiar femenina, y era frecuente que las madres fueran honradas en las tumbas de sus hijos.



Fig. 5 - Estela del niño Mery-Sejmet en brazos de su madre, cuyo nombre ignoramos

Esta situación de igualdad permitía a las mujeres un libre acceso al sistema legal. Las mujeres podían emprender una acción contra sus conciudadanos y declarar ante un tribunal, como también podían ser juzgadas públicamente por sus delitos. La justicia egipcia tenía como base un tribunal o sistema de arbitraje. Tanto los ricos como los pobres estaban autorizados a presentar demandas formales, y un magistrado local juzgaba cada caso legal de acuerdo con sus propias características. Muchos casos importantes se dirimían ante un tribunal o jurado especial de ciudadanos, mientras que el visir, que era en la práctica el jefe de todo el sistema legal egipcio, juzgaba personalmente los asuntos más graves y complejos. Aunque el soborno de los funcionarios era uno de los problemas más recurrentes y las familias poderosas tenían excesiva influencia en los tribunales, teóricamente la justicia estaba al alcance de todos los egipcios cualquiera que fuese su sexo o clase. Los fragmentos de vasijas recuperados en Deir-el-Medina indican, sin embargo, que las mujeres generalmente estaban menos involucradas en acciones legales que los hombres, lo que indica que tenían un papel menos importante en la vida pública. Las mujeres que se veían obligadas a comparecer ante un tribunal solían hacerlo más en calidad de defensoras que de demandantes y disponemos de documentos legales que tratan de casos en

que se juzgó a mujeres por deudas impagadas, robos e incluso por negligencia ante un pariente enfermo.

El caso de Mose, una encarnizada pendencia legal en torno a un complicado enredo de documentos falsificados y testigos mentirosos, demuestra claramente el derecho de las mujeres a heredar propiedades, actuar como fiduciarias y plantear una demanda ante los tribunales de justicia. Mose, un burócrata empleado en la tesorería de Ptah, en Menfis, reprodujo con orgullo toda la reyerta en el muro de su tumba de Sakkara.[18] Nos expone en él que su antepasado, un tal capitán Neshi, recibió una pequeña finca como recompensa por los leales servicios prestados al rey. Dicha finca se mantuvo intacta dentro de la familia de Neshi durante más de doscientos años, pasando de una generación a otra, administrada por un fiduciario que actuaba en nombre de los herederos legales. Durante el reinado del rey Horemheb, un hombre llamado Jay fue nombrado fiduciario de la finca, si bien este nombramiento fue recusado por una señora llamada Wernero, abuela de Mose, y el tribunal acabó confirmando a Wernero en el puesto de fiduciaria de sus cinco hermanos y hermanas. Desgraciadamente Tajaru, una de las hermanas de Wernero, presentó una objeción al nombramiento, por lo que se decidió que la tierra se dividiría en seis partes iguales a repartir entre todos los herederos legales. El padre de Mose, Huy, y su abuela, Wernero, apelaron contra esta decisión pero, antes de que se resolviera la situación, murió Huy en tanto que la madre de Mose, Nubnofret, quedaba excluida por Jay de su sexta parte de tierras. Aunque Nubnofret presentó inmediatamente una queja formal ante el tribunal, no pudo demostrar su derecho a la tierra porque Jay presentó documentos falsificados como prueba y quedó propietario de la herencia de Mose. Sólo cuando Mose tuvo edad para pleitear por su caso, presentando varios testigos que declararon bajo juramento ante el Gran Jurado del visir, se resolvió finalmente el juicio a su favor.

> Soy una mujer libre de Egipto. He criado ocho hijos y les he proporcionado todo lo necesario para vivir. Pero ahora soy vieja y ved que mis hijos ya no me cuidan. Por eso he decidido dejar mis bienes a aquellos que se han ocupado de mí. No daré nada a los que me han abandonado.
>
> *Última voluntad y testamento de la señora Naunajte*

El derecho a la propiedad era un privilegio legal muy importante, que significaba un grado de seguridad para todas las mujeres solteras, viudas y

abandonadas y para los hijos menores. La última voluntad y testamento de la señora Naunajte, de la XX dinastía, muestra hasta qué punto las mujeres podían disponer a su antojo de sus bienes. Naunajte, madre de ocho hijos, había obtenido muchas riquezas de su familia y de su primer marido, pero al envejecer se hizo cada vez más dependiente de sus hijos. Declaró su voluntad bajo juramento ante un tribunal de justicia, manifestando que quería que su propiedad se repartiera sólo entre los cinco hijos que la habían seguido cuidando durante la vejez y desheredó a los que se habían desentendido de su situación. Sin embargo, reconociendo que no podía ignorar la participación de su marido en la propiedad conjunta ni tampoco los bienes personales de éste e impedir que se dividieran según sus deseos, admitió que «con respecto a estos ocho hijos míos, tendrán la parte proporcional de los bienes de su padre». Es evidente que las familias de hace tres mil años eran tan de poco fiar como las actuales.

> El título de traspaso hecho por el sacerdote Wah:
>
> Hago este traspaso a mi esposa, Sheftu hija de Sopdu, conocida por Teti, de todo lo que me dejó mi hermano. Ella, por su parte, lo deberá transferir a cualquiera de los hijos que tenga de mí según sus deseos. Le doy los tres «asiáticos» que me dejó mi hermano, que podrá ceder a cualquiera de sus hijos según desee. Respecto a mi tumba, seré enterrado en ella al igual que mi mujer, sin la intromisión de nadie. Además, mi mujer vivirá en nuestra casa, que mi hermano construyó para mí, sin que nadie pueda expulsarla de ella…
>
> *Última voluntad y testamento del Imperio Medio*

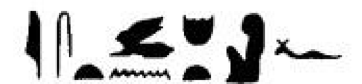
La propiedad adquirida por una pareja durante el matrimonio era considerada legalmente un bien común por lo que, además de sus pertenencias, la mujer tenía derecho a una parte de esta propiedad conjunta.[19] A su muerte esta parte pasaba a sus hijos, o a la propia mujer si se divorciaba, mientras que las dos terceras partes restantes se dividían primero entre los hijos del marido y luego entre los hermanos y hermanas de éste. Además, la viuda heredaba automáticamente una parte proporcional de la propiedad privada de su marido y, de hecho, algunos maridos se valían de los conocimientos que tenían del sistema legal para garantizar que su pareja recibiría la totalidad de la herencia transfiriendo legalmente sus propiedades a la mujer antes de morirse, lo que vendría a ser el equivalente actual del

procedimiento que intenta evitar los impuestos de herencia deshaciéndose de los bienes en vida.

Otro método más tortuoso para evitar que los hermanos o hermanas reclamaran la propiedad matrimonial consistía en que el marido adoptara a su mujer como hija. Existe un documento legal fascinante, correspondiente al Imperio Medio, que explica con detalle la adopción de la mujer Nenufer por su marido Nebnufer: «Mi marido redactó un escrito por el que me convirtió en su hija, ya que no tenía hijo ni hija aparte de mí».[20] Esta declaración, hecha ante testigos, era de obligatoriedad jurídica y permitió que Nenufer heredara toda la propiedad de Nebnufer, ya que era a la vez su esposa e hija. Diecisiete años más tarde Nenufer, viuda entonces, hizo un añadido importante a la escritura legal en la que explicaba que su marido y ella habían comprado una esclava para que hiciera de madre suplente de los supuestos hijos de Nebnufer. Dicha esclava tuvo dos niñas y un niño, que fueron manumitidos y a su vez adoptados por Nenufer y, como el hermano de Nenufer expresó el deseo de casarse con una de las chicas, también él fue adoptado por su hermana para así poder recibir su parte de propiedad familiar. El derecho legal de Nenufer a heredar la propiedad, hacer testamento con obligatoriedad legal, adoptar a un niño y liberar a un esclavo quedan explícitos en este texto.

Desgraciadamente, durante el periodo grecorromano, en que las leyes, las costumbres y el lenguaje griegos empezaron a ejercer una influencia importante en el estilo de vida egipcio, el derecho de la mujer a la igualdad fue desapareciendo a ritmo lento pero implacable. En ese tiempo muchas familias griegas se instalaron en Egipto, en tanto que sus mujeres, tan enclaustradas y protegidas por el guardián legal de su *kurieia*, se instalaron a vivir codo con codo con las egipcias liberadas. Muchos egipcios, al ver que ese estilo de vida exótico de los griegos era preferible al suyo propio, se apresuraron a adoptar estas nuevas formas de comportamiento. De hecho, tenemos documentos que nos confirman que muchas mujeres no griegas, que no tenían necesidad legal de guardián, solicitaron uno, quizá movidas por el deseo de que las confundieran con las sofisticadas griegas y no con las provincianas egipcias. En el periodo romano, cuando las tradiciones romanas vinieron a añadirse al sustrato cultural griego y egipcio, las mujeres ya habían perdido sus antiguos derechos y privilegios y, aunque las costumbres locales les habían permitido vivir de una manera menos reprimida que las habitantes de Roma, no estaban ni con mucho tan emancipadas como lo fueron un día sus antepasadas dinásticas.

2
La felicidad conyugal



> Funda una familia y ama a tu mujer en casa como es debido. Llénale el estómago de comida y cubre con ropa su espalda… Alégrale el corazón mientras vivas.
>
> *Texto de la Sabiduría, Imperio Antiguo*

Los que no tienen disposición romántica o los cínicos creen que el matrimonio es poco más que un simple contrato económico entre un hombre y una mujer destinado a formar una unidad operativa eficaz, a consolidar alianzas y al mismo tiempo a proteger las propiedades y a legitimar a los hijos. El amor puede ser o no un lazo más que sirve para unir a las partes, en realidad no indispensable para el éxito del matrimonio. En el caso específico de las mujeres, la ceremonia de la boda, que simboliza el importante paso de la situación de hija a la de esposa, también representa la transición reconocida de niña a mujer adulta y el inicio de una nueva función en la sociedad. Injustamente y de forma casi universal, se trata con más respeto a las casadas que a sus hermanas solteras. En efecto, mujeres y hombres de distintas culturas y distintas épocas históricas han expresado reiteradamente la opinión de que una mujer soltera ha fracasado en el papel principal que, como mujer, tiene asignado en la vida.

Todas estas generalizaciones sobre el matrimonio pueden aplicarse también al antiguo Egipto, donde la constitución de una familia sólida y unificada representaba una protección adecuada contra las intemperancias del mundo exterior. Y sin embargo los egipcios, en mucha mayor medida que otras civilizaciones del pasado, nos han transmitido a través de sus pinturas, esculturas y, sobre todo, de sus poemas líricos de amor, hasta qué punto les

complacía lo que de romántico pueda tener el matrimonio. Para todo egipcio sensato, casarse y engendrar hijos debía de constituir una obligación, aunque fuera bien aceptada: los egipcios eran una raza muy dada al amor.

Tradición y biología se unieron para garantizar que el matrimonio seguido de la maternidad fuese el camino que seguirían inevitablemente casi todas las egipcias, razón por la cual las madres educaban a sus hijas desde pequeñas en las tareas domésticas. Cuando una chica alcanzaba la adolescencia no tenía ningún papel en la sociedad, no era niña ni mujer, por lo que se quedaba en una especie de limbo protector, viviendo en casa de su padre, hasta que le encontraban el hombre adecuado para formar pareja. Se consideraba en general que los mejores matrimonios eran los pactados entre los miembros de una misma familia o entre vecinos de una misma posición social y clase profesional. El escriba Anjsheshonq aconsejaba a los padres: «No dejes que tu hijo se case con una novia de otra ciudad, para que no lo aparten de ti». De la misma manera que los campesinos egipcios actuales reconocen el derecho que tiene un primo paterno a pedir la mano de la hija del hermano de su padre, sus antepasados daban preferencia a los matrimonios entre primos carnales o entre tíos y sobrinas, lo que tenía por objeto evitar la división de la propiedad familiar y la pérdida del derecho heredado a trabajar la tierra, considerados de gran importancia en una comunidad agrícola. Parece que las consecuencias genéticas de la endogamia no preocupaban demasiado a los egipcios, pero se han encontrado varios esqueletos con deformaciones congénitas en cementerios locales que demuestran que seguramente hubo problemas ocasionales.



Fig. 6 - Mujeres extranjeras con sus hijos.

El mismo Estado se mostraba muy tolerante con el matrimonio y, a diferencia de casi todas las civilizaciones antiguas, los egipcios no imponían ninguna limitación oficial a las uniones con extranjeros. Como no se observaba la necesidad de preservar la pureza de la raza egipcia, era frecuente que en el harén real del Imperio Nuevo se introdujesen bellezas exóticas. En Amarna, por otra parte, se encontró una estela que muestra a una mujer egipcia con su marido extranjero, fácil de identificar por su peinado e indumentaria inusuales, los dos sentados tranquilamente y sorbiendo cerveza con una paja. En cambio, tanto los griegos como los romanos daban mucha importancia al derecho heredado de ciudadanía, legalmente reservado a las clases altas de la sociedad, lo que por lo menos en parte obedecía al deseo de conservar la pureza de la estirpe que se desarrolló gracias a la tradición de separar a las mujeres de los hombres. La tolerancia egipcia frente a los matrimonios mixtos se hizo extensiva a los celebrados con esclavos, ya fuera entre dos esclavos o entre una persona libre y un esclavo:

> Año 27 del reinado de Tutmosis III. El barbero real Sabestet compareció ante el tribunal de la casa real y testificó: mi esclavo, mi propiedad, se llama Imenjui. Lo busqué con todas mis fuerzas cuando acompañé a mi soberano. Le di como esposa a la hija de mi hermana Nebta, cuyo nombre es Takamenet.
>
> *Documento legal del Imperio Nuevo*

Este enfoque contrasta fuertemente con las complejas normas que se impusieron en Egipto durante el periodo del dominio romano, época en que se tuvo por conveniente obligar a la gente a casarse con otra persona de su misma casta:

> Los hijos nacidos de una ciudadana casada con un egipcio tienen la condición de egipcios y son herederos de ambos progenitores. Si un romano del sexo que sea se casa con alguien que tenga la categoría de ciudadano o de egipcio sin conocer su condición social, los hijos adquieren la categoría del progenitor inferior. Si un romano o un ciudadano se casa con una egipcia cuya clase ignora, los hijos podrán adoptar la condición del padre después de *erroris probatio*. Si una ciudadana se casa con un egipcio creyendo erróneamente que se trata de un ciudadano no podrá imputársele el error y si ambos declaran el

nacimiento de los hijos, habrá que conceder a la descendencia la condición de ciudadanos…[1]

El aspecto más curioso de la actitud indulgente del Estado frente al matrimonio era la total ausencia de tabúes en los matrimonios entre parientes próximos. La mayoría de sociedades no consideran aceptable la unión de hijos con padres o de hermanos con hermanas, por lo que toman las medidas necesarias para que no ocurra. En lo tocante a esta norma, Egipto era una auténtica excepción a la regla. Sin embargo, el incesto no era tan común como apunta la literatura popular. A excepción de la familia real, cuyos miembros se casaban entre sí para salvaguardar la sucesión dinástica y consolidar su condición divina, no hay pruebas fehacientes de la generalización de los matrimonios entre hermanos hasta el periodo romano, y prácticamente no se tiene noticia de la existencia de incesto entre padres e hijos. Se sabe de matrimonios entre hermanastros más que entre hermanos propiamente dichos. Por desgracia para los observadores modernos, los egipcios utilizaban una terminología bastante limitada para el parentesco, por lo que tan sólo se designaba con términos precisos de parentesco la familia nuclear básica: padre, madre, hermano, hermana, hijo e hija. Los demás miembros debían ser identificados de forma más compleja y se designaban como «la madre de la madre» (la abuela materna) o «la hermana de la madre» (la tía materna). Para complicar todavía más las cosas, los nombres con que se designaba específicamente a los familiares podían aplicarse también a miembros ajenos a la familia, por lo que podía emplearse la palabra «padre» para designar al abuelo, al padrastro, a un antepasado o al amo, mientras que «madre» indicaba también a la abuela e incluso a la bisabuela. El término cariñoso «hermana», en el que se englobaba a un amplio grupo de mujeres por las que se sentía afecto y que incluía la esposa, la amante, la prima, la sobrina y la tía, tomado en conjunción con una teología permisiva que tolera el matrimonio entre hermanos en el caso de sus principales deidades, como en el de Isis y Osiris, ha contribuido al malentendido del predominio del incesto entre hermanos y ha provocado una renuencia general a rechazar la imagen de un estilo de vida egipcio decadente transmitida por esos errores de interpretación.

Hubo un malentendido similar en relación con la cuestión de la poligamia egipcia. Aunque no había leyes que prohibieran de forma taxativa los matrimonios polígamos y Herodoto creía firmemente que sólo de los sacerdotes egipcios se exigía que fueran monógamos —dando con ello a

entender que el resto de los egipcios optaban por la poligamia—, los matrimonios múltiples no eran tan habituales como se suele creer. Sin ser realmente ilegal, la poligamia ha continuado siendo un esparcimiento de los hombres ricos, lo que no era diferente en el antiguo Egipto, por lo que sólo los más ricos podían permitirse el lujo de tener más de una mujer. La confusión proviene de la costumbre egipcia de representar a una o varias esposas anteriores difuntas junto con la sucesora viva en la lápida del marido común. La prueba a la que se recurre con más frecuencia en apoyo de la teoría de los matrimonios polígamos egipcios es un papiro escrito por una mujer, Mutemheb, en el que se declara cuarta esposa de su marido Ramsés, añadiendo que dos de las demás esposas están muertas mientras que una todavía vive. Aunque no se detallan las circunstancias precisas de este matrimonio, nada indica la existencia de poligamia y parecería más lógico suponer que Ramsés se había divorciado de su tercera mujer antes de casarse con la cuarta. Sin embargo, la poligamia en serie, o el nuevo matrimonio después de una pérdida o de un divorcio, era costumbre habitual, y una vez más el escriba Anjsheshonq da su opinión al respecto: «No tomes mujer cuyo marido sigue vivo a fin de que no se convierta en tu enemigo».

> Es un vecino que vive cerca de la casa de mi madre, pero no puedo ir a verlo. Mi madre está en lo cierto cuando le dice: «No la veas más». Me duele el corazón cuando pienso en él y mi amor por él me posee. En realidad está loco, pero también yo lo estoy. No sabe cómo ansío abrazarlo, ya que de lo contrario enviaría recado a mi madre.
>
> *Poema de amor del Imperio Nuevo*

El emparejamiento con vistas al matrimonio comprendía una serie de negociaciones entre el padre de la novia y el novio o, menos frecuentemente, el padre de este. Otra vez Anjsheshonq manifiesta su opinión sobre la elección de una persona apropiada como pareja, recomendando a su hijo que debe «elegir a un marido prudente, no necesariamente rico, para tu hija». Una viuda podía encargarse de las negociaciones del matrimonio de sus hijas puesto que no tenían padre, pero hasta el mismo final del Periodo Dinástico la tradición matrimonial no fue lo suficiente permisiva para aceptar que la novia y el novio se encargasen de negociar su propio matrimonio. Los textos que nos han llegado dicen claramente que la hija fue «dada» al novio en matrimonio por su padre; sin embargo, no sabemos si se trata simplemente de un giro convencional de la frase directamente comparable con la tradición

paterna, todavía existente en las bodas del oeste, de «desprenderse» de sus hijas legalmente independientes, o bien que la hija no tenía ni voz ni voto. Resulta difícil de aceptar esa imagen del padre egipcio bondadoso que aparece en muchos retratos de familia comprometiendo a la hija a casarse en contra de su voluntad o rechazando una unión sentimental sin razón alguna, y no existen pruebas documentales que indiquen que las mujeres estuvieran obligadas a contraer matrimonio.

No había restricciones legales con respecto a la edad adecuada para contraer matrimonio, aunque generalmente se consideraba que no se podía escoger a una niña antes del inicio de la pubertad y de que tuviera la menstruación, hecho que solía ocurrir hacia los catorce años. Es una idea confirmada por un documento de la XXVI dinastía, donde un padre deniega a su hija el permiso para contraer matrimonio porque es demasiado joven y porque «todavía no ha llegado su momento». Sin embargo, existen pruebas de que en Roma, donde la pubertad de la mujer se fijaba legalmente a los doce años independientemente del desarrollo físico, no eran raras las bodas con niñas de diez y once años, por lo que no hay razón para poner en duda que a esa edad se casaran también en Egipto. Además, hasta hace cincuenta años no se prohibió por ley en el Egipto actual el matrimonio con niñas de once o doce años. Desde luego que existen pruebas textuales pertenecientes al periodo grecorromano de matrimonios de niñas egipcias a la temprana edad de ocho o nueve años, y tenemos una momia con una etiqueta escrita en demótico, con la que se identifica el cuerpo de una esposa de once años.

El novio, especialmente en los matrimonios entre tío y sobrina, solía ser considerablemente mayor y más experimentado que la novia, normalmente inmadura; Anjsheshonq recomendaba a los hombres que se casaran a los veinte años, mientras que el escriba Ptahotep estimaba que un muchacho no se podía casar hasta que se hubiera convertido en un hombre respetable. Sería ingenuo pensar que las novias jóvenes no eran sexualmente activas antes de la menstruación; a pesar de que se disponía de diversos anticonceptivos, existía el problema de niñas fértiles pero físicamente inmaduras que se convertían en madres, hecho que posiblemente contribuyó a la elevada mortalidad maternal e infantil durante el embarazo y el parto.[2] Estrabón nos da alguna indicación acerca de la extendida aceptación de la sexualidad prepuberal describiéndonos extensamente la consagración religiosa de una bella joven de ilustre cuna al servicio de Amón o Zeus: «Se ha convertido en prostituta y tiene relaciones sexuales con quien quiere hasta que su cuerpo se purifique». Estrabón entiende por purificación del cuerpo el inicio del periodo menstrual. Aunque

es posible que Estrabón no entendiera la situación o fuera víctima de las historias fantásticas que inventaban los solícitos nativos para despertar el interés de los extranjeros, está claro que se trata de una historia de interés general y que no provocaba desagrado.

> Veo que se acerca mi hermana. Mi corazón se reconforta y extiendo los brazos para abrazarla. Mi corazón salta como el pez en el estanque. Oh noche, sé mía para siempre ahora que ha llegado mi amada.
>
> *Canción del amante, Imperio Nuevo*

En las sociedades occidentales los matrimonios se han convertido en uniones con grandes implicaciones legales que conciernen a la burocracia estatal. También se pueden considerar uniones religiosas, en cuyo caso exigen la aprobación de un sacerdote. Esta intervención exterior crea todo un protocolo matrimonial establecido que obliga a ciertos compromisos legales, a un registro ante diversas autoridades y, en algunos países, incluso a unos análisis de sangre básicos. En consecuencia, resulta relativamente fácil averiguar si una pareja está en realidad casada o no y el momento de la celebración de la boda suele estar perfectamente definido. Los antiguos egipcios adoptaban una postura muy diferente frente al matrimonio y lo consideraban meramente una cuestión personal entre dos individuos y sus familias; el Estado poco o nada tenía que ver en el asunto y el compromiso no llevaba implícita ninguna ceremonia legal ni religiosa. No existía, pues, la obligación de registrar el matrimonio y, aunque podía redactarse algún tipo de contrato matrimonial antes o, como era más habitual, después de la boda, no constituía una exigencia legal y, por supuesto, no era un convenio matrimonial. Por lo tanto, aunque los egipcios sabían perfectamente quién estaba o no casado y con quién, en la actualidad no siempre entendemos con claridad los entresijos de su vida familiar.

La diferencia más obvia entre el matrimonio actual y el del antiguo Egipto es la total ausencia de una ceremonia de boda. No existía ninguna palabra egipcia para designar la boda, ni tampoco unos vestidos especiales para la ceremonia ni anillos simbólicos a intercambiar, como tampoco el cambio de apellido de la novia para demostrar su nueva condición. Es posible que hubiera un banquete especial de boda que quizá incluyera sal, aunque se trata sólo de una suposición incierta basada en la interpretación de un texto incompleto.[3] En ausencia de otras pruebas visibles que indiquen una ceremonia de boda, tenemos que imaginar que el único signo externo que

demuestra que las negociaciones matrimoniales habían concluido favorablemente era la convivencia de la pareja feliz, que presuponía abandonar físicamente la protección de la casa paterna para entrar en el hogar del marido, es decir, que la chica traspasase su lealtad del padre al marido y pasase a ser reconocida universalmente como esposa. La chica se llevaba consigo todas sus pertenencias, los llamados «bienes de una mujer», que normalmente consistían en una cama, ropas, objetos de adorno, espejos, un instrumento musical y un valioso chal que podría ser el equivalente de nuestro velo de boda. El desfile nupcial, durante el cual la novia y su cortejo eran escoltados a través de las calles por una alegre multitud de amigos y parientes, debía de ser una ocasión de gran regocijo familiar; los antiguos egipcios eran muy aficionados a las fiestas, aprovechaban cualquier oportunidad para celebrar un lujoso banquete y suponemos que la fiesta de boda debía de prolongarse hasta bien entrada la noche.

Ignoramos qué importancia tenía o si existía algún ritual en relación con la consumación del matrimonio. Hasta hace relativamente poco tiempo la ceremonia de la desfloración de la mujer era una faceta decisiva en la celebración de una boda egipcia, presenciada por una variedad de mujeres casadas de la familia que podían convertirse en testigos de la honorabilidad tanto de la recién casada como de su familia. La ceremonia solía hacerse sujetando con fuerza a la joven novia mientras el novio o una mujer de la familia rompía el himen con el dedo cubierto con una gasa limpia y derramaba la sangre precisa para demostrar su pureza. En la sociedad del antiguo Egipto la castidad de las mujeres solteras no se consideraba de una importancia extrema, por lo que la consumación del matrimonio seguramente era una ceremonia más íntima y menos angustiosa. Parece probable que la consumación era imprescindible para que el matrimonio fuera legal y vinculante, como ocurre en muchas sociedades actuales. De hecho, en la Mesopotamia de la época, donde se esperaba que la novia demostrara su fertilidad, el matrimonio no se consideraba válido hasta que se producía la concepción y no se pagaba la dote hasta que nacía el hijo.

El novio no tenía ninguna obligación de pagar a su suegro por la novia, si bien en el Imperio Nuevo se inició la tradición de entregar a la mujer una donación simbólica de dinero y a veces de trigo. El valor económico real de esta donación era variable y oscilaba desde una cantidad insignificante hasta la necesaria para comprar un esclavo, y parece que vino a simbolizar un respeto que hacía el acuerdo matrimonial vinculante por ambas partes, quizás algo parecido a esa convención que hace que actualmente se espere del novio

que corra con los gastos de la orquesta de boda que actuará durante la ceremonia. Se desconoce si esta tradición procede de una costumbre anterior de ofrecer dinero al padre, ya fuera para compensar a la familia natural de la novia del abandono de ésta y de la pérdida de sus servicios, ya fuera como una consideración que indicase la transferencia del derecho de propiedad de la novia, ya fuera incluso como pago directo de un precio por la compra de la novia.

A su vez, el padre de la novia contribuía al bienestar de la feliz pareja ofreciendo regalos de boda, que iban desde bienes domésticos a comida, la cual a menudo seguía proporcionando en forma de grandes cantidades de trigo a veces durante siete años, hasta que se consideraba la unión consolidada, es decir, convertida en un verdadero matrimonio y no en una «simple vida en común». Hacia el final del Periodo Dinástico se impuso la costumbre de registrar en un contrato legal estas «dotes», lo que podía utilizarse para prevenir disputas y proteger los derechos económicos de la mujer y los hijos ante la desgraciada posibilidad de un divorcio. Estos contratos matrimoniales no formaban parte del matrimonio propiamente dicho y se solían redactar cuando la pareja ya había tenido varios hijos.[4] El ejemplo citado más abajo es un contrato grecorromano en que el egipcio Horemheb da el consentimiento para que su mujer Tais sea compensada adecuadamente en el caso de que fracase el matrimonio:

> Si me divorcio de ti como esposa, y concibo odio por ti y prefiero a otra como esposa, te daré dos monedas de plata además de las dos que ya te he dado porque te corresponden como mujer… También te daré una tercera parte de todo lo que poseamos tú y yo de ahora en adelante.

Resulta difícil para nosotros, al volver la vista atrás y observar la situación desde una cultura diferente miles de años más tarde, comprender realmente los derechos y obligaciones cotidianas aceptados día tras día en la vida egipcia matrimonial. Sabemos que el marido era casi siempre el que mantenía a la familia mientras la mujer trabajaba en casa, pero no podemos apreciar en su totalidad las sutilezas de la situación, sobre todo porque las mujeres no nos han dejado ningún testimonio de su vida diaria y no sabemos cómo pretendía ser tratada la esposa por su marido o cómo veía cada uno la actividad del otro. ¿Consideraban los maridos a sus esposas como participantes por igual dentro del matrimonio, o las veían inferiores en todos los aspectos? ¿Estaban las mujeres confinadas al hogar? ¿Eran objeto de insultos verbales? ¿No se sabía

de ningún marido que pegase a su mujer o se aceptaba por ambas partes que éste era un aspecto absolutamente normal de la vida familiar que no merecía comentario? Las inscripciones de las capillas-tumbas del Imperio Antiguo parecen indicar que la esposa perfecta era sumisa y complaciente —«no hizo ninguna afirmación que mi corazón rechazara»—, aunque este ideal no reflejaba necesariamente la vida real, y el comentario de Anjsheshonq —«que el corazón de una esposa sea el corazón de su marido»— señala que los desacuerdos matrimoniales quizá eran más frecuentes de lo que pretendían los hombres. Las instrucciones de los escribas, escritas para orientar a los solteros, apuntan en general que en un mundo ideal el marido debe respetar a su mujer y a la vez dirigir la familia y sus miembros. Quizás la mejor muestra de cómo el marido veía las obligaciones morales hacia su esposa quede recogida en una carta detallada escrita durante la XIX dinastía donde el marido quiere congraciarse con su esposa difunta muerta, que creía que se le aparecía:

> Te tomé como esposa cuando yo era joven y seguías siendo mi mujer cuando desempeñé toda clase de oficios. No me divorcié de ti ni herí tu corazón… Todo lo que gané lo puse a tus pies, ¿no lo había recibido para ti? Durante toda tu vida no te escondí nada. Nunca sufriste por nada de lo que yo hiciera como marido. No me encontraste engañándote como un campesino ni te falté con otra mujer. Te regalé vestidos y ropa y tú me diste muchas prendas de vestir que tú misma me hiciste.

La situación legal resulta algo más fácil de entender. El nuevo marido adoptaba el antiguo papel del padre en la protección y cuidado de la novia, aunque nunca pasaba a ser su tutor legal. A la esposa se le permitía conservar la independencia, no se convertía en la subordinada de su marido y podía seguir administrando sus propios bienes. A pesar de que el marido solía administrar la propiedad conjunta adquirida durante el matrimonio, se aceptaba que una parte de la misma correspondía a la esposa y podía recuperarla si el matrimonio fracasaba. Un texto de Tolomeo nos muestra muy claramente la paridad legal de las mujeres al referirnos que una esposa astuta prestó tres *deben* de plata a su derrochador marido, quien tenía que devolvérselos en el término de tres años con un elevado interés anual del treinta por ciento.

> No lo abandonaré aunque me pegue y tenga que pasar el día en la ciénaga. Aunque me persigan hasta Siria con garrotes o hasta Nubia con varas de palmera o incluso hasta el desierto con estacas o hasta la costa con cañas. No escucharé los planes que me propongan para abandonar al hombre que amo.
>
> *Canción de amor del Imperio Nuevo*

El matrimonio finalizaba igual que ahora, ya fuera por la muerte de uno de los cónyuges, ya fuera por divorcio. La muerte de un cónyuge se cernía como una amenaza constante sobre la felicidad, ya que las expectativas de vida no eran altas y el recuerdo de la muerte estaba presente en todas partes. Eran muy pocas las parejas que llegaban a la mediana edad sin haber perdido a la mayoría de los miembros de su familia directa y se aceptaba con resignación la muerte de los hijos. Las jóvenes que se casaban con hombres mucho mayores solían quedarse viudas antes de alcanzar los veinte años, mientras que los auténticos peligros asociados al embarazo y al parto contribuían a la existencia de numerosas familias sin madre. Afortunadamente el derecho de la mujer a heredar una tercera parte de la propiedad del marido significaba que una viuda no tenía que recurrir a la caridad de sus hijos ni volver a la casa paterna, a pesar de que la costumbre decretaba que los que caían en la desgracia debían ser atendidos por su familia cuando fuera necesario. Las vulnerables mujeres, privadas de la protección de un hombre, eran dignas de compasión y eran vistas como seres necesitados de cuidados. El Campesino Elocuente adulaba así a su juez en la fábula del Imperio Nuevo: «Porque tú eres el padre del huérfano, el marido de la viuda y el hermano de la divorciada…». Las escenas de las tumbas muestran que las parejas que se amaban y que la muerte separaba confiaban en reunirse en el Más Allá. Entretanto, tras la viudedad era frecuente que se volvieran a casar y las estelas funerarias indican que algunos individuos se casaban tres y hasta cuatro veces. No sabemos si había un periodo de luto prescrito para las viudas, aunque la mayoría de las sociedades imponen un tiempo de espera de aproximadamente seis meses después de la defunción a manera de respeto al marido difunto a la vez que como medio de aclarar cualquier duda sobre la paternidad de los hijos póstumos.

> Deja que Nejemut haga un juramento al señor de no abandonar a mi hija… Mientras Amón viva y el Soberano viva. Si alguna vez en el futuro

abandono a la hija de Telmont, que me den centenares de latigazos y perderé todo lo que adquirí con ella.

Aunque muchos matrimonios eran estables y felices, algunos acababan en divorcio. Sin duda era un asunto grave para los involucrados pero, como el matrimonio no se consideraba una cuestión sujeta a ningún formalismo legal, el divorcio podía hacerse por mutuo acuerdo y sin la costosa colaboración de abogados y tribunales. Los que habían tenido la previsión de hacer un contrato matrimonial se veían obligados moralmente a hacer honor a sus condiciones, mientras que los que se veían envueltos en agrias discusiones sobre la división de las propiedades comunes debían emprender una acción legal para resolver sus diferencias. Sin embargo, estos casos legales eran infrecuentes y la mayoría de los matrimonios terminaban con la simple separación de la pareja: la mujer abandonaba el hogar matrimonial y regresaba a la casa de sus padres llevándose consigo sus pertenencias y la parte correspondiente de la propiedad común, y algunas veces, cuando no había forma de demostrar que fuese culpable, llevándose además una sustanciosa paga del marido como compensación. En algunos pocos casos la mujer se quedaba con la casa y entonces era el marido el que debía abandonarla. Esta separación, en la que se devolvían a la mujer todos sus bienes, evitaba al marido la obligación de mantener a su esposa y dejaba libres a las dos partes para volverse a casar. No sabemos quién se quedaba con la custodia de los hijos ni quién tenía la obligación de pagar su formación y educación, aunque suponemos que en general se confiaban a los cuidados de su madre. En tal caso demuestra una vez más la actitud liberal de los egipcios frente a los derechos de las mujeres, lo que contrasta marcadamente con las prácticas aceptadas en Grecia y Roma, donde el cabeza de familia era el único tutor de los hijos y una esposa divorciada perdía todos los derechos legales en relación con ellos. En la Roma patriarcal, una viuda embarazada se veía obligada por ley a ceder a su hijo recién nacido a la familia del esposo difunto. Sólo si se desinteresaban del niño, se le ofrecía a la madre la posibilidad de criarlo.

El derecho del hombre a poner fin a una unión infeliz «repudiando» a una esposa que no lo colmaba se conoce a partir de la XII dinastía, aunque es casi seguro que ya existía anteriormente en la historia de Egipto. El derecho correspondiente de una esposa a iniciar un divorcio sólo está documentado a partir del Imperio Nuevo pero, dado que la ley egipcia consideraba a las mujeres casadas individuos independientes, seguramente ya existía, aunque

no se hubiera registrado, en tiempos anteriores. Efectivamente, hay muy pocos casos registrados de mujeres que hubieran repudiado a su marido, aunque no está claro si esto es indicativo de que las mujeres eran menos volubles o de que se hacían menos ilusiones con respecto a sus parejas. Podría ser que, en una sociedad como la egipcia, que daba tanta importancia a la fertilidad y, por lo tanto, a la juventud, una mujer mayor se lo pensara dos veces antes de rechazar a su marido, ya que quizá le habría sido difícil encontrar a un sustituto dispuesto a mantenerla. Debido a que no existían unos fundamentos legales definidos para el divorcio, se podía esgrimir cualquier excusa como motivo para poner término a una unión y, de hecho, el matrimonio podía disolverse a voluntad. En la práctica, las limitaciones debían provenir de consideraciones económicas y quizá de las presiones de las dos familias involucradas, que en ocasiones estaban emparentadas. Nada nos demuestra que el divorcio era tenido por un estigma social para el hombre, si bien la esposa repudiada, sobre todo si era sustituida por una novia más joven y atractiva o más fértil, debía de sentirse públicamente humillada.

> No te divorcies de la mujer que está en tu casa porque no conciba ni dé a luz.
>
> *Consejo de un escriba del Periodo Tardío*

Se tienen una gran variedad de razones para poner fin a un matrimonio, muchas de las cuales resultarían familiares a los abogados que se dedican a tramitar divorcios actualmente. Era frecuente que los matrimonios fracasasen por incompatibilidad, ya fuera porque el marido quería consagrarse a su trabajo o porque uno de los cónyuges se había enamorado de otra persona. La repudiación de una esposa estéril era una tragedia bastante usual, aunque no aprobada por la sociedad. Una carta de la XXI dinastía que ha perdurado y que procede del pueblo de trabajadores de Deir el-Medina expresa la inusual y seguramente apócrifa historia de un hombre y su mujer, casados durante más de veinte años. Cuando el marido se enamoró de otra mujer buscó una razón para poner fin al matrimonio y decidió que «te repudio porque tienes un ojo que no ve». No es de extrañar que la esposa, que había sufrido una ceguera parcial durante todo el matrimonio, no quedara especialmente impresionada por aquella excusa tan poco convincente del marido y que lo pusiera en el más absoluto de los ridículos echándole en cara que hubiera tardado veinte años en darse cuenta de aquel defecto.

Durante mucho tiempo los egiptólogos creyeron que las concubinas, las amantes oficiales tanto de los solteros como de los casados, eran aceptadas por la sociedad egipcia pero en general no disfrutaban del respeto ni de los derechos legales reservados a las casadas. Actualmente se cree que el número de concubinas oficiales quizá se exageró debido a la desgraciada tendencia de clasificar como concubinas a las que sólo se podían identificar como solteras. La gradual interpretación de las pruebas textuales empieza a corroborar que muchas de las mujeres solteras que formaban parte de las familias eran en realidad administradoras, músicas o criadas. Ni siquiera en las cartas de Heqanajt, donde se describe a una dama, Iutemheb, como *hbsw.t*, término no encontrado en ningún otro texto pero que tradicionalmente significa concubina, queda claro que la mujer en cuestión no fuera una segunda esposa oficial.**[5]**

> No forniques con mujer casada. El que fornica con una mujer casada en la cama de ésta, tendrá a su mujer copulando en el suelo.
>
> *Consejo del Periodo Tardío a los jóvenes*

Es cierto que a las mujeres casadas no se les permitía ningún grado de libertad sexual y que el adulterio —«el gran pecado que hacen las mujeres»— era la falta más grave que podía cometer una esposa, un desliz que sin duda la llevaría a un divorcio ignominioso y a la pérdida total de todos sus derechos legales. Los hombres, a su vez, debían respetar que un hombre era el único que tenía derecho a acceder a su mujer y que era censurable tener relaciones carnales con una mujer casada, no ya por razones morales, sino porque era una forma segura de despertar las iras de un marido cornudo. Hasta la relación entre una soltera fácil y un hombre casado podía conllevar un peligro. Una carta que ha perdurado, procedente de Deir el-Medina, describe que un grupo de aldeanos se agruparon para afrontar a una mujer de la que se sabía que tenía una relación clandestina con el marido de una vecina.**[6]** La agresión a la mujer y a su familia por parte de la muchedumbre sólo pudo reprimirse con la intervención oportuna de la policía local. La mujer engañada había despertado la simpatía de la comunidad y el marido adúltero fue obligado a regularizar sus relaciones y a obtener el divorcio de una vez, ya que en una segunda ocasión no habría sido posible reprimir a la gente. Como en muchos casos de adulterio, la mujer fue considerada una provocadora que corrompía a un hombre débil pero básicamente inocente, mientras que los mitos y textos sabios egipcios, todos escritos por hombres, están llenos de

advertencias taxativas y tendentes a evitar cualquier contacto con las esposas de otros hombres, que se servirían de todas las incitaciones femeninas para hacerlos caer en una relación sexual.

> Entonces ella le habló y dijo: «Eres muy fuerte. Observo a diario tu vigor». Y deseó conocerlo como hombre. Se levantó, lo agarró y dijo: «Ven, pasemos una hora tumbados en la cama. Te hará bien y luego te confeccionaré ropas nuevas y primorosas».
>
> *Cuento de los Dos Hermanos, Imperio Nuevo*

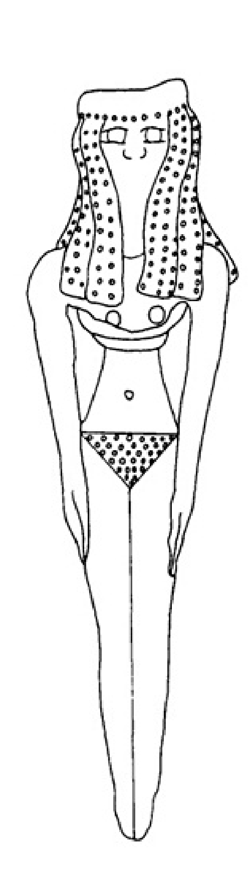
El marido podía infligir el castigo físico más cruel a una mujer sorprendida en adulterio. Teóricamente podía matarla. El *Papiro Westcar* del Imperio Nuevo, recopilación de historias sobre la corte fabulosa del rey Keops, del Imperio Antiguo, narra cómo una esposa infiel fue quemada viva y cómo sus cenizas fueron esparcidas en el río Nilo, mientras que en el *Cuento de los Dos Hermanos*, Anubis finalmente mata a su mujer culpable y echa su cuerpo a los perros, negándole con ello un entierro honorable. Diodoro Siculo relata que a la egipcia adúltera podía cortársele la nariz, mientras que su cómplice en el delito era apaleado de manera salvaje. En la práctica parece que el divorcio y el escándalo social eran los castigos aceptados, en tanto que la esposa repudiada por adulterio era condenada taxativamente por todos.

> Receta para evitar que una mujer quede embarazada durante uno, dos o tres años: machacar conjuntamente una medida de acacia y dátiles con un poco de miel. Humedecer un copo de lana con la mezcla e introducirlo en la vagina.
>
> *Papiro médico Ebers*

No parece que los hijos ilegítimos pasaran ningún tipo de apuro ni discriminación en el Egipto Dinástico, aunque en el *Cuento de la Verdad y la Mentira*, del Imperio Nuevo, unos compañeros de colegio insultaban cruelmente a un niño huérfano de padre: «“¿De quién eres hijo? Tú no tienes padre”. Y lo injuriaron y se mofaron de él». Las parejas que querían evitar el embarazo tenían a su alcance diversos métodos anticonceptivos e incluso diferentes recomendaciones abortivas. Por lo general se trataba de preparaciones a base de un abanico de ingredientes de lo más curioso y desagradable, entre los que solía incluirse una cantidad de excrementos de cocodrilo. Parece que el uso de excrementos animales como anticonceptivos

es una costumbre particularmente extendida: en Sudáfrica solían usarse las cagarrutas de elefante como profiláctico, mientras que el *Boke of Saxon Leechdoms*, libro inglés del año 900 de nuestra era, sugería alegremente que aquellos que no quisieran tener hijos debían «recoger estiércol fresco de caballo, colocarlo sobre carbón caliente y hacerlo humear intensamente de forma ascendente entre los muslos por debajo de las ropas».[7] Se desconoce la eficacia del método, aunque no es difícil imaginar que la aplicación de una cantidad suficiente de excrementos de cualquier tipo en las partes íntimas debe bastar para enfriar la pasión y hacer innecesarias otras precauciones. No es sorprendente, quizás, que no se hayan encontrado pruebas anticonceptivas «masculinas», como condones o recetas para preparar pócimas y aplicarlas en los genitales. Métodos como el *coitus interruptus* (retirar el pene antes de la eyaculación) o *coitus obstructus* (coito consumado con la desviación del esperma a la vejiga masculina gracias a la presión en la base de la uretra) no es lógico que dejaran huella en el registro arqueológico.

> El hombre está más ansioso de copular que un asno. Lo que le reprime es la bolsa del dinero.
>
> *Observación del escriba Anjsheshonq*



Los aspectos más íntimos de la vida marital eran muy importantes para los egipcios, que tomaban el ciclo continuado de nacer, morir y renacer como tema central y a menudo repetido de su teología. Las relaciones sexuales, como es lógico, formaban parte integrante de este ciclo, y los egipcios no se andaban con falsos remilgos al tratar el tema sexual. A diferencia de la mayoría de las consideraciones modernas sobre el paraíso, que tienden a concentrar la atención en la gratificación espiritual más que en la física, se consideraba que la potencia y la fertilidad eran atributos necesarios para disfrutar plenamente del Más Allá, por lo que en los cuerpos momificados de los difuntos se moldeaban preventivamente unos penes postizos, del mismo modo que se colocaban pezones artificiales en los pechos de las mujeres para hacerlas plenamente funcionales en el Más Allá. En las tumbas de hombres, mujeres y niños a menudo se incluían muñecas de la

Fig. 7 - Vasija en forma de figura de la fertilidad.

fertilidad femenina con anchas caderas y genitales muy exagerados cuya misión era ayudar al muerto a recuperar todos los poderes perdidos. Aunque se trata de símbolos claramente sexuales, estas figuras con frecuencia llevaban unas minúsculas muñecas en brazos que representaban niños pequeños, lo que indica que el sexo era tenido por un aspecto placentero más dentro del campo amplio de la fertilidad. No se establecía ninguna distinción artificial entre el placer sexual y el deseo de tener hijos y, en consecuencia, la fertilidad de la mujer contribuía a potenciar su atractivo sexual. Entenderemos la división clara y artificial que las sociedades más occidentales establecen entre sexo y reproducción si imaginamos la reacción que tendría la gente al ver que en la página central desplegable de *Playboy* aparecía una muchacha provocativa con un recién nacido en brazos.

Los egipcios no eran en absoluto pacatos en las cuestiones relacionadas con la sexualidad. Sin embargo, como muchas de las pruebas que nos han dejado provienen de contextos religiosos o funerarios en que las referencias concretas a temas íntimos se habrían considerado inapropiadas, no hay mucha ocasión de satisfacer morbosidades practicando la arqueología. Las canciones, mitos e historias de amor hacen vagas y veladas referencias a la relación sexual, mientras que los toscos dibujos, las bromas sucias y los explícitos bosquejos que vemos en fragmentos de vasijas son mucho más elocuentes. Uno de los primeros ejemplos mundiales de pornografía, el llamado *Papiro Erótico de Turín*, incluye una serie de dibujos que representan a diferentes parejas más bien atléticas entreteniéndose en adoptar una gran variedad de imaginativas posturas, por cierto bastante incómodas. Desgraciadamente no sabemos si el papiro pretendía ser una representación real de anécdotas de prostíbulo o, lo que parece más probable, fantasías extravagantes del dibujante. Querer hacernos una idea de las relaciones conyugales basándonos en el *Papiro de Turín* sería como considerar costumbres típicas de la vida moderna occidental las escenas que nos muestran las películas porno. Las pruebas más realistas recopiladas de textos y ostraca confirman que las posturas más convencionales «frente a frente» y los coitos desde atrás eran las posturas sexuales preferidas por la mayoría de parejas.

> Entonces Seth dijo a Horus: «Ven, pasemos un día de fiesta en mi casa». Y Horus le contestó: «Sí, quiero, quiero». Tenían la cama preparada al llegar la noche y se acostaron en ella. Por la noche, a Seth se le endureció el miembro y lo introdujo entre los muslos de Horus. Y Horus puso la

mano entre sus muslos y recogió el semen de Seth.

Historia de Horus y Seth,
Imperio Nuevo



Fig. 8 - Una prostituta entregada a prácticas sexuales con un cliente.

Debemos aceptar que, como en toda sociedad evolucionada, había en ella gustos sexuales poco corrientes, si bien los egipcios mantenían un discreto silencio sobre estas cuestiones. La práctica homosexual, que era bastante aceptada en muchas partes del mundo antiguo, parece haber tenido escaso papel en la vida diaria egipcia; el *Libro de los Muertos*, esa guía indispensable del Más Allá, califica de virtuosa la abstinencia de las prácticas homosexuales, pero no nos dice si estas prácticas eran frecuentes. El episodio homosexual antes citado que se cuenta en la *Historia de Horus y Seth* ha tenido varias interpretaciones: simbolizaba la incapacidad general de Seth para gobernar o era una representación del dominio físico de Seth sobre su sobrino. La versión de este cuento, correspondiente al Imperio Medio, define a Seth con esta línea inmortal: «¡Qué hermosa es tu espalda!». Horus confiesa este hecho inesperado a su madre, Isis, quien aconseja a su hijo que recoja el semen de Seth, evitando así la humillación de que su enemigo lo fecunde.

Como en muchas sociedades donde los hombres escriben la historia, no se habla para nada del lesbianismo. Herodoto recoge aspectos más fantasiosos de la conducta sexual, ya que parecían fascinarle particularmente los aspectos más reprobables de la vida de Egipto: «En el curso de mi vida ocurrió algo monstruoso en esta provincia y fue que una mujer tuvo relaciones sexuales con un macho cabrío». Aun suponiendo que el hecho fuera cierto, es evidente que no era frecuente. La necrofilia, que consistiría en el abuso, en las casas donde se embalsamaban los cadáveres, de una mujer cuya muerte había sido reciente, hecho al que Herodoto hace alusión, tampoco ha sido objeto de mención por los egipcios.

Tomad a una mujer mientras seáis jóvenes, a fin de que pueda daros un hijo. Deberíais engendrarlo cuando todavía seáis jóvenes y así podréis

vivir hasta verlo convertido en hombre.

Consejo de un escriba del Imperio Nuevo



Fig. 9 - Una prostituta se pinta los labios.

En los días que sucedían a la boda seguramente la novia buscaba, esperanzada, los signos que revelaran que un hijo estaba en camino. Nos costaría entender la importancia que tenía la fertilidad para la mujer egipcia. La mujer fértil era afortunada. Los hombres la veían sexualmente atractiva, era la envidia de hermanas menos afortunadas que ella y, como la madre con varios hijos, gozaba de la aprobación tanto de la sociedad como de su marido. Los hombres debían demostrar su virilidad y su potencia engendrando el mayor número de hijos posible, para lo cual precisaban de la cooperación de una esposa fecunda. La esposa, por su parte, necesitaba tener muchos hijos para complacer a su marido, asegurar su puesto en el matrimonio y elevar su posición social en la comunidad. Las madres tenían un papel importante y respetado en la familia y a menudo ocupaban un lugar de honor en las tumbas de su marido e hijos. Pero los hijos no eran simples símbolos de la posición de sus padres. Parece que tanto el marido como la esposa amaban

profundamente a su descendencia, y los egipcios no tenían ese machismo mal entendido que induce a avergonzarse de mostrar afecto a los hijos. El sueño de todo egipcio era tener una prole numerosa y sana y se consideraba que los hijos constituían una de las mayores bendiciones de la vida y un motivo de orgullo, a veces incluso exagerado. Debemos suponer que el capitán del ejército de la XI dinastía que declaró ser padre de «setenta hijos de una misma esposa» debía exagerar con miras a sobrevalorar su virilidad o, de lo contrario, deberíamos lamentarlo por su mujer.

Los egipcios no eran distintos de los demás en su deseo de tener muchos hijos. Las sociedades campesinas sienten tradicionalmente un gran respeto ante la fertilidad, y en ningún otro lugar es esto más cierto que en el Egipto rural actual, donde se valora la importancia de un hombre por el número de sus hijos, mientras que la desgraciada que al año de su matrimonio no da muestras de estar embarazada pasa a convertirse en motivo de inacabables especulaciones y chismorreos. No tener hijos es una tragedia en un país donde los padres subrayan su paternidad adoptando el nombre de su hijo mayor, usando el prefijo *abu* (padre de) u *om* (madre de), donde a las mujeres que no tienen hijos se las llama cortésmente *om el-ghayib*, «madre del ausente». En estas circunstancias el concepto de esperar un tiempo antes de formar una familia o de restringir el número de hijos son cosas incomprensibles, y los hombres estériles prefieren quitarse la vida antes que admitir que son incapaces de procrear. En este aspecto los antiguos egipcios coincidirían con sus contrapartidas actuales.

> No prefieras a un hijo por encima de otro; después de todo, no sabes cuál será amable contigo.
>
> *Consejo a los padres, Periodo Tardío*

Existen muy pocas sociedades donde se prefiera a las niñas que a los niños y Egipto no era una excepción a esta norma general. Aunque es evidente que los padres amaban a sus hijas, como demuestran muchos retratos de familia donde aparecen las hijas en actitudes convencionales pero afectuosas, no hay duda de que los niños ocupaban una posición mejor. Esta preferencia por los niños puede resultarnos difícil de aceptar, pero no difícil de entender. En una sociedad sin una eficiente asistencia social ni un sistema de pensiones operante los hijos representaban una inversión financiera para el futuro. Los hijos, que tradicionalmente trabajan fuera de casa, representan un potencial monetario mientras que las hijas, cuyo trabajo en la casa no está

remunerado, se casarán y su trabajo repercutirá en la familia de su marido. En el antiguo Egipto el primogénito también tenía un papel importante en el ritual del entierro de sus padres, función que no podía realizar adecuadamente una hija.

La preferencia por los chicos no fue nunca tan extrema como en otras sociedades antiguas y los egipcios nunca practicaron la tradición del infanticidio femenino público ni el abandono de las niñas recién nacidas, prácticas aceptadas, en cambio, en Grecia y Roma. Esta forma legal de asesinato era para sus practicantes como un aborto tardío y perduró legalmente en Roma hasta el año 374 de nuestra era. Otorgaba exclusivamente al padre el derecho de negarse a criar un hijo, como también únicamente el padre tenía el derecho de autorizar a su mujer a que abortara. La madre no tenía absolutamente nada que decir en materia de decisión y, si el hijo era rechazado, no tardaba en aparecer en el vertedero local.

> Dobla la cantidad de comida que te dio tu madre y cuídala como ella te cuidó. Fuiste una pesada carga para ella, pero no te abandonó. Cuando naciste pasaste meses durante los cuales ella siguió atada a ti, ya que tuviste su pecho tres años en tu boca. Cuando fuiste haciéndote mayor y tus excrementos eran repugnantes a ella no le repugnaban.
>
> *Instrucciones del escriba, Imperio Nuevo*[8].

Aunque no entendían con detalle el mecanismo de la menstruación, se sabía lo que significaba que faltase el periodo y muchas egipcias sabían diagnosticar su propio embarazo y hasta predecir la fecha del nacimiento de su hijo sin intervención médica. Las que tenían dudas al respecto podían consultar a un médico que, a cambio de un dinero, hacía un examen detallado de la piel, los ojos y los pechos de la mujer, que como es sabido experimentan un cambio importante durante las primeras semanas después de la concepción. Como prueba adicional, se recogía una muestra de orina de la posible madre futura y se derramaba sobre unos vegetales o cereales en fase de germinación y, si crecían con fuerza, era señal de que existía embarazo. Los cambios en los niveles hormonales de la orina, que actualmente se monitorizan en las modernas pruebas de embarazo, tenían un efecto estimulante en la vegetación. Después de obtenido un resultado positivo se podía determinar el sexo del feto mediante otro estudio centrado en el poder fecundador de la orina de la madre; se rociaba con ella cebada y trigo y si la cebada crecía rápidamente quería decir que nacería un niño, mientras que en

el caso del trigo quería decir que sería una niña. Los médicos también concibieron una serie de pruebas para determinar si una mujer sin hijos podría quedar alguna vez embarazada. Una exploración física de la mujer podía ser particularmente informativa al respecto: «Si ves que uno de sus ojos parece asiático y el otro es parecido al de un sureño, no podrá concebir». La exploración de los pechos por parte de un experto podía ser útil para detectar a la mujer fértil, a una mujer que acababa de quedar embarazada e incluso el sexo del feto.

Había ciertos vegetales que se relacionaban con la fertilidad, por lo que las que deseaban concebir consumían grandes cantidades de lechuga. La lechuga egipcia crecía alta y enhiesta, parecida a la lechuga romana actual y, al presionarla, soltaba un líquido lechoso blanquecino. No es extraño, pues, que este vegetal se asociara al dios itifálico de la vegetación y a la procreación, Min, y que se recomendara en los papiros médicos como remedio seguro para solucionar la impotencia masculina. Sin embargo, los expertos diferían en relación con los efectos precisos de la lechuga. Discórides y Plinio creían que se debía tomar para reprimir los sueños y los impulsos eróticos, e Hipócrates creía que era un antiafrodisíaco. Plinio recomendaba puerros antes que lechuga para estimular el apetito sexual.

Desgraciadamente, a pesar de la habilidad y la sabiduría de los médicos egipcios, famosos en todo el mundo antiguo, ni el médico más experimentado podía ofrecer una esperanza real a los que se enfrentaban a la tragedia de un matrimonio sin hijos. Los egipcios sabían muy bien qué había que hacer para que una mujer quedara embarazada pero no estaban tan seguros de los mecanismos reales de la concepción, y sin este conocimiento respaldado por las complejas técnicas de laboratorio casi invariablemente se achacaba la esterilidad a la mujer. En consecuencia, la «curación» más habitual de los matrimonios estériles era el divorcio, después del cual el marido buscaba otra mujer con la esperanza de que fuera fértil. No se sabe con seguridad si en tales circunstancias uno de los dos podía sospechar que el estéril era el hombre. Un segundo método práctico para solucionar la esterilidad era la adopción. La expectativa de una vida breve y el elevado índice de nacimientos significaba que existía una gran disponibilidad de niños huérfanos, por lo que era frecuente que las parejas estériles adoptasen hijos de parejas más pobres.

El que se avergüence de dormir con su mujer no tendrá hijos.

Escriba Anjsheshonq

La falta de los recursos médicos más básicos y el aura de misterio e ignorancia que rodeaba a la creación de una nueva vida, hacía que los que anhelaban un embarazo fueran más propensos a dirigirse a la religión y a la magia antes que a los médicos profesionales. En todas las sociedades y tiempos la concepción y el nacimiento han concitado muchas supersticiones e historias de comadres, por lo que suponemos que en esto las egipcias no eran una excepción y que probaban los remedios caseros que se transmitían verbalmente de boca a oreja y de generación en generación. Desgraciadamente, ésta es la información que nos falta de la vida de las mujeres. El tipo y amplitud de la información que no tenemos apunta más o menos en el estudio de 1927 de Winifred Blackman sobre las comunidades campesinas del Egipto actual, donde se incluye todo un capítulo acerca de los ritos y rituales de la fertilidad, tan importantes para las que querían ser madres, pero que no ofrecen ninguna prueba material a los arqueólogos futuros. Por ejemplo, esta autora observaba:

> Es creencia popular en Egipto que, si un niño muerto se venda fuertemente con la mortaja, la madre ya no volverá a concebir. Por eso se aflojan las mortajas y las cuerdas antes del entierro y también se echa polvo en el regazo del niño. Me dijeron que el polvo se echa para que el cuerpo permanezca tendido sobre la espalda. La mujer que me dio esta información me dijo que a veces el cuerpo se revuelve durante la descomposición, y si esto sucede la madre ya no puede tener otro hijo. Si, a pesar de las precauciones y después de un tiempo, no parece que la mujer vaya a volver a ser madre, irá a la tumba del hijo muerto con un amigo y le pedirá al hombre encargado de hacerlo que abra la tumba. La desconsolada madre bajará a la tumba donde yace el cadáver y caminará sobre él siete veces hacia adelante y hacia atrás en la creencia de que el espíritu del hijo muerto vuelva a entrar en el cuerpo de ella y nazca.

Blackman, bastante escandalizada, observó que «algunas veces, si una mujer no tiene hijos, sus amigos la acompañan a la vía del tren y la tumban sobre los raíles para que el tren pase sobre ella». Este rito aterrador demuestra la desesperación que sienten las mujeres, lo que las lleva a arriesgar sus vidas simplemente para concebir a un hijo. Los antiguos egipcios no nos han dejado pruebas de rituales similares de fertilidad, aunque sabemos de la existencia de toda una variedad de amuletos que había que llevar cerca de la piel para aumentar su eficacia. La diosa hipopótamo Taweret, portadora de hijos para

las mujeres estériles, era un amuleto muy popular, como también el dios enano Bes.

> El que hace crecer la semilla en las mujeres y crea personas del esperma. El que alimenta al hijo en el seno materno y lo tranquiliza hasta contener sus lágrimas. Niñera dentro del útero. Portador del aliento. Todo esto hace para sustentarlo.
>
> *El Gran Himno al Aten*

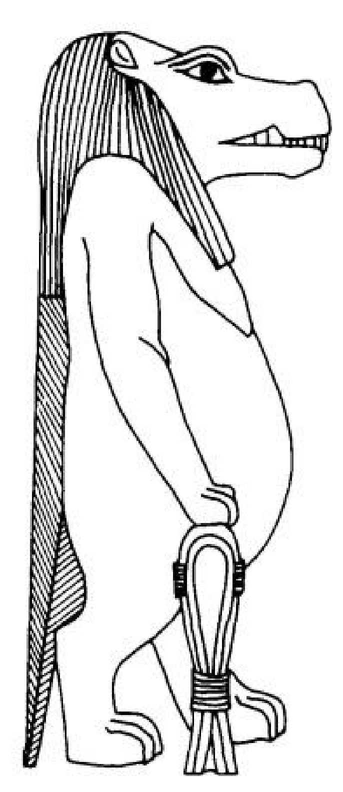


Fig. 10 - La diosa Taweret.

En general, el nacimiento no se consideraba asunto médico ni propio para que en él se interfirieran los hombres, por lo que los papiros médicos daban pocos consejos prácticos a las comadronas que por costumbre asistían el parto. Efectivamente, todo el proceso del nacimiento se desarrollaba dentro de un rito controlado por mujeres, muy alejado de la experiencia de la mayoría de los hombres, razón por la cual no contamos con descripciones de la época que hagan referencia al parto. Esto conlleva que el conocimiento que tenemos del hecho más importante en la vida de la mujer egipcia tenga que ser reconstruido a partir de fragmentos de historias y mitos que han sobrevivido junto con las ilustraciones de los nacimientos divinos grabados en las paredes del templo *mammisi*.[9] No es de extrañar que este tipo de pruebas tenga una gran importancia por el contenido ritual y simbólico pero que sea bastante pobre en detalles prácticos. El *Papiro Westcar* nos da una información más detallada del parto al describirnos la historia del nacimiento milagroso de los trillizos de Reddjedet. Se nos cuenta que, para el parto, Reddjedet usó un taburete especial transportable y que fue asistida por cuatro diosas que llegaron a su casa disfrazadas de comadronas itinerantes. Isis permaneció delante de la futura madre y sacó a los niños, Nephthys estaba detrás de ella, y Hécate usó una técnica no especificada para «acelerar» el parto. Entonces Mesjenet cumplió con su papel de diosa vaticinando el destino de los recién nacidos mientras el dios Jnum daba vida a sus cuerpos. Bañaron a continuación a los tres niños y, tras cortarles los

cordones umbilicales, los pusieron sobre una almohada encima de unos ladrillos. Reddjedet ofreció trigo como pago a las comadronas y «procedió a limpiarse con una purificación de catorce días».

Aunque los ostraca de Deir el-Medina sugieren que las mujeres que estaban de parto eran colocadas en el «emparrado de parto», especialmente construido para este fin y que no era otra cosa que una estructura en forma de tienda con paredes de las que colgaban guirnaldas (*véase* Capítulo 8), estas representaciones seguramente tienen un significado más simbólico que literal y lo más probable es que la mayoría de los partos ocurrieran en la casa familiar. En el momento del parto la futura madre se desnudaba y se arrodillaba o agachaba sobre dos montones bajos de ladrillos o se sentaba en un taburete de parto, que era un asiento con un agujero suficientemente grande para que pasara por él el recién nacido. Como ayuda para el parto se usaba la fuerza de la gravedad en tanto que la comadrona, agachada en el suelo, ayudaba a la madre y le facilitaba la salida del niño. La mayoría de las mujeres parían sin ayuda, pero en los casos más difíciles había varios procedimientos aprobados encaminados a «ayudar a la mujer a parir», entre ellos el vendaje del bajo abdomen y los supositorios vaginales. El único instrumento quirúrgico utilizado por la comadrona era el cuchillo de obsidiana, con el que cortaba el cordón umbilical del recién nacido después del parto. Este cuchillo tenía un significado ritual que desconocemos. No sabemos lo que se hacía con el recién nacido, pero suponemos que era objeto de cuidados. Es tradición en Egipto que el destino de la placenta está directamente relacionado con la vida del niño, por lo que suele enterrarse en el umbral de la casa o se arroja al Nilo para asegurar la supervivencia del niño. Es posible incluso que la nueva madre se comiera una parte de la placenta, rica en hierro. A veces se daba un trozo de la misma al recién nacido y, si lo rechazaba o bajaba la cabeza, refunfuñaba o gritaba un sonido más parecido a un «no» que a un «sí», se consideraba un mal presagio que indicaba que el niño no tardaría en morir. También era importante el cordón umbilical: en el *Mito de Horus*, éste



Fig. 11 - La diosa Hécate.

recupera el cordón umbilical de su padre asesinado y lo entierra a salvo en Herakleopolis Magna.

El *Papiro Westcar* nos proporciona una de las pocas referencias existentes de los nacimientos múltiples. Parece que los gemelos no eran muy bien recibidos: «… le llenaremos el útero de niños y niñas y la salvaremos de tener gemelos», actitud que podría reflejar el peligro adicional que suponía un parto múltiple. Aunque tenemos ejemplos de gemelos egipcios, son escasos y raros, lo que ha inducido a pensar que a uno de los gemelos o a ambos se les negaba el derecho a vivir. Sin embargo, se trata de una teoría muy difícil de probar y que no concuerda del todo con la creencia tan repetida del afecto que los egipcios testimoniaban a sus hijos.[10]

Desgraciadamente, las tragedias relacionadas con el parto eran muy frecuentes. Se han detectado en varias momias anomalías pélvicas de las mujeres que bastan para dificultar o hacer imposible el parto y que sirven para subrayar este hecho. Uno de los peores ejemplos es la momia de Henhenet, de la XII dinastía, que muestra un desgarro considerable que va desde la vejiga a la vagina, seguramente producido por un parto difícil que forzó el paso de un niño grande por la pelvis anormalmente estrecha de la madre. Tampoco la familia real se libraba de estas tragedias, y así vemos que se encontró el cuerpo de Mutnodjmet, esposa del rey Horemheb, con el cadáver de un feto o recién nacido, lo que indica que la reina murió cuando estaba en trance de dar un heredero al trono. Es sorprendente que se hayan encontrado pocos niños momificados o enterrados, lo que induce a creer que en muchos casos un niño nacido muerto o muerto poco después de nacer no era considerado miembro de la sociedad con pleno derecho y por ello no se le dedicaban todos los rituales funerarios. El hallazgo de niños enterrados bajo las casas de algunos poblados indica que el cadáver del niño difunto pudo tener algún sentido religioso o supersticioso. Esta sospecha queda reforzada por el descubrimiento de dos ataúdes en miniatura de madera dorada, cuidadosamente depositados en la tumba de Tutankamón. Dentro de cada uno había otro ataúd interior y un diminuto feto momificado. Podría tratarse de los restos de dos niños prematuros, hijos del joven rey y de su reina, Anjesenamen, pero la inclusión de los dos pequeños cadáveres en la tumba podría tener un significado simbólico más complejo, todavía inexplicable.

Después del parto se esperaba que la nueva madre se «purificase» durante catorce días. El término «purificación» también se usaba para designar la menstruación, lo que indica una confusión comprensible entre la hemorragia menstrual y los loquios o secreciones del útero que siguen al parto. No está

claro si el uso de este término, que parece responder a actitudes emocionales, con las connotaciones de impureza o suciedad que lleva implícitas, se escogía como una evitación ritual o religiosa de mujer sangrante y «sucia» o era simplemente una expresión coloquial sin otro significado más profundo que el de «periodo». Sin embargo, indica que a la nueva madre se le permitía un tiempo de reposo después del nacimiento y que las demás mujeres de la familia se encargaban de cumplir con las obligaciones del hogar dejándola que se concentrase en recuperarse y cuidar del recién llegado.

> Hice revivir los nombres de mis padres, que encontré borrados en las puertas… Fijaos, es un buen hijo que perpetúa los nombres de sus antepasados.
>
> *Inscripción de una tumba del Imperio Medio*

La madre daba un nombre al recién nacido inmediatamente después del nacimiento, presumiblemente una vez celebrada una reunión previa con el padre, asegurando así que el niño tendría un nombre aunque ella o él murieran después. Los nombres eran muy importantes para los egipcios, que creían que el conocimiento de un nombre confería de alguna manera poder sobre la persona u objeto que lo llevaba. Uno de sus más grandes temores era que se olvidara el nombre personal después de la muerte, y los hombres ricos invertían muchísimo dinero en la construcción de grandes monumentos conmemorativos para evitar que esto sucediera. Sufrir una «segunda muerte» en el Más Allá —la desaparición completa de toda la memoria terrenal del difunto, incluido el nombre— era algo demasiado horrible, y los hechizos concretos «para no perecer en la tierra de los muertos» formaban parte de los textos rutinarios pintados en los ataúdes de madera.

La mayoría de los egipcios que no pertenecían a la casa real recibían un nombre personal, pero también se les podía distinguir por su parentesco con otras personas, por ejemplo, en el caso de Ahmosis, hijo de Abana, personaje de una famosa biografía de guerra del Imperio Nuevo. Tenemos muchos ejemplos de nombres personales honrados repetidamente dentro de una misma familia. Un buen ejemplo es la familia del Tercer Profeta de Amón, del Imperio Nuevo, en que los hijos eran nombrados en generaciones alternativas Pediamennebnesttawy (literalmente «Regalo de Amón que es el Señor de los Tronos de las Dos Tierras») y Hor (literalmente «Horus»), Las niñas también recibían nombres familiares y no representaba ninguna confusión que la madre y una o más hijas compartieran un mismo nombre.

Seguramente estas mujeres se diferenciaban entre sí por sus apodos. Es cierto que los egipcios no evitaban nombres extremadamente largos a sus hijos: Hekamaatreemperjons, hijo de Hejemmut, no se debió sentir particularmente maltratado, aunque una vez más tampoco nos sorprende que los apodos fueran frecuentes y usados extensamente. En ausencia de un nombre de familia favorito, se consideraba una buena idea incluir el nombre de un dios o diosa local en el del hijo, y a algunos niños, como el antes mencionado Pediamennebnesttawy, se les ponía nombres que de alguna manera sugieren que eran considerados una ofrenda especial de una deidad particular. Algunos nombres hacían hincapié en la relación entre el hijo y su madre o familia, como Aneksi, «ella me pertenece», o Senetenpu, «ella es nuestra hermana». Dar nombre a los hijos en honor a los miembros de la familia real era también una costumbre popular, y algunos nombres atractivos de animales o flores también se usaban como nombre, como el de Susana, «lirio», nombre femenino favorito de los egipcios.

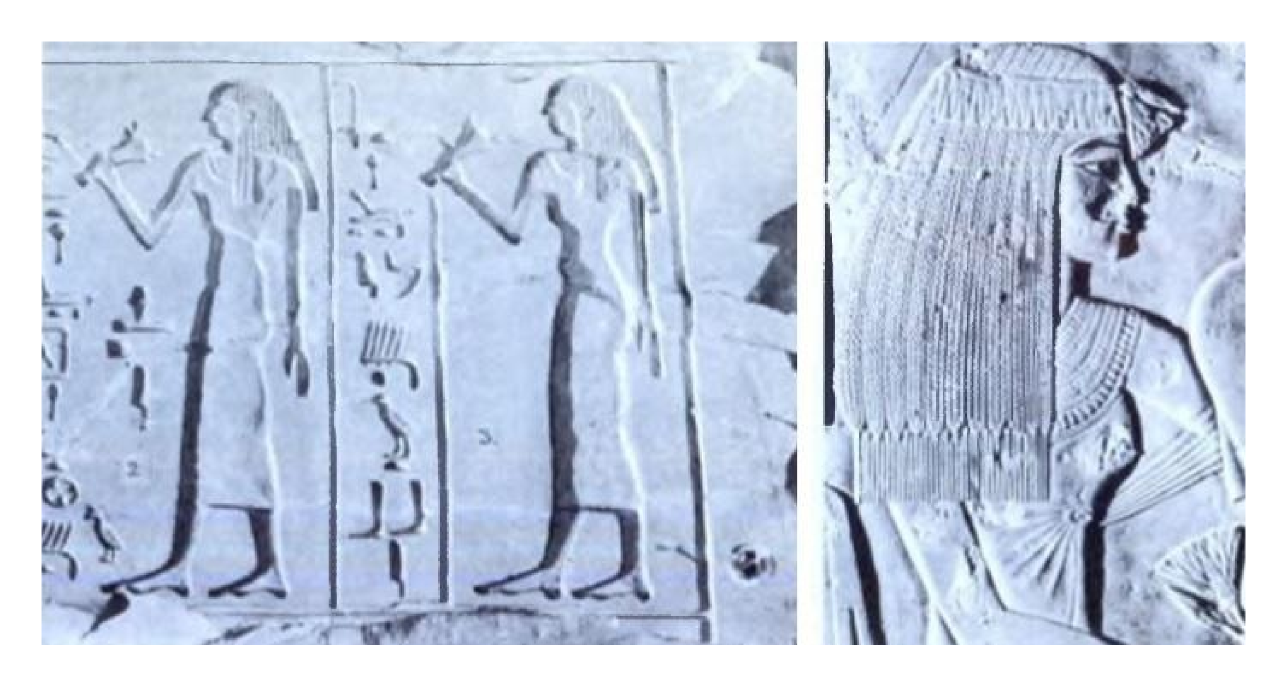
> Mi hijo, oh rey, acércate a mi pecho y mama… Ha acudido a sus dos madres, las de largos cabellos y pechos caídos… Pusieron sus pechos en su boca y lo destetaron por siempre más.
>
> *Textos de las pirámides, Imperio Antiguo*

Era costumbre amamantar a los niños hasta los tres años cumplidos, mucho más tiempo del que es habitual en las sociedades occidentales y cuando el niño ya habría debido disfrutar de alimentos sólidos. La leche materna no sólo aportaba el alimento y la bebida más nutritivos, convenientes y esterilizados a los niños, sino que también tenía ciertos efectos anticonceptivos y disminuía las posibilidades de que la nueva madre volviera a quedar embarazada demasiado pronto después de haber parido. No existían falsos remilgos en relación con la lactancia, y la imagen de una mujer agachada o sentada en un taburete bajo, ocupada en amamantar a un niño con el pecho izquierdo, se convirtió en símbolo del éxito de la fertilidad femenina, a menudo representada en el arte egipcio tanto secular como religioso. Los papiros médicos recomendaban que se comprobase la calidad de la leche materna antes de alimentar con ella al niño; la leche buena debía oler a maná seco, pero «para reconocer una leche mala deberás percibir hedor a pescado». Para asegurar un aporte cuantioso de leche los mismos textos recomiendan que se frote la espalda de la madre con una mezcla especial o que se la alimente con pan de cebada ácida. La leche materna, en particular la de una

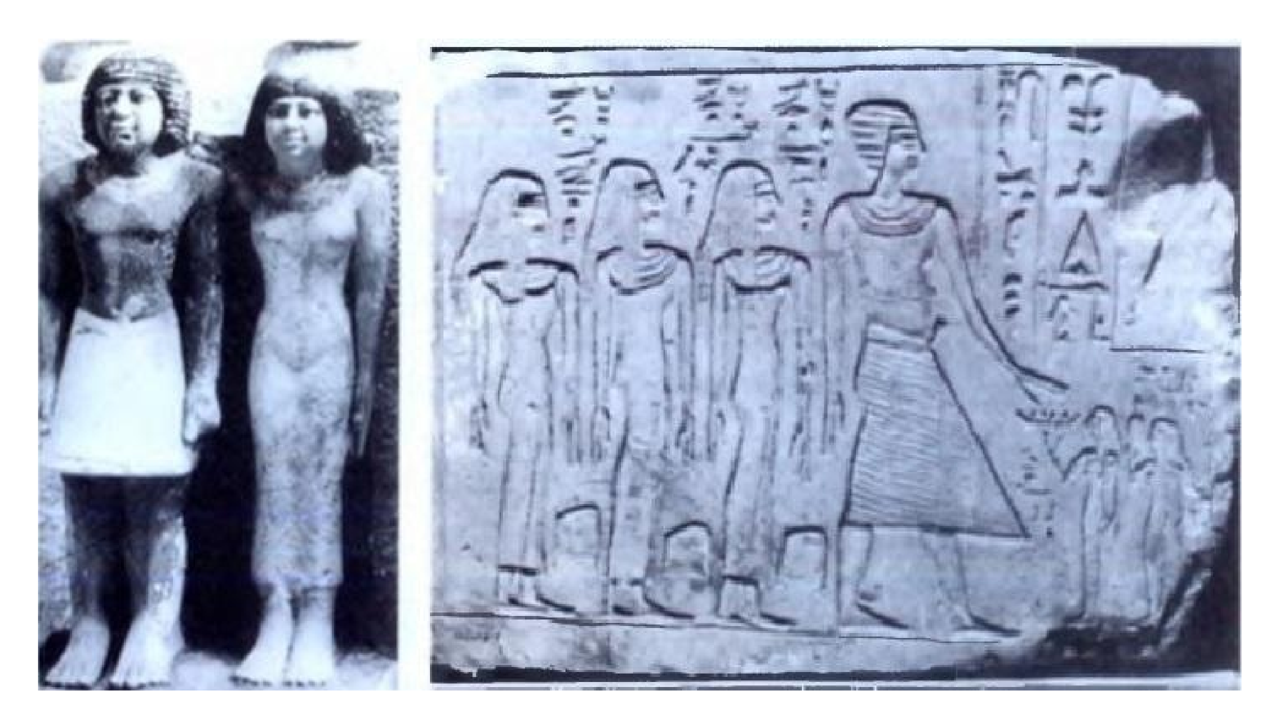
madre que había tenido un hijo varón, era considerada un valioso producto con cualidades médicas, útil no sólo para alimentar a los niños sino también para aumentar la fertilidad e incluso para curar quemaduras. Con frecuencia se recogía y guardaba en pequeños recipientes antropomórficos que solían tener la forma de una mujer sosteniendo a un niño en brazos.

Las mujeres de alta cuna y las que no podían amamantar a sus hijos confiaban la alimentación de los mismos a una nodriza. Las nodrizas hacían uno de los pocos oficios bien pagados y lo podían desempeñar las mujeres de todas las clases sociales. Desgraciadamente, la alta tasa de mortalidad femenina como consecuencia del parto significaba que era una profesión muy solicitada. Era costumbre que los padres hicieran un contrato legal con la nodriza escogida, que se encargaría de alimentar al niño durante un periodo de tiempo determinado a cambio de un salario acordado. Los contratos del Periodo Tardío solían incluir una cláusula que declaraba que la nodriza no podría permitirse tener relaciones sexuales mientras durara el empleo, ya que las mismas podrían haber acabado en embarazo y lógicamente con la lactancia. No era motivo de vergüenza el trabajo de nodriza e incluso, durante el Periodo Dinástico, el puesto de nodriza real era muy buscado, ya que era uno de los trabajos más importantes e influyentes al que una mujer no perteneciente a la realeza podía aspirar. Las nodrizas reales, además, solían casarse o ser madres de altos funcionarios de la corte. Durante el periodo romano el trabajo de nodriza perdió gran parte de su prestigio. Disponemos de varios contratos de este periodo que desvelan que se pagaba a las nodrizas por criar niños expósitos sin ningún familiar, seguramente niños abandonados en los vertederos locales. Más tarde estos niños eran vendidos por sus propietarios, práctica que tenía una finalidad económica en tiempos en que los precios de los esclavos eran elevados.

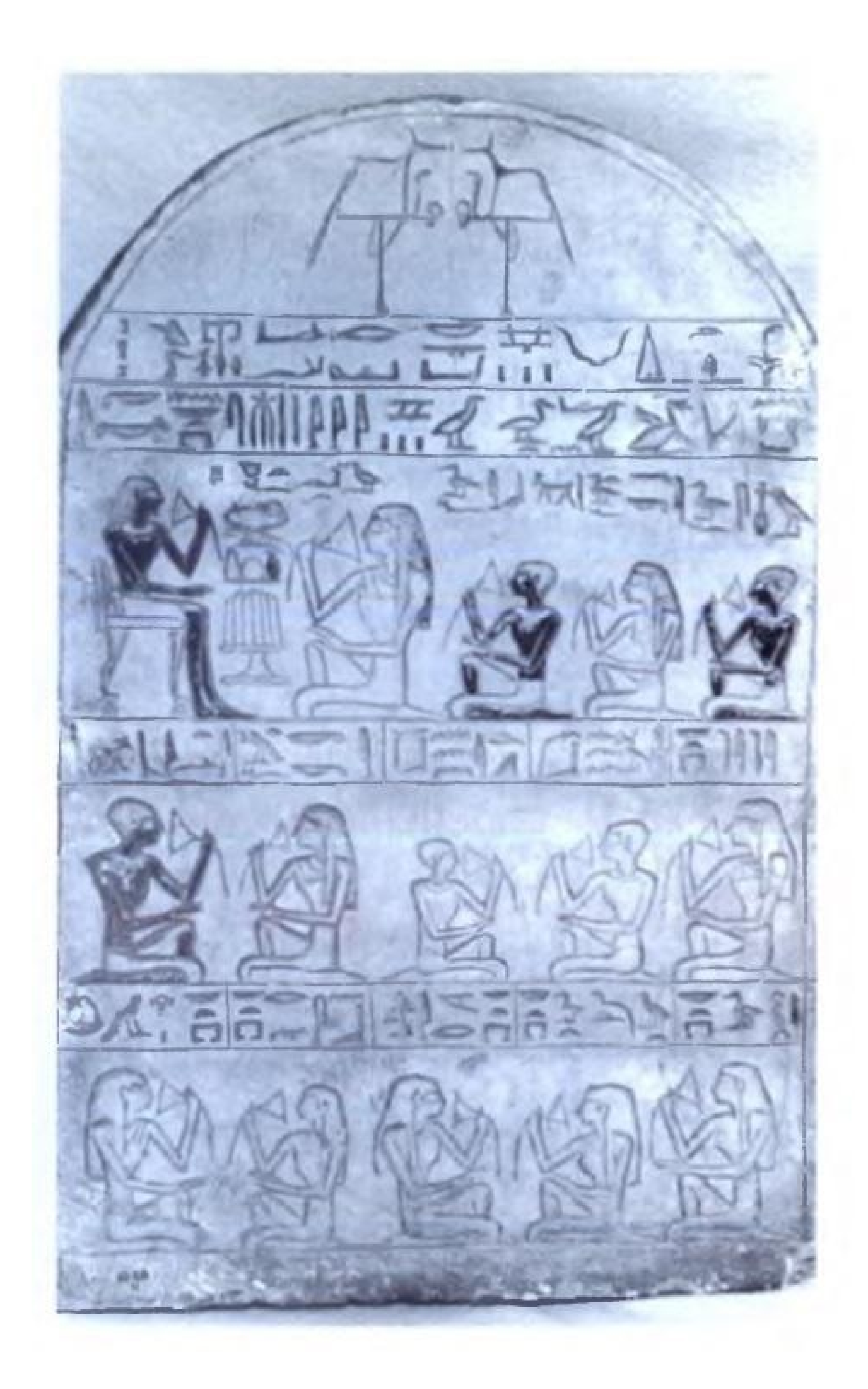
> Cuando llega la muerte arranca al niño de los brazos de su madre igual que lo arranca cuando es viejo.
>
> *Instrucciones de un escriba, Imperio Nuevo*



Estela del Primer Periodo Intermedio que muestra a las damas Hetepi y Bebi, hijas del administrador Sennedjsui.
Elaborado vestido y tocado de una dama del Imperio Nuevo.



Estatua de un matrimonio del Imperio Antiguo.
Estela de Iteti acompañado de sus tres esposas y de dos de sus hijas.



Estela de una familia del Imperio Medio donde se ve al ayudante del escriba Iy junto con su esposa, sus hijos y sus padres. Se desconoce qué papel tienen las «Seis Mujeres de la Casa» que figuran en la parte baja de la estela.



Estatuilla del Imperio Medio que representa a una enana con un niño apoyado en la cadera.
El dios enano Bes.



Fragmento de una varilla mágica de marfil con decoración de deidades protectoras. Derecha: Figuras tumbales de madera que representan a dos sirvientas que acarrean una caja y dos patos cada una.



Figuras tumbales de madera que representan a dos sirvientas
que acarrean una caja y dos patos cada una.



Muñecas de cuerda del Imperio Medio propiciadoras de la fertilidad.



Escoba y cesta de caña, artículos típicos de las casas del Imperio Nuevo.



Cesta grande… que contiene un taburete plegable.



Damas del Imperio Nuevo en actitud de escuchar a un músico.
Estatua de madera de una *djeryt*.

Los altos niveles de mortalidad infantil suponían que las epidemias infantiles constituían siempre un periodo de inquietud para las madres. Muy pocos padres podían permitirse llevar a sus hijos enfermos al médico y, por otra parte, la ausencia de las ayudas médicas más básicas significaba que existían pocos tratamientos eficaces. Si, por ejemplo, un niño tenía molestias en los dientes, el remedio habitual era darle a comer una rata frita, lo que debía suponer un enorme reto para un niño sin molares. Enfermedades como el sarampión, actualmente triviales, se convertían en fatales al faltar el tratamiento adecuado. No nos sorprende que las madres recurrieran al saber y

a la magia populares para proteger a sus queridos hijos y que confiasen en toda una variedad de ensalmos, amuletos y hechizos:

> Muerte, tú que vienes de la oscuridad. Tú que te deslizas con la nariz al revés y la cara vuelta hacia atrás y que olvidas a qué vino él aquí. ¿Viniste a besar a este niño? No permitiré que lo hagas.
>
> *Consejo médico, Imperio Nuevo*

El espíritu del mal descrito en este conjuro observaba la astucia de llevar la nariz al revés para que no lo reconocieran al entrar a hurtadillas en la casa. Se sabía que estos hechizos eran tan efectivos que se escribían en un trocito de papiro y se guardaba en un abalorio de madera u oro especialmente tallado que el niño querido llevaba colgado del cuello a fin de que tuviera asegurada una protección máxima. Dos mil años después había cambiado muy poco el pueblo egipcio, ya que según observaba Blackman: «Para prevenir y curar la enfermedad de sus hijos, las mujeres irán de un hechicero a otro y le comprarán amuletos y conjuros escritos, sin escatimar ni un céntimo de lo que supone para ellas una gran cantidad de dinero. Muchos de estos profilácticos pueden verse colgados del cuello de niños desvalidos».

No cabe duda de que el cuidado de sus hijos, y no ya sólo los propios sino también los hermanos y hermanas más pequeños, los nietos y los hijos de amigos y parientes, tuvieron un papel primordial en la vida de toda mujer egipcia. Se representa a veces a los niños de la casa real junto a asesores o tutores varones pero, por regla general, quienes los cuidaban eran las mujeres. Desgraciadamente se trata de un labor de la que no queda constancia en los restos arqueológicos y, en consecuencia, es poco lo que sabemos acerca de los cuidados que se dispensaba a los niños.[11] Sin embargo, el aspecto más importante en el cuidado de los niños es del todo evidente y todas las pruebas que de él han sobrevivido indican que la mayoría de los padres se mostraban afectuosos y responsables y hacían todo cuanto estaba en su mano para garantizar una infancia feliz y libre de preocupaciones a sus descendientes.

Los padres compraban o construían ellos mismos una gran variedad de juguetes para sus hijos, que jugaban con animales de madera tallada, barcos en miniatura, pelotas de madera y peonzas que incluso hoy harían las delicias de cualquier niño. Para los que no podían permitirse estos lujos siempre quedaba el campo para jugar y el río y los canales para nadar, mientras el barro consistente del Nilo podía utilizarse para practicar el modelado. En poblados de trabajadores se han encontrado varias muñecas y animales

primitivos de arcilla, hechos seguramente por los propios niños. Sin embargo, como cabe esperar de una sociedad tan trabajadora, donde los matrimonios jóvenes eran frecuentes y la educación formal un lujo, en el antiguo Egipto la infancia constituía una experiencia vital relativamente corta. A medida que los niños iban creciendo se iban incorporando gradualmente al trabajo que desempeñarían el resto de su vida. Los mayores se encargaban de vigilar a sus hermanas y hermanos más pequeños o de cuidar a los animales, las niñas ayudaban a sus madres en la casa, mientras que los chicos mayores iban a la escuela, trabajaban en el campo o empezaban a aprender un oficio. Los «adolescentes», como grupo diferenciado de los adultos, no existían. A los trece o catorce años la niña ya estaba preparándose para casarse, mientras su madre, probablemente con menos de treinta años, ya se había hecho a la agradable idea de tener pronto un nuevo yerno y de convertirse a no tardar en una abuela respetable.

3
Señora de su casa



> No controles a tu mujer en su casa si sabes que es eficiente. No le digas: «¿Dónde está tal cosa? Ve a buscarla», si la ha dejado en el sitio que corresponde. Que tus ojos observen en silencio; entonces reconocerás su eficiencia y será para ti un placer tener tu mano en la suya. Son muchos los hombres que no lo advierten, pero si un hombre desiste de pelear en casa, verá que no pelea. Todo hombre que quiera fundar una familia deberá refrenar los impulsos de su corazón.
>
> *Consejo de un escriba del Imperio Nuevo*

Para la mentalidad del antiguo egipcio el trabajo de la casa se igualaba plenamente con el trabajo de las mujeres. No se sabe de maridos dedicados a la casa y el galardón más codiciado por una mujer casada era el título de Señora de su Casa, recordatorio constante de su principal deber como mujer: asegurar la buena marcha diaria de la casa de su marido. Ninguno de los dos sexos habría soñado nunca con poner en cuarentena la inexorabilidad de esta división del trabajo. Todo el mundo pensaba que hombres y mujeres eran personas diferentes destinadas a vivir vidas muy diferentes y era evidente que habría sido un error trastornar ese orden natural. En consecuencia, en todas las casas la mujer era nominalmente responsable de todas las tareas domésticas. Por supuesto también que la envergadura del trabajo doméstico que debía llevar a cabo personalmente cada individuo dependía de su categoría social. Una reina no tenía por qué alterar la marcha de su vida social para ponerse a cocinar, limpiar o cambiar pañales, del mismo modo que una dama perteneciente a la alta sociedad contaba con la ayuda de tantos sirvientes, incluidas doncellas, cocineras, nodrizas y cerveceros que únicamente se esperaba de ella que supervisase y organizase las actividades

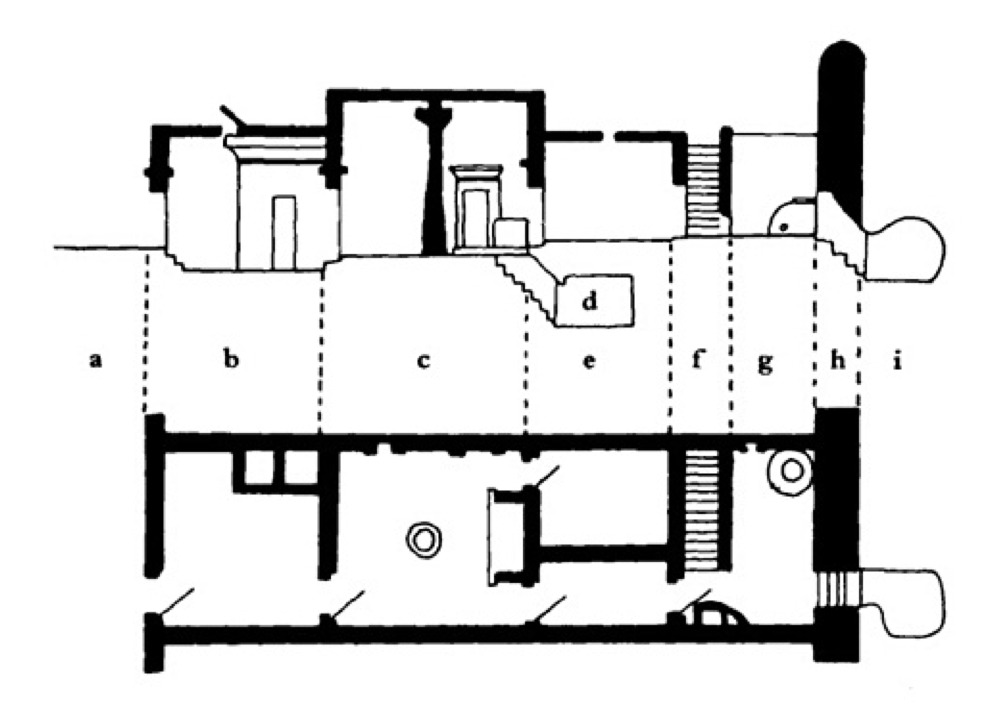
de todo el personal. Una mujer pobre, en cambio, se veía obligada a realizar por sí sola todas las tareas domésticas, auxiliada únicamente por sus hijas solteras y demás familiares próximos de sexo femenino. Dada la ausencia de lujos modernos como agua corriente, electricidad, gas, supermercados y transporte motorizado, el cuidado de una casa exigía una dedicación a jornada completa que comportaba un considerable trabajo físico.

Por curioso que resulte, disponemos de escasa información con respecto a las dimensiones o composición de la familia egipcia típica, si bien los hallazgos arqueológicos apuntan que, como en el Egipto rural de la época actual, era rara la familia nuclear al estilo occidental y la norma general era la familia numerosa en tanto que lo normal eran los grupos familiares de seis o varios miembros adultos. Estas unidades familiares amplias eran muy eficientes desde el punto de vista económico, particularmente en las zonas rurales, donde todos los miembros de una misma familia trabajaban la misma parcela de tierra. Y lo que, quizá, era más importante, representaban una seguridad para sus miembros, ya que aportaban el oportuno apoyo físico y financiero a una sociedad que carecía de un servicio organizado de asistencia social y tenía un sistema legal muy primitivo. Desde el punto de vista de la mujer, las labores domésticas habrían debido verse aligeradas por el hecho de ser compartidas por las demás mujeres de la casa y la atención a los niños no habría tenido que suponer un problema tan grande como lo es para muchas madres actuales. Sin embargo, visto por lo menos desde la época actual, esta seguridad se cobraba un precio: la ausencia casi absoluta de intimidad en la casa egipcia corriente. La sociedad no consideraba ni de lejos la necesidad de soledad que puede tener el individuo actual, por lo que el concepto occidental que hace que los padres e incluso los hijos de las familias de hoy exijan un espacio propio y personal habría parecido inconcebible a personas que veían el hecho de compartir con cuatro o cinco miembros más de la familia un mismo ámbito donde dormir como algo que infundía tranquilidad y no como una sensación de violación de la propia intimidad.

Aunque algunos muchachos abandonaban su casa para incorporarse al ejército, las muchachas permanecían casi invariablemente con sus padres hasta que se casaban. Dejaban entonces a su familia para irse a vivir con su marido, ya fuera para inaugurar una nueva familia, ya fuera para vivir con sus nuevos parientes políticos y los hijos que tuvieran a su cargo. Así pues, las personas que vivían en una casa variaban de año en año y su número mermaba cuando morían los más ancianos o se iban algunos de sus miembros para casarse o aumentaba en ocasión de nuevos nacimientos y de la

introducción de nuevas esposas. Datos del censo de la época indican que la familia inmediata de un soldado llamado Hori, residente de la población de Kahun durante el Imperio Medio, era absolutamente típica. Las dimensiones de su casa eran de doce por quince metros y en este reducido espacio hacían vida su mujer, su hijito Snefru, su madre y cinco parientes de sexo femenino que podrían ser muy bien hermanas solteras a su cargo. Cuando, muchos años después, murió Hori y Snefru pasó a convertirse en cabeza de familia siguió dando alojamiento a su madre, a su abuela viuda y como mínimo a tres tías solteras.[1] Tenemos un cuadro parecido de evidente hacinamiento en casa del sacerdote Heqanajt, de situación más acomodada, ya que en ella vivían su madre Ipi, su concubina Iutemheb, sus cinco hijos y un número indeterminado de hijas, nueras y criados.

Casi todas las casas egipcias, ya fueran ricas o pobres, construidas como alojamiento para los vivos, los muertos (tumbas) o los dioses (templos), obedecían a una misma estructura básica, con una zona pública o patio abierto que, a través de salas de recepción semiprivadas, accedía a un espacio privado. En las casas esta zona privada esta ba estrictamente reservada a las mujeres, niños y parientes inmediatos varones de la familia. Se trata de un planteamiento que sigue vigente en la mayor parte de los pueblos egipcios actuales, donde la costumbre dictamina que muchas de las actividades domésticas se desarrollen delante de la casa y que se atienda a los invitados en la zona principal dedicada a recepción, sin que quepa la posibilidad de que los visitantes de sexo masculino pongan los pies en las estancias privadas reservadas a las mujeres y situadas en la parte trasera de la casa. No está tan claro si había o no unas zonas específicas de la casa del antiguo Egipto reservadas a los hombres, si bien los dibujos conservados en las tumbas parecen indicar que el espacio destinado a las mujeres no estaba restringido a sus habitaciones y que no se les impedía mezclarse socialmente con los hombres de la casa. La orden dada a una mujer de mantenerse en el espacio que tenía reservado en la casa era considerada una terrible calamidad, lo que queda confirmado con el juramento que hacían las mujeres en los tribunales de justicia, ante los cuales pronunciaban estas palabras: «Que me envíen a la parte trasera de la casa si no dijere la verdad».



CLAVE

a Calle b Habitación con cama de caja o paridera c Habitación principal
d Bodega e Almacén o dormitorio f Escalera para subir al tejado
g Cocina con horno h Atrio comunitario i Bodega

Fig. 12 - Corte transversal y plano de una casa típica de Deir el-Medina

Como es lógico suponer, pese a este plan doméstico universal, existía una gran diversidad en los tipos de alojamientos, ya que iban desde los amplios palacios reales hasta las exiguas chozas constituidas por una única habitación, ocupadas por las familias más menesterosas. Con todo, el material de construcción más utilizado tanto en el caso de los ricos como de los pobres era el adobe de barro cocido al sol, material en extremo abundante a lo largo de las orillas del Nilo. Se utilizaba el adobe para las paredes tanto interiores como exteriores de las casas, mientras que los resistentes tejados, relativamente estancos, se construían con gavillas de cañizo, que formaban una trama entretejida que cohesionaban con fango. Empleaban la madera para las puertas, columnas y marcos de las ventanas cuando el caso lo requería. La piedra no sólo era más cara sino también más difícil de manipular que el adobe y por ello sólo se utilizaba en la arquitectura doméstica cuando no había otra alternativa, como por ejemplo en Deir el-Medina, donde no había fuente de aprovisionamiento de agua ni de barro para fabricar adobes, no sólo más baratos sino también más ligeros. Los caseros más acomodados utilizaban a veces la piedra como signo visible de categoría social en la

construcción de umbrales, marcos de puertas y base de pilares de madera, costosos elementos de piedra que solían aprovecharse más tarde a fin de ser reutilizados por nuevas generaciones cuando los remates de adobe, menos duraderos, se habían deteriorado. En las mansiones más lujosas estos elementos de piedra ostentaban inscripciones grabadas y estaban pintados de vivos colores.

El uso del adobe impuso ciertas limitaciones a los arquitectos egipcios. Era prioridad esencial evitar la humedad del suelo, que podía provocar el deterioro de los muros de la casa y hacer que se viniera abajo, motivo por el cual todas las poblaciones y ciudades estaban asentadas a la máxima distancia posible del nivel máximo que alcanzaban las inundaciones. Era una precaución sensata aunque la construcción hubiera sido de piedra. El adobe tenía también una consecuencia directa en la estructura interna de las casas, ya que las paredes debían ser relativamente gruesas para sostener la carga del tejado, mientras que el propio tejado tenía que ser también bastante ligero a causa de la escasez de madera para cubrir la abertura entre los muros. En consecuencia, toda ampliación de la casa exigía un aumento proporcional de las divisiones internas a fin de servir de sostén del tejado y únicamente los que eran bastante ricos para incorporar a la construcción sólidos pilares podían permitirse disponer de imponentes y espaciosos salones. Con todo, la construcción a base de adobe tenía unas ventajas específicas. Las casas eran baratas y fáciles de construir y, como el barro es un material sumamente aislante, las viviendas eran frescas en verano y cálidas en invierno. Suponía una ventaja más que las casas construidas con este material fueran fáciles de agrandar y de dividir, por lo que a lo largo de su existencia la mayoría de esos edificios de adobe sufrieron una serie de reformas improvisadas para acomodar el espacio disponible a las necesidades variables de sus ocupantes.

> Tu corazón se alegra cuando aras tu campo en los cañaverales. Tu recompensa son tus cultivos. Tu cosecha abunda en grano.
>
> *Inscripción de la tumba de Paheri, del Imperio Nuevo*

A lo largo del Periodo Dinástico, Egipto estuvo sometido al gobierno de una sucesión de diferentes capitales, como Menfis, Tebas, Amarna y Pa-Ramsés, todas ellas sede principal de diferentes momentos del gobierno y residencia de la corte real. La administración local estuvo delegada a las cuarenta capitales regionales que actuaban más o menos de centros de toda la burocracia provincial, mientras que otras ciudades, como Abydos, iban

creciendo tanto en dimensiones como en importancia debido a sus vínculos con los principales templos dedicados al culto. Pero estos florecientes centros urbanos fueron siempre más la excepción que la regla y la mayoría de la población estuvo constituida por campesinos rurales que vivían en aldeas políticamente insignificantes, dedicados al cultivo de las tierras circundantes. Jamás la población egipcia minusvaloró la importancia que tenía la agricultura en la economía y el bienestar general de Egipto. La vida rural, vista como un ideal sano, era juzgada una forma de vida excelente por todos los egipcios bien pensantes de clase alta y eran muchos los señores acomodados que pasaban muchas horas felices regodeándose al contemplar a los campesinos locales trajinando y afanándose en el campo. La idea que se hacían del paraíso final o de la vida en el Más Allá era la contemplación de las tareas fundamentales de la agricultura en los fértiles cañaverales.

No debe sorprendernos, pues, que representaran a menudo, en las escenas del Más Allá que aparecen en las tumbas, la residencia más codiciada: una casita de campo parecida a un rancho o incluso una mansión de dos pisos rodeada de amplios terrenos y protegida del bullicio exterior por una muralla de adobe. En un mundo ideal, esta casa perfecta habría tenido un impresionante pórtico con sus columnas, unos elegantes salones centrales y bien proporcionados y unas estancias familiares espaciosas, además de las habitaciones destinadas a los criados y, como no podía ser menos, una cocina provista de todo lo necesario. Las edificaciones anexas proporcionarían alojamiento a más personas y servirían de almacenes, aparte de que el tejado plano, al que se accedía a través de una estrecha escalera exterior, tendría una multitud de usos. El jardín panorámico, lugar de ocio, regado con medios artificiales y cuidadosamente atendido por industriosos jardineros, tendría un estanque artificial poco profundo provisto de vistosos peces, abundancia de flores exóticas y multicolores y de arbustos y árboles umbrosos cuyas hojas ofrecerían grato sosiego frente a los rigores del implacable sol de mediodía. Podía constar incluso de un santuario o capilla privados dentro del recinto de los muros del jardín. Como es natural, la mansión tendría también su pozo e incluso su granja, cuya finalidad sería aprovisionar a la familia. Así pues, disfrutar de esa existencia bucólica, al amparo de las tensiones de la vida en la ciudad y, por supuesto, con suficientes jornaleros que llevasen a cabo las necesarias tareas agrícolas y domésticas, era el sueño de todo egipcio rico.

> El jardinero lleva encima un yugo que hace doblegar sus espaldas con la edad y le provoca una desapacible hinchazón del cuello, que acaba

> ulcerándose. Pasa las mañanas regando sus puerros y las tardes ocupado en cuidar sus verduras después de haber bregado en la huerta el mediodía. Se encamina a una sepultura temprana mucho antes que los demás trabajadores.
>
> *Sátira de los Oficios, Imperio Medio*

El lugar donde ese idilio rural egipcio estuvo más cerca de convertirse en realidad fue en la ciudad de Ajenaten, capital fundada por orden del rey Ajenaten en los arenales del desierto del Egipto Medio. En lugar tan árido y poco acogedor se construyeron lujosas mansiones para los funcionarios y burócratas más ricos de la corte. Las casas más espaciosas tenían veinte habitaciones o más, entre ellas un gran dormitorio con las correspondientes instalaciones sanitarias anejas, rodeadas por deleitosos y placenteros jardines, cercados por gruesos muros de adobe. Los alojamientos de los criados y los espacios destinados a almacén estaban a una cierta distancia de la casa principal a fin de garantizar un máximo de paz y tranquilidad a sus ocupantes. Lamentablemente, la ciudad de Ajenaten resultó ser un sueño y la nueva capital tuvo que ser abandonada después de transcurridos menos de veinte años desde que fuera habitada.

La población egipcia más típica debía de ser más o menos como su contrapartida moderna, con un amontonamiento de casas de diferentes proporciones, provistas de gruesas paredes, dispuestas sin orden ni concierto a lo largo de estrechos pasadizos y patios, al tiempo que nuevos edificios o ampliaciones surgían a la buena de Dios según dictaban las necesidades y sin obedecer a ninguna planificación formal. El habitante medio seguramente vivía en una modesta casa de cuatro o cinco habitaciones, que debía de ser alojamiento de una amplia familia, del servicio de la misma, de los animales domésticos, de los almacenes de alimentos y tal vez de algunas aves y una o dos ovejas, criadas para su consumo. Tal vez era una suerte para el nivel sanitario de la familia que, debido al buen tiempo, la mayoría de tareas pudieran realizarse al aire libre, ya fuera delante de la casa, en el patio o en el aprovechable tejado plano, por lo que era frecuente que las casas, debido al gran número de personas que vivían en ellas, fueran poco más que bases de estacionamiento para comer y dormir.

> Las casas, sobre todo las mejor construidas, se adaptan admirablemente al clima egipcio. Sólo les falta una cosa para que sea realmente un placer vivir en ellas: más limpieza tanto en las casas como en las calles. Si las

personas gozan de buena salud es porque llevan esencialmente una vida al aire libre y sólo tienen la casa como un lugar donde dormir y cocinar. D e no ser así, la mortalidad sería mucho más elevada.

Comentarios de la señorita Blackman sobre la vida en los pueblos del Egipto moderno

Las casas de los pueblos y ciudades solían ser más pequeñas que sus correspondientes contrapartidas de las aldeas y, mientras las tierras dentro de la ciudad amurallada fueron difíciles de conseguir, por lo general estaban construidas formando hileras elevadas que carecían de los lujos de un jardín o de un patio. Para compensar su obligada estrechez, las casas crecían hacia arriba, lo que hizo que las hubiera de dos o incluso de tres pisos de altura. Son raras las representaciones de la vida urbana tal como existía en la realidad, pero no cabe duda de que las ciudades estaban densamente pobladas y de que algunos barrios centrales eran sórdidos y que los altos edificios se apelotonaban en torno a importantes edificios públicos que impedían la luz a los callejones más estrechos. Complejos de viviendas construidas con una finalidad, como es el caso de Deir el-Medina o de Amarna, con sus hileras definidas de edificios alineados en calles rectas y encrucijadas en ángulo recto, dan una falsa idea de la eficiencia de la planificación urbana egipcia. Eran ciudades atípicas porque se habían concebido con una finalidad y construido con relativa rapidez a cargo del Estado. En contraste con ellas, centros de negocios y de comercio establecidos desde antiguo fueron evolucionando de forma lenta y esporádica. La falta de un sistema higiénico y de eliminación de desechos centralizado, las condiciones de hacinamiento y la constante presencia de animales, indispensables para el alimento, debió de hacer a veces poco atractiva la vida en las ciudades, por no decir absolutamente antihigiénica, especialmente en los largos días del caluroso verano. Seguramente este hecho contribuyó a que se apreciaran los alicientes de la vida en el campo.

Conservado en los muros de la tumba tebana de Djehutynefer, escriba real del Imperio Nuevo y superintendente del Tesoro, hay un plano completo por secciones de la casa relativamente espaciosa que poseía, construida en una de las zonas más salubres del interior de Tebas. Parece que debía de tener como mínimo tres pisos de altura, si bien dadas las convenciones empleadas en el arte egipcio es muy posible que en realidad estas plantas representen diferentes partes de la casa situadas una detrás de otra. El piso más bajo o sótano se utilizaba, al parecer, como alojamiento de los criados, a fin de que las actividades domésticas y ordinarias de

preparación del pan, elaboración de la cerveza y trabajos de tejido pudieran realizarse lejos de la vista del amo y de su familia. Los salones de recepción, de elegante altura, estaban en el primer piso y tenían altos ventanales, pensados para proporcionar el máximo frescor, aparte de que debían de ser vistosos al objeto de impresionar a los visitantes más distinguidos, en tanto que se situaban en el nivel superior las estancias privadas y menos vistosas, así como las habitaciones destinadas a las mujeres. Instalados sobre el tejado plano había cinco silos cónicos para almacenar grano, que al parecer se usaban también para cocinar y elaborar el alimento, aunque no se sabe muy bien a qué razón obedecía la lógica de almacenar el grano en el tejado. ¿No sería, quizá, porque así se evitaban los estragos causados por las alimañas en el grano? Estas mansiones lujosas eran un privilegio de los ricos, ya que los artesanos vivían en condiciones mucho menos espléndidas y raras veces disponían de más de tres o cuatro exiguas habitaciones, además del tejado plano, que podía protegerse del sol con ayuda de mamparas y utilizarse como una habitación más al aire libre.



Fig. 13 - Mujer que acarrea provisiones para su familia.

Las viviendas construidas para los trabajadores de la necrópolis tebana de Deir el-Medina eran todas idénticamente largas y estrechas y medían aproximadamente quince por cinco metros. Había en ellas una habitación-recibidor cuadrada a través de la cual se accedía a una habitación interior más espaciosa, a un almacén o pequeño dormitorio y a un pequeño patio que hacía las veces de cocina y en el que solía haber un almacén subterráneo. Una escalera exterior conducía al tejado, donde es probable que durmiera toda la familia en la época de los calores del verano. En Amarna, ciudad menos próspera, los trabajadores más humildes se alojaban en viviendas muy exiguas y las setenta y dos unidades de la población sólo medían cinco por diez metros. Dichas casas estaban divididas en una zona principal en la que se hacía vida, un dormitorio o almacén y una cocina, mientras que el pórtico se utilizaba como cobijo de los animales y el tejado se aprovechaba como una habitación más. Distribuidas entre estas casas más bien sórdidas había otras más grandes construidas para los artesanos, viviendas de planta cuadrada con

una gran sala de recepción provista de columnas, varios dormitorios y almacenes y un espacio exterior destinado a cocina.

> Para eliminar las pulgas de una casa hay que rociarla con agua mezclada con natrón hasta conseguir exterminarlas.
>
> Para evitar que se acerquen los ratones hay que untarlo todo con grasa de gato.
>
> Para impedir que una serpiente salga de su agujero… hay que poner un bulbo de cebolla en la abertura del agujero y de ese modo no saldrá.
>
> *Consejos domésticos del Papiro Médico Ebers*

Dado el calor, el hacinamiento, la ausencia de unas medidas higiénicas elementales y la existencia de almacenes de alimentos y de animales en la casa, no es extraño que las epidemias domésticas se convirtieran en un trastorno constante casi imposible de atajar. Muchas amas de casa se defendían del acoso recurriendo a perfumar todas las habitaciones de la casa con un incienso de dulcísimo aroma que era una mezcla de mirra, olíbano y especias y que tenía la doble ventaja de enmascarar los malos olores y de poder fumigar con él tanto la casa como su contenido. Las moscas debieron de constituir una constante amenaza y, pese a que la humareda de la cocina habría debido ahuyentar a los insectos más timoratos, había sustancias repelentes, como la «grasa de oropéndola», que habían dado prueba de su eficacia y que por ello estaban en gran demanda. Desgraciadamente, la falta de un sistema de desagües eficaz obligaba a transportar al muladar local desechos domésticos de todo tipo, desde alimentos en fase de descomposición hasta deyecciones humanas, o a arrojarlos al río o canal más cercano. Había muchos caseros, sin embargo, que no encontraban justificada aquella molestia, por lo que arrojaban la basura a la calle, con lo que el nivel del suelo iba elevándose casi imperceptiblemente de año en año. Afortunadamente, gracias a lo elevado de la temperatura los desechos domésticos se descomponían con relativa rapidez, aunque a costa de emanar desagradables olores. Los repugnantes montones de basura en fase de descomposición que se apilaban entre las casas atraían, como no podía ser de otra manera, a muchas alimañas, lo que resulta evidente en muchas de las casas que se han excavado, en las que se ha observado una plaga a gran escala de ratas y ratones. Es muy posible que los animales domésticos contribuyeran a reducir el número de los roedores y quizá espantaran incluso a las serpientes, si bien

los que debían vencer problemas más importantes tenían que recurrir a artilugios tales como trampas mecánicas o simplemente a taponar los agujeros con piedras o pelotas de tela.

> El lavandera lava la ropa en la orilla del río junto al cocodrilo… Lo que come se mezcla con la inmundicia y no hay parte de su cuerpo que esté limpia. Lava las ropas de la mujer que menstrúa. Después de pasar el día entero faenando con un palo para golpear la ropa y una piedra, se queda chorreando…
>
> *Extracto de Sátira de los Oficios del Imperio Medio*

Pese a que les preocupaban muy poco las medidas higiénicas en lo tocante a los desechos, concedían en cambio una gran importancia a la limpieza personal y doméstica. Los egipcios eran renombrados en el mundo antiguo por la deslumbrante blancura de sus ropas y Herodoto observó en tono encomiástico que llevaban prendas «siempre recién lavadas y concedían una gran importancia a este particular». Los que disfrutaban de una situación lo bastante desahogada para pagarse los servicios comerciales del lavado de ropa se permitían el lujo de que les recogieran la ropa sucia a domicilio y se la devolvieran limpia, seca y planchada o plisada de nuevo. A pesar de la cita más bien detractora que reproducimos más arriba, los lavanderas profesionales no eran necesariamente despreciables ni de humilde rango, ya que el lavandera jefe de la casa real solía ser un joven de noble cuna y se consideraba en general que ocupaba una posición privilegiada, apenas por debajo del portasandalias del rey. No es probable, pues, que un funcionario tan encumbrado y bien criado se rebajara a desempeñar un trabajo manual tan degradante como aquél, lo que induce a creer que seguramente debía de relegar aquella labor a otros menos privilegiados en lo que a rango se refiere y que debía de limitar sus funciones a la supervisión.

Lamentablemente, sin embargo, estos lavanderas profesionales se ocupaban principalmente de lavar las ingentes cantidades de ropa de los grandes templos y casas más acomodadas, por lo que la mayoría de mujeres no podían soñar siquiera con tales lujos. Por consiguiente, el lavado de la ropa familiar suponía una pesada tarea que ocupaba mucho tiempo y exigía un gran esfuerzo físico que había que llevar a cabo regularmente. En los días dedicados a la colada se amontonaba la ropa sucia en cestas que había que transportar hasta la orilla del río o a algún canal próximo, donde se hacía con ella una pelota que se empapaba de agua. Se le aplicaba seguidamente jabón

de natrón y después se apaleaba vigorosamente con una paleta de madera o se restregaba repetidas veces sobre piedras lisas antes de pasar a aclararla concienzudamente con agua corriente. Después se sacudía la ropa ya limpia, se escurría y se dejaba secar y blanquear al sol. Una vez seca, se planchaba o alisaba, marcando cuidadosamente los pliegues, tras lo cual se transportaba de nuevo a casa, donde se colocaba en la cesta o armario en que se guardaba. Las escasas escenas de lavado de la ropa que se han conservado en las tumbas muestran que se trataba de una actividad en vías de desarrollo. Los lavanderas profesionales del Imperio Medio utilizaban los mismos métodos simples que las amas de casa, si bien a finales del Imperio Nuevo los lavanderas ya calentaban las grandes tinajas de agua que sacaban del río. Fue una innovación que permitió a los lavanderas no sólo lavar la ropa con agua caliente sino seguramente eliminar mejor la suciedad de la misma.[2]

La casa propiamente dicha se barría con una escoba de fibras vegetales rígidas provista de un mango corto y se conservan varios dibujos de la época que muestran a atareados sirvientes ocupados en rociar con agua el suelo para recoger mejor el polvo y utilizando después cepillos de aspecto extremadamente moderno para dejarlo todo limpio. Para eliminar el polvo de la casa se utilizaban trapos de lino, retazos aprovechables de sábanas y prendas de ropa excesivamente pequeños para los vendajes funerarios. El ama de casa hacendosa tenía la suerte de que en la casa había muy pocos muebles y escasísimas esteras y cortinas, elementos en los que se suelen acumular más partículas de polvo. Hasta las casas más lujosas resultaban bastante desnudas para las normas occidentales modernas y la mayor parte del mobiliario que se ha podido recuperar procede más de las tumbas excavadas que de las propias casas. Aun cuando los tabiques de adobe del interior de las casas acostumbraban a estar revestidos de yeso y a presentar escenas elaboradas y de vivos colores, era normal que el mobiliario se tuviese no sólo por innecesario sino que incluso se estimase que se comía espacio y por otra parte se desconocía el concepto de la decoración a base de objetos y cachivaches ornamentales y carentes de utilidad funcional.

Era una costumbre, cómoda por otra parte, sentarse o permanecer agachado en el suelo y, aunque todos utilizaban taburetes de tosca construcción, algunos tan bajos que apenas llegaban a los dieciséis centímetros de altura, las sillas de tipo convencional, con su respaldo y sus apoyos para los brazos, no eran más que símbolos de una categoría social y, por su coste relativamente alto, utilizados tan sólo por las clases altas. Los escabeles para los pies eran muy populares entre la clase privilegiada que se

servía de sillas. Se construían pequeñas mesas individuales o soportes para comer coordinados con las sillas pero tampoco éstos eran considerados ni de lejos un equipo doméstico esencial y, al igual que en el Egipto rural moderno, la comida solía consumirse sobre esteras tejidas que se extendían en el suelo. Los comensales se sentaban o se acuclillaban alrededor de las esteras y se servían de la comida que les apetecía. En la preparación de la comida se hacía uso de cucharas y cuchillos, pero comer con los dedos era una costumbre considerada aceptable en todos los niveles sociales. Se ha conservado incluso una pintura deliciosamente íntima del rey Ajenaten donde es posible verlo disfrutando de un enorme trozo de buey mientras la reina Nefertiti sostiene con la mano derecha un pajarillo asado entero.

> ¡Qué grande es el señor de su ciudad! Es como una estancia fresca en la que un hombre puede dormir hasta el amanecer.
>
> *Imperio Medio, Himno al Rey Senwosret III*

Los dormitorios eran igualmente espartanos. En realidad, los dormitorios propiamente dichos eran un lujo del que sólo podían disfrutar los más acomodados, es decir, los que podían despilfarrar el espacio de que disponían; la mayor parte de familias utilizaban para dormir elementos muy simples y sólo precisaban de una estera o de una sábana de lino doblada y de una piedra curva curiosamente dura o de un apoyadero de madera para la cabeza para asegurarse un sueño reparador. Se trataba de unos elementos portátiles fáciles de recoger al despertarse por la mañana, cuando había que dejar la estancia disponible para que en ella pudieran realizarse las actividades que tenía asignadas durante el día. Las habitaciones específicamente destinadas a dormitorio solían tener una plataforma de madera arrimada a una pared, que servía de base a un rudimentario colchón hecho con varias sábanas de lino dobladas, que impedía que el frío, la humedad y a veces los insectos alcanzaran al durmiente. Las camas de madera conocidas no sólo eran caras sino que ocupaban espacio, consideración importante esta última en casas ocupadas por tan gran número de personas y, en consecuencia, utilizadas tan sólo por los muy ricos, que las veían como un símbolo de su condición. El escriba Ipuwer se lamentó en diversas ocasiones de que, durante el anárquico Primer Periodo Intermedio, «Aquel que no dormía sobre una caja tiene una cama» y «Aquellos que tenían camas están en el suelo, mientras que el que yace en el polvo extiende una estera». Su indignación ante tamaño desatino y

trastocamiento de la jerarquía natural sólo se apaciguó con la imposición de la ley y el orden y cuando pudo informar de lo siguiente:

> Buena cosa es disponer de camas y que el amo tenga su reposacabezas en lugar seguro. Cuando se cubren las necesidades de todos con una estera a la sombra y se cierra una puerta para el que duerme entre las matas.

Las mejores camas estaban provistas de «muelles» hechos con juncos y cuerdas entrelazadas. Resulta curioso que algunas de las camas más primitivas tuvieran una inclinación tan pronunciada en dirección a los pies que parece que hubo que emplear una especie de estribo para impedir que el durmiente, en estado inconsciente, fuera deslizándose lentamente hacia abajo. Aquel defecto de diseño se corrigió en el Imperio Nuevo, época en que las camas se hicieron mucho más planas y, por tanto, más cómodas para los aquejados de un sueño inquieto. El resto de mobiliario de los dormitorios era mínimo. Podía componerse de un taburete bajo donde sentarse mientras uno se peinaba y se acicalaba con los afeites y de elaborados estuches para guardar los cosméticos y las joyas, especialmente visibles en los tocadores de los opulentos. Debido quizá a la escasez de buena madera en Egipto, se desconocían los dormitorios de tipo corriente y rara vez se utilizaron armarios roperos, alacenas y cómodas. Se usaron y mucho, en cambio, toda una profusión de arcas, cajas y cestas entretejidas provistas de diversas ataduras para cerrarlas, donde se guardaba la ropa doblada, el lino y los objetos personales.

Lo que sí figuraba en todas las habitaciones de la casa era una lámpara. Durante el verano egipcio el sol se pone rápidamente y temprano, por lo que era necesaria alguna forma de iluminación artificial si la familia quería hacer algo en casa después de la cena. En cuanto a su diseño, las lámparas cubrían un espectro que iba desde sencillos cuencos llenos de aceite en los que flotaba una mecha de tela hasta lámparas de dibujo complicado y de aspecto curiosamente moderno. Como soporte de grandes lámparas de arcilla en las que quemaba aceite disponían de unos largos pilares de madera tallada. Se recurría a hogueras, antorchas y braseros portátiles para aumentar la tenue luz reinante y contribuir a un tiempo a potenciar el calor en las frías noches de invierno. Con todo, la casa egipcia debía de ser un lugar bastante desapacible cuando caía la noche y la mayoría de la población se levantaba con el día y se acostaba tan pronto como oscurecía.

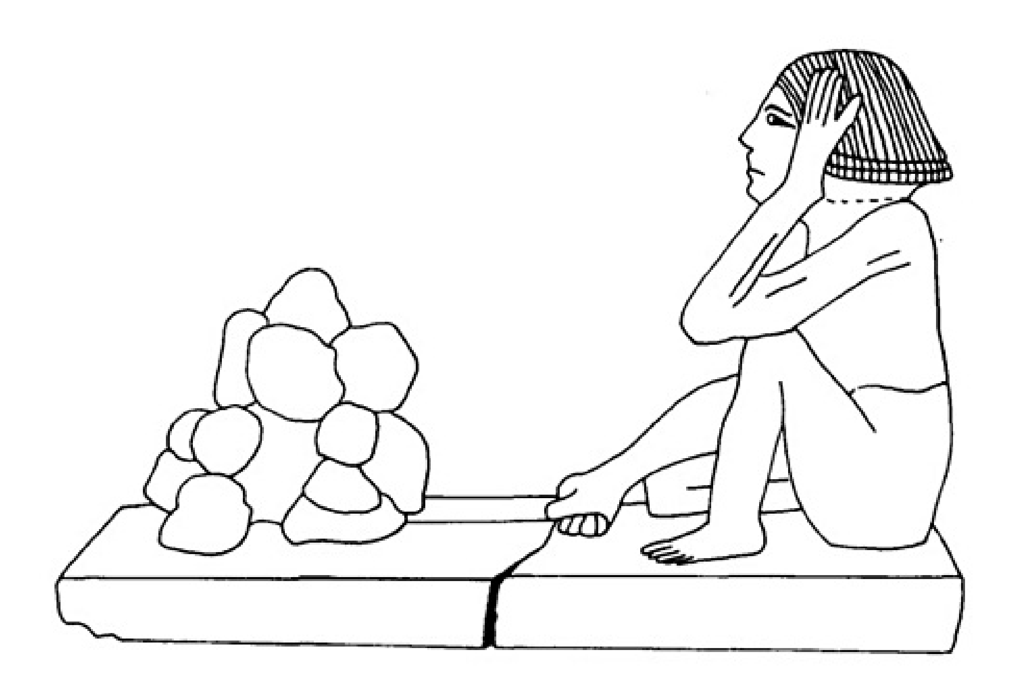


Fig. 14 - Mujer ocupada en cocer pan

La cocina era muy primitiva comparada con los niveles actuales y normalmente se componía de un fogón, uno o varios hornos circulares de pequeñas dimensiones, algunos elementos utilizados en la molienda, vasijas de barro y un espacio para guardar los alimentos y los utensilios necesarios para la preparación de las comidas familiares. Como la madera era cara y escasa, el combustible utilizado normalmente para cocinar consistía casi invariablemente en excrementos secos, que tenían la ventaja de arder mucho tiempo y de forma inodora y limpia, además de gratuita para los que poseían animales. Particularmente los excrementos de las ovejas producen una llama muy duradera y en algunas cocinas de Amarna se han podido recuperar unos amasijos formados por las deyecciones de las ovejas mezcladas con paja. Para poderlas aprovechar había que recogerlas a diario y formar con ellas una especie de ladrillos después de mezclarlas con agua y paja antes de dejarlas secar al sol, ocupación tan laboriosa como poco atractiva que, como ocurre en el Egipto moderno, solía delegarse a las muchachas más jóvenes y a los niños. Una vez confeccionados dichos ladrillos, podían prenderse fácilmente con ayuda de una barrena de arco o con la chispa de un pedernal.

En cuanto al horno, era un montículo de arcilla achaparrado y en forma de colmena de alrededor de un metro de altura, provisto de unas repisas interiores y con un agujero en la base que permitía retirar las cenizas. Se utilizaba sobre todo para cocer pan, aunque también permitía preparar la comida puesta en un recipiente colocado en la parte plana superior, mientras que la cocinera permanecía sentada o agachada delante de la boca del horno.

Los que preferían cocinar en un fuego abierto se servían de un artilugio en forma de trípode cuando querían hacer hervidos o asados, como también podían optar por colocar la comida directamente sobre las brasas. Los dibujos de la época parecen indicar que a veces el horno estaba instalado en el tejado de la casa aunque, como presuponía el riesgo de incendio, constituía un peligro innecesario. Es posible que los artistas quisieran representar los hornos fuera de las casas pero que las diferencias en el enfoque y perspectiva artística condujeran a falsas interpretaciones de acuerdo con los parámetros modernos. La arqueología demuestra, en efecto, que los hornos y fogones solían estar situados a una cierta distancia de la casa, seguramente para disminuir las incomodidades del calor y del humo de la cocina así como para evitar el riesgo de incendio. En Amarna, por ejemplo, se construía la cocina en la parte este de la casa y estaba conectada con la vivienda mediante un pasadizo cubierto. En los casos en que el horno o el fuego estaba dentro de la casa, generalmente estaba a distancia de la puerta, aparte de que el tejado de la cocina tenía unos agujeros de ventilación que permitían que una parte del calor, humo y olores escaparan por arriba. Pese a ello, el ambiente en la recluida cocina debía de ser a veces insoportablemente caluroso.

> Se alimentan de pan de escanda, con el que forman hogazas… comen muchos tipos de pescado crudo, salado o secado al sol. También codornices y patos y pajarillos, que comen crudos, añadiéndoles sólo un poco de sal. Todos los demás pájaros, a excepción de los que se descartan por considerarlos sagrados, los comen asados o hervidos.
>
> *Comentarios de Herodoto sobre la alimentación egipcia*

La provisión abundante de comida y bebida de buena calidad para la familia e invitados constituía uno de los deberes más importantes del ama de casa y, en caso de realizarse con eficiencia, reportaba satisfacción y honores que repercutían en toda la familia.[3] A casi todo el mundo le gusta disfrutar en buena compañía de una comida bien preparada y sabrosa, si bien los egipcios parece que fueron especialmente aficionados a los festejos, a la bebida y a agasajar a los amigos en sus casas. De tener en cuenta las abundantes y catastróficas advertencias contra la glotonería que registran las instrucciones de los escribas y de compararlas con las escenas de los epicúreos banquetes representados en los muros de las tumbas, casi se puede afirmar con absoluta certeza que el camino que lleva más directamente al corazón del egipcio pasaba inevitablemente por su abultado estómago. Era

evidente que las exageradas comilonas de las sedentarias clases acomodadas constituían motivo de preocupación para miembros más abstemios de la población.

> Cuando te sientes a comer en compañía evita los alimentos que más te gustan. La abstención sólo exige el esfuerzo de un momento, mientras que la glotonería es vil y reprobable. Un vaso de agua calmará tu sed y un bocado de hierbas te fortalecerá el corazón… Bellaco es aquel cuyo estómago sigue hambriento cuando ha pasado la hora de comer.
>
> *Consejo de un escriba del Imperio Antiguo*

Esta envidiable capacidad de comer en demasía era consecuencia directa de la excelente administración de los tan admirados recursos naturales de Egipto. Este país, descrito con tanto acierto por Herodoto como el «regalo del Nilo», era extraordinariamente fértil, rebosante de plantas y animales salvajes comestibles y asiento de una floreciente economía agrícola que año tras año reportaba a sus habitantes grandes cantidades de cereales y de carne. Ciertamente que el hambre, resultado directo de la ausencia de inundaciones, no fue un fenómeno desconocido entre las clases inferiores durante el Periodo Dinástico, si bien fue un desastre relativamente raro, ya que las montañas de cereales almacenados durante los años de abundancia solían bastar para remediar la carestía de los años de escasez. Incluso las ciudades y poblaciones egipcias más populosas estaban estrechamente vinculadas con el campo, lo que permitía que la población pudiera tener acceso durante todo el año a una sana variedad de alimentos frescos en cada temporada.

La disponibilidad de estos alimentos de calidad tenía un efecto directo en la evolución de las técnicas culinarias de los egipcios, cuyos cocineros más expertos solían mostrar su favor a las recetas sencillas y confiar más bien en la calidad y frescura de los ingredientes para producir platos apetitosos y no demostrar demasiadas prisas para experimentar con salsas complicadas o elaboradas combinaciones de sabores y texturas. Podría contrastarse esta afortunada situación con los problemas a los que se veían abocados los antiguos cocineros romanos que, aislados de los alimentos frescos por un conjunto de circunstancias tales como la distancia, unos transportes deficientes y la falta de refrigeración, se veían obligados a inventarse salsas y aliños muy especiados y de intenso aroma a fin de enmascarar la monotonía de una dieta compuesta primordialmente de alimentos conservados y en ocasiones ligeramente rancios. Los egipcios no tenían ninguna necesidad de

disfrazar los sabores naturales de los ingredientes y, con la posible excepción de guisados o sopas, la preparación de la comida solía ser simple y poco aderezada. Lo que tentaba las papilas gustativas de los egipcios era la variedad de los diferentes platos servidos de consuno. Así pues, la experimentación culinaria era escasa; las ilustraciones de la época y las obras de autores clásicos posteriores demuestran que se consideraban los hervidos como el método tradicional y más reconstituyente en la preparación de la carne y las verduras, mientras que se veía la cocción al horno como un método más apropiado para la elaboración del pan o de pasteles endulzados con miel o dátiles. Las aves acostumbraban a prepararse a la brasa, ensartadas en un espetón, y tanto la carne como el pescado se asaban también a veces a la brasa.



Fig. 15 - Dos mujeres del Imperio Nuevo servidas por una criada en un banquete

Un problema importante que tenían por igual los cocineros romanos y los egipcios era el calor. Sin refrigeración no era posible conservar mucho tiempo los alimentos y, aunque podía acumularse el trigo y algunas frutas y verduras y reservarlas para su uso futuro, en el caso de la carne y el pescado había que secarlos o ponerlos en salmuera antes de almacenarlos, en tanto que la leche y los productos lácteos debían guardarse en lugares lo más frescos posible y metidos en vasijas de barro humedecido. El problema del deterioro de la carne se resolvía hasta cierto punto sacrificando a los animales inmediatamente antes de proceder a cocinarlos, aparte de que la gregaria costumbre egipcia de

distribuir el alimento mediante banquetes comunitarios hacía también que fueran escasos los restos de carne que habrían podido estropearse. Como la educación exigía de los invitados que correspondiesen a su vez con invitaciones a sus anfitriones, el sistema aseguraba que se mantuviese constante el consumo de alimentos de calidad por individuo. No existía, en cambio, ningún medio eficaz para conservar tierno el pan y, pese a que su bajo contenido en grasa permitía guardarlo un día o dos, era inevitable hornear como mínimo cada dos o tres días. La cocción del pan acostumbraba a hacerse por la mañana, ya que la comida del mediodía era la principal y solía ser larga y propiciar la conversación. Solía hacerse dentro de las casas, ya que comer al aire libre con el sol de rigor que caía al mediodía habría hecho muy desagradable el ágape. Las otras comidas que había que preparar eran un desayuno ligero tomado a primera hora de la mañana y una cena igualmente parca o un simple bocado antes de retirarse a descansar.

Por desgracia no ha llegado hasta nosotros ningún libro de cocina con recetas egipcias que nos permitiría recrear los platos que consumían los faraones. Sin embargo, tenemos una sorprendente colección de alimentos cocinados. Los egipcios, con su característico concepto de la muerte, intentaban asegurarse de que el difunto no pasaría hambre en su trayecto hacia el Más Allá y, con esta idea, lo proveían de todo el alimento necesario para disfrutarlo en la tumba. En efecto, durante el Imperio Antiguo se enterraba el cadáver junto con comidas completas. El ejemplo mejor conservado que ilustra este particular corresponde a una tumba de Sakkara de la II dinastía en la que reposaba una anciana, ante cuyo cadáver pudo descubrirse una cena completa dispuesta en el suelo.[4] El menú era el siguiente:

Hogaza de pan
Gachas de cebada
Pescado a la brasa
Estofado de palomo
Codorniz asada
Riñones cocidos
Muslo y costillas de buey
Higos cocidos
Bayas frescas
Pasteles de miel
Queso
Vino de uva

El profesor Emery, que excavó esta tumba, observó con interés que la difunta señora, cuyo cadáver estaba bastante peor conservado que el banquete que le habían preparado, padecía una anomalía en la mandíbula que a buen seguro, de haber estado viva, le habría impedido degustar aquellos manjares, ya que sólo podía masticar con un lado de la boca. Resulta curioso que este menú sea tan parecido al que sirvieron en el banquete de los que formaban la comitiva fúnebre del rey Tutankamón, muerto más de mil años después, donde los ocho participantes fueron obsequiados con nueve patos, cuatro gansos, diversos trozos de buey y carnero, pan, un surtido de frutas y verduras y vino. Los platos se servían simultáneamente y, como en el Egipto moderno, los comensales comían a placer los manjares que más les gustaban. No se concedía demasiada importancia al hecho de tomar comida caliente procedente directamente de la cocina como es el caso de otros países occidentales más fríos.

> Haz un buen ofrecimiento de pan y cerveza, de ganado grande y pequeño, aves, vino, fruta, incienso y toda clase de buenas hierbas el día de la fundación de Ajetaten…
>
> *Extracto de la estela del linde de Amarna*

La cantidad, calidad y variedad precisas de comida que se ponía a disposición de un determinado cocinero difería de una casa a otra. La fuente básica de comida era, para la mayoría, la ración diaria que correspondía a aquellos miembros de la familia que, literalmente, «se ganaban el pan». Dado que no había una moneda oficial, el medio utilizado oficialmente para pagar a los trabajadores era en especies y en forma de raciones. La composición de cada ración varió de un periodo a otro, si bien incluía invariablemente cereales o cerveza y pan. Parece que la ración diaria mínima consistió en diez hogazas de dimensiones constantes, lo que queda confirmado por una noticia correspondiente al Imperio Medio que nos dice que la ración diaria adjudicada por el Campesino Elocuente para alimentar a su mujer y familia se componía de diez hogazas de pan y dos jarras de cerveza. Los que trabajaban en actividades de más prestigio recibían, como es lógico suponer, bastante más que esta asignación básica y llegaban incluso a pagos diarios de centenares de hogazas, como era el caso de los burócratas veteranos, que subdividían entonces su parte entre los miembros de la casa y los trabajadores de su hacienda. Las raciones más generosas eran las ofrecidas en sacrificio a

los dioses y no eran raros, por ejemplo, los ofrecimientos de mil hogazas o de un buey entero y, dado que estas cantidades de alimento se distribuían después entre los sacerdotes y demás personas que se ocupaban del templo, es lógico que los miembros del clero egipcio se contasen entre las personas mejor alimentadas del país. Como observó Herodoto no sin sus ribetes de envidia:

> No gastan nada de lo suyo y no necesitan adquirir nada. Les cuecen el pan de cada día con cereales sagrados y cada uno tiene asignada una abundante ración de carne de buey y de ganso.

Aparte de la ración básica de pan o de cereales, la mayoría de familias podía aumentar su suministro de alimento con la caza, tendiendo trampas y pescando, mientras que incluso los que vivían en ciudades y poblaciones muy densas criaban aves, ovejas o alguna cabra que, a cambio de las sobras de la comida diaria, les suministraban a diario huevos, leche y queso. Puede decirse que las fincas más grandes de la gente acomodada prácticamente se autoabastecían, ya que tenían sus propios graneros, sus hornos para cocer el pan y sus propios sirvientes para ocuparse de los menesteres necesarios. Los propietarios más frugales, cuyo estilo de vida les permitía acumular excedente de un producto e incluso cultivar verduras o cocer más pan del que necesitaban, podían mercadear el sobrante haciendo trueques y adquiriendo alimentos más variados. Así, mientras que la dieta de los más pobres o menos emprendedores generalmente se reducía a una monótona rotación de alimentos más bien flatulentos, como pan, cebollas, lechuga, rábanos y legumbres, había otras personas más afortunadas que podían regalarse el paladar con suculentas carnes y con aves y pescados, acompañados de una selección de frutas y verduras frescas así como de pan y pasteles.

> No comas pan cuando tengas a otra persona delante de ti sin ofrecerle una parte. Comida habrá siempre, el hombre no dura.
>
> *Consejo ofrecido por el escriba Any*

El pan era con mucho el alimento más importante preparado por el ama de casa egipcia. A falta de otros alimentos ricos en hidratos de carbono como patatas, pasta, arroz y plátanos, el pan pasó a convertirse en el componente básico de la dieta, doblemente importante por ser también el ingrediente principal de la popular cerveza de fabricación casera. El pan se consumía en

grandes cantidades y de él disfrutaban ricos y pobres por igual, aparte de que a menudo era también un preciado ofrecimiento tanto para los dioses como para los difuntos. Para los egipcios el pan era un símbolo que venía a ser el compendio de todos los alimentos, lo que hacía impensable subsistir sin pan en esta y en la otra vida. No es extraño, pues, que aparezca con tanta frecuencia en las tumbas el tema de la preparación del pan, ya sea en forma de pinturas murales o de maquetas que reproducen tahonas, mientras que en las narraciones populares y en los proverbios se hace especial hincapié en la importancia que tiene disponer de pan suficiente para comer.

Como no era posible comprar harina molida, la fabricación del pan se convertía en una tarea verdaderamente laboriosa. Se hacía necesario procesar a mano toda la harina con ayuda de un metate de piedra; en el caso de una familia compuesta de cinco o seis personas adultas, dotadas del voraz apetito que caracteriza a los trabajadores manuales, debió de ser una tarea realmente agotadora. Después de molido y pasado por un cedazo, la harina más bien grumosa se mezclaba con agua y sal y se elaboraba con ella una especie de chapata ácima o una hogaza tipo «pitta» que se podía cocer fácilmente sobre una piedra plana colocada dentro del horno o directamente en el fuego. Las hogazas hechas con levadura se hacían amasando la harina con giste y agua hasta obtener una masa consistente. Podían añadírsele especias, sal o condimentos antes de cocer dicha masa a fin de realzar su sabor, en tanto que la incorporación de grasa, huevos y dátiles dulces convertían la hogaza normal en sabroso pastel. Se daba forma al pan manualmente o presionando la masa dentro de un molde y dejando después que subiera antes de cocerla en el horno. No es extraño que hubiera muchas variedades y formas de pan. Había más de quince palabras diferentes para distinguir los distintos tipos de pan que se preparaban durante el Imperio Antiguo y más de cuarenta para designar los panes y pasteles del Imperio Nuevo. Los panes más populares eran unas hogazas semicirculares que se hacían a mano y otras altas y acabadas en punta que se cocían en unos moldes cónicos especiales, si bien en ocasiones específicas se preparaban panes más elaborados en forma de animales e incluso de figuras femeninas.

Mejor pan con corazón feliz que riqueza con zozobras.

Proverbio del Imperio Nuevo

Comparada con el pan, la carne, y de manera especial el buey, era un alimento sumamente apreciado, aunque prohibitivo para la mayoría. En

teoría, cualquiera podía adquirir los trozos de buey que representaban la distribución del excedente de carne sobrante en los templos, pero de hecho la carne fue siempre un lujo que sólo podían permitirse los ricos. Como entonces no había refrigeración y abundaban las moscas y la suciedad, aquélla era una carne de buey que no habría resultado demasiado apetitosa a nuestros ojos. En efecto, nadie que haya convivido con la cultura occidental de los supermercados, donde impera la obsesión de la higiene y los alimentos están envueltos en plástico, difícilmente podrá olvidar el tenderete al aire libre donde el carnicero egipcio vende su mercancía. Algunas personas prósperas poseían una o varias vacas, pero sólo los más ricos o los templos con más posesiones podían ser propietarios de un rebaño de animales no operantes y mantenerlos en reserva como fuente de alimento. Estos animales destinados al consumo eran cebados a la fuerza con bolas de pan y no se sacrificaban hasta que estaban tan gordos que ni andar podían, debido a lo cual su carne era muy grasa y tierna. Los propietarios de ganado que no eran tan ricos sacaban el máximo partido de sus animales explotando sobre todo a las vacas por su leche y su estiércol, aparte de utilizarlas también para arar y trillar. Eran vacas que no se mataban mientras pudieran explotarse para trabajar, lo que hacía que seguramente dieran una carne sabrosa pero más bien dura y fibrosa. Muerta la vaca, no había parte del animal que se desaprovechase: sesos, tripas, orejas, lengua y pezuñas, todo se rebanaba con delectación, y hasta la sangre se aprovechaba para hacer con ella un exquisito budín negro. La grasa tenía múltiples usos, de manera especial la de buey, aprovechada comúnmente para la preparación de preciados medicamentos. Suele representarse a las clases superiores, menos interesadas en aprovechar los desperdicios, comiendo únicamente los trozos más selectos de carne de buey.

El «ganado menor», es decir, las ovejas, cabras y, en menor grado, los cerdos estaban mucho más generalizados entre la población y eran mucho más fáciles de mantener. La próspera clase media se regalaba con ágapes reconstituyentes y particularmente nutritivos a base de guisos de carnero o cabra hervidos, aunque se tienen indicios de que los personajes más devotos y pertenecientes a las clases altas de ciudades como por ejemplo Tebas, donde se veneraba al carnero dándole categoría de dios, seguramente evitaban comer ese tipo de carne. Las ovejas y cabras tenían especial importancia porque suministraban leche fresca, exquisitez que se ingería caliente y se usaba a menudo para cocinar y que, por supuesto, era básica en la producción de queso y mantequilla líquida. Como en tantos lugares del mundo actual, el cerdo era tabú religioso muy difundido y en teoría no era aceptable como

alimento. Con todo, los restos arqueológicos demuestran que esta prohibición ritual no era observada de manera estricta. En los muros de las tumbas vemos inequívocamente representadas piaras de cerdos y en los vertederos de basura tanto de Amarna como de Deir el-Medina había grandes cantidades de huesos de cerdo, lo que apunta que su consumo estaba muy difundido. Los cerdos son animales sumamente eficientes, ya que comen y reciclan los desechos de alimentos que de otro modo, dadas las altas temperaturas, se echarían a perder, aparte de que reportan el beneficio adicional de limpiar gratuitamente calles y casas.[5]

> El Nilo contiene todas las variedades de peces en cantidades increíbles, por lo que proporciona a todos los nativos no sólo un medio de subsistencia abundante en forma de pescado fresco, sino que además brinda una enorme cantidad de pescados para salazón.
>
> *Diodoro Siculo*

El pescado, alimento altamente nutritivo y sabroso, abundante en proteínas y minerales, hizo las delicias de todos los niveles de la sociedad y supuso sin duda alguna una contribución muy importante a la dieta de los más pobres, ya que de otro modo su alimentación seguramente habría tenido carencias proteínicas. Aun cuando la pesca con arpón fue uno de los entretenimientos favoritos de las clases superiores y los pescadores profesionales utilizaron una impresionante variedad de redes, trampas y sedales para ganarse la subsistencia, en realidad en Egipto no eran indispensables estos avíos para salir a pescar y muchos se dedicaban simplemente a esperar que las aguas volviesen a su cauce después de la inundación para recoger los peces muertos y moribundos que quedaban prisioneros en los campos embarrados altos y relativamente secos. Atrapados los pescados, podían asarse a la brasa y consumirse frescos o conservarse dejándolos secar al aire, ahumándolos, salándolos o macerándolos en aceite.

Los pájaros eran otro alimento importante y accesible a los pobres. Aunque no se conocieron los pollos hasta el mismo final del Imperio Nuevo, incluso en las casas más pequeñas se criaban sin problemas patos y gansos o tórtolas y palomas en un cobertizo especialmente construido con este fin. Tampoco era difícil cazar con trampas o redes aves acuáticas, presentes en todo el país, y disponemos de escenas de caza que nos muestran a cazadores rondando furtivamente a sus presas con enormes y amenazadoras lanzas con las que ensartan pajarillos relativamente pequeños o arrojándoles palos,

aunque es probable que estos métodos se consideraran más bien un deporte que una técnica rigurosa para cazar. Atrapados los pájaros, eran encerrados en jaulas de madera y cebados con cereales hasta que se consumían. Era un sistema que tenía la ventaja de suministrar carne fresca sin que fuera necesario macerarla o secarla previamente. Se mantenía el ave con vida hasta que se necesitaba y después se mataba —fracturándole el pescuezo— momentos antes de cocinarla, costumbre que sigue vigente en el Egipto actual, donde es habitual que en casi todas las cocinas haya una o dos aves vivas. Los huevos que ponían las aves cautivas constituían una útil adición a la dieta diaria, que podía complementarse con huevos de aves silvestres.

La fruta fresca, las habichuelas, las legumbres y verduras desempeñaban también un importante papel nutritivo en la dieta diaria. Los egipcios gozaban fama en el mundo antiguo de grandes consumidores de verdura cruda, especialmente de cebollas, ajos y puerros, en tanto que los melones y pepinos del país eran tan populares que hasta los Hijos de Israel, liberados finalmente del vil yugo que los tuvo esclavizados en Egipto, no podían por menos de lamentarse:

> ¿Nadie nos va a dar carne? Pensad un momento. En Egipto teníamos todo el pescado que queríamos, además de pepinos, sandías, puerros, cebollas y ajos. Ahora tenemos la garganta reseca, dondequiera que miremos no vemos otra cosa que este maná.

El maná o llamado «pan del cielo» probablemente no fue otra cosa que la secreción de unos pequeños insectos que viven en las ramas del tamarisco. Se trata de una exquisitez que los beduinos actuales siguen recogiendo y consumiendo por considerarla un primoroso manjar. Es probable que las cebollas egipcias, pequeñas y redondas, fueran mucho más dulces que las gordas cebollas europeas que se consumen actualmente. Aparte de que servían de aderezo en todas las comidas, tenían un cierto simbolismo religioso: la fiesta de Sokar, que se celebraba en Menfis en conmemoración del solsticio de invierno, requería de los sacerdotes participantes que llevaran una corona de cebollas y que durante todo el trayecto de la procesión sacra olieran manojos de las mismas. El ajo egipcio también era más pequeño que su contrapartida moderna y es posible que no tuviera un olor tan intenso.

Los pobres consumían grandes cantidad de judías, dicho sea de paso altamente nutritivas. Desde el Periodo Predinástico en adelante se cultivaron garbanzos, habas cochineras, habichuelas oscuras o «ful medames» y lentejas,

legumbres que debían de servir para preparar platos apetitosos y satisfactorios una vez hervidas, machacadas con ajo y aceite hasta convertirlas en puré y metidas a modo de bocadillo en un trozo de pan ácimo. Había recetas más complicadas que incorporaban cebolla picada, huevos e incluso bolas de una masa a base de habichuelas, semejante al *filafil* que sigue consumiéndose actualmente en Egipto.

Esa tradición de generosa hospitalidad que incita al egipcio moderno a compartir su comida con desconocidos a los pocos minutos del encuentro tiene sus raíces en las costumbres gregarias del Egipto Dinástico. Los banquetes más o menos ceremoniosos constituían un importante aspecto de la vida social egipcia y, puesto que entonces no había restaurantes ni cafés, se hacían siempre en casa. Como tampoco había teatros, cines ni clubs nocturnos, este tipo de cenas eran en realidad el entretenimiento principal de las clases pudientes, que lo disfrutaban a fondo. Quizá sea una suerte que los que podían dar fiestas tan espléndidas pudieran permitirse también contratar a criados que se encargaban de cocinar y lavar después todo lo que se ensuciaba. Desgraciadamente no se ha conservado ningún testimonio escrito que pueda informarnos de esos banquetes, por lo que nuestra información se basa en las pinturas de esas fiestas conservadas en las paredes de las tumbas. Estas escenas permiten deducir que, aunque es probable que esos banquetes ceremoniosos debían de acabar en una orgía de comida y bebida excesivas, siempre empezaban con una ostentosa exhibición de buenas maneras y comedido comportamiento. Como se consideraba universalmente que las normas de la etiqueta constituían un signo externo de buena cuna, el sabio Ptahotep del Imperio Antiguo da unas útiles directrices para los socialmente ineptos:

> Si eres invitado a la mesa de alguien más grande que tú, toma lo que te ofrezcan a medida que te lo ponen delante. Mira al que está sentado delante de ti pero no insistas demasiado en mirarlo porque, si lo importunas, ofendes al Ka. No le hables hasta que él te hable, ya que no sabes qué puede disgustarlo. Habla con él sólo cuando se haya dirigido a ti, entonces tus palabras alegrarán su corazón.

Así que los invitados llegaban a la fiesta recibían el saludo de unas muchachas muy someramente vestidas que les ofrecían guirnaldas de flores exóticas y un cono de cera intensamente perfumada que debían colocarse en la cabeza. No se practicaba la separación de hombres y mujeres casados,

razón por la cual los criados acompañaban a las parejas más distinguidas hasta su lugar de honor: mesas individuales rebosantes de montañas de deliciosos manjares a las que estaban arrimadas unas sillas bajas o unos taburetes. Los invitados de rango inferior se contentaban con sentarse o acuclillarse en unas esteras extendidas en el suelo, aunque se servían de la misma comida que sus superiores en categoría social. Durante la comida circulaba más comida y más vino, servidos por los criados, mientras los comensales se entretenían con una espectacular sucesión de bailarinas núbiles, acróbatas y músicos que entonaban canciones más bien tristes cuyo objetivo era incitar a apreciar la vida. Aquella intromisión de unos tintes depresivos en la escena no desanimaba ni de lejos a los alegres comensales y Herodoto nos informa de que todos los banquetes terminaban de forma rutinaria con una intempestiva rememoración de la muerte: un criado de aspecto taciturno mostraba de pronto a los presentes, entregados al jolgorio, una pequeña reproducción de una momia cuyo fin era advertir a los comensales que podían «beber y alegrarse, porque cuando muráis os convertiréis en esto». Esta anécdota resulta más reveladora con respecto a la credulidad de Herodoto que acerca de las costumbres observadas por los egipcios en los banquetes.

Aun cuando a los invitados a las fiestas reproducidas en las paredes se les sirven tentadores manjares, en realidad nunca aparecen comiendo. Sí beben, en cambio, y las solícitas camareras les llenan los vasos repetidas veces. Esta ligera falta de lógica ha hecho pensar a algunos lingüistas, influidos por el hecho de que la palabra egipcia *sti*, «verter», significa también «fecundar», que quizá las escenas podían interpretarse como una forma de retruécano visual cuya finalidad sería subrayar la fertilidad del difunto. Es evidente que en las paredes de una tumba podrían ser consideradas fuera de lugar ciertas referencias más abiertamente sexuales.**[6]**

La borrachera de ayer no saciará la sed de hoy.

Consejo a los jóvenes del Periodo Tardío

Ningún anfitrión que se respetase habría soñado en invitar a sus amigos a ningún banquete sin estar provisto de una ilimitada cantidad de excelentes vinos destinados a su deleite.**[7]** Hombres y mujeres bebían vinos por igual y parece que no existía la prohibición de servir alcohol a las mujeres. Em efecto, las escenas ocasionales en las que aparecen señoras absolutamente bebidas y evidentemente indispuestas

demuestran hasta qué punto era tenida por una broma sin particular trascendencia la intemperancia en los banquetes, en especial cuando la víctima era una mujer. En la tumba de Paheri se representa a una señora dando órdenes a un criado de forma un tanto desabrida: «Dame dieciocho vasos de vino, quiero beber hasta emborracharme, tengo la garganta seca como paja». La bebida más popular era el vino tinto preparado con uva, que se tomó desde el principio del Imperio Antiguo en adelante. La producción masiva de vino blanco probablemente no se inició hasta el Imperio Medio, aunque los vinos blancos egipcios gozaban de prestigio entre los buenos degustadores del mundo clásico: el griego-egipcio Ateneo describía en tono admirativo el vino de la región mareótica calificándolo de «excelente, blanco, agradable, fragante, fácilmente asimilado, sutil, de los que no se suben fácilmente a la cabeza y diurético»; en tanto que el vino de la región teniótica era «mejor que el mareótico, un tanto pálido, con una calidad oleosa, agradable, aromático, ligeramente astringente» y el vino de la provincia de Antylla, era el que «supera a todos los demás».



Fig. 16 - Mujer que vomita en un banquete

> No te des a beber cerveza a fin de que no profieras malas palabras y no sepas lo que dices.
>
> *Consejos del escriba Any*

El vino constituía un placer caro reservado a las clases superiores. Los bebedores más pobres y con paladares menos refinados ahogaban sus penas en ingentes cantidades de cerveza de fabricación casera, la bebida «suave» favorita del Egipto antiguo por ser dulzona, no espumosa y fuerte, aunque por desgracia con tanta cantidad de impurezas flotantes que a menudo había que bebería con una paja provista de un filtro especial. Como es lógico, aquella cerveza no tenía nada que ver con la Stella embotellada que se expende actualmente en Egipto y seguramente era más nutritiva que alcohólica. Gustos aparte, la cerveza era barata y fácilmente accesible y, al parecer, todo aquel que la bebía la disfrutaba, ya que incluso se ganó los elogios del juicioso

Diodoro Siculo, quien dijo de ella que «ni en el olor ni en la dulzura de su sabor es muy inferior al vino». La cerveza era la bebida usual que se ofrecía a los dioses y a los difuntos y constituía un valioso ingrediente en medicina.

Podría equipararse la fabricación de la cerveza a la cocción del pan en cuanto a importancia y, como tales, eran dos actividades reservadas tradicionalmente a las mujeres. El proceso era relativamente sencillo. Se diluía harina molida con agua, se amasaba hasta formar con ella una pasta consistente a la que se añadía giste y después se cocía ligeramente en el horno. Seguidamente se desmigajaba la hogaza resultante y se dejaba fermentar dentro de una vasija no sin antes añadirle un poco más de harina húmeda y algo de cerveza. Tras dejarla reposar, se colaba la cerveza con ayuda de un cedazo y se dejaba en una tinaja tapada para impedir que continuase la fermentación, que habría hecho demasiado ácida la cerveza para ser agradable al paladar. Hoy en día sigue empleándose una técnica parecida en la fabricación de esa cerveza casera nubia que se conoce con el nombre de booza.

4
Trabajo y juego

> Haré que ames el trabajo del escriba más que a tu propia madre. Haré que sus bellezas te resulten obvias, ya que ésta es la más grande de las profesiones y no hay otra que pueda igualársele en todo el país… Mira, no hay trabajador que no tenga un supervisor salvo el escriba, que es siempre su propio amo. Así pues, si consigues aprender a escribir, este trabajo será mejor para ti que todas las demás profesiones que te he enumerado anteriormente, de las que no se sabe cuál es más desgraciada.
>
> *Elogios que se hacía a sí mismo un escriba del Imperio Medio*

Ser instruido y saber leer y escribir constituía una de las claves del éxito profesional en la sociedad Dinástica. En Egipto se desarrolló la escritura alrededor del año 3000 a. C. y a partir de este momento sólo aquellos que sabían leer y escribir y poseían además unos conocimientos básicos de aritmética estaban en condiciones de competir por puestos de trabajo tan prestigiosos como los de administradores y contables de los tres principales sectores laborales más honorables: el funcionariado, el ejército y el clero. El título un tanto vago de «escriba», que podía aplicarse por igual a cualquier persona prescindiendo de la función que desempeñase con tal de saber leer y escribir, pasó rápidamente a convertirse en uno de los puestos más envidiables de Egipto y fueron muchos los hombres ricos e influyentes que trataron de potenciar su rango haciéndose esculpir una estatua y posando en la postura típica del escriba: sentados, con las piernas cruzadas y una caña en la mano en actitud de escribir en un rollo de papiro desplegado sobre las rodillas. Aparte de poder aspirar a puestos de trabajo interesantes, la persona que sabía leer y escribir podía obtener cuantiosos beneficios. El más importante era que el hombre instruido estaba exento de las indignidades que

comportaba el esforzado trabajo manual, actividad que en el antiguo Egipto se trató siempre de evitar. En lugar de ello, tenían ocasión de consolidar su rango más elevado mezclándose con las clases superiores, tan refinadas como la suya, en lugar de convivir con los rústicos campesinos. En marcado contraste con los escribas, estaban los analfabetos, carentes de toda instrucción, situados en un nivel social considerablemente inferior, dándose continuamente cabezazos contra una barrera ineludible e infranqueable que les impedía toda promoción. Para decirlo más llanamente: todo aquel que fuera alguien en el antiguo Egipto sabía leer y escribir.

Los rudimentos de la lectura y escritura se adquirían igual en casa que en la escuela a través de un escriba experimentado, quien impartía sus enseñanzas según la costumbre acreditada por la experiencia de enseñar por la vía del aprendizaje, gracias al cual se conseguía trabajar bajo la supervisión directa de un profesional más viejo y más experimentado. Era frecuente que dicho supervisor fuera un familiar próximo, por ejemplo el padre o un tío. En el Imperio Antiguo las familias acomodadas empleaban tutores para ofrecer instrucción primaria a sus hijos y esta tradición de las clases particulares entre las capas superiores de la sociedad prosiguió hasta bien entrado el Imperio Nuevo. Sin embargo, durante el próspero Imperio Medio, se abrieron escuelas diurnas oficiales conocidas como «Casas de Instrucción», asociadas a los palacios reales y a los templos. En estas instituciones se formaban grupos selectos de jóvenes, que recibían una sólida educación básica pensada para proveer al Estado, en vías de constante expansión, del necesario contingente de entrenados burócratas. Desgraciadamente, estas escuelas no destacaban por impartir lecciones demasiado imaginativas o estimulantes y en ellas los alumnos tenían que estudiar muy poco aparte de aprender a leer, escribir y, en menor medida, acceder a la aritmética. Cada día, pues, los alumnos, algunos no mayores de cinco años, asistían a clases matutinas al aire libre en las que mataban el tiempo entre interminables cánticos y copiando una y otra vez toda una serie de textos clásicos que iban aumentando en complejidad y en monotonía a medida que el alumno crecía en competencia.

> Cuando tu madre te enviaba a la escuela, donde te enseñaban a leer y escribir, se ocupaba de prepararte en casa cada día el pan y la cerveza. Cuando seas un hombre y tomes mujer y te establezcas en tu casa, ocúpate de tu hijo y pon mucha atención en educarlo igual que te educó tu madre.
>
> *Consejo de un escriba del Imperio Nuevo*

No había libros de lectura especializados ni sencillos pensados para fomentar el desarrollo de la capacidad de los jóvenes egipcios. En cambio, el primer libro que se estudiaba, un larguísimo texto conocido por *Kemit*, era una compilación corriente de frases corteses de los tiempos del Imperio Medio, modelos de cartas y orientaciones para los jóvenes escribas, todo ello escrito con la anticuada escritura vertical que debía de resultar tan abstrusa para los jóvenes alumnos del Imperio Nuevo como puede serlo para los niños de la actual enseñanza primaria un texto de Chaucer, escrito en inglés medio. Superado este formidable obstáculo académico, los alumnos se enfrentaban con una sucesión de obras tradicionales de nivel más avanzado en las que no aparecía la literatura moderna hasta tres o cuatro años después, cuando el alumno ya había adquirido una razonable fluidez tanto en el campo de la lectura como de la escritura. Los llamados *Textos de la Sabiduría* constituían una parte integrante de esta formación de los escribas. Estos textos, que nos han proporcionado muchas de las citas que aparecen en este libro, se elaboraron durante el Imperio Antiguo y conservaron su popularidad a lo largo de todo el Periodo Dinástico. Obedecían siempre a un mismo formato y estaban redactados en forma de listas de verbosos e idiosincrásicos consejos dictados por un venerable maestro a su hijo o discípulo predilecto. Las opiniones que se ofrecían en ellos iban desde lo general a lo altamente específico y muchos de los consejos que daban continúan siendo válidos en el mundo moderno:

> Si un hijo escucha las palabras de su padre, nada de lo que haga por propia voluntad puede resultar fallido.
>
> *Texto de la Sabiduría, Imperio Antiguo*

> No digas mentiras contra tu madre, los magistrados lo aborrecen.
>
> *Texto de la Sabiduría, Imperio Medio*

> Ofrece la mano al viejo borracho de cerveza; respétalo como deberían respetarlo sus hijos.
>
> *Texto de la Sabiduría, Imperio Nuevo*

> El que escupe al cielo recibirá el escupitajo en la cabeza.

Los estudios escolares eran especialmente tediosos debido a la peculiar tradición egipcia consistente en utilizar tres tipos diferentes de escritura a un tiempo, cada uno considerado apropiado para un tipo específico de documento. El tipo de escritura más popular y utilizado con más frecuencia consistía en una caligrafía muy ampulosa que iba de derecha a izquierda. Había sido concebida especialmente pensando en la rapidez y debía trazarse con un pincel fino. Se le daba el nombre de hierática cursiva y se utilizaba para escribir todo lo referente a la vida cotidiana y, en consecuencia, era la más estudiada y leída. En cambio, la jeroglífica era muy especializada y complicada, exigía mucho tiempo para su trazado y estaba reservada a las inscripciones monumentales de importancia perdurable que debían tallarse o pintarse lentamente y con gran esmero. La jeroglífica cursiva, que se escribía de izquierda a derecha, se situaba entre los dos extremos y era la escritura destinada a los textos religiosos, mágicos y científicos semioficiales. Hacia el final del Periodo Dinástico, los cambios operados en la lengua egipcia condujeron al desarrollo de la escritura demótica, cuarto tipo de escritura que se utilizaba sobre todo para los negocios. Los alumnos egipcios, esforzándose en adquirir competencia en diferentes estilos de escritura, seguramente habrían envidiado a los alumnos modernos, que únicamente deben distinguir entre la escritura de caja más baja y «enlazada», la itálica inclinada y las letras mayúsculas impresas.

> No pierdas el día en la ociosidad o recibirás azotes. El niño tiene la oreja en la espalda. Escucha cuando lo apalean.
>
> *Consejo tradicional del escriba*

Los maestros egipcios eran siempre muy severos con los muchachos que tenían confiados a su cargo y estimaban que los azotes frecuentes constituían parte integrante y esencial del aprendizaje. Como decía con pesar un egipcio adulto acordándose de su antiguo mentor: «Me golpeaste la espalda y así tus enseñanzas penetraron en mi oído». Dejando a un lado la cuestión del castigo corporal, el método de enseñanza aprobado difería marcadamente de las prácticas educativas occidentales actuales. Particularmente la lectura se enseñaba a través de la constante memorización y escribiendo después las frases, vistas como una sola entidad. No se enseñaba a los alumnos a analizar una frase considerando cada una de sus palabras ni tampoco a deletrear una

palabra determinada identificando y pronunciando los signos y letras individuales que la componían. No se alentaba a los alumnos a pensar por cuenta propia ni a expresarse mediante una prosa imaginativa. Bien al contrario, se aprendían las frases de manera repetitiva, sistema loro, con la intención de poder reproducirlas en bloque. Este sistema de aprendizaje global es la clave que explica por qué hay tantos documentos egipcios, incluso cartas privadas, llenas de frases idénticas hasta el punto de parecer escritas por un mismo escriba. Algunas cartas egipcias están compuestas totalmente de frases convencionales y son poco más que saludos de tipo general sin contenido personal, algo así como las modernas tarjetas impresas de cumpleaños o las felicitaciones de Navidad o hasta las escuetas postales que suelen enviarse hoy en día, en realidad un simple gesto impersonal de contacto.

> Querer instruir a una mujer es como querer conservar la arena en un saco con los costados rasgados.
>
> *Pensamiento del escriba Anjsheshonq, del Periodo Tardío*

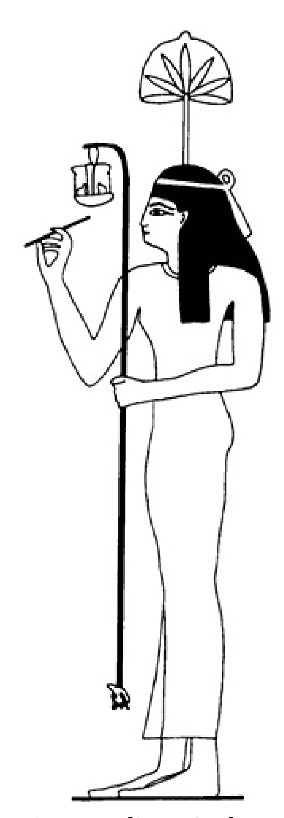


Fig. 17 - La diosa Seshat

No hay pruebas fehacientes que demuestren que las niñas fuesen compañeras de sus hermanos en la escuela. De hecho, como la educación primaria no era más que el primer paso hacia una formación vocacional y como había pocas chicas, suponiendo que hubiera alguna, de las que pudiera esperarse que prosperaran en una profesión de prestigio, la mayoría de padres debían de considerar descabellado despilfarrar el dinero en la educación de sus hijas. Después de todo, la instrucción convencional era un privilegio reservado a unos pocos y la mayoría de la población seguía analfabeta e ignorante. No obstante, pese a la opinión más bien pacata del escriba Ahjsheshonq, la sociedad no se opuso en principio a educar a sus mujeres. Aunque la única egipcia representada con pluma y papel es Seshat, la diosa de la escritura, hubo varias señoras ilustradas y que estuvieron en posesión del tradicional equipo de paleta y pinceles utilizado por los escribas.[1] Está fuera de duda que, por lo menos algunas de las hijas del rey, recibieron educación y que el cargo de

tutor privado de una princesa real fue uno de los cargos más ambicionados. Es evidente que Senenmut, el influyente funcionario del Imperio Nuevo, administrador de Amón durante el reinado de la reina Hatchepsut, consideraba la consecución de su cargo de tutor de la princesa Neferure, hija de Hatchepsut y heredera del trono egipcio, como el momento culminante de su insólita y fulgurante carrera.

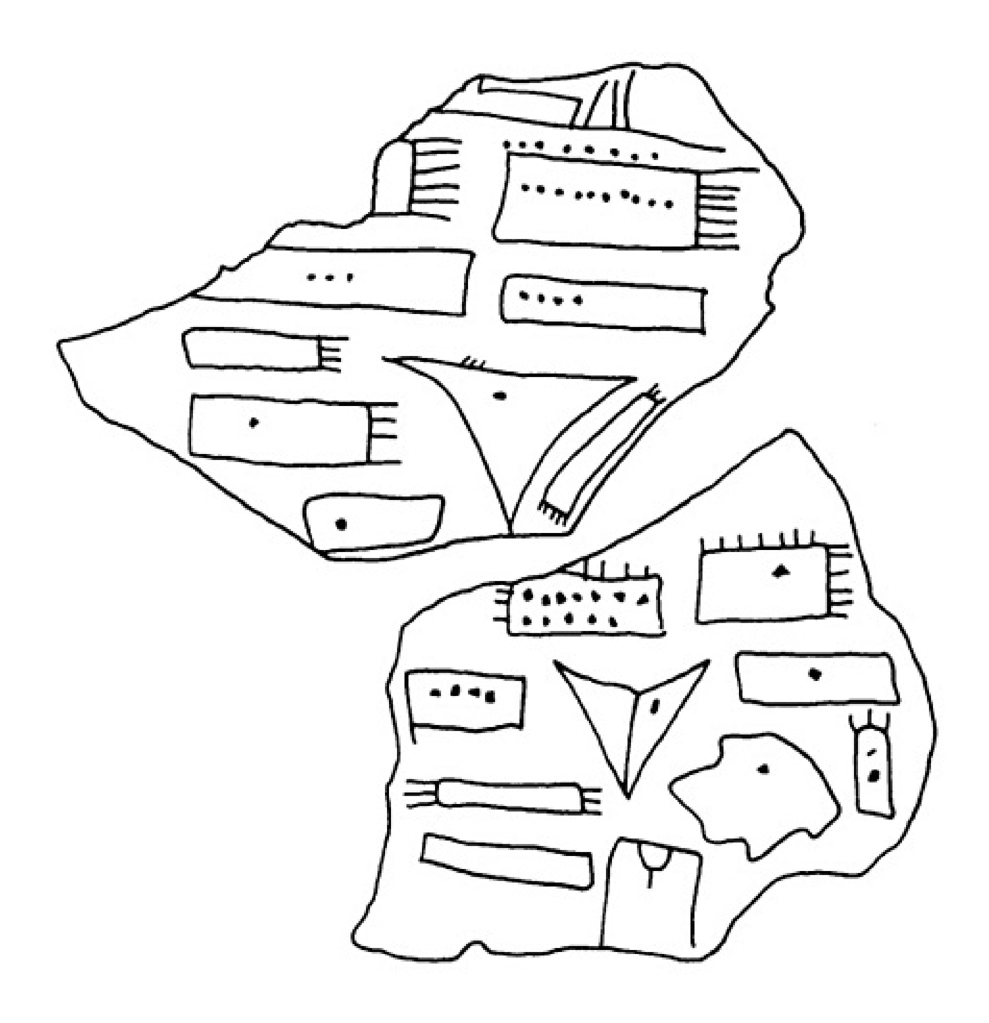


Fig. 18 - Jeroglíficos primitivos de Deir el-Medina

Más sorprendentes son las pruebas aportadas por los ostraca encontrados en Deir el-Medina, que nos demuestran que algunas amas de casa corrientes sabían leer y escribir. Estos textos, que parecen notas tomadas al azar para refrescar la memoria de la persona que las había escrito, se ocupan de asuntos femeninos tan triviales como la lista de la ropa de la colada, consejos relativos a la ropa interior y vestidos y demás cosas que una mujer no encargaría a un escriba. Sin embargo, sería erróneo deducir de esto que la mayoría de amas de casa eran instruidas. Es de presumir que el nivel de instrucción corriente en una ciudad como Deir el-Medina, que incluía un elevado porcentaje de

personas instruidas, entre las que había dibujantes, albañiles y artistas además de sus familias, era mucho más alto que en una comunidad estrictamente agrícola, donde de poco les iba a servir a unos pocos campesinos y campesinas saber leer y escribir. Es interesante comprobar que Deir el-Medina también ha proporcionado una cantidad de símbolos no jeroglíficos que evidentemente eran usados por los analfabetos o parcialmente alfabetizados como medio de identificar su propiedad personal. En las paredes de las casas y de las tumbas se han encontrado este tipo de signos, que van desde sencillas formas geométricas a figuras más complicadas que recuerdan los jeroglíficos, si bien se usan más comúnmente para identificar la ropa que se enviaba al lavandero.

> No hay nada mejor que un libro, es como una barca que navegara en el agua.
>
> *Sátira de los Oficios, Imperio Medio*

Fueron muy pocas las mujeres privilegiadas que recibieron instrucción primaria y consiguieron prosperar a través de un aprendizaje normal que las condujo a una carrera profesional. La situación no obedecía necesariamente al hecho de que existiera una prohibición oficial que impidiera que las mujeres ocuparan puestos influyentes y, en realidad, no hay noticias de que imperara tal veto. En lugar de ello, refleja el hecho de que generalmente una joven se embarcaba en unas responsabilidades matrimoniales y domésticas precisamente en la edad en que su hermano podía iniciar su formación. Sin tener a su alcance todas las facilidades de la vida moderna, entre ellas unos medios anticonceptivos eficaces, al ama de casa le sobraba trabajo para tener el día ocupado, lo que le vedaba radicalmente el acceso a una profesión que le llenara toda la jornada. Después de todo, la posición de la mujer de clase alta derivaba de la que ocupaba su marido dentro de la comunidad y no le era preciso trabajar para elevar su nivel social ni sus riquezas personales.

Se esperaba de una mujer, sin embargo, que ayudase a su marido a hacer carrera, hasta el punto de que a veces incluso se requería de ella que actuase como representante oficial de su esposo. El ejemplo más claro que ha llegado hasta nosotros de una esposa comisionada por su marido ausente queda registrado en una carta del Imperio Nuevo escrita al escriba de la necrópolis, Esamenope, por su esposa Henuttawi.[2] Ésta nos dice que, a petición de su marido, se encargó de supervisar la descarga de dos barcos de cereales con los que había que pagar las raciones mensuales de los trabajadores de Tebas.

Desgraciadamente, cuando se descargaron dichos barcos se observó una diferencia evidente del número de sacos de cereales, por lo que Henuttawi, sin desafiar de forma directa a los marineros, instó a que se investigara el asunto más a fondo, ya que era evidente que alguien había manipulado indebidamente el cargamento durante la travesía. Aunque habría sido más normal que fuera su hijo quien hiciera las funciones de Esamenope, nadie puso en cuarentena el derecho de Henuttawi a actuar oficialmente en nombre de su marido y no hubo quien no acatara su poder de sustituirlo eficazmente en su cargo.

Las mujeres opulentas que tenían la suerte de disponer de tiempo sobrante se dirigían al templo en un intento de sacar provecho de sus horas de ocio y de promover al mismo tiempo su nivel social. La religión, única «carrera» altamente respetable y abierta siempre a las egipcias de la familia real y de las clases altas, era una ocupación autorizada a las mujeres que no trabajaban, de la misma manera que nuestra sociedad moderna tampoco deja de aprobar a aquellas mujeres emprendedoras que no tienen necesidad de hacer trabajos remunerados pero que se entregan a ciertos trabajos voluntarios con fines caritativos. La vida pública egipcia estaba dominada por los hombres y en todos los grandes centros provinciales de Egipto había una clase selecta masculina que ocupaba puestos importantes y prestigiosos como el de alcalde, magistrado o funcionario civil. Las esposas de estos empleados estaban en libertad de ocupar puestos igualmente relevantes en el templo local, donde a menudo hacían de sacerdotisas, especialmente cuando en él se rendía culto a alguna deidad femenina. Son un tanto nebulosos los deberes que correspondían a estas sacerdotisas de rango elevado. No se sabe con certeza si se esperaba de ellas que actuaran como celebrantes habituales en el templo y parece que lo más probable es que sus cargos fueran puramente honoríficos, concedidos automáticamente a los grandes benefactores del templo. No hay duda de que sería erróneo clasificar a estas sacerdotisas como simples empleadas del templo, ya que más bien debían contribuir a llenar las arcas de la institución que a cobrar por los servicios prestados.

> La palabra de Dios es más rara que el jade y sin embargo puede escucharse en las conversaciones de las muchachas que charlan mientras van moliendo.

Texto de la Sabiduría, Imperio Antiguo

La división tradicional del trabajo en Egipto decretaba que el hombre debía trabajar fuera de casa y la mujer en ella. Esta postura se veía reforzada por la literatura de la época, que hacía constantemente hincapié en los hombres activos secundados por mujeres pasivas y subrayada sutilmente por la convención artística de representar con la piel clara a las mujeres casadas, como para indicar que estaban recluidas en casa, y a los hombres atezados por el sol como consecuencia de su trabajo al exterior, lo que viene a significar que los hombres trabajaban fuera de casa. Las pinturas tumbales se adecúan plenamente a la visión convencional de la vida diaria, por lo que disponemos de muy pocas escenas que muestren a mujeres trabajando en otra cosa que no sean las tareas domésticas y ninguna que muestre a una mujer realizando un trabajo de una cierta envergadura. Debe recordarse, sin embargo, que estos muros de las tumbas reproducían un tipo de vida idealizado y estereotipado con toda deliberación, del mismo modo que la moral victoriana y eduardiana de las clases altas sostenía que el lugar que correspondía a la mujer era la casa, ignorando por conveniencia que se contaban por millares las mujeres que se veían obligadas a trabajar para ganarse la vida. Así pues, estas escenas egipcias quieren subrayar que el trabajo remunerado era prerrogativa de los hombres. La escasez de escenas tumbales con mujeres supervisando las labores de la cocina tal vez indique la falta de realismo de estas imágenes convencionales.

Como cabía esperar, parece que la situación real debió de ser menos clara y constituiría un grave error subestimar la importancia económica de la mujer egipcia, del mismo modo que sería igualmente equivocado ignorar la contribución de los hijos que, dada la ausencia de una legislación protectora, podían desempeñar trabajos a plena jornada desde una edad muy temprana. En realidad, eran muchas las mujeres que necesitaban trabajar fuera de casa para complementar los ingresos de la familia. El trabajo al que tenían acceso estas mujeres puede dividirse en tres categorías amplias: las que disponían de buenas amistades y estaban en posesión de instrucción podían ocupar cargos profesionales, generalmente como administradoras o superviseras domésticas; las dotadas de especiales habilidades o talento practicaban la música —campo en el que dominaba la mujer— o se dedicaban a la industria del tejido o funeraria; en tanto que las que carecían de instrucción o la tenían escasa se ocupaban del servicio doméstico.

En los muros de las tumbas y en las estelas funerarias se han conservado los nombres de los trabajos desempeñados por algunas mujeres.[3] Sin embargo, son nombres que cubren un número relativamente reducido de

ocupaciones y no parece sino que las profesiones a las que tenían acceso estas mujeres estaban limitadas tanto por la tradición como por las oportunidades educativas. Después de excluidos de la lista los puestos puramente honoríficos (Ornamento Real Exclusivo, Amiga del Rey, etc.) y las tareas más bajas, propias de las criadas (Peluquera, Chica de la Molienda, etc.), queda claro que la mayor parte de las mujeres más educadas trabajaban como administradoras domésticas o como supervisoras de actividades propiamente mujeriles.[4] Su trabajo se hacía casi invariablemente de puertas adentro y a menudo, aunque no siempre, se dedicaban a servir a señoras encopetadas que tenían su propio séquito de criadas primordialmente de sexo femenino. Esta división del trabajo por sexos aparece subrayada en muchas pinturas que reproducen escenas de la vida doméstica egipcia y que muestran a las criadas atendiendo a sus señoras en tanto que sus maridos son atendidos por hombres, lo que se hacía extensivo a la vida religiosa donde, por regla general, los dioses egipcios tenían a su servicio sacerdotes mientras que las sacerdotisas estaban consagradas al servicio de las diosas.[5] Hasta los mismos niños mostraban un cierto grado de segregación en sus juegos, lo que hace que las pinturas presenten invariablemente a los niños entregados a juegos propios de su sexo y separados de las niñas.

Las superviseras y administradoras ejercían sus funciones sobre todo en relación con mujeres dedicadas a lo que se consideraban trabajos propiamente femeninos. Así pues, a partir del Imperio Antiguo empezamos a tener noticias de mujeres que trabajaban como «Supervisora de la Ropa», «Supervisora del Taller de Pelucas», «Supervisera de las Danzarinas del Rey» e incluso «Supervisora del Harén del Rey», es decir, ocupaciones típicamente femeninas. Eran atribuciones, sin embargo, que no estaban reservadas exclusivamente a su sexo —es evidente que había también supervisores masculinos de la confección de pelucas, de las danzarinas y de las actividades musicales—, si bien estas administradoras eran, por regla general, responsables de las danzarinas y cantantes y de la confección de pelucas para mujeres. Sin embargo, aunque a veces los hombres supervisaban a las trabajadoras en estas actividades, no tenemos pruebas directas que demuestren que las mujeres controlaran nunca el trabajo de hombres. El trabajo de las administradoras se reducía a las casas privadas o reales y sorprende ver que, aunque se contaban literalmente por millares los escribas que ejercían el funcionariado, no sabemos de ninguna mujer que ocupase ningún puesto burocrático influyente. De la misma manera, aunque quizá nos cause menos sorpresa, no sabemos tampoco de ninguna mujer que

desempeñase un cargo relevante en el ejército ni en la administración agrícola.

El cargo administrativo más alto desempeñado por una mujer correspondió a Nebet, del Imperio Antiguo. Era esposa de Huy, «Único Ornamento Real» y «Princesa Heredera, Hija de Geb, Condesa, Hija de Merhu, La de la Cortina, Juez y Visir, Hija de Thoth, Compañera del Rey del Bajo Egipto, Hija de Horus». El visir ostentaba el cargo más poderoso y prestigioso del antiguo Egipto, un cargo que por lo menos teóricamente, no era hereditario. Como mano derecha del rey, a menudo era miembro de la familia real inmediata y ocupaba un segundo lugar en importancia después del monarca, aparte de ejercer también las funciones de funcionario público y de juez. Seguramente habría sido sorprendente que una mujer ocupara un puesto de autoridad tan importante como éstos y las pruebas circunstanciales indican que, aunque es evidente que fue a Nebet a quien se concedió el título de visir, quien desempeñó realmente los deberes propios de su cargo fue su marido, Huy.[6] No hubo ninguna otra mujer a quien se le concediera el honor de este título hasta la XXVI dinastía.

Parece que la época en que las administradoras ocuparon los puestos más influyentes fue el Imperio Antiguo, ya que tenemos pruebas correspondientes a los Imperios Medio y Nuevo que indican que las mujeres retenían su trabajo doméstico asalariado pero ya no eran clasificadas como supervisoras o superintendentes ni tampoco ocupaban posiciones de menor rango en los palacios reales. Sin duda tenemos noticias de la existencia de varias mujeres que hacían de «mayordomas» y de «tesoreras» y que en el Imperio Medio trabajaron en el sector privado. Fue una de estas administradoras profesionales Tchat, «Tesorera, Guardiana de la Propiedad de Su Señor», cuyo nombre y títulos se citan varias veces en los muros de las tumbas privadas de la XII dinastía en Beni Hassan.[7] Esa tal Tchat fue una dama que trabajó como funcionaría en la casa del influyente gobernador local Jnumhotep, donde era evidente que gozaba de las más altas consideraciones. Los relieves de la tumba de Jnumhotep, donde Tchat aparece representada varias veces junto a la «Señora de la Casa», Jety, indican que tuvo un papel preponderante en la vida de familia. Tchat combinó su papel de tesorera de la casa con la de concubina del amo. Finalmente, al morir Jety, renunció a sus deberes de funcionaría para casarse con Jnumhotep, consiguiendo con ello legitimar a los dos hijos supervivientes que había tenido con su padre natural.

El cielo y las estrellas hacen música para ti mientras el sol y la luna te alaban. Los dioses te exaltan y las diosas te cantan su canción.

Versos del Templo de Hator, Dendera

La profesión de músico era muy lucrativa, era accesible tanto a hombres como a mujeres y podía seguirse de una manera independiente o ejercerse estando adscrito a una mansión o a un templo.[8] Había una constante demanda de instrumentistas de calidad y los músicos y compositores dotados de talento podían gozar de un alto puesto en la comunidad; por ejemplo, las dos mujeres músicas que formaban el dúo de Hekenu e Iti pertenecían al Imperio Antiguo y su labor fue tan celebrada que incluso es objeto de elogios en la tumba del contable Nikaure, honor especialmente insólito, ya que eran escasos los egipcios dispuestos a nombrar en sus tumbas a personas no emparentadas con ellos por lazos de familia. La música resonaba en todo Egipto y habría sido difícil sobrestimar su importancia en la vida diaria Dinástica. En el campo, los trabajadores entonaban canciones populares mientras trabajaban, los remeros del Nilo acompasaban el golpe de remo al ritmo de un *shanty* tradicional y el ejército marchaba a los acordes de tambores y trompetas. Las horas de ocio se llenaban de cánticos y danzas, canciones de féminas núbiles y grupos de danzarinas que entretenían el ocio de los comensales después de la cena e incluso se arrastraban los pesados ataúdes allí donde se enterraban con acompañamiento rítmico de palmas. Resulta, por tanto, muy decepcionante que, pese a la supervivencia de bastantes instrumentos y de las muchas representaciones artísticas de actividades musicales, tengamos tan poca idea de cómo sonaba realmente la música egipcia. En ausencia de una teoría musical y de una notación reconocibles, todo intento de reproducir los sonidos que deleitaron a los faraones está abocado a ser poco más que una mera conjetura.

La típica orquesta secular egipcia incluía todo un conjunto de instrumentos de percusión, entre los que había matracas, cascabeles y tambores, que ayudaban a definir el ritmo de la música, además de importantes grupos de instrumentos de viento y de cuerda, con una combinación de clarinetes, oboes dobles y flautas y, como mínimo, un arpa. Durante el Imperio Antiguo los instrumentistas obedecían a un director, que se colocaba delante de los músicos, a los que indicaba el ritmo y tono de la música con una sucesión de complicados gestos de las manos. Este director seguramente se convirtió en elemento superfluo a los requerimientos en un momento determinado del Imperio Medio, por lo que el artista del Imperio

Nuevo ya no volvió a tenerlo en cuenta. Fue la época en que se introdujeron en Egipto por vez primera desde Asia las liras y los laúdes, que no tardarían en convertirse en popularísimas incorporaciones a los conjuntos de las sobremesas corrientes.

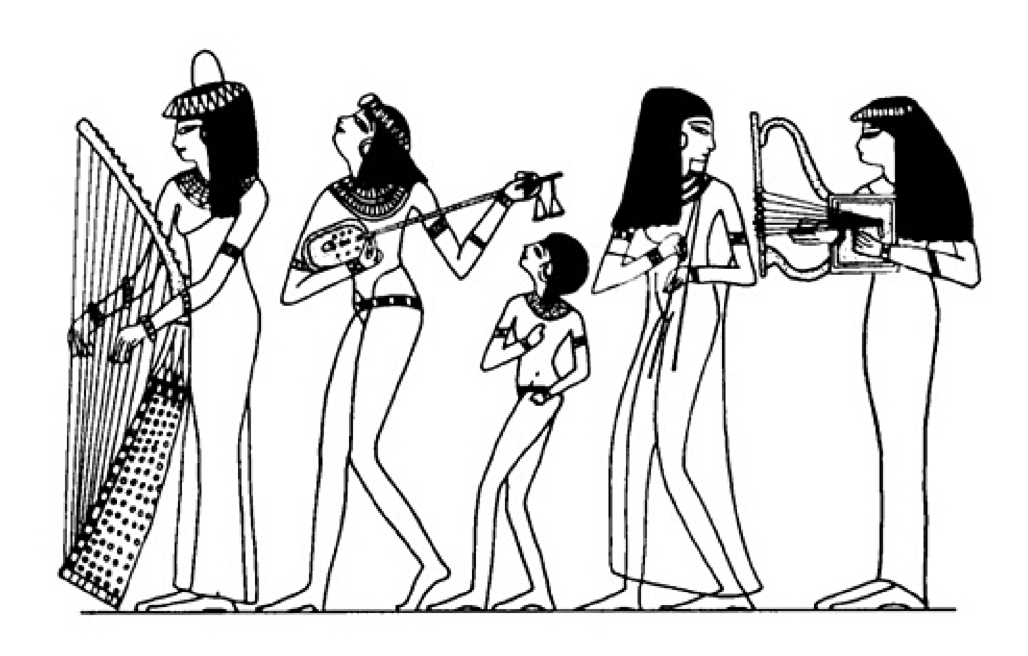


Fig. 19 - Banda de mujeres que amenizan un banquete

Se suponía que todos los dioses y diosas egipcios sabrían apreciar una buena música, razón por la cual los templos empleaban a bandas de músicos y a coros de cantores y danzarinas cuyo propósito era aumentar la comunicación con las deidades. Estos músicos del templo, hombres y mujeres, trabajaban regularmente en él y al mismo tiempo recibían clases frecuentes de instructores oficiales interesados en que los palmoteos y los cantos fueran lo más perfectos posible. Pertenecían a una categoría superior los cantores oficiales de la deidad y eran muchas las señoras de rango que se definían como cantoras religiosas y que incluso hacían constar su ocupación en sus monumentos funerarios. Parece, sin embargo, que este quehacer debería clasificarse como ocupación honorífica desempeñada en el templo más que como un trabajo remunerado. No hay duda de que estas damas eran tenidas en mucha estima y en Abydos había incluso un cementerio especial reservado a las cantoras de ciertos dioses y a sus hijos nacidos muertos.



Fig. 20 - Grupo de mujeres en procesión

> Música sagrada a Hator, música un millón de veces, porque tú amas la música, millones de veces música, a tu alma, dondequiera que estés. Yo soy aquel que hace que el cantor despierte con música a Hator todos los días, cualquiera que sea la hora.
>
> *Canción a Hator, Imperio Medio*

Pocos dioses tocaban un instrumento; el único que se representa regularmente haciendo música para su propio placer era Bes, el feo dios enano asociado a las mujeres y al parto. Por lo general solía identificarse con la música más a las diosas que a los dioses y, mientras la diosa Merit era reconocida como la personificación de la música, en cambio Hator, que era la diosa del amor, también era la «Señora de la Música», la que atendía los nacimientos reales y la más estrechamente relacionada con la música, sobre todo con un instrumento musical, el sistro, que sólo tocaban las mujeres. Dicho instrumento era una gran matraca en forma de bucle provista de un mango largo, a menudo rematado con la cabeza de Hator, que inicialmente había representado los cañizares de papiro del Delta del Nilo donde, según aseguraba la mitología, Hator se había visto forzada a ocultarse con su hijito de corta edad. El sistro acabó por perder todo rastro de su significado original y comenzó a utilizarse como símbolo religioso de la propia vida. En

consecuencia, fue adoptado por otras deidades e identificado particularmente con el culto de Isis a finales del Periodo Dinástico. El sistro solía acompañarse con el cascabeleo de los pesados collares de cuentas *menit* que las instrumentistas llevaban en la mano que tenían libre. Aunque en menor medida, la pandereta redonda se asociaba igualmente a las mujeres y a la religión. Las pinturas del Imperio Nuevo indican una relación entre esta pandereta y los cultos tanto de Hator como de Isis, mientras que sabemos por las casas de parto que había en el templo y que han sobrevivido hasta nuestros días que el golpeteo de las panderetas redondas constituía la forma apropiada de indicar el nacimiento divino de un rey.

La música se asocia ocasionalmente a las mujeres por razones más prosaicas. En el *Papiro Erótico de Turín*, por ejemplo, aparece una escena en la que una prostituta deja caer precipitadamente la lira para copular con un cliente superexcitado, mientras que un tosco dibujo hecho en un trozo de madera, encontrado en una tumba tebana del Imperio Nuevo, muestra a una mujer en pleno acto sexual con un hombre pero que no por ello deja de estar aferrada a su laúd. Lo que se deduce de la escena es que las prostitutas utilizaban sus habilidades musicales para tentar a sus clientes. Y los tatuajes Bes que aparecen en los muslos de la prostituta-música indican una vez más que existía un vínculo entre música, feminidad, sexualidad e incluso parto. En un alarde de peor gusto, juzgadas con ojos actuales, están las figuritas que reproducen a arpistas que apoyan el instrumento musical en penes exageradamente erectos, lo que pone de relieve una vez más el vínculo existente entre música y sexualidad.

> El tejedor en su taller está en peores condiciones que la mujer que está de parto. Con las rodillas apretadas contra el pecho, a duras penas puede respirar. Si pierde un solo día de trabajo, recibe a cambio cincuenta latigazos. Tiene que sobornar al cancerbero dándole comida para que le deje ver la luz del día.
>
> *Sátira de los Oficios, Imperio Medio*

En el mundo antiguo la fabricación de tela estaba asociada primordialmente a las mujeres. En la Grecia y Roma contemporáneas esta especialización del trabajo llegaba al extremo y se consideraba responsable al ama de casa de proporcionar a su familia toda la tela (invariablemente lana) que ésta necesitaría. En dicha provisión de tela estaban incluidos los vestidos, las sábanas, las toallas y los sudarios, lo que suponía un trabajo ímprobo para

la mujer. La manufactura de tejidos se convirtió en una tarea doméstica altamente rentable, hasta el punto de que elaborar lana, hilar y tejer, más que hacer calceta, pasó a convertirse en sinónimo de trabajo femenino, esperado de mujeres de todas las categorías y edades. Se identificaba a la mujer virtuosa por su habilidad en el telar y hasta de la más encopetada de las damas griegas se esperaba que pasase una gran parte de la jornada tejiendo al objeto de surtir de ropa no sólo a toda su familia sino incluso a sus sirvientes.[9] Como el telar no era fácil de transportar debido a sus dimensiones y a su peso, condenaba de hecho a que la mujer pasara muchas horas trabajando sola en su casa.

La situación en Egipto era mucho más flexible. El tejido con fines comerciales también era una industria dominada por las mujeres, sobre todo en el Imperio Antiguo, en que el jeroglífico que representaba al «tejedor» era un dibujo de una mujer sentada sosteniendo lo que parece una lanzadera larga y delgada. No todas las mujeres, sin embargo, necesitaban aprender a tejer. No era difícil conseguir tela mediante cambalache y los excedentes de lino de fabricación casera podían trocarse por otros artículos domésticos que se encontraban en el mercado. A los egipcios de clase baja no les molestaba que los viesen tejiendo y en Deir el-Medina eran muchos los que se excusaban de no acudir al trabajo alegando que habían tenido que quedarse en casa tejiendo. En los talleres anexos a los templos y en las grandes fincas donde trabajaban mujeres y, en menor número, hombres, como también en el harén real, donde se fabricaba el lino más delicado, se practicaba un hilado comercial a mayor escala. Aunque quizá las mujeres del harén se encargaban de los tejidos más complicados, su función real consistía en supervisar y entrenar a las trabajadoras que hacían sus funciones en los cobertizos donde se hilaba. Tejer constituía una de las actividades colaterales rentables que practicaban las mujeres de la casa real.

Las telas de lino eran con mucho el tejido más valioso que se producía en Egipto. El lino, la planta de la que deriva el hilo, no procedía de Egipto sino que fue introducida en el país en tiempos predinásticos y en breve tiempo pasó a convertirse en importante cultivo, esencial en la producción de hilo y de aceite de linaza. El lino se mantuvo como un producto económicamente rentable durante el largo periodo histórico. Si tenemos en cuenta que la envoltura de lino de un cadáver momificado podía requerir más de trescientos setenta y cinco metros cuadrados de tela, entenderemos muy bien que tuviera tanta importancia el cultivo del lino. Aunque era habitual que se

reaprovechasen tanto las telas de uso casero como los vendajes empleados en la momificación, la demanda de nuevo lino debió de ser constante.

El proceso de la manufactura propiamente dicha era muy sencillo, aunque consumía mucho tiempo. La recolección de la planta del lino se hacía arrancándola de modo que se conservase el tallo. Cuanto más joven era la planta, más calidad tendría la fibra una vez acabado el proceso. Después de una preparación inicial de las fibras, se hilaba el lino con un huso pequeño que se sostenía con la mano y del que saldría un ovillo de hilo, en tanto que la torsión de la fibra se hacía con la mano izquierda, ya que el hilo tiende a seguir esta dirección al secarse. Después se tejía la fibra en el telar y se transformaba en tela. Los telares horizontales que se colocaban en el suelo y se accionaban a mano eran de madera y los utilizaban tanto los hombres como las mujeres en los talleres comerciales hasta que los invasores hicsos del Segundo Periodo Intermedio introdujeron el telar vertical, más eficiente desde el punto de vista mecánico. Éste era un telar que sólo manipulaban los hombres. El tejido, una vez terminado, era marcado en una esquina por el tejedor o el propietario y se guardaba arrollado o en grandes piezas (desde dos metros de anchura y a veces más de veinticinco metros de longitud) en unas cestas especiales o en arcones de madera. Se producía una gran variedad de calidades de tela, pero los linos más finos y delicados merecieron justificadamente el aprecio de todo el mundo antiguo.

> La muerte está hoy ante mí como el ansia que tiene el hombre de ver su casa cuando ha permanecido muchos años en cautividad.
>
> *Texto del Imperio Medio*

Algunas mujeres trabajaban como plañideras profesionales, ocupación exclusivamente femenina. Se trataba de especialistas contratadas para enaltecer la posición del difunto o difunta y lamentar públicamente su muerte en el momento del entierro. Por consiguiente, no eran parte esencial del rito funerario, aunque contribuían a rodearlo de un cierto relieve. Por lo que nos dicen las pinturas tumbales de la época, era un trabajo para el que se exigía la donación de un vestido tradicional de hilo blanco o gris azulado y que imponía seguir el cortejo fúnebre haciendo una ostentosa exhibición de dolor mediante estentóreos lamentos, golpes en los pechos descubiertos, embadurnarse el cuerpo con tierra y arrancarse los cabellos o desmelenárselos, signos todos ellos de una conducta desmandada, un «desorden del dolor» que quería marcar un contraste con el porte sosegado y

tranquilo que normalmente admiraban las mujeres egipcias. A veces las hijas acompañaban a sus madres plañideras en su trabajo, lo que podemos comprobar en una tumba de Ramsés en Tebas, correspondiente al Imperio Nuevo, donde vemos a un grupo de plañideras profesionales entre las que hay una niña minúscula que destaca por lo pequeño de su estatura y por su desnudez. En el rito funerario juegan un papel más importante las dos mujeres elegidas para personificar a las dos *djeryt*, Isis y Nefthys, hermanas de Osiris, que adoptaron la forma de pájaros al objeto de explorar el mundo y encontrar a su hermano muerto. Esas dos mujeres llevaban una túnica ceñida a la manera arcaica y una peluca corta. Caminaban junto a esa especie de trineo utilizado para transportar el cadáver hasta la tumba y desempeñaban un papel absolutamente pasivo en la ceremonia.



Fig. 21 - Plañideras de la tumba de Neferhotep

Había también unas pocas mujeres que actuaban como sacerdotisas funerarias oficiales y, al igual que la tantas veces citada Hekanajte, recibían una paga a cambio de ocuparse de que la tumba del difunto estuviera atendida y recibiera los ofrecimientos rituales debidos. Estos cargos solían ser hereditarios y el cuidado de la tumba pasaba de padre a hijo o hija hasta que se agotaba la dotación correspondiente.

El criado que no recibe palos tiene el corazón rebosante de maldiciones.

Consejo a los trabajadores del Periodo Tardío

Una mujer egipcia siempre podía encontrar trabajo si era de carácter dócil. La falta de comodidades modernas tales como electricidad y conducciones de agua significaba que la demanda de trabajadoras domésticas no calificadas era constante. El salario de una sirvienta era relativamente bajo, por lo que la mayoría de familias de clase media y alta tenían como mínimo una criada, capaz de realizar las tareas domésticas con la colaboración de alguna otra persona en los trabajos más pesados. Las muchachas empezaban a trabajar relativamente jóvenes en el servicio doméstico y las madres confiaban en criadas responsables como protectoras de sus hijas inexpertas, al tiempo que les proporcionaban una buena preparación básica. Esta preocupación por el bienestar de las criadas más jóvenes se encuentra perfectamente ilustrada en una carta privada escrita durante el Imperio Nuevo. El escriba Ahmosis se sentía inquieto por lo que había podido ser de una criada confiada especialmente a su protección y que había desaparecido inexplicablemente, al parecer por orden de su superior, el tesorero Ty:

> ¿Por qué motivo se han llevado a la joven sirvienta que me había sido confiada y que ahora ha pasado a servir a otro?… Por lo que a mí toca, no me preocupa la pérdida de su valor, ya que es muy joven y todavía no conoce muy bien su trabajo… Pero su madre me ha hecho llegar una misiva en la que me dice: «Has dejado que se llevaran a mi hija pese a que te había sido confiada…»[10].

Las sirvientas estaban estrechamente vinculadas a los servicios que prestaban a sus amos, pero podían quedarse sin el puesto si su comportamiento no era acorde con las funciones que desempeñaban:

> Ahora, tan pronto como reciba esta carta de Sahathor, haga que la criada Senen salga de mi casa. Fíjese bien: ¡cuidado con que pase una noche más en mi casa! Le consideraré responsable de cualquier perjuicio que pueda causar a mi concubina.
>
> *Carta escrita por Hekanajte, Imperio Medio*

No debía confundirse a los criados con los esclavos que, pese a que en muchos casos realizaban las mismas tareas, seguían siendo en todo momento propiedad legal de sus amos y amas.[11] Los propietarios de los esclavos tenían muchos derechos sobre ellos: podían venderlos, traspasarlos a otro amo, emanciparlos o alquilarlos a voluntad, pero reconocían que tenían con

ellos la obligación de alimentarlos, vestirlos y cuidar de sus bienes en la misma medida que se ocupaban del bienestar de sus sirvientes libres. A pesar de las populares imágenes de la película de Cecil B. DeMille, donde se ve a millares de esclavos bregando, sufriendo y esforzándose bajo el sol implacable de Egipto, la verdad es que la esclavitud fue relativamente rara en ese país. Estos esclavos lo eran porque habían nacido esclavos o porque eran las desdichadas víctimas de la guerra:

> He traído a aquellos que mi espada ha perdonado como numerosos cautivos, maniatados como pájaros delante de mis caballos, también a sus esposas e hijos por millares y a su ganado…
>
> *Inscripción de Ramsés III*

Algunos esclavos habían sido importados a Egipto por tratantes extranjeros. Sería erróneo, sin embargo, dar por sentado que todos los trabajadores extranjeros de Egipto eran esclavos. La especial prosperidad de la economía egipcia atrajo a muchos tejedores profesionales, como también a cantantes y bailarinas, por lo que los trabajadores inmigrantes asiáticos eran un elemento común de la vida corriente en el Periodo Dinástico. De hecho, unos pocos egipcios que habían nacido libres optaron por hacerse voluntariamente esclavos a través de un contrato legal de autoventa o autodedicación, librándose con ello de una deuda pendiente con el nuevo propietario. Hubo algunos egipcios que habían nacido libres y que optaron por dar aquel paso irrevocable, comprometiéndose no ya sólo ellos sino comprometiendo también a sus descendientes, lo que nos indica que la vida del esclavo egipcio quizá no fuera tan dura como cabría imaginar.

No está claro si se esperaba de las esclavas, o incluso de las sirvientas, que ofreciesen unos servicios de tipo sexual a sus amos e invitados, aunque sabemos de muchas esclavas solteras que tuvieron hijos durante su etapa de cautividad. Tampoco está claro si en los burdeles del Egipto dinástico trabajaban mujeres libres o esclavas. No hay duda de que en todas las demás sociedades donde había esclavos, tanto pasadas como presentes, se esperaba de las esclavas que se acostaran con sus amos siempre que a éstos se les antojase, en tanto que los griegos, menos convencionales, también esperaban de los agraciados esclavos jóvenes de sexo masculino que se ofreciesen a los hombres de la casa. En el capítulo I ya hemos comentado el caso de Nenufer y Nebnufer, que compraron una esclava con el propósito específico de procrear herederos. De acuerdo con las leyes de Egipto, los hijos de esta

unión habrían nacido esclavos, aunque habrían podido ser manumitidos y adoptados posteriormente por su padre/propietario. Debemos asumir que esta pareja no fue la única en escoger a una esclava como madre sustituía, ya que la Biblia nos dice que pudo tratarse de una práctica habitual en la época.

> Y Sarai, mujer de Abram, no le paría, y ella tenía una sierva egipcia que se llamaba Agar. Dijo, pues, Sarai a Abram: «Ya ves que Jehová me ha hecho estéril: ruégote que entres a mi sierva; quizás tendré hijos de ella…» y dióla a Abram su marido por mujer.
>
> *Gén. 16:2*

Al fin y a la postre, cada egipcio era un siervo del rey, que podía solicitar los servicios de su gente cómo y cuándo lo considerase oportuno. Esto se hacía a través del sistema de larga tradición llamado *corvée* o prestación personal obligatoria, según el cual todos los egipcios debían ceder su trabajo a proyectos reales tales como la construcción de un monumento público o la labor de excavación de zanjas para el riego. Sólo aquellos que ya trabajaban en proyectos importantes, como por ejemplo los siervos de categoría superior que estaban empleados en el templo local, estaban exentos legalmente de dicha obligación, aun cuando los administradores y los que eran suficientemente ricos para pagar sobornos o enviar a sustitutos quedaban mecánicamente eximidos de sus deberes públicos. En consecuencia, la pesada carga de la *corvée* recaía en los pobres, los iletrados y los campesinos, en tanto que los peores trabajos —los viajes hasta las minas de oro del Sudán— quedaban reservados a los criminales que sufrían condena y a los prisioneros de guerra. El trabajo de la *corvée* era duro y terriblemente impopular y, para colmo de los males, la única remuneración que se recibía por él eran unas raciones de subsistencia. Con todo, el castigo que correspondía a los que trataban de eludir el trabajo era en extremo riguroso y los que sentían la tentación de incumplirlo se arriesgaban a encontrarse con condenas de cadena perpetua, en las que se intercalaban nuevos periodos de trabajos forzados. Las mujeres no estaban exentas automáticamente de la *corvée* y se ha encontrado un registro del Imperio Medio en el que se dan los nombres de ochenta desertores entre los que está el caso de Teti, hija del escriba Sainhur, que fue encontrada culpable y que sufrió «… una orden emanada para ejecutar contra ella la ley correspondiente a la persona que se evade de su obligación de trabajar».

> Aquel día el trabajador Menna dio un puchero de grasa fresca al jefe de policía Mentmose. Mentmose le prometió: «Te pagaré con cebada que me ha dado mi hermano. Mi hermano garantizará la transacción. Que Ra te conserve la salud».
>
> *Resto de vasija de Deir el-Medina*

Muchas mujeres también contribuían de manera importante a la economía familiar sin tener que lanzarse a buscar activamente un trabajo fuera de casa. Aun cuando la tradición decretaba que el trabajo de hombres y mujeres debía de estar más o menos separado y que había que considerar el trabajo fuera de casa como prerrogativa de los hombres, una comparación con el Egipto moderno apunta que hubo muchas mujeres que, de hecho, ayudaban a sus maridos en su trabajo diario. Sabemos, por ejemplo, que las mujeres de los pescadores destripaban el pescado y se encargaban de venderlo, aparte de que algunas de las pinturas que aparecen en las tumbas muestran a mujeres trabajando en los campos junto a los hombres, recogiendo lino, aventando el grano e incluso transportando pesadas cestas a los almacenes. No aparecen representadas de manera convencional mujeres arando, sembrando o cuidando de los animales en los campos, pero se las muestra llevando el refrigerio a los trabajadores, en tanto que recoger espigas era una actividad al aire libre aprobada para las mujeres y de la que queda testimonio en varias de las escenas representadas en las tumbas. Las mujeres y los niños seguían a los segadores propiamente dichos y recogían las espigas que se desprendían. De igual o quizá de mayor importancia eran las transacciones de menor envergadura realizadas entre mujeres y en las que una, por ejemplo, trocaba una jarra de cerveza de fabricación casera por el excedente de pescado de su vecina. Este tipo de intercambios, que constituían la base de la economía egipcia, permitían que el ama de casa eficiente pudiese transformar sus excedentes en mercancías utilizables, de la misma manera que su marido podía intercambiar el trabajo que realizaba por el pan que consumía diariamente.

Los escasos registros que han sobrevivido de Deir el-Medina indican que este tipo de comercio libre realizado tanto por hombres como por mujeres suponía una importante contribución al presupuesto familiar. Oficialmente, los que trabajaban en las necrópolis hacían una semana laboral de diez días, de los que pasaban ocho alojados temporalmente en el Valle de los Reyes para volver después a sus casas y tomarse dos días de descanso. Una jornada laboral completa era de ocho horas, con una interrupción para la comida de

mediodía. Sin embargo, los trabajadores no estaban nunca sometidos a excesivas presiones en lo tocante a hacer una jornada laboral regular, aparte de que había muchas vacaciones de modo que, como muestra uno de los ostraca encontrados, de los cincuenta días consecutivos sólo dieciocho eran laborables para todo el equipo. Incluso en un día de trabajo oficial había muchos trabajadores que se ausentaban alegando una serie de excusas absurdas pero aparentemente aceptables que iban desde la necesidad de elaborar cerveza y tejer hasta la de construirse la casa. Las autoridades se mostraban tan laxas que siempre pagaban la cantidad de grano que había que satisfacer cada mes, independientemente de las horas efectivas de trabajo. Por consiguiente, si alguien tenía intención de aumentar su peculio personal, mejor que abandonara toda intención de hacer horas extraordinarias en su trabajo oficial y que se centrara más bien en poner en marcha una empresa privada, ya que era más probable que le reportara una recompensa inmediata. No es de extrañar que en Deir el-Medina florecieran industrias caseras, en las que proliferaban tejedores, cerveceros, modistos y alfareros, todos ellos emprendedores y que complementaban su salario oficial cubriendo las necesidades más acuciantes de sus vecinos, mientras que los dibujantes, artistas y carpinteros calificados hacían una doble jornada y trabajaban además para proveer cobertura funeraria a la rica aristocracia tebana.



En todo el Periodo Dinástico no hubo moneda oficial en Egipto. La base de cualquier transacción, por trivial que fuese, era el trueque, es decir, el intercambio de un artículo o un servicio por otro equivalente. Por desgracia, esto hace que cualquier intento moderno de calcular el verdadero coste de las cosas durante la vida dinástica sea poco más que una pura suposición, ya que los «precios» se establecían por comparación y eran infinitamente variables. Resulta completamente imposible determinar lo que valía un pato, una casa o un entierro sin entender el valor que una determinada persona daba a todo tipo de mercancías en un momento específico. Aunque el gobierno, que actuaba como principal empresario y principal acaparador de producto excedente, podía poner en marcha un estricto mecanismo de control de precios regulando los salarios y la entrega al mercado de alimentos almacenados, no había una política oficial de fijación de precios y, en consecuencia, la ley de la oferta y la demanda era de capital importancia.



Fig. 22 - Trueque en el mercado

Pese a la ausencia de moneda, comprar no siempre era en Egipto una experiencia totalmente azarosa, ya que existía un precio de referencia universalmente reconocido que actuaba como relación para cualquiera que quisiera llevar a cabo una transacción seria. El *deben*, peso normal del cobre, representó un estadio intermedio entre el dinero y el verdadero trueque y permitió que los egipcios pudieran desarrollar un sistema único de referencia de precios según el cual se podía hacer una equiparación del valor de dos productos. En consecuencia, pese a que el *deben* no tenía la forma física de un billete o de una moneda, todo el mundo sabía, por ejemplo, que en un momento dado del Imperio Nuevo un cerdo valía cinco *deben* de cobre. Cualquiera que quisiese comprar un cerdo debía hacerse, pues, con cinco deben de cobre o, lo que era más habitual, ofrecer una combinación de otras mercancías o servicios que también eran valorados conjuntamente en cinco *deben*. Era, pues, necesario encontrar a un propietario de cerdos que valorara suficientemente las mercancías ofrecidas para hacer el trueque. A través del estudio de las listas de precios que han sobrevivido en un momento dado podemos tener una cierta idea de los valores que corresponden a los diferentes artículos. Sabemos, por ejemplo, que durante el Imperio Nuevo el cerdo mencionado más arriba era un bien preciado comparado con una cabra, valorada generalmente en dos o tres *deben*. El hecho reflejaba la escasez general de cerdos que había en Egipto en esta época. En cambio, un par de zapatos costaban generalmente entre uno y dos *deben* mientras que un ataúd,

elemento muy caro que exigía para su construcción madera y trabajo especializado, se valoraba en más de veinte deben de cobre.[12]

> El recaudador de impuestos desembarca en la orilla del río. Inspecciona los cultivos y calcula los impuestos que hay que pagar asistido por servidores que van armados con estacas y por nubios que empuñan porras. Ordena: «Danos grano», pero no hay grano que darle. Apalean entonces salvajemente al campesino, lo maniatan y lo meten de cabeza en el pozo. También maniatan a su mujer y lo mismo a sus hijos. Todos los vecinos huyen. Pero después tampoco hay grano que dar.
>
> *Texto de la Sabiduría, Imperio Nuevo*

Que no existiera moneda no quería decir que no existieran los impuestos. Se recaudaban impuestos en especies a todos los productores primarios como contribución a los gastos reales que no podían satisfacerse totalmente con los ingresos procedentes de los dominios reales. El recaudador de impuestos era uno de los burócratas más temidos de Egipto. Llegaba regularmente en la época de la cosecha, valoraba los cultivos con mirada experta y seguidamente imponía el pago inmediato a los campesinos, sirviéndose de la violencia física en caso necesario. Los que rehuían el pago de los impuestos eran objeto de reclamación ante el magistrado local y recibían un castigo ejemplar, en tanto que aquellos que no estaban en condiciones de satisfacer el pago se veían obligados a entrar en las cuadrillas de los condenados a trabajos forzados. Una escena pintada en el muro de la tumba del visir Rejmira, del Imperio Nuevo, muestra al recaudador de impuestos en acción, aceptando una variada selección de mercancías y ganado de una autoridad local. Los artículos empleados más habitualmente para pagar los impuestos eran grano, pasteles, cuerda, esteras, cabras, sacos, palomos y lingotes de metal, lo que seguramente debía de presentar problemas inmediatos de almacenamiento para el funcionario de turno.

El sistema de trueque reconocido significaba que aquellos propietarios que se hacían con un excedente importante de alimentos perecederos, a veces porque contaban con una provisión excesiva de verduras de cultivo casero o fabricaban demasiado pan para el consumo familiar, podían ofrecer dichas mercancías a un público más amplio comerciando en el mercado local, donde a su vez se beneficiarían de un abanico más variado de los artículos usados en el intercambio. Aquí, todos los días de mercado, los comerciantes locales y mercaderes que estaban de visita instalaban sus tenderetes en las calles y

callejones de la ciudad y exhibían la mercancía en grandes cestas de mimbre que realzaban la oferta. Los comerciantes profesionales eran minoría y en realidad el mercado se parecía más a esos mercadillos improvisados que vemos en la actualidad que a una galería comercial moderna. Había constantemente en oferta una tentadora variedad de mercancías y los puestos de venta oscilaban desde tenderetes de joyeros profesionales, que tentaban a los clientes potenciales con sus seductoras y costosas exhibiciones de aderezos, ajorcas y broches, hasta puestos más humildes donde los campesinos locales ofrecían los productos más básicos del mercado: pan, cerveza y pescado destripado. Los artesanos ambulantes sacaban partido de la multitud que acudía atraída por el mercado para vender sus servicios, mientras que en pequeñas tablas improvisadas se hacían buenos negocios sirviendo deliciosa comida preparada y reconfortantes bebidas a los agotados tenderos.

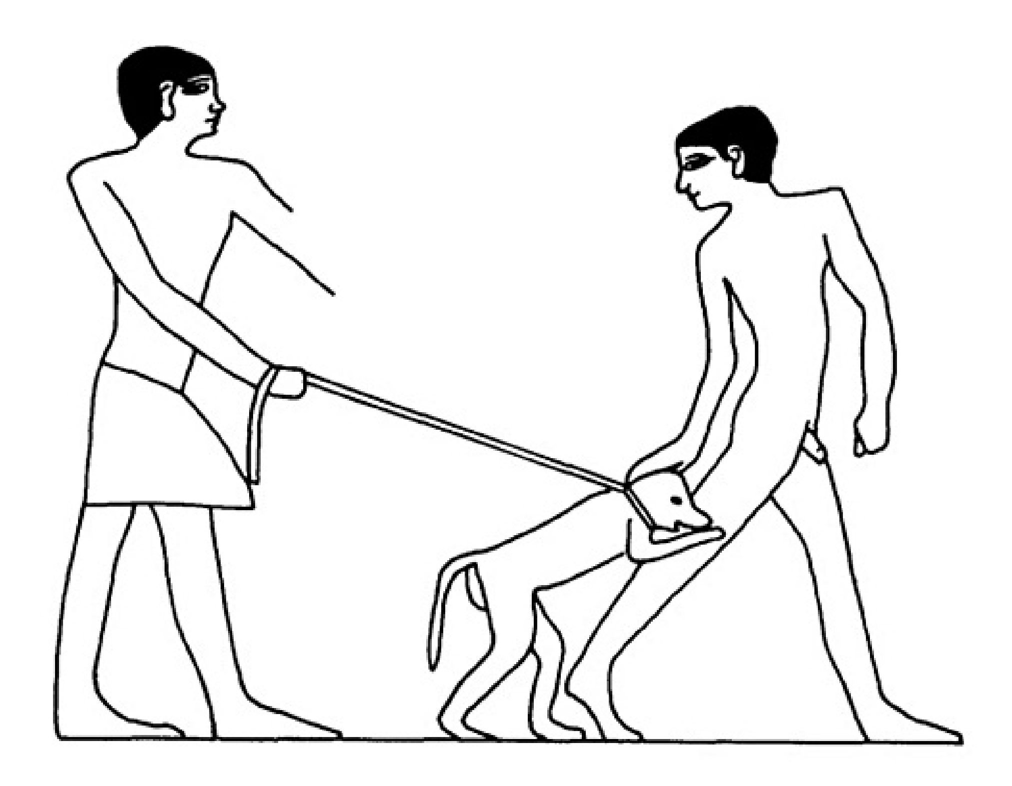


Fig. 23 - Mono guardián adiestrado en el momento de apresar a un ladrón

Varias escenas representadas en las tumbas se combinan para ofrecernos una clara impresión del ajetreo que reina habitualmente en un mercado callejero egipcio. En Sakkara, en los muros de la tumba de los funcionarios Nianjjnum y Jnumhotep, podemos contemplar un mercado en pleno funcionamiento. Vemos unos puestos de fruta, pescado y verduras en plena actividad, a dos alfareros compitiendo entre sí para atraer la atención del

cliente hacia sus mercancías, mientras un comerciante de tejidos despliega un rollo de preciada tela con la que pretende tentar a un posible comprador. En el puesto donde se expende cerveza hay como mínimo un cliente que ya evidencia muestras de cansancio y parece vencido por las emociones. Mientras los compradores, en su mayoría hombres, se mueven de aquí para allá con sus prácticas bolsas de compra colgadas del hombro, un vendedor de lechugas y cebollas está enzarzado en un mercadeo con un hombre cargado con una gran tinaja de cerveza: «Si tú me das algo de lo que ofreces yo te daré verduras frescas». Vemos también una excitante escena en la que, delante de un puesto de verduras, un mono adiestrado para hacer de vigilante detiene a un ladrón desnudo mordiéndole en una pierna. Mil años después, en la tumba tebana de Ipuy, del Imperio Nuevo, el ambiente del mercado apenas ha cambiado. Ahora, a todo lo largo del muelle, unas astutas vendedoras han instalado unos puestos provisionales con los que incitan a comprar a unos marineros que acaban de desembarcar tras cobrar la paga a fin de que las ayuden a convertir sus raciones de grano normales en todo un surtido de otras mercancías. Vuelve a ofrecerse pan, verduras y pescado y el indefectible puesto de cerveza está bien provisto y dispuesto para satisfacer a sus primeros clientes sedientos. Cualquiera que haya tenido ocasión de disfrutar el animado alboroto de un mercado de pueblo del Egipto actual sabrá reconocerlo inmediatamente en estas representaciones antiguas, ya que si descontamos la presencia actual de moneda y la ausencia de puestos de cerveza, es evidente que ha habido muy pocos cambios en los tres mil años transcurridos desde que se pintaran los muros de la tumba de Ipuy.

> ¡Concédete una fiesta! ¡No te canses de holgar! Porque nadie se lleva sus bienes consigo, ninguno de los que se van de esta vida regresa otra vez.
>
> *Canción del arpista, Imperio Medio*

Los egipcios fueron un pueblo que sabía disfrutar del tiempo libre. Siempre fue un esparcimiento muy popular la reunión de varias familias dispuestas a pasar juntas una jornada de ocio, las comidas al aire libre ante las tumbas de sus antepasados o las excursiones en barca a través del Nilo. Todavía más excitantes eran los días pasados cazando y pescando en los marjales en los que, como apuntan algunas escenas representadas en las tumbas, la familia entera se comprimía en una endeble barca de juncos simplemente para contemplar a los hombres de la casa tratando de abatir unos pajarillos con ayuda del tradicional palo arrojadizo combado. Dada la

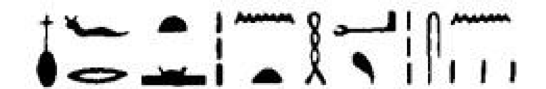
fragilidad de tan delicadas embarcaciones, da la impresión de que los artistas se permitieron una cierta licencia artística al tratar de retratar a una familia feliz en un día de asueto al aire libre, ya que lo normal habría sido escenas de barcas volcadas y familias en remojo. En cambio, todos reconocían que la caza en el desierto era una actividad no sólo peligrosa sino también cara, reservada por tanto para la gente de clase alta y los cazadores profesionales que participaban como acompañantes en este tipo de expediciones.

De vuelta a casa, se podían pasar bastantes horas felices jugando con los niños y los animales domésticos.[13] Los animales tuvieron un importante papel en la vida de familia de los egipcios y tanto los perros y los gatos como, en menor medida, los monos e incluso los gansos, aparecen a menudo en los grupos de familia y se sientan orgullosamente junto a la silla del amo. La mayor parte de los perros que aparecen en estas escenas suelen ser unos mestizos encantadores, si bien la presencia de varios lebreles y perros parecidos a salukis apuntan al hecho de que las crías intencionadas fueron como mínimo parcialmente acertadas. Esos perros, a los que se daba nombres tan descriptivos como *Ebano*, *Antílope* o *Buen Guardián*, eran leales compañeros mientras cumplían con el útil papel de perro guardián o de caza. Al final de su vida se les daba sepultura en una tumba muy trabajada, por lo que no es raro que se hayan recuperado en diversos ya cimientos arqueológicos impresionantes tumbas de perros con los correspondientes cadáveres convertidos en costosas momias conservadas en minúsculos ataúdes caninos.

Sin embargo, pese a la útil labor que realizaba, el perro no era admirado por todo el mundo y eran muchos los egipcios que interpretaban la afectuosa fidelidad del perro como signo de adulador servilismo y debilidad. Los gatos, con ese misterioso distanciamiento y esa independencia natural que los caracteriza, sabían ganarse mucho mayor respeto y eran revestidos de una serie de implicaciones simbólicas. Por otra parte, como solía representarse a los gatos debajo de la silla donde se sentaba una mujer y rara vez se les asociaba a un hombre, acabaron por ser reconocidos como símbolos de la feminidad y de la sexualidad femenina. Surgieron, pues, varias importantes deidades gatunas femeninas, al tiempo que el culto de la diosa Bast, cuyo centro estaba en la ciudad de Bubastis, en el Delta del Nilo, se hizo enormemente popular durante los Periodos Tardío y Grecorromano. No hay duda de que los gatos eran útiles compañeros de las familias y no sólo protegían contra las serpientes y las sabandijas, sino que además desempeñaban un importante papel en la caza de aves.

Después del ajetreo diario habitual, la mayoría de cónyuges disfrutaban del tranquilo placer de permanecer sentados. Este goce innegable derivado de la mutua compañía era uno de los aspectos más enternecedores de la vida que llevaban los matrimonios egipcios. Las familias opulentas disfrutaban del descanso sobre todo en los lujosos jardines de sus mansiones, goce que todavía se saboreaba más a fondo con la contemplación del denodado esfuerzo de otros seres menos afortunados que ellos. De los esparcimientos que se disfrutaban en casa ha quedado poca constancia en los restos arqueológicos y, aun cuando suponemos que la música y el entretenimiento consistente en contar historias eran importantes eventos sociales, no tenemos ni la más mínima idea de su frecuencia. Sabemos, en cambio, que aquellos-juegos que precisan de un tablero para poderse practicar gozaban de enorme popularidad entre los adultos y en muchas escenas de tumbas vemos a maridos y mujeres compitiendo ante un tablero. Tal vez extrañe comprobar que, dado que se trataba de un entretenimiento evidente, no se desarrollaran más juegos de este tipo. En realidad, durante todo el Periodo Dinástico sólo hubo dos juegos que fueron universalmente populares: el «senet», juego de tablero para dos jugadores que se practicó desde los tiempos predinásticos hasta el periodo romano, y su rival «el de veinte cuadros», importado de Oriente, también para dos jugadores. Los tableros de madera con los que se practicaban estos dos juegos acostumbran a encontrarse a cada lado de cajas reversibles que sirven también para guardar las piezas correspondientes, de hecho cajas muy elaboradas que suelen figurar en el equipo funerario de los ricos para que puedan entretener el ocio jugando durante los largos momentos de tedio que les esperan en el Más Allá.

5
El cuidado personal



> No mimes tu cuerpo porque esto te hará débil. Y no te mimes en tu juventud o serás débil en la vejez.
>
> *Consejo de un escriba del Periodo Tardío*

No hay que subestimar la importancia que concedía la sociedad egipcia al cuidado personal. Tanto uno como otro sexo prestaban gran atención al aspecto, mientras que los ricos, ya se tratase de hombres o de mujeres, siempre querían estar a la última en materia de moda, peinados y maquillajes. La cosmética dejó de ser un lujo para convertirse rápidamente en una necesidad y no ya sólo de la vida diaria sino también de la muerte, hasta el punto de que, a partir de los tiempos predinásticos, comenzaron a enterrar a las mujeres y hombres de nivel social corriente con la paleta tallada y los bloques de pigmento que utilizaban para pintarse los ojos. En el extremo opuesto de la escala social, los complicados equipos de cosmética que hemos encontrado en las tumbas reales constituyen un claro indicio del valor que concedían sus propietarios al cuidado personal. Como no podía ser de otro modo, había un importante interés comercial en los tratamientos de belleza, que hizo que prosperaran también los negocios que tenían que ver con la indumentaria, las pelucas y la cosmética. La higiene era de igual, por no decir de mayor importancia. Herodoto, griego él, manifestó claramente que en su opinión los egipcios tenían algo así como una obsesión por la higiene corporal y que, a su modo de ver, «situaban la limpieza por encima del decoro». Para los egipcios, la vida en el ambiente de calor y de polvo constante que invadía el aire de su árido clima hacía que la higiene personal se convirtiese en precaución esencial para conservar la salud y, lo que quizá era casi igual de

importante, en un indicio infalible de buena cuna y de rango social. Los pobres, que carecían de las instalaciones sanitarias más básicas, y los extranjeros, que gozaban fama de sucios, eran merecedores de desprecio.

Como medida preliminar de higiene personal, los hombres y mujeres más remilgados eliminaban todo el vello de su cuerpo ya fuera mediante un afeitado constante e implacable o por medio de depilación. En ninguno de los dos sexos podía ser motivo de admiración lucir unas piernas o un pecho velludo, razón por la cual una somera revisión del equipo utilizado en la depilación, encontrado en las tumbas de varias mujeres, que incluía pinzas metálicas, cuchillos y navajas provistas de minúsculas piedras de afilar, nos indica hasta qué punto estaban dispuestas algunas mujeres a someterse a tortura con tal de estar guapas. Otros miembros de la comunidad que se encontraban en situación menos desahogada solían servirse de navajas de sílex, que podían descamarse hasta dejar un filo cortante y, a falta de jabón, se disponía de aceite, que además era barato y muy útil como loción para el afeitado. Otra de las ventajas colaterales de tener el cuerpo lampiño era que de ese modo se eliminaban también los piojos y otros insectos molestos por la comezón que producen.

> … Me llevaron a casa de un príncipe. Era una casa en la que había lujos, entre ellos un cuarto de baño y espejos. En ella había riquezas del tesoro, prendas de lino real… En todas las estancias se notaba el perfume preferido del rey y de sus cortesanos favoritos… Me quitaron años del cuerpo. Me afeitaron y peinaron mis cabellos. Así fue cómo mi suciedad volvió al país extranjero, mi vestido a los que recorren las arenas. Me vistieron con el más fino de los linos. Me ungieron con aceite perfumado y dormí en lecho real. Había devuelto la arena a los que moran en ella y el aceite del árbol a aquellos que se untan el cuerpo con él.
>
> *Historia de Sinuhé, Imperio Medio*

Se estimaban esenciales los baños frecuentes del cuerpo desprovisto de vello. Aun cuando se desconocía el jabón, no ocurría lo mismo con el natrón, las cenizas y la sosa, detergentes eficaces aunque duros y sin espuma, y se disponía de toallas de lino para secarse. Unos pocos y privilegiados miembros de la sociedad se beneficiaban de múltiples cuartos de baño de piedra caliza, equipados con duchas atendidas por criados. Un sirviente echaba agua sobre la cabeza de la persona que se bañaba, que estaba de pie en una piedra especial provista de una salida de agua. A fin de preservar la intimidad de la

persona que se bañaba, el criado estaba colocado detrás de una mampara cuya finalidad era disimular la visión del bañista. Dicha mampara, al igual que el cuarto de baño propiamente dicho, estaba revestida de piedra a fin de evitar la disolución accidental de la estructura de adobes. Sin embargo, la gran mayoría de la población desconocía los cuartos de baño y practicaba la higiene en las orillas del Nilo o en los canales de riego. Desgraciadamente, el río Nilo, que suministraba a casi todos los pueblos y ciudades del país el agua que necesitaban a diario para beber, cocinar y lavarse, era también el principal sistema de alcantarillado y de eliminación de aguas residuales de Egipto. Las aguas estancadas que se recogían a lo largo del río dejaban bastante que desear en cuanto a pureza y las momias encontradas nos revelan que proliferaban ciertas enfermedades transmitidas por el agua, como la bilharziosis.

En caso de que uno no se pudiera lavar y persistiesen ciertos engorrosos problemas personales, el *Papiro Médico Ebers* aconsejaba el uso de diferentes desodorantes, destinados no sólo a devolver la confianza al individuo sino también a facilitar una vida social agradable.

> Para eliminar el mal olor del cuerpo de un hombre o de una mujer se tuesta un huevo de avestruz, caparazón de tortuga y agallas de tamarisco y se embadurna el cuerpo con la mezcla.

Los retretes que se han conservado son poquísimos. El modelo más universal, discretamente alojado en una pequeña habitación cuyas dimensiones eran casi las de un armario, situada junto al cuarto de baño, estaba formado por un asiento de madera tallada de apariencia moderna, colocado en equilibrio sobre dos pilares de ladrillo y con un profundo cuenco de arena que podía retirarse cuando era necesario. En una caja colocada junto al retrete había más arena, con la que se podía tener la cortesía de cubrir el retrete después de utilizado. Es de presumir que debía de corresponder a uno de los miembros más jóvenes de la casa la ingrata tarea de vaciar el cuenco cuando era preciso. También se han encontrado en varias tumbas unos taburetes con un gran agujero en el asiento, identificados como antiguos retretes portátiles, seguramente para ser utilizados también sobre un cuenco de arena, aparte de que es de suponer que debían de usarse igualmente los orinales. Sin embargo, el acceso generalizado a un retrete dentro de casa constituye un lujo relativamente moderno y que en Occidente sólo pasó a considerarse una necesidad durante los últimos cincuenta años. La mayoría de

egipcios dinásticos no tenían acceso a facilidades sanitarias de ningún tipo y es probable que no se viera impedimento alguno en hacer pleno uso de los campos vecinos o del desierto. Resulta curioso que uno de los «hechos» egipcios peculiares, aunque imposible de comprobar, fue cierto rumor que dejó fascinado a Herodoto y que afirmaba que las mujeres orinaban de pie mientras que parece que los hombres lo hacían sentados o agachados.

La menstruación era algo que despertó muy poco interés entre los hombres que escribieron los textos egipcios que han llegado hasta nosotros. Por tanto, no sabemos nada acerca de cómo percibían las mujeres este importante aspecto de su feminidad y apenas nada con respecto a cómo veían los aspectos prácticos de la protección sanitaria. Sin embargo, en las listas de la lavandería que se encontraron en Deir el-Medina figuran unas «tiras para el trasero»: unos paños higiénicos hechos con un trozo de tela doblada que, cuando estaban sucios, eran enviados a la lavandería para ser posteriormente reutilizados. Tenemos ciertas indicaciones que nos revelan que se consideraba ritualmente sucio todo lo relacionado con la menstruación de las mujeres y la sangre de la misma. Existen tabúes parecidos en muchas sociedades primitivas, donde no se entienden del todo la mecánica ni el funcionamiento de la menstruación. A menudo se la juzga como algo amedrentador y peligroso, aparte de que los hombres debían de considerar un fenómeno antinatural e inquietante el hecho de que las mujeres sangrasen durante varios días seguidos cuando ellos no sangraban a menos de tener una herida. El término «purificación» o «limpieza» se empleaba para designar el periodo menstrual igual que para los loquios que siguen al parto, y la *Sátira de los Oficios*, correspondiente al Imperio Medio, deplora la suerte del desgraciado lavandera que tiene que habérselas con las prendas de la mujer, manchadas de sangre menstrual. Incluso se consideraba indeseable el contacto con un hombre cuyas parientas femeninas estaban menstruando en aquellos momentos, en tanto que un trabajador de Deir el-Medina alegaba como excusa válida para ausentarse del trabajo que su mujer o una de sus hijas estaba pasando el periodo.



> Una de las costumbres observadas más celosamente por los egipcios es ésta: que críen a todos los hijos que engendren y que hagan la

> circuncisión a los varones y la ablación a las hembras, según se estila también entre los judíos, que son originariamente egipcios.
>
> *Estrabón*

Durante los Imperios Antiguo y Medio los niños egipcios de edad comprendida entre seis y doce años eran rutinariamente circuncidados. Una escena de la tumba del arquitecto real Anjmahor, de Sakkara, muestra la escena de la circuncisión de un varón con detalles sorprendentemente gráficos, lo que nos indica la importancia que se daba a esta ceremonia.[1] Mientras sujetan fuertemente al niño por detrás, delante de él hay un sacerdote, Ka, que empuña un cuchillo y ordena a su ayudante que «lo agarre con firmeza e impida que caiga desvanecido». Herodoto observa en tono más bien de censura que se hacía esta operación por razones de higiene, aunque el hecho de que la efectuara un sacerdote y no un médico parece indicar que obedecía más a un ritual que a una necesidad práctica. Los egipcios miraban con desdén a los extranjeros que no estaban circuncidados, lo que para ellos era signo de falta de civilización. No hay pruebas directas de que se hubiera practicado nunca la circuncisión femenina o ablación del clítoris y aunque las sociedades rara vez hacen referencia a este rito de paso, el hecho de que no se haya encontrado ninguna momia femenina circuncidada no hace más que confirmar la ausencia de dicha práctica. Contrariamente a la creencia popular, no hay ninguna prueba que demuestre que la drástica ablación faraónica —o circuncisión sudanesa, que es el nombre por el que se la conoce en el Egipto moderno— se originara realmente en el Egipto faraónico.[2] Habría que recordar, sin embargo, que los cuerpos momificados que se han podido examinar pertenecían a mujeres de clase alta y no está nada claro si las de clase humilde circuncidaron alguna vez a sus hijas. Estrabón, al que se cita más arriba, creía que así era, pero como no da detalles al respecto no sabemos si se refiere a la extirpación de una parte o de todos los genitales externos o simplemente de un corte menos agresivo, practicado a título simbólico en el clítoris. Tampoco indica si se trata de un rumor o de un hecho probado.

> Receta para el caso de que se tenga la lengua enferma: se hacen enjuagues bucales con salvado, leche y grasa de ganso.
>
> *Papiro Médico Ebers*

Aunque la higiene bucal no desempeñaba, como no podía ser de otro modo, un papel importante en los cuidados personales diarios, el historiador

romano Plinio nos informa de que los egipcios se limpiaban los dientes con una pasta dentífrica de fabricación casera a base de raíces de plantas. A falta de cepillos especiales para los dientes, se aplicaban este dentífrico con una rama previamente masticada o con una caña rígida. Para que se sintieran más a gusto, se recomendaba específicamente a las mujeres que suavizasen su aliento masticando bolitas a base de mirra, incienso, cápsulas de junco y cinamomo, consejo que seguramente obedecía a la necesidad de contrarrestar la gran cantidad de ajo, cebolla y rábano que consumían.

Los egipcios tenían la desgracia de sufrir muchos problemas dentarios debido a que la finísima arena del desierto, que al parecer sigue introduciéndose en los rincones más recónditos de las casas egipcias, pasaba a convertirse en un elemento que, involuntariamente, formaba parte de la ingestión diaria de alimentos y tenía un efecto abrasivo sobre los dientes. Eran muy corrientes los dolorosos abscesos y la mayoría de egipcios, en un momento u otro de su vida, sufrían de las muelas. El longevo rey Ramsés II, por ejemplo, murió con la dentadura muy desgastada y con visibles cavernas en la pulpa dentaria. No hay duda de que estos problemas debieron de producirle muchos trastornos durante los últimos años de su vida. En cambio, la caries dental era un problema mucho menor entonces que en el Egipto actual, ya que en aquella época se consumían muy pocos productos azucarados por ser desconocidos tanto el azúcar refinado como la caña de azúcar. Precisamente las clases altas, por consumir pasteles endulzados con dátiles y miel en grandes cantidades, eran especiales candidatas a la caries dental. Parece, sin embargo, que la afección dentaria más frecuente entre la población era la pérdida de alguna que otra pieza y puede decirse que casi la mitad de las referencias a la dentadura que aparecen en los papiros médicos intentan poner remedio al problema de la falta de dientes. Aunque hay algunas pruebas de construcción de ingeniosos puentes dentales que utilizan finos alambres de oro o plata y dientes humanos postizos —recuperados seguramente en la casa donde se hacían los embalsamamientos—, los dentistas egipcios no intentaron nunca implantar una dentadura postiza completa.



Tanto los hombres como las mujeres completaban de forma rutinaria sus abluciones con masajes de aceites suavizantes que hacían penetrar en la piel. Esta práctica paliaba el envejecimiento producido por los efectos del clima

cálido y el polvo característicos del país, así como por los efectos desecantes del «jabón», cuyo principal ingrediente, el natrón, era el agente deshidratante primordial empleado en la desecación de los cadáveres durante el proceso de la momificación. Se creía que el uso de aceites mejoraba el estado de la piel y prevenía las arrugas, al tiempo que disimulaba en parte las secuelas de enfermedades deformantes como la viruela y la lepra. El *Papiro Médico Ebers* recomendaba su uso con el entusiasmo propio de las campañas publicitarias modernas:

> Para eliminar las arrugas faciales: se machaca hasta su pulverización goma de incienso, cera, aceite fresco de balanites y cápsulas de junco y se aplica todos los días a la cara. ¡Pruébalo y verás!

Si las clases inferiores tenían que contentarse con el simple aceite de castor o de linaza, las capas más altas de la sociedad importaban de Oriente caros ungüentos aromatizados que, además, tenían la ventaja de dejar el cuerpo sensualmente perfumado. Sin embargo, al igual que ocurre con las cremas cosméticas modernas, la diferencia en el resultado era mínima, en tanto que la diferencia en el precio y en su supuesto valor era extrema. Es probable, además, que aquellos exquisitos aromas sirvieran más para enmascarar olores potencialmente desagradables que para halagar al comprador. Ningún egipcio de un cierto rango, fuera hombre o mujer, iría a la tumba sin su loción dermatológica preferida, por lo que en el equipo funerario de Tutankamón figura una gran vasija que contiene su mezcla personal favorita. Se servían de parecidos ungüentos a base de aceite las mujeres embarazadas que querían evitar que se les formaran en el vientre las feas marcas que produce la dilatación y era costumbre que se guardaran dichos aceites en unas vasijas especiales en forma de mujer embarazada desnuda con los brazos rodeándose el abultado vientre. No cabe la menor duda de que esos lujosos cosméticos eran caprichos caros. Diodoro Siculo calculaba que los impuestos que pagaban los pescadores autorizados a faenar en el lago Moeris, cuyo importe representaba un importante ingreso anual, permitía a las reinas de Egipto costearse los cosméticos, perfumes y otros artículos de belleza.

> Ponte mirra en la cabeza, vístete con los linos más finos.
>
> *Poema del Imperio Nuevo*

Había también una gran variedad de aceites acondicionadores perfumados para frotarse con ellos el cráneo después de lavarse el cabello, con la intención una vez más de proteger el cabello contra los rigores del clima. Durante el Imperio Nuevo se amplió esta práctica a la costumbre, más bien rara a ojos modernos, de ponerse unos grumos perfumados o conos cosméticos de grasa mantenidos precariamente en equilibrio sobre la cabeza durante los acontecimientos sociales. Estos insólitos sombreros estaban hechos de sebo impregnado de mirra e iban fundiéndose lentamente a medida que iba transcurriendo la fiesta, despidiendo su perfume y seguramente soltando un refrescante reguero de cera que iba resbalando entre los cabellos y por encima de la cara. Cuando, debido al calor de la fiesta, la grasa se había derretido por completo, un criado se encargaba de volver a llenar el pequeño recipiente. Parece que el anfitrión se encargaba de proveer de estos conos a sus invitados y a los criados que los atendían y sabemos por las escenas que hemos contemplado en las tumbas que no se celebraba ninguna cena sin la presencia de los mismos. Se representan generalmente como unos grumos blancos con unas rayas oscuras laterales, mientras que las manchas de color marrón que vemos en los hombros de las prendas blancas seguramente son restos de las gotas de grasa. Como no se ha conservado ninguno de estos conos de perfume, resulta difícil determinar hasta qué punto conviene interpretar literalmente estas escenas de festejos.

> Mi corazón pensaba en tu amor cuando sólo me había peinado a medias. Salí corriendo para buscarte y descuidé mi aspecto. Ahora, si quieres esperarme mientras me trenzo los cabellos, dentro de un momento estaré a punto.
>
> *Canción de amor del Imperio Nuevo*

Hay muchas sociedades que ejercen presiones morales para decidir de qué modo han de llevar peinados sus cabellos los hombres y las mujeres. En caso de que no exista una obligación legal específica, se espera de ambos sexos que observen las convenciones propias de su época, que pueden decretar por ejemplo que las mujeres deben llevar el cabello largo, que los hombres no deben llevarlo largo o que ninguno de los dos sexos debe mostrarlo. Apartarse de la norma puede verse como una forma de amenaza contra la sociedad en conjunto. En caso de que esta postura pudiera parecer exagerada, conviene recordar que no hace ni cien años que en Europa muchos veían los cabellos «cortos», en el caso de la mujer, como signo de extremada depravación

femenina, mientras que algunos siguen viendo los cabellos largos en los hombres como una forma malévola de desmarcarse de una sociedad convencional. Dentro del abanico de convenciones impuestas por la comunidad, el peinado elegido por una mujer indica a los demás a qué grupo pertenece o aspira a pertenecer. Los estilos punk y hippy nos ofrecen ejemplos modernos exagerados y todos sabemos que un tinte azul detonante o una cascada de rizos de un rubio artificial ofrecen unos signos sociales igualmente reveladores. Es lamentable que, como ocurre con tantos otros aspectos de la vida egipcia, el conocimiento que tenemos de los peinados femeninos se centre en las mujeres más ricas y en sus criadas, retratadas en condiciones idealizadas. No se conocen los efectos de las modas cambiantes en las mujeres de los pueblos.

Tenemos, sin embargo, algunos ejemplos claros que nos revelan el rango o el trabajo de la mujer a través de su peinado. Incluso cuando estaba de moda el cabello corto, las danzarinas más atractivas y las acróbatas llevaban el cabello largo, a veces con algún objeto pesado trenzado en los extremos a fin de que se balancease grácilmente al bailar. Los chicos y chicas adolescentes pertenecientes a las clases sociales altas suelen representarse luciendo el «tirabuzón de los jóvenes»: la coronilla casi totalmente rapada y un único rizo largo y grueso a un lado de la cabeza. Del extremo del tirabuzón colgaban los amuletos del cabello, destinados a dar buena suerte y a proteger a quien los usaba. Solían llevar la cabellera larga y desgreñada únicamente los hombres y mujeres que estaban de luto, mientras que las parteras se representan a veces con un peinado arcaico y desordenado cuya finalidad es mantener a raya los malos espíritus gracias a la magia favorable. Así como la mujer se suelta normalmente la cabellera cuando se la lava, también suelta simbólicamente al niño cuando está preparado para nacer.

> Para hacer caer el cabello: póngase en aceite hoja de loto quemada y aplíquese a la cabeza de la mujer odiada.
>
> *Papiro Médico Ebers*

La mujer no consideraba necesariamente su cabello natural como una corona de gloria. En efecto, en los tiempos faraónicos era corriente que los hombres y mujeres de rango llevasen muy cortos sus cabellos naturales o incluso que se rasurasen el cráneo como una solución práctica frente al calor reinante y como medio de evitar los molestos enredos que suelen formarse con los cabellos desgreñados. Estaban de moda las pelucas, que protegían las

cabezas rapadas de los rigores del sol abrasador de Egipto y que se usaban con finalidad estética en las ceremonias, razón por la cual se desarrolló una importante industria comercial de pelucas. La mayoría de personas ricas poseían como mínimo una peluca, aunque no dejaban de apreciar la conveniencia de disfrutar de frescor durante el día y de estar elegantes por la noche. Para confeccionar una buena peluca y conseguir que tuviera un aspecto natural se precisaban más de ciento veinte mil cabellos humanos entretejidos, con los que se formaba una especie de malla que se pegaba con una mezcla de cera de abejas y resina.[3] Las peores pelucas y de aspecto menos natural eran las totalmente confeccionadas con la tosca fibra de la palmera datilera roja, que debía conferirles un aspecto bastante extravagante.

> Receta para que a un calvo le crezca el pelo: se mezcla grasa de león con grasa de hipopótamo, grasa de cocodrilo, grasa de gato, grasa de serpiente y grasa de íbice y se embadurna con la mezcla la cabeza de la persona calva.
>
> *Papiro Médico Ebers*

Pese a la evidente popularidad de las cabezas rapadas, se han encontrado momias de todos los periodos con cabellos naturales y bien cuidados, aparte de que la poesía romántica que ha llegado hasta nuestras manos nos dice que las trenzas limpias y brillantes eran motivo de admiración. En efecto, el cuerpo momificado de la reina Ahmosis Nefertiti, que murió a edad avanzada tras haber perdido casi todos sus cabellos naturales, llevaba una peluca confeccionada con trenzas de cabellos humanos facilitada por los embalsamadores, que a buen seguro querían ahorrarle la indignidad de renacer calva en el Más Allá. Los papiros médicos nos ofrecen útiles recetas que realzan la apariencia

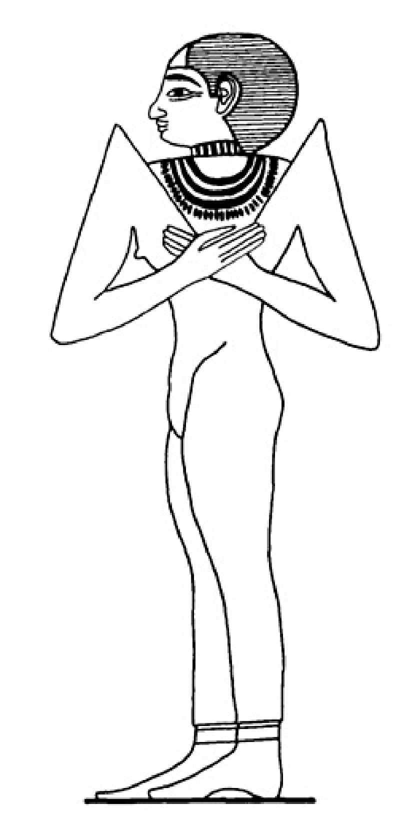


Fig. 24 - Reina del Imperio Antiguo que luce una llamativa peluca roja y amarilla y posiblemente las hombreras más antiguas del mundo

personal y solventan problemas tan desagradables desde el punto de vista social como la calvicie o la caspa persistente, al tiempo que dan eficaces consejos al revelarnos que la grasa de serpientes negras, la sangre de bueyes negros o incluso un mejunje que suena de lo más repulsivo a base de los genitales pulverizados de una perra son de gran eficacia para cubrir los tan poco favorecedores cabellos grises. Otro método para cambiar el color del cabello bastante más aceptable y que seguramente olía mejor consistía en el uso de pasta de henna, utilizada también para pintarse los dedos y las uñas de los pies. En los pueblos egipcios modernos todavía sigue empleándose la henna como tinte de la piel y el cabello.

Los peinados de las mujeres y el estilo de las pelucas variaron mucho más frecuentemente que las modas en materia de indumentaria o de joyería y fueron escalonándose gradualmente desde los cortes más estrictos, que se llevaron durante todo el Imperio Antiguo, hasta los peinados más elaborados y con el cabello más largo, que gozaron de más favor durante el cénit del imperio egipcio. Aunque tal vez se peque de excesiva simplicidad, uno tiene la tendencia a ver una correlación directa entre las riquezas de Egipto y el tiempo y dinero dedicados al cuidado del cabello y la confección de pelucas. Las mujeres más obedientes a los dictados de la moda durante el Imperio Antiguo solían llevar una melena corta y lacia parecida a la que lucen muchas mujeres actuales. Era un peinado que gradualmente fue llevándose más largo hasta que, en el Imperio Medio, todas las clases sociales adoptaron la melena larga hasta los hombros y unas pelucas más espesas. El cabello más largo acostumbraba a llevarse suelto o peinado según el llamado «estilo tripartito», es decir, con una parte de la cabellera colgando suelta por la parte de atrás de la cabeza y unos mechones a cada lado de la misma, echados hacia adelante para enmarcar la cara y dejar las orejas al descubierto. Originariamente este peinado tripartito estaba reservado a las mujeres de nivel social más bajo, sobre todo las solteras, si bien su uso fue difundiéndose gradualmente a las casadas de categoría superior. De hecho, una versión más complicada, el «estilo Hator», que prescribía atar con cintas las dos divisiones de cabellos frontales y envolver con ellos una pieza plana en forma de disco, se hizo extremadamente popular y se convirtió en el peinado favorito de la mayoría de reinas de la XVIII dinastía. En cambio, las damas reales de Amarna, aficionadas a hacer casi todas las cosas de forma diferente de las demás, se inclinaban por unas pelucas algo más masculinas y de estilo «nubio», inspiradas en los cortes de pelo corto y rizado que llevaban los soldados nubios. A medida que fue avanzando el Imperio Nuevo, tanto los peinados

como los estilos de las pelucas fueron haciéndose menos estandarizados y se llevaron cada vez los cabellos más largos y mucho más exagerados, tal vez como resultado de la creciente influencia extranjera que iba dejándose sentir en esta época en todo Egipto. La moda imperante en la XIX dinastía, consistente en unas pelucas más pobladas y el aumento correspondiente de postizos para rellenar tanto las pelucas como los cabellos naturales, condujo al abandono del peinado tripartito, en tanto que las pelucas lacias, que habían estado de moda en otro tiempo, eran sustituidas por pelucas rizadas de aspecto alborotado y gruesas trenzas terminadas en flecos.

> El barbero trabaja hasta el anochecer. Se desplaza a una ciudad, se instala en una esquina y comienza a moverse de una calle a otra en busca de un cliente. Cansa sus brazos para llenarse el estómago, hace como la abeja que come mientras trabaja.
>
> *Sátira de los Oficios, Imperio Medio*



Fig. 25 - Muchacha con adorno de un pez en el cabello

Las señoras de posición no se peinaban los cabellos propios ni tampoco las pelucas, sino que requerían para este fin los servicios de una sirvienta, una hija, la madre o una amiga.[4] En Egipto no existía el equivalente del salón de belleza actual y los barberos formaban parte del personal de grandes establecimientos o hacían de barberos ambulantes que ofrecían sus servicios a personas de nivel social más bajo. Inscripciones que se remontan al Imperio Antiguo demuestran que estos peluqueros profesionales, invariablemente del sexo masculino, gozaban de una cierta consideración personal, tal vez porque se atribuía un sentido ritual a sus funciones. En todo el mundo se ha asociado con frecuencia el cabello humano a las brujerías y supersticiones y el corte de pelo acostumbra a desempeñar un papel importante en los rituales o ritos de paso. De hecho, el psicoanálisis ha llegado a ver el corte de pelo en el hombre como una forma simbólica de castración, ya que parece que a un nivel subconsciente se asocia invariablemente el cabello con los genitales. La

historia bíblica de Sansón y Dalila, que nos cuenta que Sansón perdió toda su fuerza viril como consecuencia directa de un inopinado corte de pelo, también parece aportar una cierta base a tan peregrina teoría. Sin embargo, en el Imperio Medio aumentó el número de las peluqueras tanto de peinados naturales como de pelucas, con lo que esta labor quedó despojada de todo su sentido ritual. Se acostumbra a representar a los peluqueros, cualquiera que sea su sexo, puestos de pie detrás de la mujer que están peinando, la cual sigue con mirada atenta su trabajo a través de un espejo de metal pulimentado que sostiene en la mano. Los que querían embellecer sus cabellos tenían toda una variedad de artilugios destinados a este fin y en las tumbas se han encontrado tenacillas, horquillas y peines de madera y de marfil, todos similares en diseño a sus contrapartidas modernas. Muchas mujeres entretejían flores frescas en sus rizos recién peinados, en tanto que otros ornamentos más ceremoniosos —como diademas, coronas específicamente diseñadas para llevar sobre las pelucas, bandas, aretes y colgantes— daban el toque final a todo peinado que pretendiera ser elegante.



Las sociedades occidentales establecen por tradición una clara distinción entre tratamientos médicos y tratamientos de belleza, con clínicas de adelgazamiento montadas en equilibrio inestable en la divisoria que separa los dos establecimientos donde se dispensan aquellos cuidados. Una línea más precisa marca la frontera entre los muchos cosméticos que utilizan las mujeres y los pocos que los hombres consideran socialmente aceptables, con un condicionamiento cultural que nos induce a ver el maquillaje como algo trivial y puramente de interés femenino. Los egipcios abordaron este campo de una manera muy diferente y vieron sus cosméticos por una parte como una importante ayuda a la salud y por otra como algo que potenciaba el buen aspecto de ambos sexos y por lo que se refiere a sus virtudes mágicas y su función de amuleto no hacían sino aportar un beneficio más. Un arcón bien provisto de cosméticos suponía para un hombre un bien preciado en una época en que un rostro bien maquillado denotaba una posición social elevada y no un signo de afeminamiento.

Quiero pintarme los ojos para que centelleen cuando te vea.

Poema de amor del Imperio Nuevo

El maquillaje tanto entre los hombres como entre las mujeres era parecido al estilo de los años sesenta pero más exagerado y en él destacaba sobre todo el realce de los ojos. Para potenciar la belleza se usaba el kohl o pintura especial para los ojos, que por otra parte tenía unos poderes paliativos contra el terrible sol de Egipto. La pintura se aplicaba tanto en el párpado superior como inferior, además de perfilar el contorno de los ojos no sólo definiéndolos sino exagerándolos y prolongando las cejas. Generalmente se remataba el maquillaje trazando una raya definida desde el rabillo exterior del ojo hasta el nacimiento del cabello. Admitiendo incluso que en las pinturas de las tumbas y en la estatuaria se cede a una cierta exageración artística, es evidente que el aspecto «natural» no solía ser objeto de admiración. Desde el Periodo Predinástico en adelante estuvieron muy difundidos dos colorantes preparados con pigmentos. El verde (malaquita) fue con mucho el color más popular del primer Periodo Dinástico, mientras que el gris oscuro (galena) se situó en lugar destacado durante el Imperio Nuevo. Las damas que estaban más al tanto de la moda usaban los dos colores combinados y se aplicaban el verde en las cejas y las comisuras de los ojos y el gris en los bordes de los mismos y en las pestañas. En la actualidad también las campesinas egipcias usan el kohl negro para pintarse los bordes de los ojos, ya que se cree que atenúa el reflejo del sol y reduce el riesgo de infecciones oculares. Se empleaban también, aunque en mucha menor medida, otros cosméticos, entre los que figuran el rojo pulverizado que algunas mujeres sacaban del ocre rojo. No tenemos indicios de que ninguno de los dos sexos se pintase los labios, si bien el *Papiro Erótico de Turín* presenta una prostituta que se está pintando los labios con un pincel de aspecto muy actual mientras se mira en un espejo.

Aquellas mujeres que tenían que hacer valer sus encantos físicos para ganarse la vida, entre las que se cuentan las bailarinas profesionales, las acróbatas y las prostitutas, necesitaban que la decoración de su cuerpo fuera más permanente, lo que se conseguía tatuándose los brazos, el torso y las piernas con complicados dibujos. El tatuaje constituye una forma de adorno femenino que es tradicionalmente egipcia y cuya popularidad ha perdurado desde la era Dinástica hasta el día de hoy, según registra Blackman:

> El instrumento utilizado para el tatuaje consiste en siete agujas fijadas en una varilla corta, atada por un extremo y recubierta de yeso para mantener fuertemente en su sitio las agujas. A veces se emplean agujas más pequeñas y sólo cinco para tatuar a los niños. El pigmento empleado es

negro de humo, por lo general mezclado con aceite, aunque algunos dicen que utilizan agua.

Por desgracia, el tatuaje es una práctica que deja pocos rastros tangibles, de modo que aunque en tumbas dinásticas de todos los periodos se han encontrado figurillas femeninas con adornos incisos y pintados en el cuerpo, hasta el Imperio Medio no hay cuerpos momificados de mujeres que tal vez podrían identificarse como concubinas reales y que confirman la existencia de esta costumbre.[5] Parece que la tradición se extinguió durante el Imperio Nuevo, aunque algunas artistas y sirvientas del Imperio Nuevo muestran un pequeño dibujo del dios enano Bes en lo alto del muslo como símbolo de buena suerte y como medio bastante sutil de atraer la atención hacia sus secretos encantos. Se ha apuntado la posibilidad de que este tatuaje en particular pudiera ser una especie de signo distintivo de las prostitutas, pero parece igualmente probable que se usara como amuleto protector contra los peligros del parto o incluso contra las enfermedades de transmisión sexual. De todos modos, parece que el tatuaje quedaba limitado a las mujeres de clase social baja y a los hombres, aunque éstos lo practicaban con menor frecuencia.



Aunque las convenciones artísticas dictaminaban que había que representar a las mujeres ataviadas con la túnica lisa tan de moda en la época, hay pocas pruebas directas que demuestren que la mujer egipcia estaba interesada en perder peso. Toda mujer, cualquiera que fuera su talla, podía vestir esta prenda suelta e informe y por otra parte tampoco tenemos noticia de que en la antigüedad se hicieran regímenes dietéticos ni se practicaran ejercicios rutinarios y los papiros médicos se muestran curiosamente silenciosos en este aspecto. Si nos fijamos en los habitantes del Egipto rural moderno vemos que, aunque les gusta que las mujeres estén más delgadas que los hombres, a buen seguro no apreciarían el aspecto casi esquelético de las mujeres que suelen ser motivo de admiración en las sociedades occidentales. Al parecer, sólo en aquellas sociedades donde es inconcebible el hambre se admira a este tipo de mujer. Las figurillas femeninas desnudas que se han encontrado en las tumbas presentan por lo general formas redondeadas, caderas relativamente anchas y nalgas ligeramente prominentes. Son figurillas que forman parte de los ajuares que hay tanto en las tumbas de hombres como

de mujeres y de niños, no ya como modelos de mujeres específicas sino como símbolos de la fertilidad en general y que representan todo el proceso de la vida de familia egipcia, algunos de cuyos aspectos son la reproducción y la crianza de los hijos. Parecen apuntar que quizá el tipo femenino admirado por encima de todos los demás era el de la mujer capaz de tener hijos.

La mayoría de egipcios mostraban una gran naturalidad en relación con su cuerpo y no les ofendía la desnudez en los demás. La desnudez no se consideraba en modo alguno desagradable ni indecente siempre que se diera en el sitio adecuado y los propietarios de las tumbas no hacían alarde de falsa modestia cuando mandaban reproducir en ellas escenas de la vida diaria en las que aparecían pescadores u otros trabajadores que, de haber llevado ropa, se habrían sentido incómodos. También los artistas podían ir desnudos como una manera de indicar un nivel social bajo y era frecuente que se pintara igualmente a los niños desnudos pese a que sabemos que normalmente iban vestidos con prendas similares a las de sus padres. Durante el Imperio Nuevo la desnudez o semidesnudez femenina se hizo habitual en el caso de mujeres de condición baja cuyas ocupaciones estaban más o menos relacionadas con sus encantos físicos. Se pintaba, por ejemplo, a las danzarinas y acróbatas con una especie de corsé llamativo o con una falda corta vistosa y práctica, a veces con unos tirantes estrechos cruzados sobre los pechos cuya finalidad era puramente decorativa. Las sirvientas llevaban, para trabajar, una falda sencilla sin blusa y a menudo se las representaba totalmente desnudas a excepción de unos collares de cuentas y unos cintos de adorno o vestidas con prendas muy sutiles que permitían ver el cuerpo por transparencia. La tendencia a la desnudez femenina que observamos en el Imperio Nuevo se hizo incluso extensiva a los dioses, entre los que había algunas deidades extranjeras que iban desnudas, como la diosa asiática de la guerra Astarté, que en esta época estaba ganando muchos adeptos en Egipto.

Con todo, habría sido impropio e inadecuado que personas pertenecientes a las clases altas se hubieran mostrado en público sin ropa. Todas las indicaciones nos revelan que a las personas de alto rango les encantaba mostrar sus galas y que consideraban que vestir prendas elegantes era una forma de manifestar su posición social. Sólo durante el breve periodo de Amarna, en que variaron completamente las antiguas costumbres, se permitió representar a las damas de la realeza ya fuera desnudas o con prendas desabrochadas que no dejaban nada a la imaginación. No tenemos manera de saber si la desnudez era, en efecto, corriente en la vida pública de todos los

días, aunque parece razonable pensar que no debía de ser habitual durante los rigurosos inviernos ni en las glaciales madrugadas.

> Amado, me gusta ir al estanque y bañarme mientras tú me contemplas. Así puedo dejar que veas mi belleza a través de la finísima túnica de lino blanco, que cuando se moja se pega a mi cuerpo… Me meto contigo en el agua y salgo de nuevo contigo con un pez rojo hermosamente atrapado entre mis dedos… Ven y mírame.
>
> *Canción de amor, Imperio Nuevo*

La ropa tiene la función básica de proteger el cuerpo desnudo contra los elementos y al mismo tiempo preserva la modestia cubriendo aquellas partes del mismo que la sociedad prefiere dejar a la imaginación. Sin embargo, basta echar una mirada a la calle para darse cuenta de que la indumentaria —o, para decirlo con más precisión, la moda— también sirve para emitir claros signos sociales que revelan cosas tan diversas como la condición social, las aspiraciones personales, la ocupación y hasta las creencias religiosas. La ejecutiva, la estudiante y la madre joven pueden llevar variantes del mismo tipo de blusa o de falda, pero las diferencias de estilo y corte se hacen evidentes incluso al observador más superficial, mientras que el joven punk, caracterizado por su individualismo, va vestido de cualquier manera, con rotos y descosidos y cadenas de esclavo, uniforme que indica tan claramente el grupo al que pertenece como el hábito revela a la monja que lo lleva. De la misma manera que la campesina egipcia moderna deduce muchas cosas con respecto a un desconocido observando y analizando sutiles variaciones en su manera de vestir que pasan inadvertidas a los ojos del observador occidental no iniciado, la indumentaria de la antigua egipcia también transmitía a la gente de su época unas señales indicativas de su condición social. Desgraciadamente, como no disponemos de la clave cultural indispensable para descifrar esa misiva, poco podemos deducir como no sea las inferencias más obvias de un estudio superficial de la moda egipcia.

A primera vista, los egipcios nos han proporcionado muchas pistas para el estudio de su indumentaria.**[6]** Disponemos de alguna información escrita, se han conservado unas pocas prendas de ropa y un gran número de estatuillas, relieves y pinturas, todo lo cual se combina para facilitarnos un catálogo ilustrado que puede utilizarse para escribir la historia de los cambios de estilo a lo largo de las dinastías. Sin embargo, se trata de un tipo de pruebas que conllevan unos problemas inherentes. Dada su naturaleza, estas

representaciones suelen reproducir a personas pertenecientes a los niveles más altos de la sociedad en condiciones atípicas. Del mismo modo que a la gente actual le gusta que la fotografíen con sus mejores ropas, debemos deducir que la gente acomodada de entonces también quería dejar su imagen a la posteridad luciendo un atuendo lujoso y elaborado. Por otra parte, la indumentaria que aparece en las representaciones del Más Allá podría tener un significado ritual añadido que se nos escapa. Dadas las rígidas convenciones del arte egipcio, es muy probable que el artista optara por reproducir prendas estilizadas o tradicionales que realzaran la feminidad y no las que las mujeres llevaban realmente y es muy posible que en muchos casos el artista no captara los sutiles matices del vestido femenino, que pintara de memoria la mayoría de los retratos o que se sirviera de un muestrario y no de un modelo del natural. De hecho, hacer un estudio de la indumentaria basándonos únicamente en las pruebas con que contamos, descritas más arriba, vendría a ser como hacer un estudio de la indumentaria occidental actual basándonos en las fotografías de las bodas o en las modas exageradas que aparecen en las páginas de Vogue. Sin embargo, y pese a las inexactitudes a que pueden dar lugar las representaciones, el mensaje que nos transmiten los siglos desde los muros de las tumbas es la evidente complacencia con que hombres y mujeres posan y exhiben sus bellos ropajes. No hay duda de que los egipcios concedían importancia a la forma de vestir.

El tejido usado con más frecuencia en la confección de prendas de vestir era el lino. Antes del periodo grecorromano eran desconocidos en Egipto el algodón y la seda y, a pesar de que se criaban grandes rebaños de ovejas, parece que las prendas de lana fueron raras en los tiempos prerromanos. Herodoto, que fue el primer historiador que hace referencia a esta aversión a la lana, supuso que se trataba de una evitación ritual, puesto que «no entraba ninguna prenda de lana en los templos ni se enterraba a nadie con ella porque su religión se lo prohíbe», teoría de la que se hace eco Plutarco, que observó que «los sacerdotes, debido a que reverencian las ovejas, se abstienen de usar tanto su lana como su carne». Con todo, parece mucho más probable que si escaseaban las prendas de lana era porque también escaseaba la lana de buena calidad, ya que la oveja egipcia, animal de poco pelo, se criaba primordialmente por su leche y su carne y era evidente que no era apta para la producción de lana a gran escala. Los restos arqueológicos nos demuestran que Herodoto seguramente estaba en un error y que, aunque la gente prefería que la representasen con sus prendas tradicionales de lino, es posible que las prendas de lana fueran mucho más corrientes de lo que se cree. Por supuesto

que no contamos con pruebas escritas de la época que demuestren que pesaba una prohibición estricta contra el uso de la lana y si es indudable que el lino es un material apropiado para los vestidos en un clima caluroso, debido a que es ligero y agradable al tacto, también puede decirse de un chal o de una capa de lana que son muy de apreciar en una noche fría de invierno.

Pero si teñir lana es relativamente fácil, teñir lino exige un proceso especializado en dos etapas a fin de que el nuevo color sea permanente. Durante mucho tiempo se pensó que, pese a sus evidentes habilidades en el telar, los egipcios no llegaron nunca a desarrollar la tecnología necesaria para teñir el lino. Se ha considerado que las escasas representaciones que nos han llegado de mujeres con vestidos de vistosos dibujos azules, rojos y amarillos debían corresponder a extranjeras o sirvientas ataviadas con prendas exóticas importadas. Los egiptólogos han empezado a poner en tela de juicio no sólo que el uso de prendas de lana no debía de ser tan raro como se había dicho hasta ahora, sino que tampoco eran tan escasas como eso las prendas de ropa teñida. En efecto, en tumbas de personas de clase trabajadora se han encontrado muñecas con vestidos de vivos colores, lo que parece indicar que las ropas vistosas y de alegres colores eran mucho más corrientes de lo que se creía. Lo que no está claro, sin embargo, es si se trataba de vestidos de lino o de lana, ambos teñidos. Con todo, el color más habitual de los trajes de ceremonia siguió siendo siempre el blanco o el blancuzco y el color que vemos invariablemente en las pinturas de las tumbas es el blanco restallante.

Ya que las prendas de color constituían, en Egipto, una rareza fue haciéndose cada vez más elaborado el arte de los pliegues y tablas como adorno de los vestidos. Los pliegues fueron cada vez más finos y complicados a medida que iba mejorando la calidad de las telas corrientes, lo que se acompañó de un cambio parejo en la moda, que pasó de los vestidos lisos y ceñidos a prendas más holgadas, que permitían apreciar mejor la calidad de las telas de que estaban hechas. A mediados del Imperio Nuevo el estilo de los pliegues cambió con tal rapidez que actualmente pueden datarse las estatuas con una exactitud considerable simplemente por la forma de los pliegues. Desconocemos el procedimiento que debieron de emplear los que confeccionaban los vestidos para fijar tan fuertemente los pliegues de la tela y conseguir que hoy en día sigan en su sitio, aunque se ha apuntado la posibilidad de que las largas tablas recorridas por surcos y costillas que se han encontrado en varias tumbas debieron de desempeñar un importante papel en este proceso. Es posible también que aplicaran a la tela algún tipo de almidón que diese apresto al tejido y mantuviera inalterables los pliegues.

Se ha recuperado el número suficiente de prendas femeninas exteriores para poder afirmar que durante todo el Periodo Dinástico la inmensa mayoría de mujeres vestían alguna variante simple y escueta de la larga chilaba, semejante por su hechura a un camisón, que siguen llevando hoy en día las campesinas egipcias.[7] Estas prendas sencillas carecen por completo del estilo y elegancia que caracterizan la vestimenta que vemos en las ceremoniosas escenas de las tumbas, pero a buen seguro que eran fáciles de confeccionar y tenían su lado práctico y cómodo como ropa de trabajo. Varios de los vestidos que se han conservado tienen mangas, refinamiento que rara vez aparece reproducido en las pinturas con anterioridad al Imperio Nuevo, pese a que habrían servido de protección útil frente al omnipresente polvo y a los mosquitos. Las mangas de quitaipón, que podían separarse del vestido cuando hacía calor, brindaban la posibilidad de utilizar el mismo vestido durante todo el año.

En todo el Periodo Dinástico se utilizaron como calzado las sandalias con suelas de caña entretejida o de cuero, sujetas al pie por medio de una tira también de cuero. Durante la XIX dinastía se pusieron de moda una especie de zapatillas de cuero más elaboradas. Las sandalias básicas solían formar parte de la paga que recibía el trabajador, si bien las representaciones artísticas de la vida diaria revelan que la mayoría, al igual que ocurre ahora en muchos lugares del mundo actual, trabajaban descalzos. Como muestra de cortesía, toda persona se sacaba inmediatamente los zapatos al entrar en una casa, como también en presencia de una persona superior desde el punto de vista social. El título honorífico de «portador de las sandalias al faraón» se contaba entre los más prestigiosos, aun cuando no es nada probable que la persona que lo ostentaba tuviera que encargarse realmente de realizar para el faraón tan ignominioso transporte.

En las frías noches egipcias se estilaba llevar sobre los vestidos unos simples chales similares en todos los aspectos a los usados modernamente. Entre las provisiones de la tumba del arquitecto Ja y de su esposa Merit, correspondiente a la XVIII dinastía, no sólo hay chales sino también una bata adornada con complicados flecos, cuidadosamente doblada dentro de una cesta en la que hay, además, un peine y unas tenacillas para rizar la peluca. Tenemos también varios ostraca en los que figuran precios de diversas prendas que permiten hacer comparaciones y por ellos sabemos que en el Imperio Nuevo un simple vestido recto a modo de chilaba, confeccionado con una tela sencilla, valía cinco *deben*, precio relativamente alto. Sería difícil reducir este valor a unos términos monetarios modernos precisos, pero el

hecho de que sepamos que en esta misma época una cabra valía dos *deben* nos proporciona una indicación orientativa del valor adjudicado a la prenda de vestir. Es evidente que las ropas eran valoradas de acuerdo con la calidad y cantidad de tejido utilizado, ya que un chal confeccionado con tela de buena calidad era un artículo de lujo valorado nada menos que en quince *deben*.

No es de extrañar, pues, que fueran relativamente frecuentes los robos de prendas esenciales. En teoría se podían presentar demandas por estos delitos ante un tribunal de justicia, pero era más habitual que la víctima del robo consultase al oráculo local para resolver el misterio y conseguir que le facilitara el nombre del culpable con un mínimo de alboroto. El oráculo, bajo la forma de una imagen del dios local, estaba colocado sobre unas parihuelas y era transportado a hombros de unos sacerdotes legos encargados de esta misión. El oráculo daba respuestas a preguntas que podían contestarse con un sí o un no directos impulsando a los porteadores a moverse hacia adelante o hacia atrás según el caso lo requiriera. En casos más complicados, en los que había varios sospechosos posibles, el demandante recitaba una lista de nombres y el dios se movía para indicar al culpable. Aun cuando había muchas deidades locales que proporcionaban eficientes servicios como oráculos, el deificado Amenofis I en Deir el-Medina era reconocido por todos como uno de los mejores.[8] Un ostracón de este yacimiento nos dice que el dibujante Kaha decidió consultar al oráculo debido a que le habían robado algunas telas. Kaha le leyó una lista de los sospechosos y el dios hizo por dos veces una señal cuando mencionó el nombre de los familiares del escriba Imenhet. Finalmente la lista de sospechosos fue reduciéndose hasta que fue identificada como ladrona la hija de Imenhet, cuyo nombre no se da. No hay constancia de que se le aplicara posteriormente un castigo, pero parece que la opinión pública adversa unida a un auténtico temor ante el castigo divino debió de forzar a la culpable a devolver con presteza a su dueño los artículos robados.

> Su Majestad dijo: «¡Voy a ir a remar! Traedme veinte remos de ébano revestido de oro con el mango de madera de sándalo revestido de ámbar. Traedme veinte mujeres con trenzas, de cuerpo y pechos bien conformados y que todavía no hayan parido. Traedme también veinte redes y dad las redes a las mujeres en lugar de vestidos». Todo se hizo tal como había ordenado Su Majestad y las mujeres remaron para arriba y para abajo y el corazón de Su Majestad se alegró viéndolas remar.
>
> *Parte del Papiro Westcar del Imperio Medio*

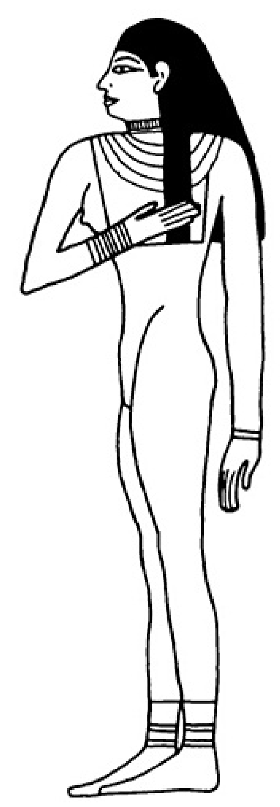


Fig. 26 - Vestido tubo del Imperio Antiguo

Los vestidos que llevaban aquellos miembros de la sociedad que estaban más al día de la moda solían ser muy simples en cuanto a diseño, aunque mucho menos prácticos para el uso diario. Las modas evolucionaban de una manera natural, pero la prenda básica continuaba siendo un simple trozo de tela con la que se envolvían el cuerpo o se lo colgaban de él a modo de *sarong*, sostenido por medio de un cinturón o colgado de unos simples tirantes cosidos a la tela. Estas prendas son prácticamente inclasificables cuando no están sobre el cuerpo, por lo que las encontradas en las tumbas a menudo se han clasificado erróneamente como sábanas. Durante el Imperio Antiguo las mujeres más elegantes llevaban una larga túnica blanca suavemente ceñida al cuerpo, que se lo cubría desde los pechos hasta media pierna. Estaba hecha con un trozo de tela de lino doblada por la mitad, con su dobladillo y cosida simplemente en forma de tubo, sostenida por unos tirantes anchos que pasaban por encima de los hombros. Las escenas que se han conservado pintadas en las tumbas indican que esta prenda básica era muy ceñida y revelaba la forma del cuerpo que cubría, aun cuando es difícil imaginar que pudiese llevarse encima una prenda tan impráctica como ésta, ya que de querer seguir ciegamente la moda habría sido preciso que la prenda hubiera sido cosida sobre el cuerpo y aún entonces la mujer habría tenido bastantes dificultades para caminar. Se supone, por tanto, que se trata de una convención artística más, concebida para hacer hincapié en la feminidad de la modelo, cuya función pasiva en la vida aparece sutilmente realzada por una prenda tan poco práctica como la descrita. Como alternativa de esta prenda blanca y envarada, los adornados tirantes de los hombros y las piezas horizontales de corte geométrico podían estar entretejidos con el resto del vestido o bordados en el mismo. Sobre el simple vestido se llevaba una especie de cota formada por una trama de abalorios o cuentas que producía un efecto muy vistoso. Ya hemos visto que el *Papiro Westcar* registra el lascivo deleite del satisfecho rey Sneferu al contemplar a su cohorte de núbiles remeras ataviadas con sus vestidos a base de «redes de pescar» y sin la prenda habitual que imponía el recato.

Esta subestimada elegancia del Imperio Antiguo acabó cediendo paso a un estilo más elaborado y la mujer del Imperio Nuevo ya estuvo en condiciones

de elegir su vestido en un guardarropa mucho más variado y menos conservador, donde abundaban las prendas con pliegues y flecos, más en consonancia con las pelucas más complicadas que estaban de moda en esta época. La prenda más corriente era entonces un vestido holgado a modo de sari, confeccionado con un largo de tela plegada que envolvía el cuerpo y los hombros y se ataba debajo del busto, lo que confería a la mujer una silueta que recuerda la línea Imperio. Las mangas, cubiertas de finos pliegues, tapaban la parte superior de los brazos hasta el codo. Sin embargo, el antiguo vestido tubo no perdió popularidad, si bien ahora se llevaba debajo de una túnica más corta, diáfana y holgada.



Fig. 27 - Modelo del Imperio Nuevo

> Me tiende lazos con sus cabellos,
> Me atrapa con sus ojos,
> Me enmaraña con sus collares
> Y me marca con el sello de su anillo.
>
> *Poema de amor del Imperio Nuevo*

Estas prendas sencillas de color blanco constituían el fondo perfecto para las coloreadas y variadas joyas que llevaron tanto hombres como mujeres y niños de todas las clases sociales desde los tiempos predinásticos en adelante. Para las prendas adornadas con bisutería barata y llamativa se usaban abalorios de vivos colores producidos en masa mientras, en el extremo opuesto de la escala financiera, maestros artesanos transformaban valiosos metales y piedras semipreciosas en exquisitos trabajos que por su diseño podían calificarse de verdaderas obras de arte. Las joyas de la familia real estaban hechas exclusivamente en los talleres anexos al palacio real y, debido a contar con todos los recursos de la corte, estaban en condiciones de desarrollar avanzadas y complicadas técnicas como el *cloisonné*, la granulación y el trabajo de filigrana. Los menos ricos adquirían alhajas más modestas a los artesanos locales o a joyeros ambulantes que ofrecían su mercancía en los mercados de los pueblos. En general, cualquiera que fuese la categoría del orfebre, los materiales usados en joyería eran opacos. En

contraste con nuestra joyería, el impresionante efecto que se perseguía era el colorido y la brillantez del conjunto más que la pureza de sus componentes.

Los joyeros egipcios no tuvieron nunca acceso a las piedras preciosas que desempeñan un papel tan importante en la joyería moderna. Sin embargo, dentro de los confines de Egipto podían encontrarse amatistas, cornalinas y jaspes, en tanto que en las minas del desierto del Sinaí podía extraerse turquesa y, en cuanto al lapislázuli, de azul profundo, se importaba nada menos que de un lugar tan lejano como Afganistán. En el desierto egipcio es fácil encontrar oro tanto en los filones puros que recorren las rocas de cuarzo como en depósitos aluviales que hay que lavar con la batea. En el Periodo Dinástico se explotaron ambas fuentes. La plata pura, en cambio, fue importada siempre del Mediterráneo. La plata se presenta como una impureza del oro nativo egipcio, pero es muy difícil separar los dos metales.[9] En consecuencia, en Egipto siempre fue más apreciada la plata que el oro y en joyería es más difícil de encontrar la primera que el segundo. De todos modos, ninguno de los dos metales fue nunca fácil de obtener para la gente del montón y es evidente que, gracias a los atrevidos ladrones de tumbas, hubo un próspero mercado negro del oro conseguido por medios ilícitos en las sepulturas reales, siempre muy bien provistas de este metal.

A los egipcios les gustaba lucir en vida sus galas, por lo que no es raro que quisiesen continuar exhibiéndolas después de muertos. Consideraban esencial que los enterrasen con sus impresionantes aderezos, según correspondía a su sexo y a su posición social. Así pues, la mayor parte de las joyas egipcias que actualmente se guardan en los museos del mundo proceden de ámbitos funerarios, a menudo robadas por saqueadores de tumbas de época moderna o por egiptólogos aficionados que no dieron relevancia arqueológica al botín. Es del todo evidente que algunas de estas piezas eran muy estimadas por sus propietarios que hicieron frecuente uso de ellas, pero muchas habían sido específicamente fabricadas para ser guardadas en la tumba. Las había de finísima malla, lo que habría hecho imposible llevarlas sin que se rompieran, mientras que algunos de los anchos collares carecen del peso necesario para poder mantenerse correctamente en su sitio. Estos aderezos tenían una función simbólica que sería funcional en el Más Allá, cuando fueran usados por el difunto. No hay indicios que revelen que estas joyas funerarias eran otra cosa que una imitación de las que llevaban habitualmente en su vida diaria los egipcios y, aunque se sabe de amuletos específicos protectores que debían meterse entre los vendajes con que se cubría a las momias, se ignora si

había un tipo específico de joyas para los difuntos, adecuadas únicamente para llevarlas en el Más Allá.

> Violentamos las tumbas del oeste del No y sacamos los sarcófagos que había dentro. Nos quedamos con el oro y la plata que encontramos y lo robamos todo y yo lo repartí con mis compañeros.
>
> *Transcripción de un juicio del Imperio Nuevo*

El saqueo de las tumbas reales, a menudo por mano de los propios hombres que habían trabajado en su construcción, era una preocupación constante, ya que era imposible mantener secreta durante mucho tiempo la ubicación de edificaciones de tal envergadura. En Tebas, sede de las tumbas reales del Imperio Nuevo, estaba de servicio un cuerpo policial especial cuya misión era custodiar las tumbas reales e informar de cualquier irregularidad directamente al visir, segunda autoridad después del faraón. Sin embargo, hay varios papiros de la XX dinastía que se ocupan de la detención y posterior juicio de las pandillas de ladrones de tumbas y la existencia de unos peristas que se dedicaban a comprar la propiedad robada indican que quizá esta fuerza policial no era tan eficaz como debiera haber sido; es más, es evidente que algunos funcionarios de las necrópolis estaban claramente involucrados en estos delitos. En caso de que se observara cualquier irregularidad en las necrópolis había que informar del hecho directamente al visir o a otros funcionarios de alto rango. Se nombró una comisión encargada de investigar qué tumbas se habían violado, de hacer una lista de los sospechosos y de tramitar la correspondiente demanda. Se hizo comparecer ante el faraón a los que resultaron culpables, que debieron someterse a la pena decretada oficialmente para los ladrones de tumbas, que era una horrenda y larga agonía por empalamiento en una estaca.

En el mundo occidental damos a nuestras joyas una finalidad primordialmente decorativa, considerándolas una manera de expresar nuestra individualidad y quizá también de hacer alarde de nuestra situación financiera. Por supuesto que hay ciertas excepciones a la regla. Hay algunas joyas como un crucifijo, una medalla de san Cristóbal o una herradura de caballo, que igual se llevan con fines ornamentales que por razones religiosas o supersticiosas, mientras que la alianza matrimonial o el anillo de prometida tanto pueden obedecer a una intención decorativa como para indicar un nivel social. Los egipcios, que se consideraban asediados continuamente por espíritus del mal, demonios y otras fuerzas igualmente azarosas de su acerbo

mundo natural, confiaban en que las alhajas que llevaban combinaban la función ornamental con la importante y a la vez práctica de guardarlos del mal, por lo que atribuían el valor de amuleto a casi todas sus joyas. No siempre tenemos claros qué rasgos profilácticos pueden tener ciertos motivos pero, al igual que ocurre con muchos aspectos de la vida Dinástica, casi podría afirmarse que no hay ninguna joya egipcia que pueda tomarse por lo que parece. Para que todos estos hechizos resultaran plenamente efectivos tenían que estar en contacto con la piel y por lo general se llevaban colgados de una tira de cuero en torno al cuello.

Han llegado hasta nosotros algunos efectos secretos de estos amuletos y podemos asegurar que los había particularmente apropiados para las mujeres. Vemos, por ejemplo, la cabeza de Bat, diosa de la fertilidad capaz de ayudar a concebir a las mujeres estériles, en algunos de los amuletos más antiguos, ya que se remontan a los inicios del Periodo Dinástico. Se creía que los adornos de peces, que tanto se llevaban en el pelo como colgados del cuello, servían para que las muchachas no se ahogaran, mientras que se consideraba que las valvas de ostra servían para aportar buena salud general a todas las mujeres. El ojo Udjat de Horus, que simbolizaba el ojo que le sacó el malvado Seth, pasó a convertirse en representación de la luz, capaz de guardar contra el mal y, dado su carácter, fue un amuleto que se hizo muy popular tanto entre los hombres como entre las mujeres. Está menos claro el sentido que podrían tener los poderes protectores atribuidos a ciertos colores —especialmente el verde, que significaba vida y nacimiento— y a ciertos tipos de piedras. Aquella que llevase un collar de turquesas verdes podía estimarse debidamente protegida contra todo mal.

Las alhajas más populares y baratas eran las confeccionadas a base de simples abalorios, conchas y otras baratijas ensartadas en un cordón de lino o de cuero. Dichos abalorios, generalmente de esteatita vidriada, eran de variados colores y formas diferentes y con ellos se podían confeccionar collares, brazaletes y ajorcas para los tobillos. Algunos de estos abalorios eran muy complejos; los corpiños de abalorios, cuya finalidad era exclusivamente ornamental, solían llevarlos las bailarinas y se combinaban con cipreas para emitir un sonido incitante que iba aumentando con el ritmo de la danza. Es muy posible que dichas cipreas, que tienen un cierto parecido con los genitales femeninos, pretendieran ser simbólicas de la fertilidad. El uso de estos corpiños de incitantes resonancias no estaba limitado a aquellas que querían sacar partido de sus encantos físicos, ya que se han encontrado algunos en tumbas de elegantes princesas reales, seguramente muy

respetables. Aunque la mayoría debía contentarse con simples colgantes y collares de abalorios, los miembros de la clase media y alta, desde los pequeños funcionarios hasta la misma familia real, lucían amplias y complicadas pecheras confeccionadas con sartas de cuentas de loza fina entretejidas y ensartadas a través de anchos terminales. Los pectorales, amplios colgantes de metal precioso embutido que se llevaban sobre el pecho, se limitaban también a los miembros más ricos de la sociedad y generalmente, aunque no siempre, eran usados por mujeres.

Los brazaletes, ajorcas y esclavas fueron adornos populares usados por las mujeres de todas las clases sociales desde el Periodo Predinástico en adelante y una de las usuarias de brazaletes más distinguidas y antiguas fue la reina Heteferes, madre del rey Keops, el constructor de pirámides de la IV dinastía. El retrato de Heteferes nos la muestra con los brazos cargados de joyas y fue enterrada en un sarcófago que contenía veinte brazaletes de plata taraceada cuya finalidad era lucirlos en el Más Allá. Las pulseras para los tobillos eran muy difíciles de diferenciar de los brazaletes a menos de haberlas encontrado puestas en el miembro correspondiente de un cadáver y hasta los mismos egipcios tuvieron por necesario etiquetar con las palabras «para los pies» las cajas que contenían las alhajas destinadas a esta parte del cuerpo. Parece que muchos arqueólogos, posiblemente por no estar familiarizados con estas pulseras para los tobillos, las han confundido con los brazaletes debido a su semejanza, ya que es frecuente encontrarlas clasificadas erróneamente tras haber sido encontrados en tumbas. Originariamente estas ajorcas del tobillo eran de uso exclusivamente femenino, pero en el Imperio Medio comenzaron a ser utilizadas por hombres y mujeres de todas las clases sociales. Lo más elegante en relación con este adorno consistía en coordinar un brazalete amplio y decorado con una ajorca para el tobillo a juego y ligeramente más gruesa.

Aunque en las pinturas o esculturas raras veces vemos sortijas, a partir del Periodo Predinástico fueron usadas por ambos sexos y crecieron en popularidad hasta que, en el Imperio Nuevo, comenzaron a producirse masivamente las sortijas de porcelana y a usarse como elemento de adorno personal. Se trataba de anillos que se usaban en todos los dedos de ambas manos, si bien las sortijas con el sello en forma de escarabajo, indicativas de una posición social elevada y en consecuencia reservadas a los burócratas de sexo masculino, se llevaban en el tercer dedo de la mano izquierda. Los pendientes, en cambio, fueron casi desconocidos hasta el Imperio Nuevo, época en que, siguiendo el ejemplo de vecinos extranjeros, las mujeres de

todas las categorías sociales se perforaron las orejas y se lanzaron a la moda de llevar pendientes dentro de una amplia gama de estilos. Los aros de oro y los botones de vidrio, muy parecidos por su diseño a los que se llevan actualmente en todo el mundo, se hicieron sumamente populares. También eran muy apreciadas una especie de clavijas de loza decorada en forma de disco plano con un surco en el borde cuya función era agrandar de forma permanente el lóbulo de la oreja. Al igual que ocurre hoy en día, los pendientes caros y bien hechos con materiales como por ejemplo el oro, usados por las damas de la corte, se reproducían con materiales más baratos como la arcilla o el vidrio, con lo que se ponían al alcance de todos los bolsillos. Los hombres de alto rango también llevaban pendientes y, pese a que la momia de Tutankamón no los llevaba en estado momificado, tenía los lóbulos de las orejas perforados. En el caso de los hombres, los pendientes no eran simplemente un tipo de adorno personal, ya que suponían además una señal que indicaba los fieles servicios prestados al rey y únicamente los llevaban aquellos a quienes se les había concedido anteriormente el collar de oro ceremonial como premio a su fidelidad. Era tradicional que el faraón hiciese dones de costosas alhajas, el «Oro del Valiente», para expresar su contento tanto a sus distinguidos soldados como a los funcionarios leales, de la misma manera que actualmente se premia a personajes equivalentes con medallas y títulos de nobleza. Los afortunados receptores de estas muestras de estima solían registrar la ceremonia de donación en los muros de sus tumbas.

Sería muy difícil para nosotros valorar la importancia que podían tener las joyas para una mujer egipcia. Entendemos que tenían una función decorativa, damos por sentado que eran un indicio de la riqueza y del nivel social de la mujer y de su familia y sabemos, además, que muchas en particular tenían una clara finalidad protectora. Está menos claro que la mujer también viese las joyas como una inversión de cara al futuro. En muchas sociedades en que la mujer disfruta de una propiedad limitada de los bienes es frecuente que las joyas y adornos de oro sean un regalo del marido en la época de concertación de la boda, se consideran tradicionalmente propiedad de la mujer y constituyen una reserva a la que poder recurrir en momentos difíciles. Es la situación que se da actualmente en los pueblos de Egipto, donde el novio suele obsequiar a su prometida con joyas de oro para sellar el compromiso. En este caso cuenta más el peso del oro que el arte propiamente dicho de las alhajas. Se trata de un procedimiento que se basa en lo que de precioso tienen las joyas, poseedoras de un elevado valor financiero que puede redimirse en época posterior. No puede compararse esta situación, en cambio, con la del

Egipto dinástico, en que la mujer tenía reconocido tanto por la costumbre como por la ley el derecho a compartir una propiedad considerada conjunta, donde la mayor parte de las joyas que se han encontrado no tenían un valor especial. Todo parece indicar que el único valor que tenían las joyas era su representación del nivel social y de los gustos personales de quien las lucía.

> La que antes no poseía ni una caja siquiera ahora tiene muebles, mientras que la que tenía que mirarse en el agua ahora posee un espejo.
>
> *Admoniciones del escriba Ipuwer, del Imperio Medio*

Lamentablemente, no había forma de que una señora egipcia pudiera contemplarse de pies a cabeza ataviada con sus mejores galas, ya que no se conocían los espejos de cuerpo entero. El hecho es que los miembros más desfavorecidos de la sociedad debían contentarse con ver reflejada su imagen en las aguas del Nilo. En cuanto a aquellos que disponían de más medios, acostumbraban a tener un espejo de mano de metal pulimentado, llamado con mucha propiedad un «mira caras», muy útil para examinarse los rasgos de la fisonomía y retocar el maquillaje. La mayoría de los espejos que se han encontrado son de bronce y están absolutamente deslustrados, con la superficie picada y corroída. Sin embargo, al pulimentarlos simplemente con fines experimentales se ha visto que reflejan una imagen fiel e incluso ligeramente aumentada. Al igual que ocurre con muchos otros objetos de la vida diaria egipcia, se consideraban los espejos muy por encima de un simple artilugio destinado a potenciar la belleza personal. El espejo ovalado, con su inexplicable capacidad de ofrecer una imagen virtual y al mismo tiempo reflejar y concentrar la luz, acabó asociándose a los conceptos religiosos de la vida, a la creación y regeneración y, en menor medida, incluso se relacionó con los dioses del sol y de la luna. Los mangos decorados de los espejos reflejaban estas sugerencias místicas y acostumbraban a reproducir un papiro o un tallo de loto, símbolos de la creación y la reproducción, o bien la cabeza de Hator, personificación del amor, la belleza y la fertilidad.

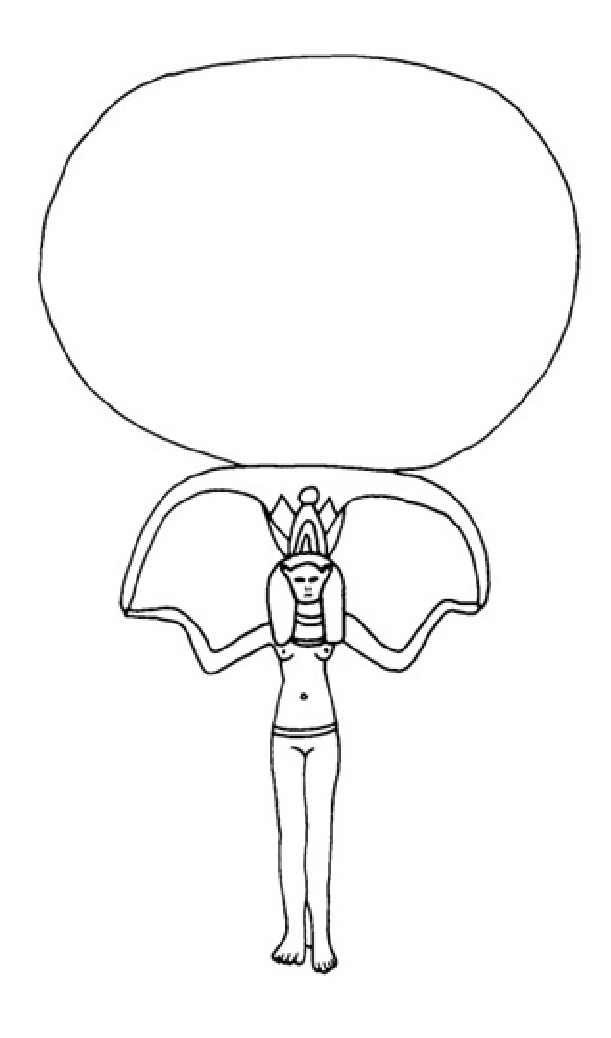


Fig. 28 - Espejo de bronce

Aunque no hay duda de que tanto hombres como mujeres debieron de servirse de los espejos, parecen tener un sentido particular para las mujeres. Las pinturas que vemos en las tumbas nos dicen que las mujeres de posición encumbrada trataban sus espejos como accesorios elegantes y los llevaban en una bolsa protectora especial, colgada del hombro. La tradición preveía que se retratara a esas mujeres con los espejos cuidadosamente colocados debajo del asiento. Los espejos, pues, se convirtieron en importantes elementos de las pinturas que representaban el parto, fueron uno de los objetos ofrecidos habitualmente por las damas de posición a Hator de Dendera y era normal que figurasen entre los objetos que se depositaban en las sepulturas de las mujeres. Todo esto indica que el espejo propiamente dicho era visto por los egipcios como un evidente símbolo de feminidad o de fertilidad. En realidad, se ha apuntado incluso que las muchas representaciones de la mujer ocupada en acicalarse, actividad en que los espejos desempeñan tan importante papel, podría encerrar algún ritual secreto o tener algún significado sexual que, desgraciadamente para nosotros, ignoramos.

6
El harén real

> Ten cuidado con la mujer desconocida en tu pueblo. No la contemples cuando pasa por tu lado y evita tener relaciones sexuales con ella. Tal mujer, lejos de su marido, es como esas aguas profundas cuyo fondo se desconoce.
>
> *Prudente consejo del escriba Any del Imperio Nuevo*

El harén es un concepto absolutamente desconocido en la cultura occidental tanto antigua como moderna. Sin embargo, la imagen del exótico serrallo al estilo turco, palacio del placer, lugar recóndito y celosamente custodiado, poblado de concubinas casi desnudas que distraían el ocio preparándose lánguidamente a obedecer las órdenes del sultán, pasó a formar parte de esa fascinación que sienten los occidentales ante el misterioso Oriente, una fascinación que se extiende desde las tentadoras y decadentes pinturas orientalistas del siglo XIX a través del *Camino de Marruecos* y mucho más allá. Fue así cómo, erróneamente, se fue elaborando esa visión de un paraíso de hedonismo oriental y de sensuales y secretos deleites que ha influido tan poderosamente en nuestra interpretación de las realidades en pro y en contra de la función que tuvo el harén en la sociedad egipcia.

Los primeros excavadores esperaban encontrar en Egipto harenes al estilo otomano y, al descubrirlos, los clasificaron burdamente como un conjunto de mujeres solteras o de estado indefinido, concubinas o cortesanas, que estaban necesitadas de la protección de un hombre. Sobre esa base tan endeble de identificaciones dudosas y evidentes suposiciones, en la imaginación general se atrincheró sólidamente el concepto de una sociedad egipcia claramente polígama, que influyó en la interpretación de nuevos hallazgos arqueológicos.

Sólo desde hace pocos años los egiptólogos, auxiliados por las nuevas investigaciones arqueológicas, lingüísticas y antropológicas, han acabado por entender que sus interpretaciones se encontraban seriamente tergiversadas por tantas ideas preconcebidas y arraigadas suposiciones. Ahora sabemos que no hubo un equivalente egipcio directo del serrallo tradicional descrito más arriba, ni tampoco una tradición especialmente difundida en materia de poligamia o de concubinaje. Por supuesto que había un harén real para uso de los faraones, pero era un lugar muy diferente de ese burdel refinado que flota en nuestra imaginación.

> Si quieres conservar la amistad de la casa donde entras como dueño, hermano o amigo, sea lo que fuere lo que hagas procura no acercarte a las mujeres.
>
> *Consejo de un escriba del Imperio Antiguo*

Aunque la gran mayoría de egipcios se mantuvieron monógamos y se restringieron oficialmente a tener una sola esposa por turno sucesivo, todos los cabezas de familia estaban en situación de ofrecer alojamiento a un variado abanico de mujeres solteras o viudas, ya fueran hermanas, hijas, tías, suegras o madres. Dadas estas circunstancias, las estancias reservadas a las mujeres en cualquier casa o palacio podían ser clasificadas como harén, aunque el término no tenía el sentido que se le aplica modernamente y hacía referencia a un grupo de mujeres o a sus aposentos sin presuponer por ello ningún vínculo de carácter sexual con el dueño de la casa. El rey, en su función de cabeza de familia real, tenía el deber de mantener a un número relativamente elevado de reinas, princesas y concubinas, además de a sus numerosos hijos, nodrizas correspondientes y criados personales. Todo este grupo de mujeres constituían el llamado harén real.

Por desgracia no sabemos qué nombre daban los egipcios a este grupo de mujeres. Durante los Imperios Antiguo y Medio se empleaba el término *ipet nesut* para designar a una institución real de base esencialmente femenina. Se trata de un término que actualmente se ha convenido en traducir por «Harén del Rey», aunque el significado exacto de *ipet* no es ni de lejos seguro, por lo que igual se podría interpretar el *ipet nesut* como «Aposentos Reales de las Mujeres», «Apartamentos Reales» o incluso «Granero Real» u «Oficina Real de Cuentas».[1] Siguiendo la traducción tradicional, se ha identificado a varios funcionarios varones con el nombre de «Supervisor del Harén». Dado que dicha identificación se basa tan sólo en la interpretación de la palabra *ipet*, es

posible que la traducción sea incorrecta. De la misma manera, se ha convenido que las damas de la corte que ostentaban títulos tan vagos y poco explícitos como «Ornamento Real» o «Único Ornamento Real» eran concubinas del rey. Sin embargo, se trata de una traducción que refleja una vez más las perplejidades que embargaban a los antiguos egiptólogos. En la actualidad se ha dejado sentado que los «Únicos Ornamentos Reales» eran damas absolutamente respetables del Primer Periodo Intermedio y que a menudo eran además sacerdotisas de Hator, en tanto que se empleaba el título más general de «Ornamento Real» para designar a las damas adscritas al servicio de la corte de la XIII dinastía.

La evidencia directa más antigua que tenemos de un cortejo de mujeres «pertenecientes» al monarca proviene de las sepulturas subsidiarias que se asocian a las tumbas reales de Abydos, correspondientes a la I dinastía del Periodo Arcaico. Eran tumbas asignadas a hombres y mujeres vinculados al rey en calidad personal y servil más que a funcionarios y ministros de alto rango que formaban parte de la corte. En consecuencia, en este grupo estaban comprendidos los criados y sacerdotes menores dedicados a las ceremonias funerarias, así como enanos, perros favoritos y, por supuesto, mujeres favoritas.[2] El número de sepulturas secundarias que acompañaban la de cada monarca era variable, pero indefectiblemente considerable. El complejo de tumbas del rey Djer, por ejemplo, comprendía las de más de trescientos dependientes asociados. De las sepulturas secundarias de Djer han sobrevivido noventa y siete estelas privadas y sorprende que setenta y seis de dichas tumbas (es decir, el setenta y ocho por ciento) estén ocupadas por mujeres. Muchas de estas mujeres se enterraron junto con objetos de alta calidad, lo que parece indicar que se trataba de personas de una cierta importancia en los círculos de la corte. No hay duda de que fue una conclusión precipitada considerarlas a todas concubinas reales.

Por desgracia, la mayor parte de estas sepulturas secundarias fueron objeto de saqueo y dispersados los restos humanos que contenían, de modo que en muchos casos lo único que ha quedado han sido los nombres y los vagos títulos que se les atribuyen, grabados en las lápidas que se han conservado y que, si no otra cosa, cuando menos nos indican el sexo de la persona que estuvo allí enterrada. En consecuencia, no tenemos ninguna prueba científica que nos revele cómo fueron a parar a aquellas tumbas los cadáveres que las ocuparon. Puede ser que, cuando el rey se dedicaba a hacer minuciosos preparativos para su muerte, proveyese también a ocuparse de la muerte de sus más fieles servidores y reservase parcelas de terreno para

instalar en ellas sus tumbas y asegurar con ello que, cuando les llegara el final de su vida natural, fuesen enterrados a la sombra de la tumba de su amo, lógicamente mucho más impresionante que la de ellos. Por otra parte, cae dentro de lo posible que las tumbas fueran excavadas por sirvientes que eran asesinados después u obligados a suicidarse inmediatamente después de la muerte de su amo. El profesor Emery, que excavó las tumbas secundarias que componen el cementerio de Sakkara, relacionadas con la reina Meryt-Neith, tuvo ocasión de observar la postura de algunos cadáveres cuando se abrieron las tumbas y comentó que:

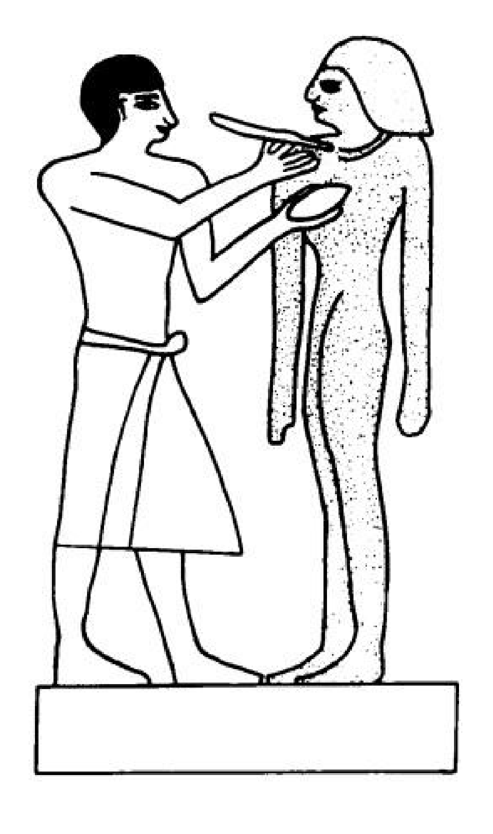
> No se observaba signo de violencia alguna en los restos anatómicos ni la posición de los esqueletos mostraba en ningún caso que se hubieran movido después de enterrados. Es probable, pues, que aquellas personas fueran enterradas después de muertas, no hay prueba alguna de que se las hubiera enterrado vivas. La ausencia de señales de violencia parece apuntar que murieron envenenadas con anterioridad al entierro.[3]

La inexorable tradición que dictamina que hay que sacrificar automáticamente a los sirvientes leales e incluso a las esposas después de la muerte natural de su amo o marido se repite en sociedades marcadamente feudales y patriarcales tanto antiguas como modernas. De hecho, la costumbre india actualmente ilegal que dictamina la inmolación de la viuda en la pira funeraria del marido sigue practicándose subrepticiamente en remotas zonas de la India rural de hoy. El paralelo más relevante de los arcaicos enterramientos de Egipto nos llega de Mesopotamia: el Cementerio Real sumerio de Ur, cuya datación se sitúa aproximadamente en el año 2650 a. C. En él tanto los reyes como las reinas compartían magníficas tumbas con sus servidores personales y una gran riqueza en tesoros, mientras que entre las sepulturas subsidiarias había una sepultura común, conocida actualmente como la Gran Muerte Pit, en la que se encontraron los cadáveres de seis hombres y sesenta y ocho mujeres elegantemente vestidas. Estos cortesanos presentaban todas las trazas de haber ido a parar a la tumba por propia voluntad, ingiriendo algún veneno al son de la música que hacían unos hombres cuyos dedos, cuatro mil años más tarde, seguían posados en las cuerdas del arpa. La familia real sumeria, al igual que la egipcia, disfrutaba de una situación semidivina y era vista como el paralelo mortal de los dioses celestiales. Al parecer, sus criados y ayudantes se sentían felices de trocar lo

que les quedaba de existencia terrena por la posibilidad de continuar sirviendo en el otro mundo a los que tenían por sus dioses.[4]

Aunque es posible que en el Periodo Arcaico se hicieran sacrificios humanos voluntarios o no, no hay absolutamente ninguna prueba que demuestre que tan devastadora tradición persistiera hasta el Imperio Antiguo. Sin embargo, los monarcas del Imperio Antiguo prosiguieron la costumbre de mantener a un grupo relativamente grande de mujeres adscritas a la corte, las más importantes de las cuales —las esposas principales, las hijas y las madres de los reyes acabarían siendo enterradas en las tumbas secundarias construidas alrededor de las pirámides reales. Herodoto creía, erróneamente, que como mínimo una princesa del Imperio Antiguo había conseguido el dinero necesario para hacerse construir una pirámide para su uso personal:

> La vileza del rey Keops alcanzó tal extremo que, habiendo agotado sus riquezas y queriendo hacerse con más, envió a su hija a los burdeles para que le consiguiera dinero… ignoro qué cantidad. Ella ganaba el dinero, pero al mismo tiempo pedía a cada uno de sus clientes que le diera una piedra como contribución al monumento con el que quería perpetuar su memoria. Con dichas piedras acabó construyendo la pirámide que se levanta entre las tres que están delante de la gran pirámide.



Tenemos más pruebas de la existencia de un harén real en el Imperio Medio a través del *Papyrus Boulaq 18,* diario que da cuenta de todas las actividades emprendidas por la corte de Tebas durante la XIII dinastía y nos proporciona detalles de la composición de la casa real inmediata en aquella época. Gracias a este documento sabemos que el círculo personal del rey estaba compuesto de unos funcionarios de la corte cuyo número oscilaba entre ocho y trece además de la familia real (una reina, un príncipe, tres hijas del rey y nueve hermanas del rey) junto con la «casa de las nodrizas»: diecinueve nodrizas y los correspondientes grupos de niños. Todas estas damas de alto rango vivían

Fig. 29 - Un escultor trabaja en una estatua de la reina Meresanj

apretujadas en un espacio mínimo de la residencia real y ocupaban generalmente un conjunto exiguo de habitaciones construidas alrededor de un patio próximo a los aposentos privados del rey. La ausencia de estancias ornamentadas y ricamente decoradas era típica de todos los palacios egipcios. Durante la época Dinástica era costumbre que la corte se desplazase por el país y realizase largos recorridos de inspección, por lo que los palacios reales no estaban diseñados necesariamente para su ocupación permanente. Su construcción estaba pensada como lugar de descanso durante breves periodos de tiempo y el hecho de que la mayoría fueran designados con el nombre de «Lugar de Amarre del Faraón» ya indica de manera gráfica lo esporádico de su ocupación. Únicamente el palacio de Amarna del Imperio Nuevo parece destinado a una vida de familia más estable.

A principios del Imperio Nuevo se había ampliado el harén real para dar cabida a un contingente más numeroso de mujeres, entre ellas numerosas concubinas y esposas secundarias de origen extranjero. Los matrimonios reales polígamos siempre habían sido aceptables en Egipto, pero durante el Imperio Nuevo, tal vez a causa de una mayor influencia extranjera, hubo un marcado aumento de bodas reales y un aumento correspondiente del número de hijos de sangre real. El longevo rey Ramsés II, que murió con más de noventa años, fue bendecido con una descendencia a todas luces excepcional, ya que podía enorgullecerse de haber engendrado como mínimo setenta y nueve hijos y cincuenta y nueve hijas, por supuesto con diferentes mujeres, todas las cuales habían pasado por lo menos los primeros años en el atestado harén real. En esta época se usaba la expresión *per jenret* para designar a una comunidad de mujeres. Aun cuando es evidente que *per* significa «casa», *jenret*, que acostumbra a traducirse por harén, es muy similar a las palabras utilizadas para significar prisión y fortaleza. Parece que las tres palabras proceden de la misma raíz, que significa «restringir», lo que quizá aluda de forma ambigua al hecho de que la pertenencia al harén real pudo ser en cierto modo obligada. Entre los egiptólogos sigue siendo materia de encendido debate la suposición alternativa de que habría que traducir *jenret* por «establecimiento de músicos».[5]

> Un milagro hizo que Su Majestad acogiera a Kirgipa [Gilujepa], la hija del príncipe de Nahrin Sutarna, y a las mujeres de su harén, unas trescientas diecisiete.

A los reyes de Egipto no les gustaba usar a sus mujeres como prendas de casamientos tácticos con monarcas vecinos. Cuando el rey de Babilonia, cuya hija estaba casada con Amenofis III, solicitó una princesa egipcia para su harén, recibió esta lacónica respuesta: «Desde tiempos antiguos no se ha cedido a nadie ninguna hija de un rey egipcio». Por contra, no ponían objeción alguna en acoger a mujeres extranjeras en su casa cuando lo requerían sus ambiciones diplomáticas. El matrimonio con la hija de un monarca vecino comportaba que se establecieran unos lazos de familia entre los dos reyes y, en consecuencia, unos vínculos de amistad, se reforzasen las alianzas y se redujeran las posibilidades de conflicto. Por consiguiente, pese a que los matrimonios reales diplomáticos fueron desconocidos durante los Imperios Antiguo y Medio, a partir de los tiempos de Tutmosis IV se inició un lento goteo de princesas extranjeras que iban a Egipto para casarse con el rey. Dichas mujeres hacían el viaje hacia la boda cargadas con cuantiosas dotes y acompañadas de un número considerable de mujeres destinadas a su servicio. Eran recibidas con gran pompa y ceremonia y seguidamente se instalaban en el harén de palacio, donde adoptaban un nombre egipcio y el título honorable de esposas secundarias[6] antes de sumirse en la oscuridad.

Gilujepa, princesa del reino asiático de Mitanni, fue enviada a Egipto por su padre para casarse con el rey Amenofis III. Los acuerdos tomados con vistas al matrimonio fueron objeto de una prolija correspondencia diplomática que se ha conservado accidentalmente en tabletas de arcilla en los archivos estatales de Amarna, en tanto que su unión final era conmemorada en el escarabajo de boda citado más arriba.[7] No hay duda de que Amenofis quedó satisfecho con la incorporación de aquella princesa a su corte, ya que unos años después inició negociaciones para conseguir la mano de Tadujepa, otra princesa de Mitanni, hija del rey Tushrata y sobrina de Gilujepa. En estas nuevas negociaciones de matrimonio Tushrata estipuló que su hija fuera reconocida como reina principal y «señora de Egipto» y aportó una sustanciosa dote en apoyo de la reivindicación de su hija. Amenofis, a cambio, ofreció a su flamante suegro una cantidad de oro todavía más cuantiosa. Por desgracia, el provecto novio murió poco después de haber contraído matrimonio y todo su harén, incluidas Tadujepa, Gilujepa y la hija del rey de Babilonia, fueron transferidas a su hijo y heredero, el futuro rey Ajnatón.

> Entonces Su Majestad vio que su rostro era hermoso como el de una diosa. La hija del príncipe de Jatti fue bella para el corazón de Su Majestad. La quiso más que a nada… Hizo que la llamaran reina Maatnefrure.
>
> *El rey Ramsés II al conocer a su novia hitita*

Más de cien años después, una princesa hitita abandonó su casa para convertirse en novia del rey Ramsés II, de la XIX dinastía. El lejano reino hitita había establecido un tratado diplomático con Egipto el año vigésimoprimero del reinado de Ramsés en virtud del cual ambas partes se comprometían a respetar mutuamente los respectivos territorios y acordaban actuar como aliados en el caso de ataque de un tercero. Para señalar el inicio de unas relaciones cordiales entre los dos países Ramsés escribió cartas personales tanto al rey hitita Jattasulis como a la reina, Pudujepa, mientras que la reina de Egipto, Nefertiti, enviaba cartas de cortesía a la corte hitita. Después de años seguían vigentes estas cordiales relaciones y, como para dar más fuerza a la alianza, Ramsés se casó con la hija de Jattasulis y Pudujepa, a la que dio el nombre egipcio de Maatnefrure y, haciendo una excepción pese a tratarse de una extranjera, dejando que adoptara el título de «Gran Esposa del Rey».

El desproporcionado aumento de mujeres reales y respectivos cortejos de servidores había hecho logísticamente imposible que el harén pudiera viajar al completo por el país junto con la corte. Sin embargo, había un grupo selecto de mujeres que acompañaban al rey, lo que hizo que tuvieran que construirse palacios permanentes para el harén al objeto de alojar a este excedente de mujeres y a sus servidores. Estos palacios destinados a harén eran independientes tanto física como económicamente de la residencia real principal. El yacimiento arqueológico de Medinet el-Ghurab, situado en las proximidades de la población de Kahun, es el mejor ejemplo que tenemos de estos palacios-harenes. Este edificio, conocido en tiempos antiguos como *Mer-Wer*, fue fundado durante el reinado de Tutmosis III y se mantuvo en uso constante hasta el Imperio Nuevo Tardío.[8] Constaba de un grupo de edificaciones de adobe encerradas dentro de una muralla. Dentro del complejo había un bloque central de viviendas y de salas de altos pilares, varios angostos almacenes y hasta un pequeño templo de adobe, además de un extenso cementerio situado en las vecinas arenas del desierto. A pesar de que durante un tiempo fue primordialmente sede de una comunidad de mujeres,

así como de sus hijos y criados, los hombres no tenían vedada la entrada en *Mer-Wer* y sabemos que como mínimo once administradores trabajaron en el palacio-harén durante todo el tiempo que estuvo en funcionamiento. Estos administradores, que eran hombres casados y no eunucos, no hacían de guardianes sino de escribas y contables y se encargaban de controlar los considerables intereses financieros de las mujeres reales. Como confirma el *Papiro Wilbour* del Imperio Nuevo, *Mer-Wer* se convirtió muy pronto en importante institución financiera, propietaria de las tierras circundantes y de sus cosechas y con evidentes derechos sobre el trabajo de los campesinos locales.

> ¡Cuidado con los fieles vasallos que en realidad no existen! Porque tú no sabrás de sus intrigas. No confíes en tu hermano ni en tu amigo ni tengas compañeros íntimos, ya que no te servirán de nada.
>
> *Extracto de las Instrucciones del rey Amenemhat I*

Como es evidente, *Mer-Wer*, situado en la entrada del Fayum, estaba aislado de los principales centros del gobierno egipcio. ¿Era, quizá, un intento de proporcionar un marco estable a las mujeres de la realeza y a sus hijos, lejos del bullicio de la corte? ¿O habría que interpretarlo bajo una luz más siniestra y verlo como un intento deliberado de mantener a las mujeres de la realeza apartadas de la vida política? No hay duda de que el palacio-harén, que albergaba a las ambiciosas esposas reales y a sus hijos, más ambiciosos aún, siempre fue un foco en potencia de inquietudes civiles e intrigas políticas. La traición en la casa real era un asunto muy grave, generalmente silenciado por los funcionarios del gobierno porque contradecía la doctrina oficial de la realeza divina. Sin embargo, tenemos noticia de tres complots de palacio que en diferentes momentos amenazaron la estabilidad del país. El primero, y posiblemente el menos grave de los tres, se produjo durante el reinado de Pepis I, de la VI dinastía. La larga autobiografía que vemos grabada en la capilla de la tumba del funcionario Weni nos dice que el difunto, favorito del rey, había sido llamado a declarar en un caso de intriga, altamente secreto, que se produjo en los aposentos de las mujeres. No sabemos nada sobre el resultado de este juicio, aunque sí que Weni recibió ayuda real para aparejar su tumba en recompensa por los leales servicios prestados al trono:

> Cuando en el harén real se acusó secretamente a la reina Weretjetes, Su Majestad me informó del caso en privado, sin juez ni visir, porque yo estaba sólidamente instalado en el corazón de Su Majestad y gozaba de su confianza. Lo puse todo por escrito, junto con un Superintendente, aunque yo no era más que un Superintendente de los Moradores. Antes de mí nadie que ocupara mi posición se había enterado de ningún secreto del harén real, pero Su Majestad me pidió que prestara oído atento porque él me consideraba más digno que ninguno de sus funcionarios, estaba situado por encima de cualquiera de sus nobles y, por supuesto, de todos sus servidores.

La cuestión del asesinato real constituye la base de las *Instrucciones del rey Amenemhat I*, de la XII dinastía, a su hijo Senwosret I, y en ellas el espíritu del rey habla directamente a su sucesor y le ruega que sea consciente de la traición que puede gestarse entre sus vasallos desleales. Algunos expertos habían creído originariamente que este escrito había sido redactado por el propio rey a raíz de un atentado fallido, pero en la actualidad se cree que lo redactó el escriba real Jety después del asesinato de Amenemhat en el año trigésimo de su reinado. Las preguntas retóricas —«¿Alguna mujer amotinó anteriormente a los soldados? ¿Se atizó alguna vez una rebelión en palacio?»— parecen aludir claramente a que se sospechaba de un complot urdido en el harén. En el texto aparecen detalles precisos del asalto fatal perpetrado contra el rey y queda claro que fue asesinado cuando se encontraba solo y desprevenido, víctima precisamente de aquellos en los que hasta entonces había confiado:

> Fue después de la cena, había caído la noche. Yo estaba en cama reposando porque estaba muy cansado. Cuando ya empezaba a deslizarme en el sueño, las mismas armas que habrían debido usarse para protegerme se volvieron contra mí… De haber podido empuñar el arma, habría devuelto los golpes a los cobardes con una sola mano. Pero nadie es fuerte por la noche. Nadie puede luchar solo, no puedes vencer si nadie te ayuda.

De igual gravedad fue la intriga de la XX dinastía que amenazó y posiblemente puso término a la vida de Ramsés III. La XX dinastía corresponde a un periodo de esporádicos disturbios civiles acompañados de toda una serie de levantamientos incontrolados en la necrópolis de Tebas. Los descontentos intestinos empeoraron a consecuencia de los incesantes

disturbios que se produjeron a lo largo de la frontera occidental y a una cascada de invasiones abortadas de los llamados «Pueblos del Mar», que intentaron penetrar en Egipto desde la costa mediterránea. Una cuadrilla de conspiradores capitaneados por la concubina real Tiy y el superintendente del harén, Paibekkamen, trataron de sacar partido del ambiente de descontento incitando a un levantamiento nacional guiado por el objetivo último de sentar al hijo de Tiy, Pentawert, en el trono. El complot se fraguó en el «harén de las acompañantes», seguramente el pequeño harén que escoltaba al rey en sus viajes, en el que había que incluir a muchos funcionarios de confianza, entre ellos el superindente ayudante, seis inspectores e incluso las mujeres de los porteros. No sabemos con seguridad si los conspiradores consiguieron asesinar a Ramsés III,[9] lo que sí sabemos es que el levantamiento nacional que se había planeado fracasó y que Ramsés IV, el legítimo heredero del trono, pasó a convertirse en el monarca siguiente. Seguidamente detuvieron a los cabecillas de la conspiración, que fueron sentenciados a muerte por ejecución o suicidio, y cortaron la nariz y las orejas a otros cómplices menores.



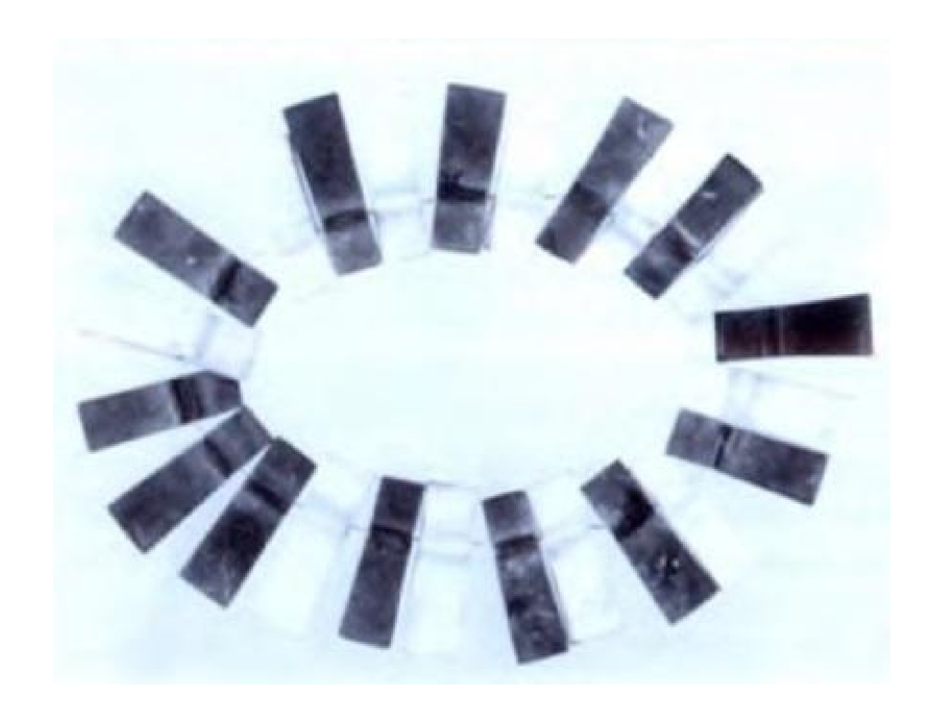
La reina Kawit, del Imperio Medio, se atusa por la mañana, según muestra su sarcófago.



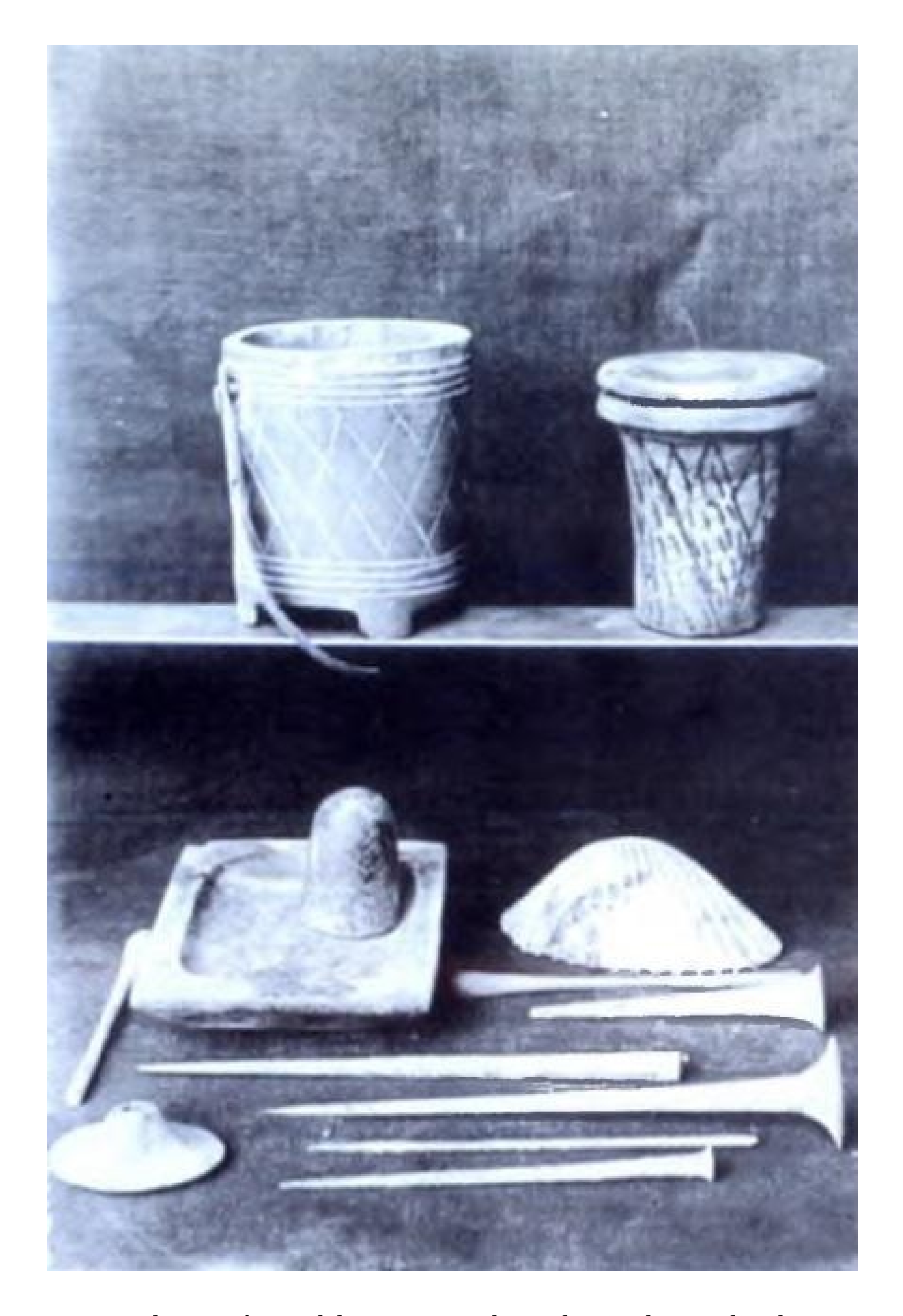
Navaja de bronce con asa en forma de cabeza y cuello de pato.
Espejo de bronce con mango en forma de loto.



Reproducciones de sandalias procedentes de una tumba del Imperio Medio.



Brazalete de marfil y pizarra de la reina Neith-Hotep, procedente de una tumba de Nagada.



Tarros de cosméticos del Imperio Medio, pulverizador y aplicadores.



La reina Nefertiti en forma de diosa Hator en la fachada del templo de Abu Simbel.



La reina Hatsepsut recibe la corona *ibs* real de manos del dios Amón-Ra.



El templo funerario de la reina Hatsepsut en Deir el-Bahri, Tebas.



La «Esposa del Dios Amón», posiblemente Amenirdis I.



La diosa Hator y el dios Ra con cabeza de halcón.



La momia de la dama Ray.
Tumba de una dama rica del Imperio Nuevo.

> El príncipe de Nahrin tenía un solo hijo: una niña. Construyó para ella una casa cuyas ventanas estaban situadas a setenta codos del suelo y envió recado a todos los príncipes de Siria y les dijo: «El que sea capaz de saltar y alcanzar la ventana de mi hija la tendrá por novia…».
>
> *Historia del príncipe predestinado, Imperio Nuevo*

Aunque todos los reyes egipcios fueron polígamos y, como obedeciendo a una rutina, se casaron con varias mujeres y mantuvieron toda una sucesión de concubinas reales, elegían tan sólo a una mujer del harén como reina consorte oficial y, al mismo tiempo, reconocida reina de Egipto. Tanto su nombre como su imagen estaban vinculados a los del rey en los registros oficiales, era la madre de la familia nuclear real y sus hijos legítimos eran los llamados a heredar el trono por derecho. Las esposas secundarias y las amantes desempeñaban un papel mucho más episódico en la vida de la corte, aun cuando su presencia también contribuía al prestigio del monarca y se supone que, además, constituían para él un interesante esparcimiento; aun así, sólo cobraban importancia en momentos de crisis nacional, es decir, cuando la consorte principal era incapaz de proporcionar al rey un hijo y heredero legítimo.

Desgraciadamente, no tenemos idea de cómo se elegía a la reina principal, aunque está claro que por regla general era un honor que recaía en damas de

cuna real. En efecto, por lo menos durante la XVIII dinastía, la reina solía ser hermana o hermanastra del rey. Quienquiera que fuese la elegida, no hay duda de que la «Gran Consorte Real» o la «Esposa del Gran Rey» era la mujer más importante del harén real. En el ámbito privado acostumbraba a ser una dama que poseía considerables riquezas personales, era de noble cuna y sabía sacar provecho de su influencia femenina sobre uno de los monarcas más poderosos del antiguo Oriente Próximo. En el ámbito público ocupaba un lugar aparte de las demás esposas como compañera y consorte de un monarca semidivino, además de ser la madre potencial de futuros reyes semidivinos. Su posición política se veía reforzada por sus numerosos títulos honoríficos y por la concesión de considerables privilegios, tales como el derecho a que su nombre figurara en un cartucho[10] o a ser enterrada en una pirámide, reservados de otro modo tan sólo al rey. Dado que el faraón era aceptado como dios vivo, no es de extrañar que la función de reina consorte estuviera muy íntimamente identificada con varias diosas, principalmente Hator y Maat, lo que parece aludir a un origen divino de la propia reina y ofrecer un vínculo más entre los aspectos seculares y sagrados de la monarquía.

Es desalentador que no tengamos prácticamente ninguna información con respecto a las vidas privadas o deberes públicos de las reinas de Egipto y, en consecuencia, no sepamos cuál era la función exacta que tenía la reina consorte. Aunque vemos que los títulos de la reina, sus insignias oficiales y aun sus creencias religiosas fueron evolucionando lentamente a medida que avanzaba el Periodo Dinástico, las conclusiones que podemos sacar de este conjunto de pruebas son muy inciertas.[11] Vemos que las reinas del Imperio Antiguo, que no llevaban la diadema o corona convencional, a menudo actuaban como sacerdotisas del culto de Hator. Esta tradición hatórica se extinguió hacia el final de la XI dinastía, por lo que las posteriores reinas del Imperio Medio, a las que rara vez se menciona desempeñando otra función oficial, casi nunca se asocian a ningún culto en particular. Allí donde aparecen representadas, vemos a estas discretas señoras con un tocado característico formado por dos plumas largas. Las reinas del Imperio Nuevo emergieron de esta relativa oscuridad como personalidades plenamente constituidas, luciendo todo un complejo despliegue de insignias reales cuya finalidad era consolidar los vínculos entre la reina potencialmente divina y los dioses. Estas reinas del Imperio Nuevo no desempeñaron por norma la función de sacerdotisas, aunque en esta época adquirió una gran importancia el título real de «Esposa del Dios Amón». En el Periodo Tardío las reinas

volvieron a actuar como sacerdotisas, si bien las sugestiones con respecto a una conexión entre la reina y los dioses en cierto modo se habían acallado.

Las pinturas oficiales presentan casi invariablemente a la reina como una cumplidora esposa que aporta un apoyo leal pero totalmente pasivo a su marido. De acuerdo con la tradición egipcia aprobada se esperaba de la reina que permaneciese literalmente al lado del rey, razón por la cual la reina Merytre, consorte del monarca Tutmosis III, del Imperio Nuevo, se hizo merecedora de grandes elogios por no estar «nunca ausente del lado del Señor de las Dos Tierras». Este papel esencialmente pasivo se ve reforzado constantemente por numerosas escenas que muestran a la reina observando a su marido mientras éste cumple con sus deberes reales, de la misma manera que en las escenas de las tumbas que no pertenecen a la realeza contemplamos a esposas más humildes observando a sus maridos dedicados a su trabajo. En la gran mayoría de estas escenas la reina se muestra completamente estática. Tiene las manos a los lados del cuerpo y, aunque puede llevar un signo anj, símbolo de la vida, o un sistro, que refuerza su vínculo con Hator, no tiene ninguna función oficial a su cargo. Hasta la XVIII dinastía no vemos a una reina agitando realmente el sistro, mientras que sólo en escenas muy especializadas y centradas en la mujer, como las que reproducen los partos reales o las que aparecen en los muros de las tumbas, vemos a la reina actuando independientemente de su marido.

Las reinas del turbulento y agitado Periodo Arcaico son para nosotros figuras muy remotas, más conocidas por sus monumentos funerarios que por sus actos. Sin embargo, de las nieblas de la oscuridad histórica surgen cuatro mujeres relevantes que desempeñaron un papel mucho más destacado en la unificación de su país que lo que parece desprenderse de la escasez de noticias que se tienen. Tres de estas mujeres (Neith-Hotep, Her-Neith y Meryt-Neith) llevan nombres compuestos en los que interviene el de la diosa Neith, deidad patrona de la ciudad de Sais, en el Delta del Nilo, lo que indica claramente que las tres provienen de importantes familias del norte, distinción importante en una época en que el Alto y Bajo Egipto todavía eran entidades separadas y diferenciadas. Es posible que una de estas mujeres, la reina Meryt-Neith, fuera más bien reina reinante que reina consorte, y en el capítulo 7 se considerarán con más detenimiento las pruebas que se aducen en pro y en contra de su reinado.[12]

Es posible que la reina Neith-Hotep fuera la primera reina consorte del Egipto nuevamente unificado y las pruebas encontradas en su tumba parecen apuntar de manera fehaciente que fue un elemento importante en la vida

política de la I dinastía. Sabemos que, pese a que su nombre indica que procede del norte, Neith-Hotep fue enterrada en la zona sur de Nagada, donde su enorme tumba (que mide más de cincuenta y tres metros por veintiséis) contenía objetos en los que figuran inscritos tanto el nombre del rey Aha como el de su predecesor, el rey Narmer. Se ha querido identificar a Aha con el rey Menes, unificador tradicional del país, mientras que sabemos que Narmer fue un rey guerrero del sur altamente eficiente. No creemos exagerar las pruebas que tenemos a mano al afirmar que Neith-Hotep, princesa del norte, se casó con el meridional Narmer para respaldar las ambiciones que éste tenía de gobernar tanto el norte como el sur. Aha o Menes sería, por tanto, hijo de Neith-Hotep y de Narmer, razón por la cual le asistían todos los derechos para reclamar el trono de un Egipto unido. Esta posibilidad de un matrimonio dinástico se encuentra avalada por una cabeza de porra decorada que se encontró en Hierakonpolis en la que se aprecia a Narmer participando en una ceremonia no identificada y luciendo la corona distintiva del Bajo Egipto. Es posible que representase la celebración de su matrimonio con Neith-Hotep. La historia demuestra que estas alianzas calculadas no son cosas del pasado ya que, por ejemplo, unos cuatro mil quinientos años después del casamiento de Neith-Hotep, el rey Enrique VII siguió exactamente el mismo esquema cuando se casó con Isabel de York, hija de su enemigo derrotado, pensando consolidar con la boda su derecho al trono de Inglaterra y Gales.

Se ha tratado de identificar a la siguiente reina consorte, Her-Neith, con la esposa del rey Djer, de la I dinastía, sucesor de Aha. Aunque sabemos poco acerca de su vida, la grande e impresionante tumba que Her-Neith tiene en Sakkara posee una considerable importancia tanto arquitectónica como histórica, ya que está compuesta de una superestructura rectangular tradicional de adobe, construida sobre un montículo de tierra parecido a una pirámide y revestido de ladrillo. Los expertos disienten en el significado preciso de encerrar una tumba dentro de otra, pero es posible que represente un intento más bien fallido de combinar los montículos funerarios estilo túmulo que vemos en el sur con las tumbas lineales del norte, aludiendo con ello nuevamente a una alianza dinástica entre las dos provincias enfrentadas por la guerra. La última reina consorte del Periodo Arcaico, la reina Nemaathep, también ha dejado pocos restos arqueológicos. Sabemos, sin embargo, que fue la esposa del último rey de la II dinastía, Jasejemwy, y que se requirió de ella que actuase como regente de su joven hijo Djoser, primer rey de la III dinastía. En reconocimiento por sus servicios se concedió a

Nemaathep el prestigioso título de «Madre del Rey» y posteriormente se le rindió culto como antecesora de los reyes de la III dinastía.

Las reinas del Imperio Antiguo, que vivieron en condiciones más estables, tuvieron un papel menos relevante en los asuntos de Estado que sus predecesoras del Periodo Arcaico. La consorte más importante del Imperio Antiguo fue probablemente la reina Anjes-Merire, segunda esposa del rey Pepis I, de la VI dinastía. Hizo de regente de su hijo Pepis II, que sucedió a su hermanastro a los seis años de edad. Anjes-Merire fue de hecho hermana de la primera esposa de Pepis I, llamada también Anjes-Merire, madre de su sucesora inmediata Merenre. Estas hermanas eran hijas de un príncipe hereditario local llamado Jui y, pese a no ser de sangre real, es evidente que pertenecían a una influyente familia puesto que su hermano Djau acabó siendo visir de Egipto. La tradición dictamina que el Imperio Antiguo terminó bajo el gobierno de la reina Nitocris.

A excepción de la reina Sobeknofru, de la XII dinastía, sabemos muy poco sobre las vidas de las reinas individuales del Imperio Medio. Esta súbita desaparición de mujeres de la estatuaria y arte reales coincide también con su clara disminución de los cargos públicos importantes e induce a creer que se esperaba de las mujeres del Imperio Medio —o quizá se las obligaba a ello— que tuviesen un papel mucho menos relevante en la vida pública que lo que se había creído hasta ahora. Así pues, las pruebas principales que tenemos de las reinas de esta época provienen de las tumbas reales. Como en el Imperio Antiguo, las reinas y princesas del Imperio Medio se enterraban tradicionalmente cerca de su rey y el impresionante templo funerario de Nebhepetre Mentuhotep, de la XI dinastía, en Deir el-Bahri, parece claramente típico en cuanto a prever sepultura para seis damas de la realeza, entre ellas una niña de cinco años, además de las dos reinas. Los sarcófagos que se recuperaron en dos de las tumbas secundarias nos han proporcionado una serie de encantadores relieves que nos presentan escenas de la vida diaria de las mujeres de la realeza. Figura entre ellas el aseo diario y los preparativos de un banquete.[13]

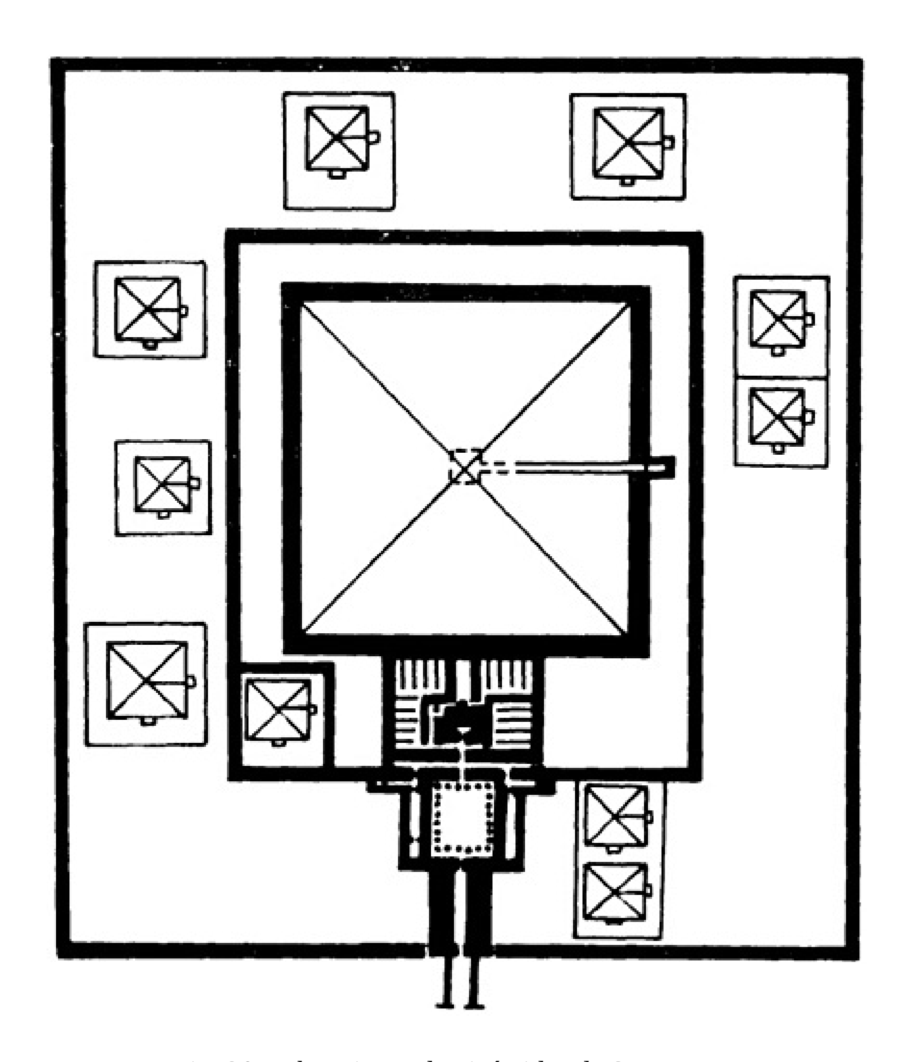


Fig. 30 - El conjunto de pirámides de Senworset I

Durante la XII dinastía se adjudicaron pirámides propias a las mujeres más importantes de la casa real, mientras que el complejo de pirámides de Senwosret I, en Lisht, constituye un buen ejemplo de un rey que se ocupa de dar sepultura adecuada a mujeres importantes de la realeza. Tanto la pirámide importante, como una pequeña pirá mide falsa que también pertenecía al rey, como una parte del templo funerario principal, estaban rodeadas de una muralla de piedra. En torno a la parte exterior de dicha muralla había nueve pirámides mucho más pequeñas destinadas a mujeres que eran miembros de la casa real, cada una con su propio templo funerario, capilla para los ofrecimientos y muro protector. El conjunto, con la entrada al principal templo funerario y un patio cerrado, estaba rodeado por un grueso muro exterior de adobe. Siete de las propietarias femeninas de las pirámides son innominadas, pero sabemos que las dos restantes corresponden a la reina principal, Neferu, y a una princesa llamada Itakayt.

En el Imperio Nuevo las reinas aparecieron más en público que anteriormente y se dio creciente importancia tanto a la individualidad de cada una como a la divinidad del papel de la reina consorte. La reina Tetisheri, esposa común del rey Sekenenre Tao I, de la XVII dinastía, fue la primera de una sucesión de consortes particularmente enérgicas que se perpetuaron hasta las reinas de la XVIII dinastía, notable grupo de mujeres que se las arreglaron para desempeñar un importante papel en la vida política del país en una época de expansión económica y militar. A estas consortes de las XVII y XVIII dinastías se les concedieron más prerrogativas que a sus predecesoras, por lo que se las asocia más estrechamente con la diosa Hator en su función tanto de consorte divina como de madre de un rey. Al mismo tiempo, las representaciones de Hator e Isis demuestran que habían comenzado a llevar las enseñas reales tradicionales de las reinas, como son el uraeus o áspid sagrado, las dobles plumas y la corona de buitre, de modo que la distinción precisa entre reinas mortales y diosas inmortales se hace intencionadamente borrosa.

Esta creciente preeminencia alentó a los antiguos egiptólogos, ya muy influidos por la falaz teoría de un origen matriarcal del Estado egipcio, a especular con respecto a una tradición, dentro de la XVIII dinastía, de una descendencia real femenina con el derecho a gobernar transmitido directamente a través de la línea femenina. Según este sistema, no bastaba con ser hijo del monarca anterior para ser rey legítimo, por lo que el interesado debía reforzar su reivindicación al trono casándose con la heredera que era idealmente una hija del rey anterior y reina consorte y, por consiguiente, su hermana o su hermanastra. Gracias a este matrimonio concertado, la heredera transmitía el derecho a la realeza a su marido-hermano y ella se convertía al mismo tiempo en reina principal. Esta teoría llamada de la «princesa-heredera» aclara todas las complejidades de la vida familiar de los reyes de la XVIII dinastía y posee el atractivo añadido de dar una explicación al incesto hermano-hermana y padre-hija, que de otro modo resultaba tan antinatural y abominable para los primeros egiptólogos. Ahora, sin embargo, ha quedado en gran parte desmentido y se considera basado en falsas premisas.[14]

Ahora sabemos que no todas las reinas principales de la XVIII dinastía eran de ascendencia real y que los hijos de estas mujeres menos encumbradas no quedaban mermados en sus derechos porque sus madres no fueran de sangre real. De hecho, las madres de los reyes consecutivos Tutmosis I, Tutmosis II y Tutmosis III no pertenecían a la realeza, mientras que la reina Tiy, hija de los plebeyos Yuya y Thuyu y «Gran Esposa» de Amenofis III, fue

ampliamente respetada en su país y en el extranjero durante los reinados tanto de su esposo como de su hijo. Sin embargo, todas las pruebas parecen apuntar que aun cuando el vínculo de sangre con la familia real no era un requisito indispensable para pertenecer a la realeza, se trataba de un parentesco plenamente explotado siempre que existía. Títulos como «Hija del Rey» o «Esposa del Rey», que indican un estrecho parentesco con el monarca, son indudablemente muy importantes y, además, poseían un efecto acumulativo definido, ya que la sucesión de títulos reales aportaba un creciente prestigio al que los llevaba. Así pues, puede afirmarse sin lugar a dudas que la mujer que iniciaba su vida como simple «Hija del Rey» e iba progresando hasta convertirse en «Hermana del Rey», «Esposa del Rey» y, finalmente, «Madre del Rey» era muy poderosa. Estos títulos expresaban el parentesco de la mujer con el rey más que confirmarla como verdadero monarca, de modo que cuando la reina viuda Ahmosis-Nefertiti fue designada «Hija del Rey» durante el reinado de su hijo (Amenofis I), el rey en cuestión era su real padre.

> … Su hermana era su guardiana… La poderosa Isis que protegía a su hermano y lo buscó sin tregua y no descansó hasta encontrarlo… Ella recibió su semilla y engendró al heredero de él y crió al hijo de ambos en soledad y en un escondrijo desconocido…
>
> *Himno a Osiris del Imperio Nuevo*

El predominio de los matrimonios hermano-hermana en el seno de la familia real del Imperio Nuevo, costumbre que contrastaba de forma evidente con los esquemas matrimoniales no reales de la época, parece que pudo haber sido un intento de reforzar los vínculos entre la familia real y los dioses, que eran proclives a las uniones entre hermano y hermana. Con frecuencia, los dioses se habían visto obligados a hacer sus incestuosos emparejamientos por falta de candidatas elegibles. Por ejemplo, cuando Geb (la tierra) quiso reproducirse la única mujer disponible que encontró fue su hermana Nut (el cielo). Los dos engendraron a Isis, Osiris, Nefthys y Seth. Isis y Osiris tampoco tuvieron más remedio que emparejarse entre sí y algunas leyendas aseguran que Nefthys y Seth también se casaron. Como Osiris se había casado con Isis aunque sólo fuera por razones prácticas, se consideró muy apropiado que el rey siguiese el ejemplo divino y se casase con su hermana. No hay duda de que esta costumbre tenía la ventaja añadida de restringir la entrada a la familia real, preservando con ello la pureza de la línea dinástica,

impidiendo la dispersión de los bienes reales y reduciendo las posibles disputas en torno a la sucesión. También servía para proporcionar un marido real adecuado a las princesas de alto rango que, de acuerdo con la tradición, no se casaban con familias reales extranjeras pero que quizá no habrían querido desposarse con un egipcio de ascendencia menos refinada.

Hay cuatro reinas consortes de la XVIII dinastía dignas de especial consideración como mujeres poderosas que tuvieron una profunda influencia en el desarrollo del Estado egipcio, mientras que otras dos, Hatsepsut y Nefertiti, son objeto de estudio en el capítulo 7. La reina Ahhotep fue la primera de estas consortes dominantes. Fue la esposa y posiblemente la hermana del rey Sekenente Tao II y la madre de Ahmosis, el guerrero de la región del sur que derrotó a los hicsos y fundó la XVIII dinastía. Parece que fue una mujer inteligente y valerosa y que tuvo una profunda influencia sobre su hijo. En una curiosa estela recuperada en Karnak, Ahmosis instaba a su pueblo a rendir la debida reverencia a su madre, ya que en cierta ocasión había congregado a todos los soldados de Egipto e impedido que la inquietud social se propagase a todo el país. Ahhotep vivió como mínimo hasta los ochenta años y Ahmosis le dedicó una magnífica sepultura. Su tumba fue excavada a finales del siglo XIX y su momia se conserva actualmente en el museo de El Cairo.

La reina consorte sucesora, Ahmosis Nefertiti, «Hija del Rey» y «Hermana del Rey», era la esposa y posiblemente la sobrina de Ahmosis, madre del faraón sucesor Amenofis I y nieta de Tetisheri. Los cuerpos momificados de las dos mujeres compartían una desfavorecedora característica familiar consistente en tener los dientes delanteros proyectados hacia adelante. Después de su muerte se convirtió en la diosa patrona de la necrópolis tebana, honor sin precedentes que reflejaba su elevada posición. Acabó siendo objeto de culto como «Señora del Cielo» y «Señora de Occidente».

> Todas las palabras que he hablado a tu padre son conocidas de tu madre. Nadie más sabe de ellas, pero puedes preguntar por ellas a tu madre, Tiy.
>
> Tú sabes que yo viví en muy buenos términos con tu marido y que tu marido vivió en muy buenos términos conmigo. Tú sabes, tan bien como lo sabe mi mensajero, qué palabras escribí a tu marido y qué palabras le dije y qué palabras me escribió él a mí. Tú conoces muy bien qué palabras me respondió. Tú sabes muy bien qué palabras hemos hablado. Nadie más las conoce.

La reina Tiy —«Igual que Maat sigue a Ra, ella sigue a Su Majestad»— era la esposa de Amenofis III y la madre de su sucesor Amenofis IV/Ajnatón. No era de sangre real, pero provenía de una familia egipcia acomodada e importante que vivía en Ajmin, en la orilla este del río Nilo, delante de la moderna ciudad de Sohag. Pese a lo que apuntan algunos de los primeros egiptólogos, no existe ninguna prueba que confirme que Tiy no era egipcia nativa, aunque es muy posible que su padre Yuya fuera de origen extranjero, puesto que su nombre es insólito y no tiene una estructura específicamente egipcia. Yuya ostentaba los prestigiosos títulos de «Padre de Dios», «Profeta de Min» y «Superintendente de los Caballos», mientras que el hermano o hermanastro de Tiy, Anen, era un Segundo Profeta de Amón y su madre, Thuyu, era una dama muy respetada. Tanto Yuya como Thuyu fueron enterrados en una tumba excavada en la roca en el Valle de los Reyes, gran honor para una pareja que no pertenecía a la realeza.

Aunque Amenofis III tuvo a un número considerable de mujeres en su harén, entre ellas Gilujepa, Tadujepa y la hija del rey de Babilonia, como ya hemos dicho anteriormente, Tiy mantuvo su preeminencia durante todo el reinado de su marido. Tenía un perfil público muy definido, ya que fue la primera reina representada normalmente con su marido y la primera reina cuyo nombre se relaciona constantemente con el de su cónyuge en las inscripciones oficiales. Tanto dentro como fuera de Egipto se reconocieron sus evidentes dotes políticas y las cartas de condolencia de Tushrata citadas anteriormente indican hasta qué extremo se había extendido la influencia de la reina. A lo largo de su vida Tiy acumuló numerosos títulos e incluso existe de ella una representación, única en su género, que la presenta en la tumba de Jeruef como una esfinge femenina que tiene bajo sus pies a dos enemigos del sexo femenino (una mujer nubia y otra asiática). Pese a que el motivo de la esfinge no era extraño en el arte egipcio, ésta fue la primera vez que se presentó a una reina consorte en una función típicamente real o masculina, a la vez que la presentación de enemigas y no de enemigos es también igualmente insólita. Tiy, a la que siempre se identificó estrechamente con Hator y que fue la primera reina que adoptó los cuernos de vaca y el disco solar en su tocado, fue convirtiéndose gradualmente en contrapartida femenina del rey semidivino hasta que acabaron dedicándole un templo en

Sedeinga, Nubia, complementario del consagrado a su marido en la vecina Soleb.

Amenofis III y Tiy tuvieron cuatro hijas —Sitamen, Henuttaneb, Isis y Nebetah—, cuyas imágenes se reproducen frecuentemente junto a las de su madre y su padre. A Sitamen se le dio incluso el título de «Esposa del Gran Rey» y es posible que llegara a ser una de las esposas de su padre. Los dos hijos del matrimonio, en cambio, Tutmosis y Amenofis, rara vez se representan junto al rey. Tutmosis, el mayor, murió joven, por lo que fue Amenofis IV quien sucedió a su padre en el trono.

> Mi marido ha muerto y no tengo ningún hijo. Pero dicen que tú tienes muchos hijos. Si me dieras a uno de tus hijos haría de él mi marido. Jamás escogería a uno de mis sirvientes para hacerlo mi marido.
>
> *Carta escrita por la reina viuda Anjesenamen*
> *al rey de los hititas Suppiluliuma*

La última de estas notables reinas consortes de la XVIII dinastía fue Anjesenamen, esposa y posiblemente hermanastra del rey-niño Tutankamón. Anjesenamen, a quien originariamente llamaban Anjesenpaaten, fue la tercera de las seis hijas nacidas del rey Ajnatón y de la reina Nefertiti y, por consiguiente, nieta de la gran reina Tiy. Al parecer disfrutó de una vida matrimonial feliz aunque breve y, como esposa egipcia típicamente fiel, se la representa al lado de su marido en diferentes escenas convencionales, ya sea contemplándolo mientras vence a los tradicionales enemigos de Egipto, ya sea pasándole las flechas que él va disparando en las marismas. Sin embargo, con la intempestiva muerte de Tutankamón, la casi adolescente reina tuvo que hacer frente a una crisis constitucional y, como no tenía hijos y ni ella ni su marido tenían ningún hermano vivo, no existía sucesor legal e indiscutible que pudiera ocupar el trono. Anjesenamen no intentó siquiera seguir el precedente establecido por Hatsepsut y gobernar sola en Egipto. En lugar de ello, escribió una extraordinaria carta al rey de los hititas, Suppiluliuma, a quien expuso la situación apurada en que se encontraba y a quien pidió un marido adecuado que pasaría a convertirse automáticamente en el faraón siguiente. No es de extrañar que Suppiluliuma sintiera una gran desconfianza al escuchar una petición tan desusada como aquella. Con todo, el gobierno de Egipto era un premio demasiado halagüeño para prescindir de él sin más indagaciones, por lo que envió a un embajador con la intención de que comprobase si Anjesenamen había hecho o no la proposición en serio. El

hecho terminó con el envío de un joven príncipe para que se desposara con la reina. Por desgracia, el novio fue asesinado cuando iba camino de la boda, con lo que se desencadenó una pequeña guerra entre los dos países. La reina, que se había quedado sin marido, acabó casándose con un plebeyo, Ay, antiguo general y «Superintendente de todos los Caballos de Su Majestad» y se sumió en una relativa oscuridad. Su nuevo marido pasó a convertirse en el siguiente faraón de Egipto.

Las reinas de las sucesivas dinastías fueron mucho menos notables que sus predecesoras de la XVIII dinastía y únicamente las esposas del rey Ramsés II, de la XIX dinastía, consiguieron dejar huella en la historia de Egipto. Ramsés tenía muchas esposas, entre ellas su hermana pequeña Hentmire, pero la reina principal era Nefertiti, representada en el templo de Hator que su marido mandó construir en Abu Simbel. Si a Nefertiti se le dio el título de «Gran Esposa Real», lo mismo se hizo con Istnofret, por lo que nos encontramos ante la extrañísima situación de tener simultáneamente a dos consortes reales importantes. Nefertiti dio un hijo, el mayor, a Ramsés: Amón-hirJapshef. También le dio una hija, Meryt-Amón, en tanto que Istnofret le dio su segundo hijo Ramsés, su hija mayor, Bint-Anath, y su hijo décimosegundo, Merenptah, que acabó sucediendo a su padre en el trono. Tanto Nefertiti como Istnofret fueron enterradas en el Valle de las Reinas y la tumba decorada con pinturas de Nefertiti ha sido generalmente considerada como muy bella.

Con los años la situación doméstica de los Ramsés se hizo todavía más excéntrica debido a que a sus dos Grandes Esposas Reales les sucedieron sus dos hijas Meryt-Amón y Bint-Anath. Parece que el título de «Gran Esposa Real» tenía un sentido muy literal y sabemos que Bint-Anath dio a su padre como mínimo una hija. En el año 34 se dio el título de «Gran Esposa» a una tercera mujer, en ocasión de que Maatnefrure, hija del rey de los hititas, pasara también a ser esposa principal. Más o menos en esta misma época la hermana de Maatnefrure se casó con Ramsés II y se incorporó al harén real. Meryt-Amón debió de morir o caer en desgracia y su puesto fue ocupado por Nebet-Tawy, otra de las hijas de Ramsés —y de una mujer desconocida— y fue la última de las Reinas-Princesas.



El único título dado a la reina que adquirió verdadera importancia hacia el final de la era dinástica fue el de «Esposa de Dios Amón», que no debe confundirse con el elogio menos específico de «Esposa de Dios», usado por muchas mujeres de la realeza correspondientes al Imperio Medio. El dios Amón y sus influyentes sacerdotes tebanos adquirieron por vez primera preeminencia nacional durante el Imperio Medio. Al principio del Imperio Nuevo se las arreglaron para consolidar y ampliar su poder gracias a asegurarse de que la victoriosa derrota de los invasores hicsos fuera atribuida a la intervención directa de Amón. Fue en esta ocasión cuando se empleó por vez primera el título de Esposa de Dios Amón y a partir de este momento persistió su popularidad durante un periodo aproximado de ochenta años. El título reflejaba la idea mitológica de que las madres de los reyes habían sido fecundadas por el dios Amón, lo que venía a consolidar el dogma de que el rey era, en realidad, hijo de Amón. Originariamente, la Esposa de Dios no era, como cabría suponer, una virgen joven consagrada al servicio del dios oficial, sino que se trataba de un título que se daba a damas de alto rango dentro de la familia real, no siempre a mujeres de cuna real pero sí normalmente a la esposa, madre o hija mayor de un rey. Su rareza demuestra que era considerado un título de una cierta distinción y, de hecho, hubo varias reinas que lo utilizaron como título único o más importante. La primera mujer de la XVIII dinastía que poseyó el título fue Ahmosis Nefertiti. Las pinturas de la época la representan con su peluca corta y característica, estilo Imperio Medio, y con su indumentaria de aspecto arcaico, cumpliendo con todo un conjunto de deberes religiosos públicos, entre ellos marchar en procesión con los sacerdotes de Amón. En pago por su dedicación fue premiada con una generosa donación de tierras. Al final de la XVIII dinastía el título fue declinando lentamente en popularidad.

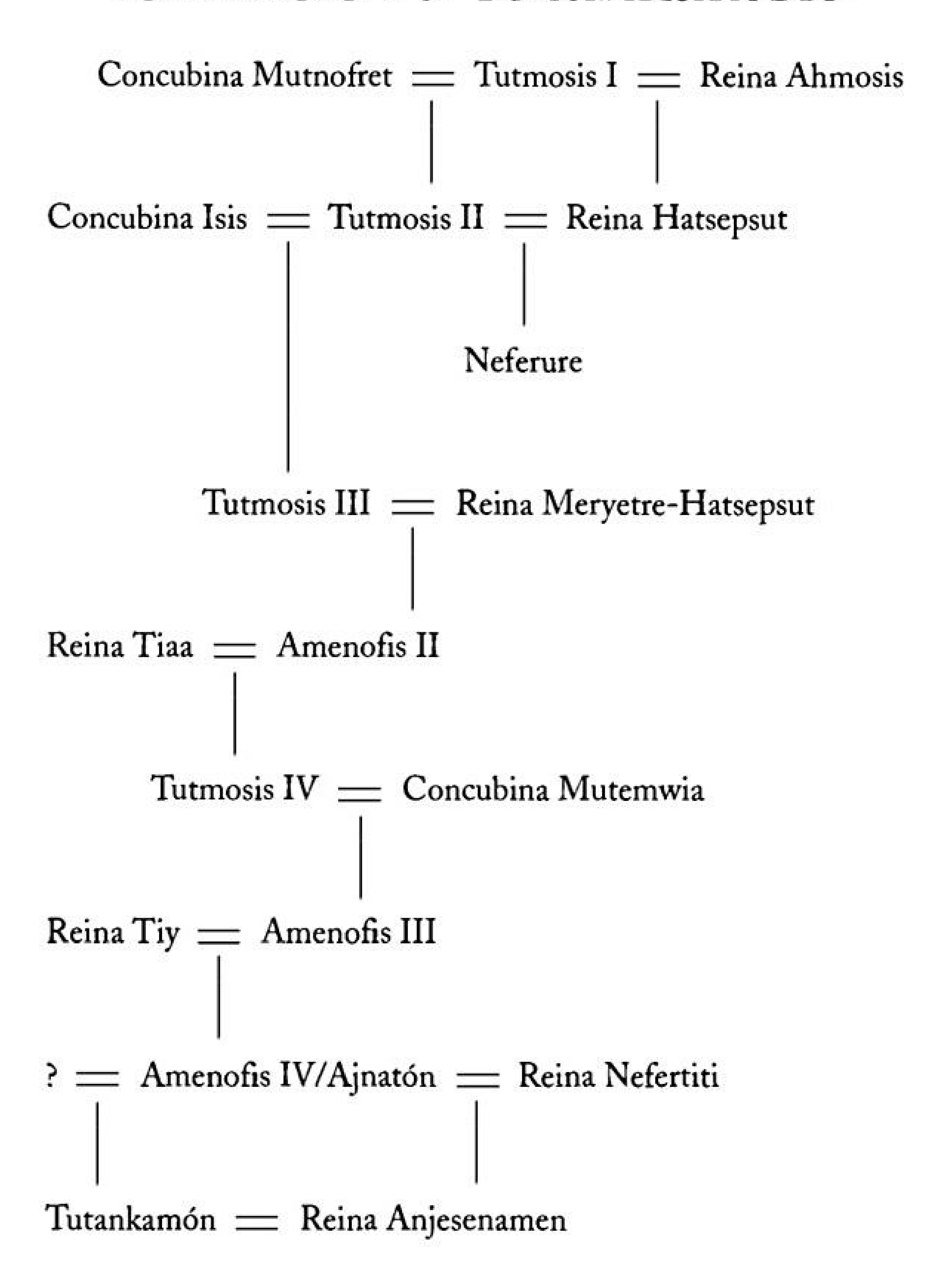
En el curso del turbulento Tercer Periodo Intermedio, Egipto quedó efectivamente dividido en dos provincias independientes. Una gran parte del norte estaba gobernada por la familia real, que vivía en Tanis, en el Delta del Nilo, mientras que el sur siguió bajo el dominio de los influyentes Sumos Sacerdotes de Amón, cuya sede estaba en Tebas. A manera de repetición de las bodas diplomáticas norte-sur que hemos visto celebrarse en el Periodo Arcaico, se convirtió en costumbre que las princesas del norte se casasen con los Sumos Sacerdotes de Amón, medida que permitió a los reyes del norte consolidar un cierto control sobre el rico y poderoso clero tebano. En esta época se resucitó la función de Esposa de Dios de Amón, confiada a una hija soltera de esta unión, formalmente consagrada al servicio del dios. La

posición era ahora políticamente muy importante, ya que la Esposa de Dios ejercía un dominio teórico sobre todas las propiedades de Amón. En vez de tratar de eliminar a los poderosos sacerdotes, los reyes habían tratado de aplastar su influencia nombrando a una Esposa de Dios, cuyo rango era superior. Ni que decir tiene que era importante que esta figura política se mantuviera virgen, ya que la posición insegura de los reyes no les permitía correr el riesgo de fundar una dinastía nueva y poderosa.

> Año cuatro de Apries, mes cuarto de Shomu, día cuatro. La Esposa de Dios de Amón, Niacin, la vindicada, ha subido al cielo y se ha unido con el disco solar, su carne divina se ha fundido con la de aquel que la hizo.
>
> *Estela, Museo de El Cairo*

Después de la ruptura de relaciones entre el norte y el sur se abandonó el método de los matrimonios diplomáticos. De todos modos, como el título de Esposa de Dios de Amón era demasiado importante para dejar que se perdiera, persistió y pasó a las hijas adoptadas por los reyes sucesivos, un medio útil de asegurar que la posición recaería siempre en una mujer políticamente adecuada. La Esposa de Dios más famosa de esta época fue Nitocris, hija del rey Psammeticus I, del Periodo Tardío, que conservó el cargo durante más de sesenta años y usó su influencia en el sur para ayudar a su familia del norte. Como no podía ser de otro modo, en esta época la naturaleza de la función había cambiado. La Esposa de Dios era ahora una figura muy popular que exhibía el uraeus y otras enseñas reales, ostentaba títulos reales e incluso tenía su nombre escrito en un cartucho real. Con la ayuda de administradores de confianza y una amplia burocracia, controlaba un cargo político que llevaba implícitos prestigio e inmensas riquezas, entre las que se contaba la propiedad de más de dos mil acres (alrededor de ochocientas diez hectáreas) de tierras fértiles tanto del Alto Egipto como del Delta del Nilo. En efecto, la Esposa de Dios acabó haciéndose cargo de todos los deberes del Primer Profeta de Amón y, bajo el título de Divina Adoratriz, el más popular de cuantos ostentaba, pasó a convertirse en una de las mujeres más influyentes del país. Localmente su influencia superaba la del rey en el norte. Anjnesneferibre, hija de Psammeticus II y sobrina de Nitocris, fue adoptada como sucesora de Nitocris ocho años antes de su muerte. También fue nombrada «Primera Profetisa de Amón», honor que no había correspondido hasta entonces a ninguna de las demás «Esposas» de Dios. Desgraciadamente, Anjnesneferibre resultó ser la última Esposa de Dios de

Amón, ya que la tradición fue interrumpida durante el periodo del gobierno persa, que se inició precisamente durante el «reinado» de ella.


La sucesión real:
Tutmosis I a Tutankamón
Concubina Mutnofret = Tutmosis I = Reina Ahmosis
Concubina Isis = Tutmosis II = Reina Hatsepsut
Neferure
Tutmosis III = Reina Meryetre-Hatsepsut
Reina Tiaa = Amenofis II
Tutmosis IV = Concubina Mutemwia
Reina Tiy = Amenofis III
? = Amenofis IV/Ajnatón = Reina Nefertiti
Tutankamón = Reina Anjesenamen

7
Reyes hembras

> La Heredera, la Grande del Palacio, la de Rostro Hermoso, la Adornada con la Doble Pluma, la Señora de la Felicidad, la Dotada de los Favores, aquella cuya voz alegra al Rey, la Esposa Principal del Rey, su amada, la Señora de las Dos Tierras, Neferneruaten-Nefertiti, ojalá que viva por siempre más.
>
> *Títulos de la Reina Nefertiti*

Los egipcios defendían teorías muy firmes con respecto a la realeza que en general sostuvieron sin variación alguna desde el principio del Imperio Antiguo hasta el Periodo Tardío, espacio de tiempo que cubre más de dos mil años. El monarca era el jefe absoluto de todos los aspectos de la vida secular egipcia y su palabra era la ley. Sus tareas más evidentes, como administrador y defensor de su país, consistían en proteger a su gente, mantener la seguridad interna y externa del país y preservar el orden y el *statu quo* general. Quizá éste sea el aspecto de la realeza que se acerca más a las ideas que nosotros nos hacemos del término. En tiempo de paz se consideraba responsable al rey de asegurar que en Egipto todo funcionaba como debía, que se recogían las cosechas y se almacenaba el alimento suficiente, que seguían en marcha las impresionantes construcciones que se estaban haciendo y que la administración pública funcionaba eficazmente, además de supervisar los sistemas legales y de recaudación de impuestos. En tiempo de guerra se esperaba de él que capitanease con bravura a sus soldados, supiera defender el país frente a sus invasores y derrotase a sus enemigos tradicionales con victorias espectaculares. Para conseguir estos propósitos el rey se servía de una amplia y eficiente burocracia y de un ejército igualmente amplio y

eficiente, al tiempo que se rodeaba de leales y fieles consejeros que en la mayoría de los casos pertenecían a su familia más inmediata.

Sin embargo, la importancia del faraón no se limitaba a la realización de sus obligaciones seculares como cabeza nominal de una administración pública y un ejército bien organizados, ya que ésta era una función que habría podido llevar a cabo cualquier funcionario competente. Lo que aseguraba la estabilidad del país era la presencia de un rey reconocido en el trono de Egipto. *Maat*, amplio concepto que puede traducirse literalmente por justicia o verdad, era el término empleado por los egipcios para referirse al estado ideal del universo.[1] *Maat* era la situación que se había establecido al principio del mundo, si bien no era permanente y nunca podía darse por sentada. El caos y el desorden estaban constantemente al acecho como amenaza que ponía en peligro la estabilidad. El rey era personalmente responsable de la buena marcha y mantenimiento del *maat* en todo el país y de hecho éste era un apartado esencial del contrato pactado entre el rey y los dioses. Los dioses instalaban al rey en el trono de Horus y lo dotaban de «vida, estabilidad y dominio». También se encargaban de controlar todos los fenómenos naturales y de asegurar que el Nilo proseguiría su ciclo de inundaciones anuales y que el sol no dejaría nunca de brillar. A cambio, el rey se comprometía a gobernar Egipto con sabiduría, fundando templos para los dioses y asegurándose de que las mesas de los ofrecimientos estarían bien provistas. De ese modo se garantizaba el *maat*. En los tiempos sin ley ni rey la aparición de un gobernante restablecería el *maat* o el orden pero también podía ocurrir lo contrario, es decir, que no fuera posible el *maat* sin que un faraón se sentara en el trono. Los egipcios no podían concebir la supervivencia de su país sin un rey, de igual modo que tampoco podían imaginar que sobreviviera su agricultura sin que se produjeran las inundaciones anuales.

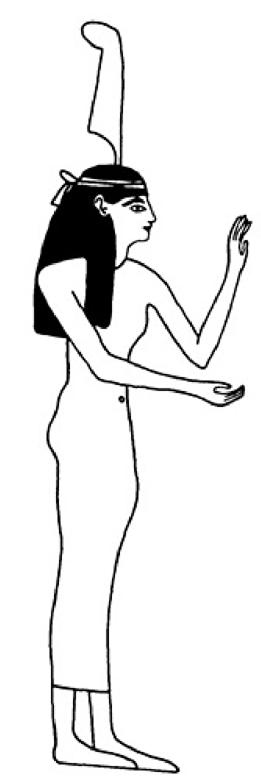


Fig. 31 - La diosa Maat

> ¡Cómo se alegran los dioses! Tú has consolidado sus ofrecimientos. ¡Cómo se alegra el pueblo! Tú has establecido sus fronteras. ¡Cómo se alegran tus antepasados! Tú has enriquecido sus ofrecimientos. ¡Cómo se alegra Egipto con tu fuerza! Tú has protegido sus costumbres.

El rey de Egipto no era un simple mortal sino un dios encarnado. Su divinidad era aceptada de forma universal e incuestionable tanto por él mismo como por su pueblo y era tratado por todos como la plasmación viva del dios Horus y el hijo de Ra o de Amón-Ra. Había sido designado divino por los dioses, era el sumo sacerdote de todos los templos del país y, observando los rituales diarios requeridos, aportaba un vínculo terreno entre su pueblo y las deidades más inaccesibles. Esta aceptación de la realeza divina desempeñó un importante papel en el mantenimiento de la estabilidad durante todo el Periodo Dinástico. Tanto en su pueblo como en los dioses consolidaba el derecho absoluto al trono que tenía todo monarca y prestaba fuerza al linaje real insistiendo en la necesidad de la correcta sucesión dinástica. La supervivencia de la realeza era vista por todos como algo vital para el mantenimiento de las buenas relaciones entre Egipto y sus dioses, sin la cual el país habría vacilado sobre sus cimientos, mientras que la divinidad del monarca tenía la ventaja añadida de convertir al rey en la máxima autoridad de todas las prácticas religiosas, impidiendo con ello que las facciones religiosas individuales adquiriesen un excesivo poder. Con todo, se entendía claramente que la divinidad del rey no era absoluta, que era un subordinado de los dioses y que carecía de sus poderes milagrosos. Se esperaba de él que les mostrase el debido respeto y la piedad del rey era tenida por esencial para que su reinado fuera próspero y floreciente. Como escribió la reina Hatsepsut en un intento de reforzar sus vínculos divinos con su dios-padre Amón: «Soy en verdad su hija, que le sirve y conoce lo que él ordena».

Durante todo el Periodo Dinástico la posición del rey de Egipto se vio siempre como una función que correspondía a un hombre. No parece que existiera la prohibición específica de que las mujeres fueran las sucesoras al trono pero, a excepción de Manetho, que habla de un tal rey Binothris de la II dinastía, durante cuyo reinado «se decidió que las mujeres podrían ser reyes», no hay sitio donde se admita ni de lejos esta posibilidad. Mandaban las convenciones que los deberes estatales tradicionales del diplomático, soldado y sacerdote correspondieran a un hombre y cualquier alteración deliberada de este orden natural habría ido en contra del *maat*. Si, como ocurría con frecuencia, el rey nombraba corregente a su sucesor antes de su muerte, se habría juzgado un desatino que eligiera a una hija en detrimento de un hijo, sobre todo porque la tradición de los matrimonios reales hermano-hermana podía presuponer la promoción de una esposa por encima de su marido. Uno

de los aspectos prácticos de los matrimonios polígamos reales estribaba en asegurar que cada rey disfrutase de las circunstancias óptimas para engendrar como mínimo un heredero varón.

> Sé que tengo el cuerpo de una mujer débil e indefensa, pero tengo el corazón y el estómago de un rey, de un rey de Inglaterra.
>
> *La reina Isabel I al convocar a sus soldados cuando se acercaba la Armada Invencible*

Pocas son las sociedades que darían preferencia a una mujer antes que a un hombre en el caso de que el trono estuviera vacante. Jamás ha habido muchas de estas sociedades. El puñado de mujeres que han dispuesto del permiso de sus comunidades para gobernar han podido hacerlo porque no se disponía de un candidato varón adecuadamente calificado y, por consiguiente, se han visto como si actuasen en nombre de algún pariente masculino. No hay duda de que en la historia y la leyenda de sociedades antiguas han existido mujeres poderosas —por ejemplo, las griegas Antígona y Clitemnestra y las romanas Livia y Agripina—, pero se trataba de mujeres excepcionales, situadas por encima de las circunstancias normales y que actuaban de una manera atípica y nada femenina. Incluso en aquellos países donde el monarca no es más que una figura decorativa y no se esperan de él decisiones importantes en relación con el Estado, la norma son los reyes, en tanto que las reinas son la desviación de la norma. Como consecuencia de esta situación, en casi todas las monarquías de la Europa actual, el sucesor al trono es el primer hijo varón y adquiere precedencia automática sobre sus hermanas, aunque sean mayores y a lo mejor estén más capacitadas que él. Pese a que algunos consideren que es una injusticia, no por ello deja de ser una situación aceptada por todos los países involucrados. La capacidad de gobernar, aun de forma nominal, se contempla casi universalmente como un atributo del hombre y, debido a esto, se concede a las mujeres un papel secundario en la familia real. La explicación de tan flagrante discriminación suele encontrarse en la interpretación que hace la sociedad de la función de la realeza y de la visión que tiene del papel que corresponde a las mujeres.

Por regla general, las sociedades conceden a las mujeres el derecho a gobernar en épocas en que no se dispone de un heredero varón al trono, aunque en una familia real bien establecida esta situación es menos común que lo que cabe imaginar: en Inglaterra, por ejemplo, en los últimos quinientos años sólo ha habido seis reinas que heredaran la corona de su padre

o de su tío.[2] También se ha concedido a las mujeres el derecho a desempeñar funciones de liderazgo en épocas de intranquilidad o disturbios nacionales, a menudo para sustituir o vindicar a un marido, a un padre o a un hijo depuestos o asesinados. Aunque en general las mujeres de la realeza quedan relegadas a una función pasiva y se espera de ellas que actúen a través de hombres interpuestos, se trata de una conducta escandalosa pero que, si la causa es buena, la sociedad tolera. En casi todos los casos las reinas gobernantes provienen de familias reales ya existentes. Hombres ajenos a la realeza han sabido arreglárselas para reclamar tronos valiéndose de su aptitud, su sagacidad o su fuerza, situación prácticamente desconocida en el caso de mujeres ajenas a la realeza, ya que rara vez han tenido acceso al dinero o al mando del ejército.

De sólo tres mujeres notables se sabe que rigieron los destinos del Egipto dinástico como si fueran reyes y, como no podía ser de otro modo, cada una se sentó en el trono en circunstancias de lo más insólito. Es posible que otras tres mujeres más actuaran también como reinas, aunque las pruebas que avalan sus reinados son, en los tres casos, endebles y muy poco concluyentes. A continuación se dan las biografías de las reinas Meryt-Neith, Nitocris, Sobeknofru, Hatsepsut, Nefertiti y Twosret.[3] De ellas sólo Hatsepsut reinó el tiempo suficiente para dejar un rastro evidente en los archivos arqueológicos e históricos; desgraciadamente, también dejó un rastro indeleble en su pueblo, hasta el punto de que gran parte de las pruebas que existían en relación con su reinado fueron borradas con toda deliberación y destruidas después de su muerte. La reina putativa más antigua, Meryt-Neith, gobernó al principio de la época dinástica y se la conoce principalmente por sus monumentos funerarios, mientras que el recuerdo de su sucesora, Nitocris, de la VI dinastía, se encuentra entremezclado con tantos mitos y leyendas de carácter romántico que sería difícil desentrañar la verdad que se oculta en la trama de su reinado. Las dos reinas restantes, Sobeknofru y Twosret, sólo gobernaron durante breves periodos de desorganización civil, seguidos de épocas de casi anarquía, por lo que nos han dejado pocos monumentos y testimonios escritos que nos permitan reconstruir los acontecimientos de su reinado. Las listas de reyes egipcios nos dan alguna confirmación de las pruebas arqueológicas que han sobrevivido en relación con estas mujeres, mientras que historiadores posteriores, como Manetho, Herodoto y Estrabón, nos han facilitado interesantes, aunque a veces improbables, contribuciones para llegar a la comprensión de sus reinados.

Dos hechos importantes establecen una conexión entre estas seis reinas: todas fueron consortes, probablemente de sangre real y, con la posible excepción de Meryt-Neith, que sepamos, ninguna tuvo un hijo varón. Las seis mujeres, por dominantes que fueran sus personalidades, seguramente contaron con el apoyo de algunos hombres del Estado. Tres de esas reinas siguieron una trayectoria muy similar: Nitocris, Sobeknofru y Twosret ocuparon el trono en épocas de disturbios, cuando de las tierras se había ausentado el *maat*, no se contaba con ningún varón para ocupar el trono y las tres reinaron menos de tres años antes de que sobrevinieran periodos de anarquía y se produjera un cambio de dinastía. La historia acostumbra a ver estos tres reinados como valientes intentos de perpetuar la sucesión real contra viento y marea. El largo reinado de Hatsepsut tiene mucho de rompecabezas, ya que se proclamó corregente junto al heredero reconocido al trono en una época en que no estaba claro ni existía una necesidad evidente de que una mujer asumiera el poder. Actualmente es oscura la lógica de esta acción. Sin embargo, se trata de la única reina reinante cuyo gobierno en solitario no fue seguido de un periodo de anarquía. La reina Nefertiti nos presenta un caso todavía más enigmático. No existen pruebas incontrovertibles que demuestren sin lugar a dudas que gobernó Egipto, pero hay varias claves que apuntan que posiblemente fue corregente junto con su marido, ya fuera con su propio nombre, ya fuera con un nombre que también se ha atribuido a un joven príncipe. Todas las historias de estas seis mujeres contienen elementos de intriga, misterio, poder y muerte.

La reina Meryt-Neith – I dinastía

No tenemos pruebas evidentes que demuestren que Neryt-Neith desempeñara nunca la función de rey y, de hecho, no figura en ninguna de las listas de reyes que nos han quedado. Sin embargo, Meryt-Neith vivió en los albores de la historia egipcia, época de la que han quedado testimonios escritos dispersos y un tanto oscuros. Es indudable que existe un sólido cuerpo de pruebas circunstanciales que apuntan que pudo ocupar realmente el trono, pruebas que, de referirse a un hombre, a buen seguro serían aceptadas como confirmación de su reinado.

El problema de Meryt-Neith salió por vez primera a la luz en el año 1900 de nuestra era, cuando Petrie, encontrándose ocupado en la excavación de una impresionante y anchurosa tumba que formaba parte de las sepulturas de la necrópolis real de Abydos, recuperó una gran estela funeraria cubierta de

relieves. Figuraba en ella el nombre de «Meryt-Neith» y, aunque faltaba el nombre real acostumbrado de Horus, fue aceptada sin titubeos como una estela funeraria de un rey varón. Basándose en esta prueba, Meryt-Neith fue identificada como rey, posiblemente el tercero de la I dinastía. Sólo más adelante se descubrió que el nombre era, de hecho, de mujer y que significaba literalmente «Amada de [la diosa] Neith» y que aquel rey hasta entonces anodino había sido, en realidad, una mujer. Instantáneamente, de la mano de unas expectativas culturales más que de unas pruebas arqueológicas sólidas, Meryt-Neith fue reclasificada como una reinaconsorte de insólito poder.

Sabemos ahora que se levantó a Meryt-Neith un monumento funerario adicional en Sakkara, en los terrenos del norte destinados a sepulturas reales. Allí tenía también una barca solar que habría permitido que su espíritu viajara con el dios del sol hasta el Más Allá, honor que normalmente se reservaba al rey. La curiosa costumbre de construir dos tumbas, una en el Bajo Egipto, cerca de la capital del Estado recién unificado, y otra en el Alto Egipto, patria de la dinastía reinante, era peculiar de los primeros reyes de Egipto. Si la lógica dictaba que sólo podían ser enterrados en una tumba, parece que sentían la necesidad de tener dos monumentos funerarios, uno que había de servir de tumba propiamente dicha y otro de tumba ficticia o cenotafio.[4] De momento Meryt-Neith es la única mujer de quien se sabe que ha sido ensalzada de este modo, lo que sugiere que debió de ser más corregente que consorte. Siguiendo la costumbre de la época, cada una de sus tumbas estaba rodeada por toda una serie de tumbas secundarias como mínimo de cincuenta ayudantes, en tanto que otros setenta y siete sirvientes más estaban enterrados siguiendo un trazado en forma de U que seguramente rodeaba los tres lados de un edificio actualmente desaparecido, cerca del monumento de Abydos. Los sirvientes enterrados en Sakkara fueron sepultados con objetos que simbolizaban su profesión: el constructor de embarcaciones estaba enterrado con una maqueta de barco y el artista con varios botes de pigmento.

La reina Nitocris – VI dinastía

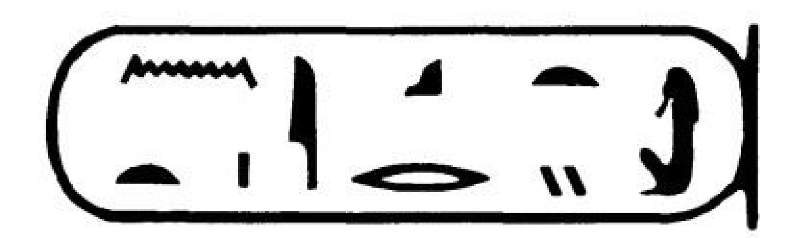


Fig. 32 - Cartucho de la reina Nitocris

Nitocris nos plantea un problema que es exactamente el opuesto al de Meryt-Neith. La tradición registra que la buena y hermosa reina Nitocris fue la primera mujer que reinó como rey en Egipto y hay muchas leyendas fantásticas y románticas entretejidas en torno a su nombre. Sin embargo, aun cuando los historiadores Manetho y Herodoto han preservado especiales detalles de su vida y aun cuando su nombre figura claramente entre los monarcas del Imperio Antiguo que se enumeran en el *Canon de Turín*, no disponemos de una prueba arqueológica concreta que nos permita asegurar que haya existido nunca una tal reina Nitocris. Ni nos ha dejado monumentos en los que aparezca inscrito su nombre ni tiene una tumba conocida. Los expertos acostumbran a dividirse en relación con su vida y si algunos declaran que fue un verdadero rey, otros la clasifican como una simple leyenda.

El rey Pepis II, de la VI dinastía, goza fama de haber gobernado en Egipto durante más de noventa años. Su largo reinado estuvo caracterizado por una disminución gradual de la estabilidad del país y cuando, después de su muerte, se vio que no había sucesor evidente a la corona, sobrevino una etapa de disturbios de carácter general que acabaron degenerando en el agitado Primer Periodo Intermedio. Durante este periodo tan inestable el trono estuvo ocupado por una sucesión de reyes poco conocidos y de corto reinado, claro indicio de que no todo funcionaba tan bien en el interior de Egipto. El *Canon de Turín* registra que «Nitokerti» fue el segundo o tercero de dichos reyes después de Pepis II y que reinó exactamente «dos años, un mes y un día» al final de la VI dinastía. Manetho describe a la reina Nitocris como «la más noble y más amada de las mujeres de su tiempo, de sonrosadas mejillas y de cutis claro». Confundiendo a su reina Menkare-Nitocris con el rey Menkaure de la IV dinastía, le atribuyó el final de la construcción de la tercera pirámide —al parecer en Gizeh— y dijo que en su momento había sido sepultada en ella. Designó a Nitocris un reinado de doce años. Eratóstenes, traduciendo el nombre de Nitocris al griego por «Atenea es victoriosa», le adjudica un reinado más breve de seis años.

El tan admirado cutis de rosa de la reina (en griego, *rhodophis*) ha inducido a una cierta confusión entre Nitocris y una hermosa pero escandalosa cortesana de la XXVI dinastía, una mujer llamada Rhodophis o Dorchia que vivió en la ciudad egipcia de Naukratis. Se han trasladado muchas historias improbables de Rhodophis-Dorchia a la «reina Rhodophis». Una, parecida al cuento de la Cenicienta, la recoge Estrabón y nos cuenta que, mientras la hermosa Rhodophis se bañaba en el Nilo, un águila le arrebató la

sandalia que había dejado descuidada en la orilla y salió volando con ella hasta la residencia real de Menfis. El ave pasó por encima del rey mientras estaba sentado en los jardines de palacio y recibió en su regazo la sandalia, que soltó el águila. Al examinar la sandalia, el rey quedó tan fascinado ante la delicadeza de su forma y ante su perfume que inició de inmediato una búsqueda por todo el país a fin de dar con su propietaria. Por fin pudo descubrir a Rhodophis en su casa de Naukratis y le dio escolta real hasta Menfis. El impetuoso rey quedó perdidamente enamorado de su hermosa vasalla y quiso convertirla de inmediato en su esposa. Cuando ella murió, el desconsolado rey enterró a su reina en una gran pirámide. Una segunda leyenda, bastante menos romántica, afirma que la malvada reina Rhodophis ronda la tercera pirámide de Gizeh y que, desnuda y bellísima, arrastra a la locura a todos los infortunados que tienen la desgracia de contemplarla.

Herodoto, por una vez más sensato que Estrabón, se mostró desdeñoso ante los ignorantes que creían que una mujer de la profesión de Rhodophis pudiera llegar a ser tan rica como para construirse una pirámide, si bien se hizo la atinada reflexión de que «parece que Naukratis es el lugar donde esta clase de mujeres son más atractivas». Con respecto a la reina Nitocris escribió:

> Después de Menes vinieron trescientos treinta reyes cuyos nombres me recitaron los sacerdotes leyéndolos de un rollo de papiro. Entre estas generaciones figuraban dieciocho reyes etíopes y una reina, nativa del país; los demás eran todos egipcios. El nombre de la reina era el mismo que el de la princesa Nitocris de Babilonia.

Describió después la tradición de la trágica y dramática muerte de la reina, que puede resumirse de la manera siguiente:

> Nitocris era la bella y virtuosa esposa y hermana del rey Metesouphis II, monarca del Imperio Antiguo que subió al trono al final de la VI dinastía, pero que fue salvajemente asesinado por sus vasallos poco tiempo después. Nitocris se convirtió después en única gobernante de Egipto y decidió vengar la muerte de su amado marido-hermano. Dio órdenes para la construcción secreta de una enorme sala subterránea conectada con el río Nilo a través de un canal oculto. Terminada esta cámara celebró un espléndido banquete inaugural, invitando a todos aquellos que ella consideraba personalmente responsables de la muerte del rey. Mientras

los desprevenidos invitados estaban disfrutando de los festejos, ordenó que abrieran el conducto secreto y, al penetrar en él las aguas del Nilo, se ahogaron todos los traidores. Para escapar a la venganza del pueblo egipcio, se suicidó arrojándose «en una gran cámara llena de cenizas ardientes», donde se ahogó.

La reina Sobeknofru – XII dinastía

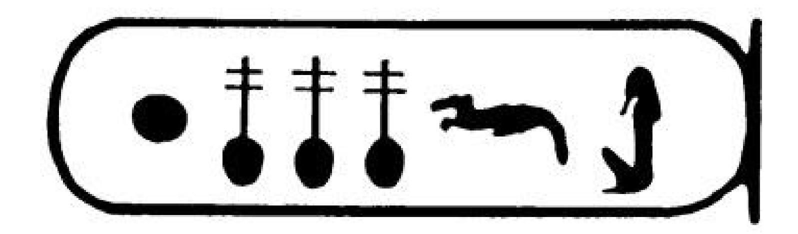


Fig 33 - Cartucho de la reina Sobeknofru

La vida de la siguiente reina egipcia, Sobeknofru, está mucho mejor documentada que la de Nitocris, si bien su reinado también presenta grandes lagunas. Sabemos que Sobeknofru ocupó el poder durante breve tiempo como última gobernante de la XII dinastía, subió al trono aproximadamente en el 1789 a. C. y, según el *Canon de Turín*, gobernó durante un periodo preciso de tres años, diez meses y veinticuatro días. La XII dinastía cubrió un periodo de más de doscientos años de paz y estabilidad, presidido por uno de los linajes reales más largos y continuados que gobernaron Egipto. Sin embargo, el breve reinado de Sobeknofru se sitúa en un clima político mucho menos estable y la XIII dinastía, que lo siguió, es muy confusa, está pésimamente documentada y ya anuncia el final del Imperio Medio y un rápido declive que degenerará en los desórdenes del Segundo Periodo Intermedio.

Manetho nos dice que Sobeknofru era una princesa real, hermana de su predecesor el rey Amenemhat IV. Esto parece apuntar que era la hija del rey anterior, Amenemhat III, y de hecho tenemos un bloque de piedra recuperado de su pirámide en Hawara que menciona específicamente este dato. No está claro si, como princesa real que era, estaba casada con su hermano el rey: hay una tal «reina Tanefru», hija también de Amenemhat III, cuyo nombre aparece en los cartuchos reales y que ostenta el título de «Esposa del Rey», que posiblemente era la consorte de Amenemhat IV. Pero como los dos nombres son muy parecidos, es posible que correspondan a la misma mujer o quizás a hermanas reales. Aun cuando se han recuperado unos bloques grabados con los nombres tanto de Sobeknofru como de su padre, no es

probable que estos dos monarcas compartieran nunca una corregencia. Tampoco Sobeknofru fue nunca corregente de Amenemhat IV, quien había sido a su vez corregente de Amenemhat III y que había disfrutado de un breve e irrelevante reinado en solitario tras la muerte de su padre.

Se nos escapan las razones que se ocultan tras la subida al trono de Sobeknofru. Se ha aludido a una dramática disensión en el seno de la familia real y se ha dicho que Sobeknofru había urdido una trama para desposeer del poder a sus familiares varones. Sin embargo, sería mucho más realista pensar que no había ningún demandante varón apto para ocupar el trono y que por esto se solicitó a Sobeknofru que se convirtiera en rey a fin de proseguir la estirpe real en vías de extinción. Sin duda no hay indicaciones de que se resintiese con ello su función de faraón ni que los historiadores posteriores la viesen nunca como una mujer usurpadora o intrigante como en el caso de Hatsepsut y Twosret. De hecho, parece que Sobeknofru desempeñó de forma bastante aceptable su papel de gobernante, por lo que ha quedado memoria de ella como monarca femenina en las listas de los principales reyes. Algunas estatuas de la reina, recuperadas en Tell Daba, en el Delta del Nilo, la muestran claramente como una mujer vestida con atavío femenino y, a diferencia igualmente de Hatsepsut, parece que no puso especial empeño en que la retrataran simbólicamente como un hombre. El final del reinado de Sobeknofru es oscuro, aunque se acepta generalmente que murió de muerte natural cuando seguía desempeñando sus funciones como monarca. Es posible que fuera propietaria de una de las dos pirámides arruinadas del yacimiento de Mazghuna, no lejos de las demás pirámides de la XII dinastía.

La reina Hatsepsut – XVIII dinastía

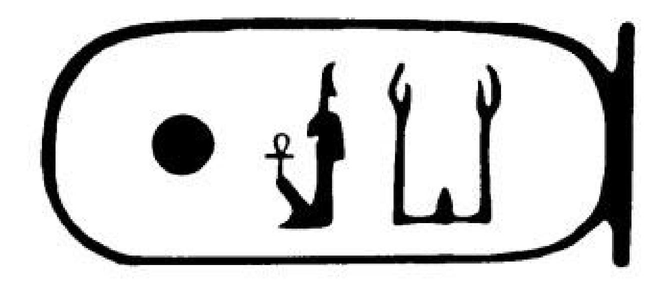


Fig. 34 - Cartucho de la reina Hatsepsut

Amón, Señor de los Tronos de las Dos Tierras, me dio a gobernar la Tierra Roja y la Tierra Negra a manera de recompensa. Nadie se rebela

> contra mí en todas mis tierras… A decir verdad, soy su hija, la que le sirve y sabe lo que él ordena. La recompensa que tengo de mi padre es vida-estabilidad-dominio en el trono de Horus de todos los vivos, como Ra para siempre.
>
> *Inscripción del obelisco de la reina Hatsepsut*

La princesa Hatsepsut, hija mayor del rey Tutmosis I y de su consorte, la reina Ahmosis, nació en Egipto en una época de riquezas y prosperidad sin precedentes en el país. Desgraciadamente, también era una época en que la familia real se sentía agobiada por la escasez de hijos varones. El propio Tutmosis I no era de sangre real y a su madre, Senseneb, se la conoció siempre con el simple título descriptivo de «Madre del Rey». Tutmosis I había conseguido su espectacular advenimiento al poder convirtiéndose en general del ejército de su predecesor inmediato, Amenofis I. Éste, impresionado ante la evidente capacidad de su soldado y no disponiendo de heredero más idóneo, lo eligió como faraón siguiente. Como para añadir fuerza a la posición de Tutmosis, lo casó con su hija, Ahmosis, y anunció la corregencia debida junto con su flamante yerno. Con el tiempo, Tutmosis pasó a convertirse en único gobernante de Egipto.

Desgraciadamente, los hijos de Tutmosis y Ahmosis murieron todos en la infancia y, como Amenofis antes que él, Tutmosis I se vio obligado a buscar un sucesor fuera de la familia real inmediata. Eligió a un joven llamado como él Tutmosis, hijo natural suyo habido con una concubina de nombre Mutnofret, y lo casó con su hija Hatsepsut, consolidando de ese modo el derecho de su hijo a heredar el trono. Es posible que por las venas de Mutnofret corriera sangre real, ya que seguramente era hija de Amenofis I y, por tanto, hermana o hermanastra de la reina Ahmosis. Mucho más adelante Hatsepsut modificaría la secuencia de estos acontecimientos y alegaría que Tutmosis I se había asociado de hecho en una corregencia con su hija con la intención de que ella acabase reinando. No parece probable que las cosas funcionaran así, sobre todo porque los monumentos de la época demuestran que Hatsepsut siguió ostentando únicamente los títulos menores de princesa y reina-consorte después de la muerte de su padre. Parece que su anuncio público de cogobierno no fue otra cosa que un intento de explicar y reforzar el hecho de que ocupara el trono; de hecho, su reinado se caracterizó por su necesidad constante de justificar sus acciones tanto ante sus contemporáneos como ante la posteridad.

Tutmosis II sucedió a su padre en el trono y, al igual que su consorte, Hatsepsut también fue reina. Parece que fue una mujer de comportamiento modesto y totalmente convencional a lo largo del breve reinado del nuevo rey, aceptó los títulos convencionales que se le concedieron de «Hija del Rey, Hermana del Rey, Esposa del Rey y Gran Esposa del Rey» y dejó que la retrataran prestando el debido apoyo propio de una esposa a su marido. Incluso inició la construcción de una tumba discreta como consorte en una zona retirada al sur de Deir el-Bahri, en la orilla oeste del Nilo, en Tebas. Es evidente que Hatsepsut era una mujer que conocía sus obligaciones, por lo que dio dos hijas a su hermanastro —Nerefure y Meritre-Hatsepsut—, pero ningún hijo. Nuevamente se planteaba el problema de que no había heredero varón legítimo al trono y, al igual que su padre antes que él, Tutmosis II se vio obligado a recurrir al hijo de una concubina para que desempeñara el papel de sucesor. Isis, madre de Tutmosis III, sería descrita más tarde por su hijo como «Gran Esposa del Rey, Señora del Sur y del Norte, Gran Heredera, Esposa de Dios y Madre del Rey», aunque no hay pruebas de que fuera la esposa principal, igual en rango a Hatsepsut.

> Habiendo subido al cielo, Tutmosis II se unió a los dioses. Su hijo, que lo sucedió como rey de las Dos Tierras, gobernó desde el trono de su padre mientras su hermana, la Esposa de Dios, Hatsepsut, gobernaba Egipto y las Dos Tierras se encontraban bajo su dominio. El pueblo trabajaba para ella y Egipto inclinaba la cabeza.
>
> *Información de Ineni, funcionario del gobierno*

El joven Tutmosis III sucedió a su padre en el trono bajo la supervisión directa de su madrastra y tía, la formidable reina viuda Hatsepsut. Al parecer no tuvo necesidad de consolidar su posición casándose con las dos princesas reales y parece también que su derecho a gobernar se vio ampliamente reconocido. La propia Hatsepsut aceptó el advenimiento al trono de su joven hijastro y, durante el primer año del nuevo régimen, se contentó con seguir siendo la cumplidora y discreta «Esposa de Dios y Gran Esposa Real». Sin embargo, hacia el final del segundo año de su reinado comenzó a ofrecer un nuevo perfil y, en el año séptimo, ya había conseguido un poder definido, se había proclamado corregente y había sido coronada rey de Egipto. Más o menos en esta fecha se inició la construcción de su formidable templo funerario de Deir el-Bahri y de la tumba real correspondiente. A partir de entonces Hatsepsut comienza a ser representada de una manera característica:

por un lado como una mujer convencional y, en un intento de subrayar de manera enfática su función real, como un hombre vestido con ropas de hombre y los adecuados accesorios, incluso con una barba artificial. En su título real, sin embargo, figuraba casi siempre el final femenino incorporado y no hay indicación alguna de que se vistiese realmente como un hombre. No existe confusión acerca de la sexualidad de Hatsepsut como la hay sobre el herético rey Ajnatón, ni tampoco se insinúa en ningún sitio que fuera lesbiana o travestida.

No tenemos idea de lo que pudo ocurrir de pronto para que Hatsepsut desafiase las normas y se proclamase rey, pese a que se han hecho multitud de especulaciones en este sentido. ¿Se trataba puramente de ambición o de ansia de poder por parte de la reina? ¿No estaba, quizá, dispuesta a aceptar que como hija, hermana y esposa de un rey, podían saltársela para favorecer a su hijastro? ¿Hubo algún hecho crítico nacional que no quedara registrado o el joven Tutmosis III era demasiado débil para gobernar en solitario? ¿O tal vez Tutmosis odiaba a su madrastra… o bien veía con buenos ojos que le echase una mano? El hecho de que Hatsepsut aceptara de buen grado participar en el gobierno, aunque sólo fuera de forma nominal y compartiéndolo con su hijastro, aparte de los indicios que tenemos de que Tutmosis aceptara esta corregencia cuando ya había alcanzado la edad para gobernar en solitario, apuntan que la situación era mucho más compleja de lo que parece a primera vista. Ni que decir tiene que la explicación convencional que suele darse y que afirma que Hatsepsut era una mujer ávida de poder no nos convence ni de lejos. De ser este el caso, ¿por qué habría esperado tanto tiempo a hacerse con el poder? ¿Y cómo se las había arreglado para atraerse el firme apoyo que recibió indudablemente en este campo? No hay duda de que es uno de los rompecabezas más grandes de la historia de Egipto el que nos plantea el hecho de que el rey legítimo, Tutmosis, de quien podía esperarse que reaccionase con aspereza y decisión ante la intromisión sin precedentes de Hatsepsut, aceptase la nueva situación y se contentase con quedarse en un segundo plano y no pasara a gobernar en solitario hasta después de la muerte de su madrastra. Se pueden señalar dos puntos de vista importantes pero contradictorios como explicación de este difícil asunto, pero a buen seguro que la verdad se encuentra en un punto situado entre estos dos extremos.

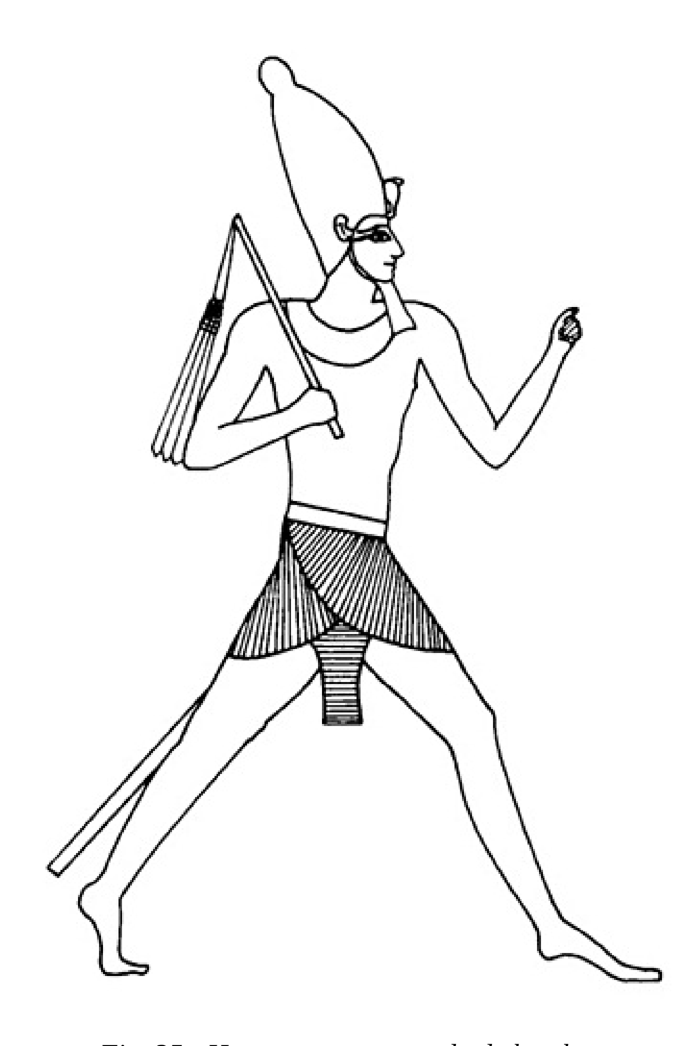


Fig. 35 - Hatsepsut con atuendo de hombre

La postura corriente y más comúnmente compartida es que a Tutmosis no le gustaba ni pizca la situación pese a que no podía hacer nada para cambiarla. Cuando subió al trono era un muchacho tan joven e inexperto que a buen seguro necesitó del apoyo y consejo que le ofreció la reina y, cuando ya tuvo edad suficiente para darse cuenta de la merma de autoridad que suponía para él Hatsepsut, ésta ya tenía firmemente en sus hábiles manos las riendas del poder. Si Hatsepsut controlaba el tesoro y contaba con todo el apoyo de la administración pública quiere decir que Tutmosis no podía esgrimir poder alguno contra ella. La profanación de los monumentos de Hatsepsut después de su muerte se ha tomado a veces como prueba indirecta del odio que inspiraba a Tutmosis su corregente. De todos modos, las pruebas arqueológicas indican que esta destrucción no ocurrió como mínimo hasta después de veinte años de la muerte de Hatsepsut, un largo periodo de tiempo para que Tutmosis reprimiera su rencor y se decidiera a lanzarse a la acción.

La segunda explicación es que Tutmosis no considerara que tuviera motivos para quejarse de su madrastra. En realidad, posiblemente tenía

motivos sobrados para agradecer las útiles directrices de Hatsepsut en un momento en que era demasiado joven para gobernar solo eficazmente y es posible que prefiriera mostrar su gratitud esperando a que hubiera muerto en lugar de rebajarla de rango cuando él llegara a la mayoría de edad. Después de todo, aunque existían unos precedentes de corregencia bien fundamentados, terminaban invariablemente con la muerte de uno de los participantes, no con su abdicación, y lo lógico era que Tutmosis esperase sobrevivir a su tía y disfrutar entonces del gobierno en solitario. No hay duda de que Hatsepsut no intentó deponer a Tutmosis ni quiso apartarlo de su lado de forma permanente, lo que parece indicar que no lo consideraba una amenaza a su seguridad. Aunque las representaciones de la época muestran invariablemente a Hatsepsut como socia dominante que se imponía siempre al corregente, no por ello dejaron de otorgarse nunca a Tutmosis las enseñas reales que le correspondían y, de hecho, hacia el final del reinado conjunto se muestra a los dos gobernantes en un mismo pie de igualdad. Parece lógico pensar que, de haberlo querido, Tutmosis habría intentado poner término a la situación. No hay duda de que era un hombre débil e ineficaz, como demostraría más tarde en su actuación como faraón.

> Entonces Su Majestad les dijo: «Esta hija es mía… La he nombrado sucesora mía al trono. Se sentará en este maravilloso estrado. Gobernará a los plebeyos en todas las esferas del palacio. Ella os dirigirá. Obedeced sus palabras y acatad, unidos, sus órdenes».
>
> *Texto grabado en el muro del templo funerario de Hatsepsut en Deir el-Bahri*[5]

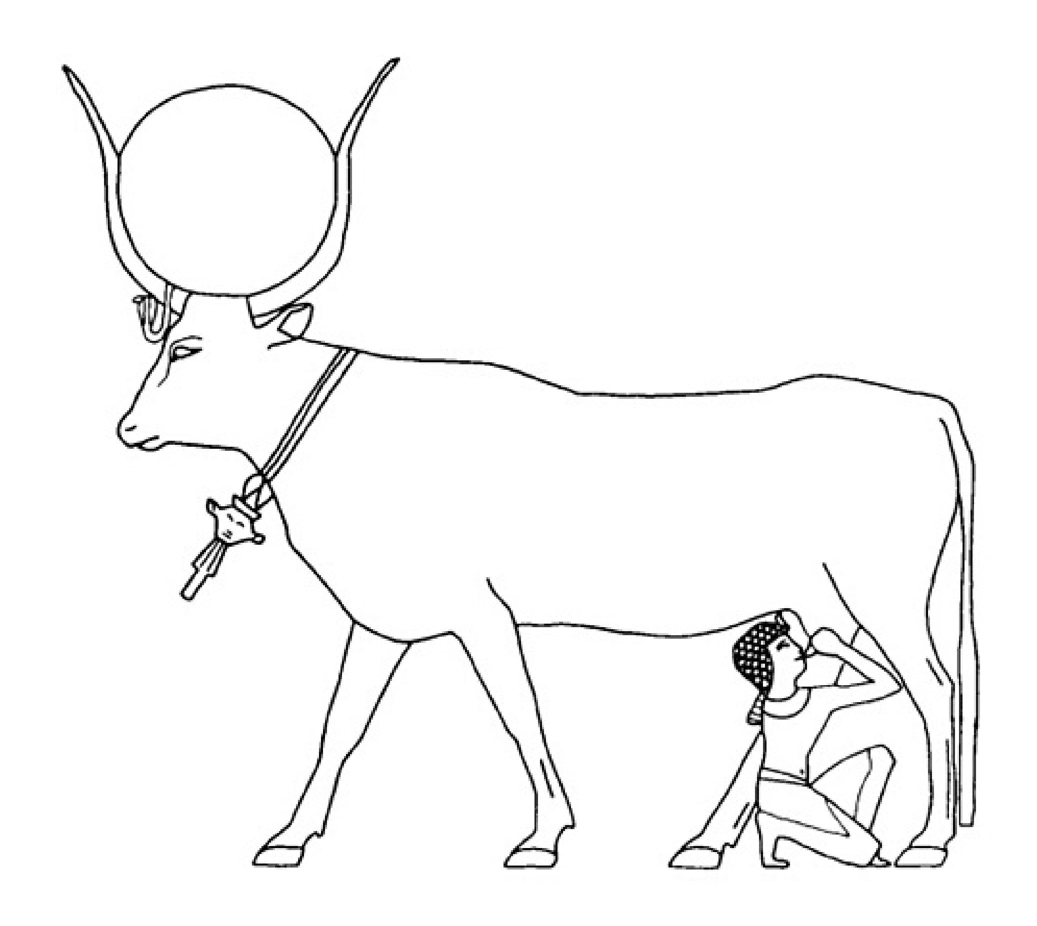


Fig. 36 - Hatsepsut mama de la diosa Hator

Han sobrevivido todo un conjunto de textos que podrían clasificarse como de «autobombo» —noticias rebosantes de autojustificaciones— y que nos ofrecen una explicación oficial de aquella asunción sin precedentes del poder de la que fue protagonista Hatsepsut. Estos textos hacen hincapié tanto en su parentesco con su padre terrenal, el faraón, como en su vínculo divino con los dioses, subrayando una vez y otra el derecho temporal y espiritual que tenía a gobernar. El más explícito de todos es la exposición de su «divino nacimiento», conservada en el muro del templo de Deir el-Bahri. Aquí, en una serie de dibujos y de breves epígrafes, Hatsepsut revela al mundo que ella es la hija natural del gran dios Amón y que su hijo estaba predestinado para la corona. Se muestra a Amón, astutamente disfrazado de Tutmosis I, visitando a la reina Ahmosis en su cámara donde, en una escena adecuadamente discreta, le infunde el hálito de vida en las fosas nasales. El embarazo resultante de la reina es apenas evidente, pero vemos al dios Jnum modelando el cuerpo y alma de la pequeña Hatsepsut en su rueda de alfarero y prometiendo a su ansioso padre Amón: «Daré forma a tu hija…». Quedan claros el milagroso nacimiento de Hatsepsut y la presentación que hace de la niña la diosa Hator al orgulloso padre. Finalmente se presenta a Hatsepsut a todos los dioses, quienes aceptan que ella sea el futuro rey de Egipto. A lo

largo de la vida de Hatsepsut se da gran relieve a una filial devoción al dios Amón: «Soy en verdad Su hija, la que lo glorifica».

> Fui promovido ante los compañeros, sabiendo que yo estaba en Su favor. Me destinaron a jefe de Su casa; el Palacio —que florezca en salud y en prosperidad— estaba bajo mi supervisión. Fui el juez de todo el país y el Superintendente de los Graneros de Amón, Senenmut.
>
> *Parte de un largo texto de autojustificación grabado en la base de una estatua de Senenmut*

Hatsepsut debió de verse apoyada en su función por muchos funcionarios públicos fieles, varios de los cuales ya habían trabajado con su padre y con su marido. El enigmático «Administrador de Amón» Senenmut se yergue como el administrador más importante y hábil de este periodo.[6] Senenmut, que originariamente era un hombre de baja extracción que había iniciado su carrera en el ejército, permaneció soltero y dedicó su vida al servicio de Hatsepsut. No está clara la relación precisa que mantuvo con la reina, aunque parece que se le concedieron insólitos privilegios teniendo en cuenta que era un varón ajeno a la realeza y sería difícil determinar exactamente hasta qué punto su meteórica ascensión a la preeminencia fue resultado de su relación personal con la reina viuda. No hay duda de que tuvo influencia en la burocracia y de que se las arregló para conseguir como mínimo veinte puestos seculares y religiosos importantes en el curso de su variada vida y sus títulos dan testimonio de su papel como controlador efectivo de las finanzas del Estado. En un alarde de petulancia, se responsabilizó de la construcción de los monumentos más importantes de Tebas dedicados a la reina, aun cuando no hay pruebas de que fuera realmente arquitecto. Acostumbra a representarse en el que fue probablemente uno de sus papeles más prestigiosos, como tutor de la joven princesa Neferure, presunta heredera del trono de Egipto. Los egiptólogos creían originariamente que Neferure, «Señora de las Dos Tierras, Señora del Alto y Bajo Egipto», había muerto en la infancia, aunque nuevas pruebas apuntan que probablemente sobrevivió a su madre y que quizá llegó incluso a primera «Gran Esposa» de su hermanastro Tutmosis III.

Senenmut se las arregló para reunir las riquezas suficientes que le permitirían construir dos tumbas muy caras: una tumba de galería relativamente vistosa, en Gurnah, y una cámara más secreta y recóndita cerca del borde septentrional del patio del templo de Hatsepsut, donde debería ser enterrado. Algunos ostraca muestran que en realidad desvió a los obreros del

proyecto oficial del templo para construir el último citado. Sin embargo, parece que cayó en desgracia o murió antes del final del reinado de Hatsepsut, pero el hecho es que no llegó a ser enterrado nunca en su espléndida pero inacabada tumba. El recuerdo de Senenmut fue perseguido después de su muerte, cuando ya se habían mutilado la mayoría de sus relieves y estatuas y se había profanado su tumba. Es posible que esta destrucción obedeciera a las órdenes de Hatsepsut como resultado del acerbo enfrentamiento que puso fin a la relación que había entre los dos, aunque igual pudo ser llevada a cabo por aquellos que más tarde destruyeron de la misma manera los monumentos de Hatsepsut.

La importancia general que se concede al largo reinado de Hatsepsut se centra en las cuestiones civiles, particularmente en un intensivo programa de construcción que comprendió la restauración de templos y la erección de impresionantes monumentos, proyectos todos de gran envergadura concebidos para conmemorar las antiguas glorias de Egipto e instilar la confianza en su pueblo. Según los propios dioses habían instruido a su hija: «Volverás a fundar el país, repararás lo que está en ruinas, harás monumentos de tus capillas». En esta época hubo una disminución de la actividad militar, debido posiblemente al hecho de que Hatsepsut habría sido incapaz de conducir físicamente sus tropas a la batalla sin provocar una cierta pérdida de confianza, pero floreció el comercio y se realizó una memorable expedición egipcia a los exóticos y lejanos países del Punt durante el año noveno de su reinado. En una escena mural de Deir el-Bahri se han conservado muchos detalles de esta misión y se deja constancia en ella de algunas de las cosas maravillosas que se observaron, entre ellas las curiosas chozas altas y redondas de los nativos, el cómico aspecto del gobernante del Punt y de su mujer, sorprendentemente gorda, como también los extraordinarios objetos que se llevaron a Egipto. Se tienen noticias de una expedición punitiva a Nubia que data del final del reinado; tal vez la falta de pruebas de campañas militares podría inducir la falsa impresión de una insularidad egipcia en esta época.

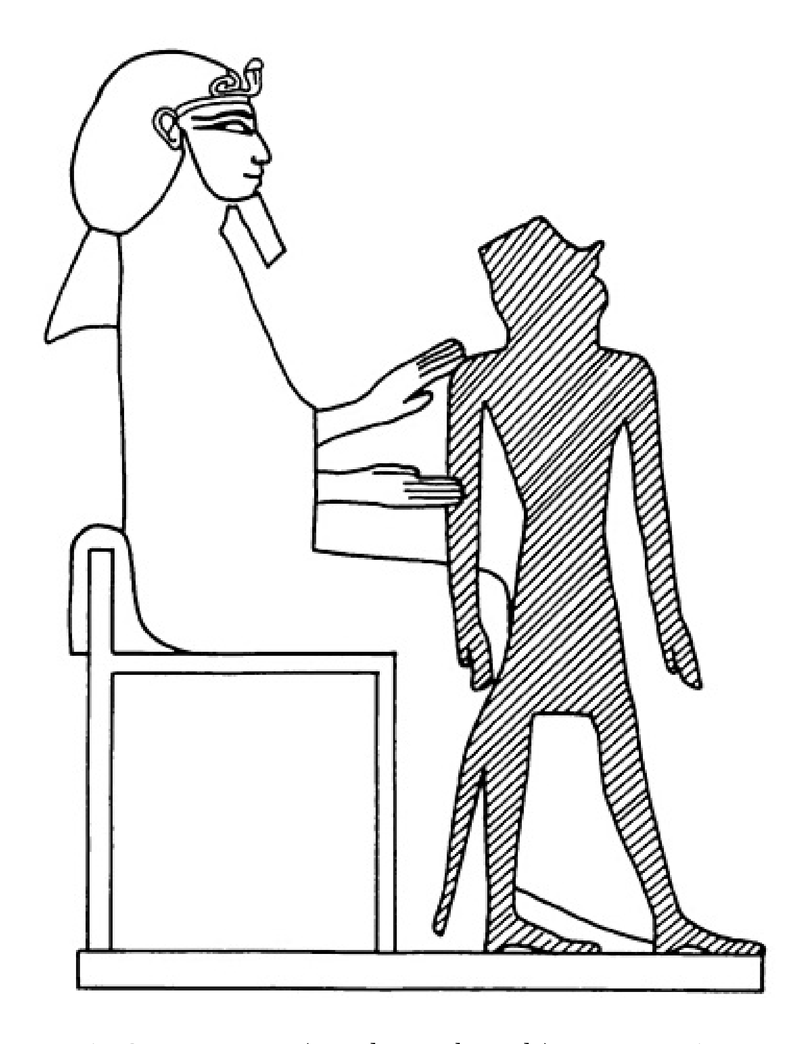


Fig. 37 - Hatsepsut (actualmente borrada) *con Tutmosis I*

No sabemos cómo terminó el largo reinado de Hatsepsut, aunque parece probable que muriera de muerte natural a una edad comprendida entre los cincuenta y dos y los setenta y dos años y en el año vigésimosegundo de su reinado. No hay pruebas que indiquen que pudo ser asesinada o depuesta por su corregente. Después de su muerte se destruyeron todos los testimonios de su reinado en un intento de borrar tanto su nombre como su recuerdo, lo que constituye uno de los peores castigos que se puede infligir a un faraón difunto. Se destruyeron sus retratos y cartuchos y se demolieron sus monumentos o fueron dedicados a otra persona. Con todo, no parece en modo alguno que se tratara de un intento de olvidar su nombre y se diría más bien que la destrucción se llevó a cabo de una manera caprichosa. El nombre de Hatsepsut fue omitido de todas las listas de reyes, que registran la simple sucesión de Tutmosis I, II y III, y sólo Manetho conservó la memoria de una gobernante mujer llamada Amensis o Amense como quinta soberana de la XVIII dinastía.

Reina Nefertiti – XVIII dinastía

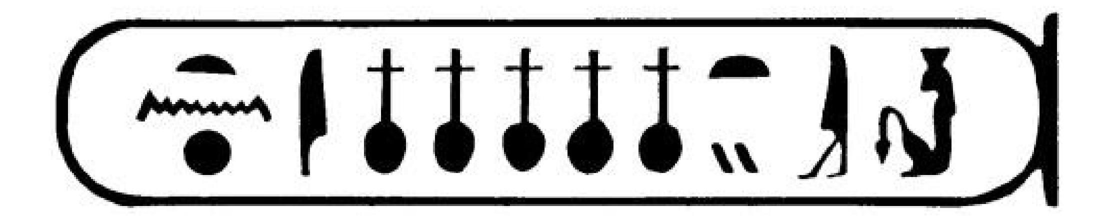


Fig. 38 - Cartucho de la reina Nefertiti

> Que mi corazón se alegre en la Gran Esposa Real y sus hijos y que se conceda la vejez a la Gran Esposa Real Neferneruaten-Nefertiti, que viva para siempre millones de años y que esté al cuidado del faraón. Y que se conceda la vejez a la princesa Meretaten y a la princesa Meketaten, sus hijas, que están al cuidado de su madre la Reina.
>
> *Estela de la Frontera de Amarna*

Nefertiti es la única reina de Egipto cuyo aspecto nos es familiar gracias a la conservación fortuita de la escultura pintada de su cabeza, orgullo del Museo de Berlín. Por consiguiente sabemos que, como indica su nombre —«H a llegado una Hermosa Mujer»—, su belleza era impresionante y su sonrisa serena y ligeramente irónica. Casi imaginamos que Nefertiti se ríe para sus adentros ante los esfuerzos que hacen los egiptólogos para desentrañar su misteriosa vida y su aún más enigmática muerte.

Nefertiti emergió de oscuros orígenes para convertirse en principal esposa del faraón Amenofis IV, de la XVIII dinastía, quinto rey que sucedió a Hatsepsut. Dada la proclividad de la XVIII dinastía a los matrimonios incestuosos reales es probable, aunque no probado, que perteneciera a una rama menor de la familia real. El gobierno del nuevo rey comenzó de una manera bastante convencional, es decir, alrededor del 1358 a. C. Amenofis sucedió a su padre en el trono y disponemos de suficientes retratos del nuevo rey y de la nueva reina para darnos cuenta de que se comportaban de una manera muy tradicional dentro del estilo real, con Nefertiti actuando como apoyo pasivo de su marido. Sin embargo, poco después de haber iniciado su reinado, parece que Amenofis experimentó una espectacular y repentina conversión religiosa que lo condujo a rechazar por completo los dioses institucionalizados de su país en favor de una oscura religión monoteísta que tenía por objeto rendir culto al poder del sol o Atón. Amenofis no era de los que hacen las cosas a medias y, aunque a ojos de sus conciudadanos egipcios,

acostumbrados a adorar a toda una multitud de deidades poseedoras de diferentes atributos, el concepto de un único dios, creador de todas las cosas, debió de sonarles muy extraño, al poco tiempo toda la corte comenzó a venerar a Atón. El propio rey quiso hacer hincapié en su conversión cambiando su nombre por el de Ajnatón, «Espíritu de Atón», y fue con este nombre infausto que pasó a convertirse en el primer y último rey «herético» de Egipto.

Ignoramos qué intervención pudo tener Nefertiti en la espectacular transformación religiosa de su marido. Sabemos, sin embargo, que ella aceptó la nueva religión del Estado con el celo de una conversa y que no sólo amplió su nombre convirtiéndolo en el aparatoso de Neferneruaten-Nefertiti —literalmente, «Hermosas son las Bellezas de Atón, Ha llegado una Mujer Hermosa»—, sino que además participó de forma entusiasta en las nuevas ceremonias religiosas y desempeñó un papel preeminente que, en el caso de haber sido una reina más convencional, habría dejado en manos de su marido. De hecho, a medida que el culto a Atón iba creciendo en pujanza, la pareja real fue involucrándose cada vez más en aquel credo, no ya meramente como devotos de la religión sino también como objetos del propio culto, hasta que los tres pasaron a escuchar las oraciones que regularmente les dirigían los fieles, aun cuando el rey y la reina continuaban reconociendo el poder superior de Atón. La ambiciosa construcción de una nueva capital, Ajetatón u «Horizonte de Atón» (actualmente Amarna), se situó a una gran distancia de los centros de culto de Atón y demás deidades desplazadas, consolidó el dominio de la nueva religión y redujo el poder del antiguo y poderoso clero con sede en ciudades tradicionalmente importantes.

En este tiempo se produjo un cambio espectacular en el tipo de indumentaria que se estilaba en la corte. En todas las fases anteriores de la historia de Egipto siempre hubo una marcada diferencia entre las prendas usadas por hombres y mujeres. Sin embargo, durante el periodo de Amarna se produjo una curiosa fusión de estilos y tanto Ajnatón como su reina adoptaron las largas túnicas de pliegues para uno y otro sexo. Si hay que hacer caso de las pinturas de la época, Nefertiti en ocasiones llevó la suya completamente abierta, mostrando todos sus encantos femeninos. Las damas de la corte que seguían más fielmente la moda completaban su atuendo adoptando las pelucas cortas de corte masculino inspiradas en el estilo de los soldados nubios. Este cambio de la moda estuvo también acompañado de una visión del arte absolutamente diferente, que indujo a abandonar las rígidas convenciones adoptadas en siglos anteriores en favor de un estilo más libre y naturalista.

Las escenas de Amarna en las que aparece la pareja real en la intimidad, jugando con sus hijitas en los jardines de palacio, constituyen las viñetas más encantadoras de la vida cotidiana egipcia que han sobrevivido a los estragos del tiempo.

En el nuevo estilo de las obras de arte apareció una deliberada indefinición de las identidades sexuales. Se abandonó la convención de retratar a las mujeres con la piel más clara que los hombres e igualmente la de presentar al rey en una ceremoniosa pose real cuya finalidad era infundirle un aspecto más imponente y viril y estaba encaminado a despertar el miedo en los corazones de sus enemigos e inspirar confianza en su gente. Muchas de las efigies de Ajnatón lo reproducen luciendo los accesorios tradicionales de la realeza —el cayado y el mayal, la corona y la barba—, aunque lo retratan también como una especie de hermafrodita, con un rostro curiosamente femenino, unos pechos prominentes y unas anchas caderas propicias a la maternidad. La razón de que el rey permitiese que lo inmortalizasen de una manera que parece perversamente calculada para despertar temores en el corazón de sus vasallos e inspirar a sus enemigos no ha quedado en absoluto aclarada. Podría ser que, el pobre, tuviera realmente este aspecto, en cuyo caso debía de sufrir algún trastorno orgánico, aunque vale la pena recordar que tuvo seis hijas de Nefertiti y que ella no fue la única en dárselos. Se ha aducido la posibilidad de que como mínimo algunas de las estatuas más ambivalentes del rey en el aspecto sexual puedan representar en realidad a Nefertiti en el papel de la diosa Tefnut, aunque esto no explicaría del todo por qué llevaba las insignias reales ni tampoco por qué habría tantas estatuas de la reina y tan pocas del rey. Puede ser incluso que, movido por la influencia de su nueva religión, Ajnatón tratase de forma deliberada y simbólica de representar a través de su persona los aspectos masculino y femenino de la naturaleza. No ha llegado a identificarse con certeza el cuerpo momificado de Ajnatón, posiblemente porque fue profanado, lo que habría permitido recorrer un largo camino en dirección a la contestación de tan fascinantes preguntas.



Fig. 39 - La reina Nefertiti

No hay duda de que Nefertiti era una mujer a la que había que tener en cuenta en asuntos de Estado y de religion. Tanto las reinas consortes como las reinas viudas desempeñaron siempre un importante papel en la vida de la realeza y a menudo su efigie se incorporaba a los monumentos junto a la del marido o hijo como para demostrar que les prestaban su apoyo, pero a Nefertiti se le concedió una significación mucha más marcada que a sus predecesoras y se la representó siempre junto a su esposo y ejerciendo un papel activo en los acontecimientos más que actuando como simple espectadora y además fue subiendo gradualmente de categoría hasta que ya se la representó llevando regularmente la corona azul de monarca y realizando tareas que normalmente están reservadas al rey e incluso se la reprodujo en el acto ritual de azotar a los enemigos de Egipto, función reservada tradicionalmente hasta entonces al faraón. En todos los intentos y propósitos Nefertiti fue considerada corregente junto con su marido, si bien el hecho no llegó a anunciarse nunca oficialmente. Se desconocen las razones que guiaron su encumbramiento. ¿Era, quizá, una mujer intrigante, capaz de imponer su

voluntad a su marido? ¿O su función peculiar obedeció más bien al cambio de actitud religiosa, que la situó en una posición paralela a la de Tefnut, esposa e hija del dios Sol?

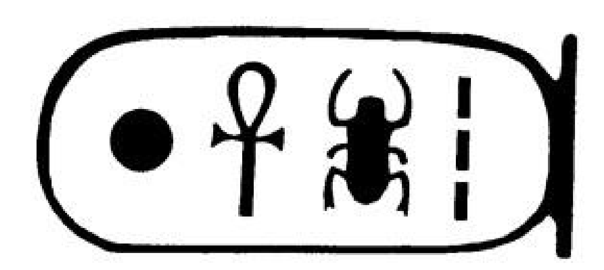


Fig. 40 - Cartucho de Smenjare

Si la vida de Nefertiti nos plantea toda una serie de problemas que nos intrigan, el verdadero enigma está en su muerte. En la última imagen que conservamos de la reina la vemos llorando sobre el cuerpo sin vida de su hija de trece años, Meketaten, que murió de parto en el año decimocuarto del reinado de su padre. Después de esta tragedia familiar, Nefertiti desaparece de escena. Lo más lógico es que muriera entonces y que fuera enterrada de manera normal, aunque nos sorprende que Amarna no nos aporte ninguna referencia a su muerte, ya que imaginamos que su marido debió de quedar desolado ante una pérdida como aquélla. No se ha recuperado nunca el cuerpo momificado de Nefertiti. De no haber muerto, es posible que prosiguiera su vida de antes y que se sumiera en la oscuridad al morir su marido unos años más tarde. Una tercera explicación, ligeramente menos plausible, es que pudo caer en desgracia y que se retirara a vivir el resto de su vida en una relativa reclusión. Sin embargo, los arqueólogos no se inclinan necesariamente en favor de las soluciones obvias de los problemas y se ha apuntado la sugerencia bastante más curiosa de que, a partir de aquel momento, posiblemente se conoció a Nefertiti como corregente de Ajnatón y de que pasó a convertirse desde entonces en el enigmático príncipe Smenjare.

Hay ciertas pruebas que confirman que hacia el final de su vida Ajnatón siguió la tradición real y adoptó como corregente a su heredero, Smenjare. La identidad de este misterioso joven es oscura, aunque podría tratarse de un hermano más joven del rey o de un hijo habido con su favorita secundaria, Kiya. La identificación de Smenjare con Nefertiti se basa en el hecho de que aparece por vez primera en los registros arqueológicos en el preciso momento en que desaparece Nefertiti. Si Ajnatón hubiera querido que su esposa fuera su coregente, ¿habría considerado necesario «convertirla» primeramente en hombre? Existe el dudoso paralelismo de Hatsepsut adoptando el aspecto de

un hombre en el papel de faraón, si bien en su caso se trataba de un travestismo simbólico y no existen pruebas de que Hatsepsut quisiera que la tuvieran por otra cosa que por una mujer. Las pruebas que se tienen en relación con Smenjare son tan escasas como ambiguas, si bien parece probado que existió realmente una persona con dicho nombre. Disponemos de una deteriorada pintura que en un tiempo se creyó que representaba a Smenjare y a Ajnatón en actitud de estar departiendo mientras que ahora se cree que representa en realidad a Nefertiti con su marido, ya que las convenciones artísticas de la época dificultan la identificación precisa de los sexos. Smenjare no siguió a Ajnatón al trono, por lo que cabe suponer que murió antes que su mentor. El cadáver de un joven de este periodo, perteneciente a la casa real, recuperado dentro de un ataúd destinado originariamente a una mujer de alto rango, se identificó no sin ciertas dudas como el de Smenjare, pero como había sufrido profanación además de los estragos causados por una excavación increíblemente deplorable, en la actualidad ya no se tiene tanta seguridad al respecto. Como ocurre con muchos aspectos de la egiptología, la teoría de que la reina Nefertiti pudiera haberse convertido en el príncipe Smenjare tan pronto cobra cuerpo como se desvanece, siempre a merced de jirones de pruebas que van saliendo a la luz.

Reina Twosret – XIX dinastía

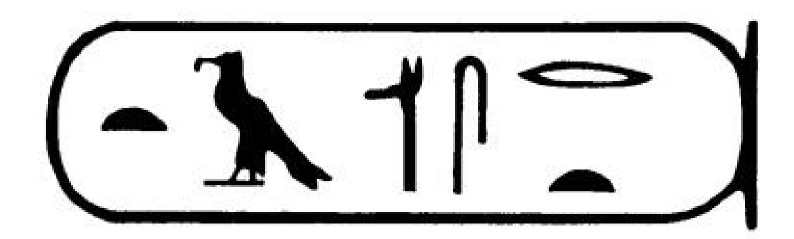


Fig. 41 - Cartucho de la reina Twosret

El último rey hembra de quien se sabe que se sentó en el trono de Egipto, doscientos cincuenta años después del reinado de Hatsepsut, fue la reina Twosret, que consiguió aprovecharse del periodo de casi anarquía que se produjo al final de la XIX dinastía para hacerse con el poder. La XIX dinastía se había iniciado como una época de gobierno relativamente estable y efectivo después de los disturbios religiosos que se produjeron al final de la XVIII dinastía y floreció durante el próspero y bien documentado reinado de Ramsés II, una era en que la terminación de grandes monumentos y el éxito de amplias campañas extranjeras había confirmado la presencia del maat en

todo el país. Después de las muertes de Ramsés y de su hijo y sucesor Merenptah, hubo una disgregación de la ley y el orden y se inició una confusa sucesión de faraones, cuyo reinado es breve y está mal documentado. Los documentos de la época utilizan las frases de rigor para hacer la crónica de unos tiempos de disturbios e inquietudes y hay vagas alusiones a una guerra pese a que pueda tratarse simplemente de una referencia a conflictos internos. Los desórdenes en la necrópolis tebana —indicación habitual de un gobierno poco estable— fueron endémicos en este tiempo y entre los principales trabajadores proliferó el soborno, los robos e incluso los asesinatos. Desgraciadamente este periodo de desorganización, que aportó las condiciones precisas para el advenimiento de una gobernante femenina, ha dejado pocos documentos relativos a la realeza, por lo que nos hemos quedado tan sólo con algunos intrigantes y esporádicos atisbos de conspiraciones e intrigas de palacio que tal vez no estamos en condiciones de entender del todo.

Casi podemos dar por seguro que Seti II sucedió a Merenptah, su padre. Seti sólo gobernó seis años y murió a mediana edad. Lo sucedió a su vez su joven hijo Ramsés Siptah, que sólo gobernó seis años y que por alguna razón que desconocemos durante su reinado cambió su nombre por el de Merenptah Siptah. Aunque Siptah era el hijo y principal heredero de Seti, su madre no era la «Gran Esposa del Rey» Twosret, sino una esposa secundaria y relativamente insignificante llamada Sutailja, al parecer de origen sirio. Twosret, por tanto, era la madrastra del nuevo rey. No existen pruebas de que la propia Twosret le diera ningún hijo y no parece probable que hubiera tolerado que Siptah ocupase el trono de haber tenido ella un hijo propio. Los orígenes de la reina Twosret son algo oscuros, no ostentaba el título de «Hija del Rey» y posiblemente no era de sangre real. En su tumba se le dio el título de «Señora de toda la Tierra», cortesía que seguramente había recibido como consorte de Seti II.

Como cabía esperar de un muchacho tan joven, Siptah fue un monarca débil e ineficaz que dejó escasos monumentos y que no tardó en caer en el olvido poco después de su temprana muerte. Es posible que su debilidad tuviera su causa en circunstancias físicas, ya que el examen de la momia que se conserva de él presenta un pie deforme y la parte baja de la pierna atrofiada, lo que parece apuntar que se trata de una deformidad congénita o, lo que es más probable, de las secuelas de una parálisis infantil. Durante su breve reinado Siptah siguió las orientaciones o los dictados de su enérgica madrastra, que de todos modos fue haciéndose gradualmente con el papel de

consorte y de corregente. No se sabe con certeza si Twosret llegó a casarse con su joven hijastro a fin de acrecentar su poder y convertirse en reina-regente. Las pinturas de su tumba la representan de pie detrás de Siptah en la postura típica de las esposas mientras él rinde homenaje al dios de la tierra, Geb. Con todo, de la tumba se borró el nombre de Siptah y se sustituyó por el de Seti II y parece que, después de la muerte de Siptah, Twosret prefirió asociarse al recuerdo de su prestigioso primer marido antes que al del bastante menos imponente de su hijastro.

Había otro personaje dominante que desempeñó un papel activo en la lucha por el poder en esta época. El «Gran Canciller de Toda la Tierra», Bay, fue una figura sombría con un nombre asiático cuyo único título subrayó su gran influencia sobre el rey-niño. Se le representaba de pie detrás del trono de su gobernante y en una posición insólitamente importante para una persona no perteneciente a la realeza e incluso se le concedió el alto honor de una tumba construida cerca de la de su amo en el Valle de los Reyes. El epíteto «El que Establece al Rey en el Trono de su Padre», atribuido a Bay en dos inscripciones, insinúa la función de Bay en mantener al joven rey en su precaria situación de autoridad resistiendo al mismo tiempo las crecientes ambiciones de la reina. Parece que Bay acabó fracasando en su misión de restringir el poder de Twosret, ya que desapareció misteriosamente de la escena política en el cuarto reinado de gobierno de Siptah.

Tras la prematura muerte de Siptah todo el país se vio recorrido por una oleada de disturbios civiles. Dado que no había un evidente sucesor varón al trono, Twosret se aprovechó del caos reinante para ampliar su papel de corregente y aferrarse a la corona, reforzando su reivindicación y adoptando la plena titularidad de un rey varón del Alto y Bajo Egipto. Es evidente que consiguió su ambición definitiva al poder reinar sola durante un breve periodo y contó los años de corregencia de Siptah con los suyos al tiempo que distinguía los de gobierno de su marido, Seti II. El año más avanzado del gobierno de Twosret es el octavo, mientras Manetho registra que un tal «rey Thuoris, que Homero llama Polibus, marido de Alcandara, y en cuya época se tomó Troya» gobernó durante siete años al final de la XIX dinastía. Como Siptah gobernó como mínimo seis años, es posible que Twosret disfrutara de un reinado en solitario de menos de dos años. Tenemos muy escasas pruebas arqueológicas que avalen su breve reinado, aunque se ha encontrado su nombre en un lugar tan distante como el Delta del Nilo, las minas de turquesa del Sinaí e incluso en Palestina. Sus principales monumentos son su tumba y un templo funerario que comenzó a construir en el sur del Ramesseum pero

que no llegó a terminarse. El final del reinado de Twosret está envuelto en el misterio y no sabemos si fue depuesta o si murió de muerte natural. Le sucedió el oscuro faraón Sethnajt, fundador de la XX dinastía.

Es evidente que Twosret era una mujer enérgica, dotada de una ambición arrolladora que le permitió elevarse desde unos orígenes relativamente humildes hasta el lugar más alto del país a pesar del considerable obstáculo que suponía ser mujer. Quizá la mejor indicación que tenemos de su personalidad provenga de la decoración de su tumba, que los obreros tebanos comenzaron a construir en el Valle de los Reyes al final del reinado de Seti o al principio del de Siptah, honor sin precedentes para una reina, que habría debido ser enterrada en el vecino Valle de las Reinas. La tumba era inicialmente una construcción relativamente modesta, pero a medida que Twosret fue adquiriendo poder comenzó a ampliarla gradualmente y a mejorarla hasta que, cuando llegó al pináculo de su reinado, el monumento ya se había convertido en lugar de reposo digno de un rey. La construcción no llegó a terminarse nunca, pero es evidente que sus diferentes fases corresponden muy de cerca a los diversos estadios de la vida política de Twosret. Por desgracia, Twosret no pudo disfrutar de reposo en su tumba porque su sucesor, Sethnajt, se apoderó de ella y quiso borrar el rastro tanto de su nombre como de su imagen en los muros de la misma. No sabemos qué ocurrió con su cadáver, pero en el museo de El Cairo hay una momia que según parece corresponde a la reina Twosret.

8
La vida religiosa y la muerte



Todos conocen los monstruosos cultos que corrompen a los egipcios.
Adoran al cocodrilo y a la ibis devoradora de serpientes.
Mientras se quedan boquiabiertos ante la estatua de oro de un mono.
…
¡El puerro es tabú! ¡No mastiques cebolla!
¡Oh, benditas gentes cuyos dioses se han criado en los jardines!,
Se compadecen de la raza lanuda y no dejan
Que rebanen el pescuezo de la cabra,
Aunque no desdeñan participar en un banquete donde se sirve carne humana.[1]

La teología del antiguo Egipto, con su impresionante panteón de deidades con cabeza humana, sus imponentes templos y sus idiosincrásicos preparativos para la muerte, fascinó a los observadores desde el final del Periodo Dinástico en adelante. La inexacta sátira religiosa de Juvenal que acabamos de citar —ya que, lejos de ser tabú, la cebolla era un elemento primordial de la dieta egipcia y por otra parte tampoco hay pruebas que corroboren que los egipcios estaban tan sedientos de sangre que se entregasen a actos de canibalismo sacerdotal— indica que, aun cuando para los pueblos del mundo clásico los dioses de Egipto constituían un poderoso y excitante misterio, también eran objeto de interminables supersticiones y rumores. Han transcurrido dos mil años y los turistas siguen acudiendo en tropel a las pirámides para maravillarse y hacer cábalas sobre la fe que pudo inspirar unas construcciones tan extravagantes, mientras los místicos nombres de Isis, su marido-hermano

Osiris y su hijo Horus continúan conservando su poder de conjurar vividas imágenes de antiguas creencias y de oscuros y misteriosos rituales.

Es indudable que no podría hacerse ningún estudio válido de la sociedad egipcia sin tener en cuenta la religión, que desempeñó un papel político tan importante en el Estado egipcio y que se supone tuvo una gran influencia en la forma de pensar y actuar día tras día de su pueblo. De todos modos, hay que aceptar estas consideraciones con ciertas precauciones. Es extremadamente difícil volver la vista atrás y valorar un tramo tan amplio de acontecimientos históricos para buscar sentido a la influencia precisa que pudieron tener antiguas creencias religiosas. Aun cuando tengamos la suerte de contar con pruebas escritas y arqueológicas de toda una variedad de rituales religiosos y supersticiosos, conviene tener siempre presente que lo único que podemos estudiar son algunos de los signos externos o materiales de la fe interna. Quizá nos sintamos tentados a imponer a los demás nuestros prejuicios y las ideas que nos hacemos de los egipcios y que hasta lleguemos a figurarnos que entendemos cómo pensaban y sentían, pero es evidente que estaríamos en un error. Basta con que imaginemos los problemas con que podría encontrarse un arqueólogo del siglo XXII que tratase de identificar todos los aspectos de la doctrina cristiana basándose en las excavaciones de unas cuantas iglesias y en un estudio de la Biblia para darnos cuenta de lo difícil que es abordar una interpretación de las antiguas religiones.

La frase convencional de «religión egipcia», con todas las implicaciones que conlleva de un credo único encerrado en los escritos sagrados y aceptado por todos, es de hecho sumamente desorientadora. Durante todo el Periodo Dinástico hubo varios aspectos de la vida espiritual egipcia diferentes pero relacionados que coexistieron felizmente, cada uno de los cuales fue evolucionando y desarrollándose gradualmente y superponiéndose a los demás. Los dos extremos, que pueden reconocerse y clasificarse fácilmente, fueron la tradición oficial o importante, representada por la teología estatal oficial y la burocracia a ella asociada, y la tradición no oficial o menor, que incluía las artes menos respetables, a menudo agrupadas bajo el encabezamiento de magia, superstición y brujería. Entre estos dos polos diferenciados se encontraban las religiones respetables semioficiales, los cultos regionales y familiares que eran de gran importancia en las vidas de las familias y de sus miembros pero que tenían relativamente poco interés para el Estado. No había un punto de intersección evidente entre estos enfoques religiosos y todos influían en mayor o menor medida en el hombre o mujer corrientes. Las mujeres de Deir el-Medina, por ejemplo, que vivían muy cerca

del centro donde se practicaba el culto al dios estatal Amón, participaban en los festivales anuales de la tradición importante pese a que oficialmente rendían culto a las deidades patronales más locales de la necrópolis tebana, el dios deificado Amenofis I y su madre Ahmosis Nefertiti junto con Meretseger («Ella-Ama-el-Silencio»), la diosa serpiente de la montaña tebana conocida también como «Pico de Occidente». Con todo, los restos recuperados en sus casas apuntan que había otros cultos más personales y de tradición familiar que concedían una gran importancia a los dioses y espíritus asociados al embarazo y al parto y que tenían como mínimo la misma importancia en sus vidas, mientras que estaba mucho más extendida la creencia en los respetados poderes de la superstición y la magia.

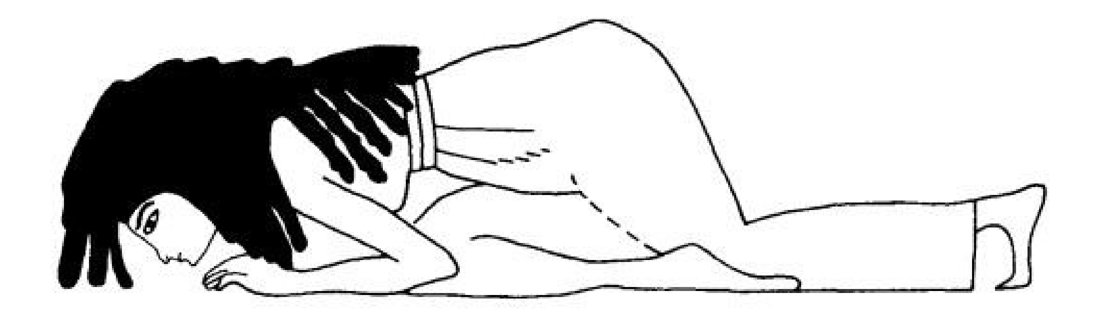


Fig 42 - Mujer en actitud de rezar

La diversidad de este enfoque religioso no tiene nada de extraño. De hecho, se reconoce generalmente que allí donde hay una religión oficial altamente centralizada y con una compleja teología suelen desarrollarse otros cultos superficiales bastante más sencillos que adaptan y reinterpretan ciertas facetas de la corriente básica y pasan por alto otras. Suele ocurrir allí donde la tradición principal es primordialmente una religión centrada en el hombre, dominada por una clase selecta de hombres educados y, por consiguiente, ajena a la vida cotidiana de la mayoría de mujeres. En estas circunstancias los hombres suelen ser capaces de satisfacer sus necesidades religiosas adhiriéndose a la teología estatal en tanto que las mujeres, excluidas de la plena participación en los rituales de su fe oficial y a menudo incapaces de entender del todo los entresijos de la doctrina debido a la carencia de enseñanza religiosa, encuentran su satisfacción espiritual desarrollando las tradiciones menores o «supersticiones de las mujeres» sin darse cuenta de que en cierto modo están apartándose de las exigencias de su religión básica.

Todavía se observa hasta cierto punto, en el Egipto actual, esta dualidad religiosa, puesto que vemos que tanto las campesinas musulmanas como las cristianas creen profundamente en la malignidad de ciertos espíritus y en los

temibles poderes del mal de ojo. Es más probable, por ejemplo, que la mujer de pueblo que desea tener un hijo recurra a los espíritus de sus hijos muertos o se procure algún hechizo del mago local antes que rezar a Alá, lo que por otra parte ella no considera una traición a su fe «oficial». Son muchas las campesinas actuales que creen que los monumentos antiguos de Egipto poseen poderes mágicos o espirituales, por lo que un simple paseo por un yacimiento arqueológico nos dará ocasión de comprobar la existencia de modernos ritos de fertilidad —por lo general montoncitos de trozos de alfarería rota— asociados a antiguas estatuas e imágenes. Winifred Blackman observó este mismo fenómeno en 1920 en un pueblecito egipcio, donde quiso contribuir a ayudar a que algunas mujeres estériles quedaran embarazadas recurriendo a antiguas reliquias y a ensalmos modernos al estilo egipcio:

> El ritual procedía de la manera siguiente: las mujeres se dirigían primero a una de las antiguas capillas tumbales decoradas, acompañadas por alguna de nuestras sirvientas, que tenía la llave. Al entrar, cada una avanzaba y retrocedía siete veces sobre lo que se suponía que era la boca del pozo que conducía a la cámara subterránea de enterramiento. Terminada esta ceremonia, regresaban a la capilla tumbal desprovista de decoración donde yo vivía. Allí yo mostraba los hechizos, dos de los cuales se dejaban a la vez en el suelo. Entonces cada mujer pasaba solemnemente por encima de ellos siete veces hacia adelante y hacia atrás. En total se utilizaban cuatro hechizos, que representaban la cabeza de Isis, una divinidad momificada, un escarabajo y un gato. Después de esto, se colocaba en el suelo la mandíbula inferior del cráneo de un antiguo egipcio. Todavía volvía a realizarse la misma ceremonia, repetida con dos cabezas enteras de un antiguo egipcio, una de una cabeza momificada y bien conservada y otra de una calavera. Después se iba a buscar un vaso de agua, dentro del cual se dejaban caer los hechizos azules vidriados. Cada mujer bebía un poco de aquel agua, después sacaba los hechizos y los chupaba y algunas se restregaban aquellos objetos mágicos por el cuerpo y se lo mojaban con el agua.

Blackman tuvo la satisfacción de informar de que como mínimo dos de las mujeres que recibieron esa ayuda quedaron embarazadas poco tiempo después de haberse sometido a un tratamiento tan poco ortodoxo.

La religión oficial del antiguo Egipto evolucionó con la unificación del país y se mantuvo relativamente constante durante toda la era dinástica,

aunque en todo momento fue receptiva a las nuevas ideas y lo bastante flexible para aceptar las influencias extranjeras. Con anterioridad a la unificación cada ciudad o cada pueblo se limitaba a rendir culto a su propio tótem omnipotente, que se encargaba de dar una explicación racional a fenómenos naturales, tan misteriosos y a menudo tan aterradores, que de otro modo habrían provocado la desesperación de toda la comunidad. Todos comprendían que pudiera haber zonas vecinas que respetasen dioses diferentes y no tenían inconveniente en aceptar el concepto politeísta de que puede haber muchas deidades y de que cada uno mantenga su fidelidad personal a una en particular. Después de la unificación comenzaron a surgir varios cultos específicos que fueron cobrando preeminencia y, aunque las comunidades seguían rindiendo culto a sus dioses locales específicos, comenzaron a perfilarse unas deidades nacionales importantes. Particularmente los cultos de Ra, el dios Sol, y Horus, el dios asociado a la realeza, empezaron a cobrar importancia en el aspecto político como consecuencia de un aumento del patrocinio del propio rey.

> Tú eres Amón, el Señor de aquel que guarda silencio, el que presta oído a la voz de los pobres. Cuando acudo a ti, desesperado, vienes a rescatarme. Me das ánimo en medio de mi desdicha y me liberas de mi cautiverio.
>
> *Estela de Deir el-Medina, Imperio Nuevo*

Hasta el Imperio Nuevo no comenzaron a adoptar características y atributos especializados particulares algunos de los dioses nacionales más notables, cambio que condujo directamente al desarrollo de la mitología egipcia. Entretanto, bajo la supervisión de familias sacerdotales locales, continuaron floreciendo cultos regionales más modestos. Hubo templos y santuarios locales que recibieron tierras y bienes del monarca, en tanto que sus dioses y diosas, que también formaban parte del gran panteón oficial, seguían conservando su función de deidades regionales omnipotentes. Este papel dual puede parecer un tanto confuso a ojos de los observadores modernos, pero era perfectamente aceptable por los egipcios. Por ejemplo, en Hermopolis Magna, Egipto Medio, el dios Tot, con su cabeza de ibis o de babuino, dios oficial del arte de escribir y de aprender, no sólo era objeto de culto por sus considerables dotes educativas sino por ser la deidad suprema de la región. Es indudable que estos dos aspectos diferentes de Tot no se consideraban mutuamente incompatibles. Las versiones locales de los dioses y diosas eran generalmente mucho menos especializadas que sus

contrapartidas del panteón oficial y estaban más íntimamente asociadas a la naturaleza y ciclo anual de la inundación del Nilo, que desempeñaba un importante papel en la vida de todos los días.

Durante este tiempo la relación entre las personas corrientes y los dioses principales se hacía, cuando menos en teoría, exclusivamente a través del monarca. El rey, en calidad de dios, era la única persona capaz de comunicar con sus deidades afines, por lo que se convirtió automáticamente en el sacerdote principal de todos los cultos egipcios. Sin embargo, como es evidente que no podía estar presente físicamente en todos los templos para adorar a todos los dioses, las familias de rango nombraban sacerdotes para llevar a cabo todos los rituales necesarios en nombre del rey. Aunque el monarca delegaba normalmente gran parte de esta labor rutinaria a sus representantes, también quería que lo vieran oficiando durante las importantes festividades anuales de los principales dioses nacionales, especialmente en la festividad Opet dedicada a Amón, dios oficial del Imperio Egipcio, en cuya ocasión desfilaban en larga procesión las estatuas del dios, de su consorte Mut y del hijo de ambos Jonsu, que salían del templo de Luxor para dirigirse al templo cercano de Karnak. Esta procesión ritual era un gran espectáculo público, durante el cual las orillas del Nilo se llenaban de egipcios ávidos de tener un atisbo de su dios.

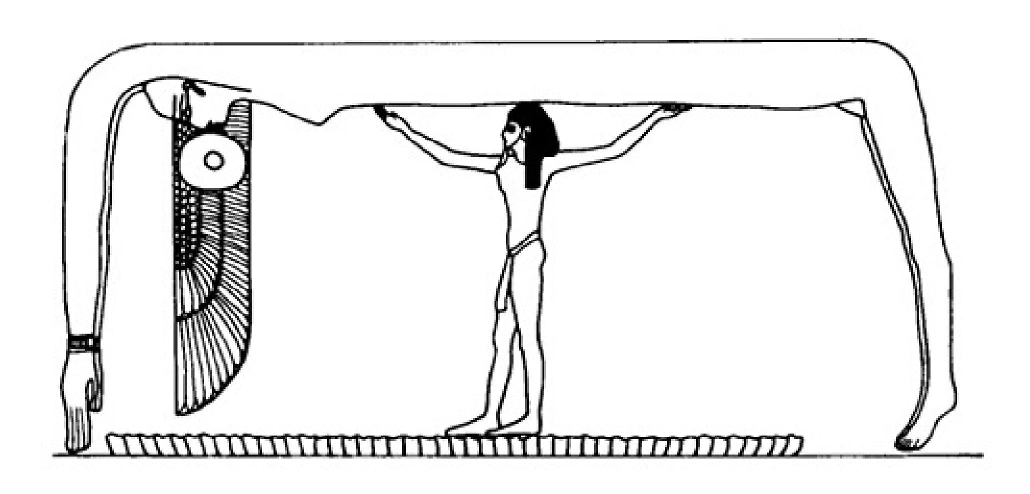


Fig. 43 - La diosa del cielo Nut

Como es lógico, la religión oficial egipcia no tenía nada que ver con las grandes religiones de la época actual. No sólo era una religión politeísta sino que además era una teología sin credo, sin matices morales auténticos y sin una tradición de atención pastoral. En realidad, generalmente era más importante como fuente de unidad y estabilidad continuada en todo el país que como medio de ilustración espiritual. Aunque se aceptaba en términos

generales que tanto hombres como mujeres debían optar por ser más buenos que malos, era un código moral que fue elaborándose más por conveniencia de la sociedad que para gratificación de los dioses. La virtud no procuraba necesariamente la recompensa del cielo y sólo del rey se exigía que actuase de forma adecuada para asegurar la pervivencia del *maat* en todo el país. Los dioses se preocupaban muy poco de cómo pudieran comportarse los egipcios corrientes y molientes, pero si recibían una provocación directa podían devolver el golpe a través de una venganza. El testimonio de Neferabu, del Imperio Nuevo, un dibujante que trabajaba en Deir el-Medina y que había ofendido a Ptah haciendo un juramento en falso, nos dice que fue castigado con la ceguera a causa de sus mentiras, ya que su proceder se interpretó como una falta de respeto al dios:

> Yo soy un hombre que juró en falso por Ptah, Señor del *maat*, y él hizo que viera las tinieblas durante el día. Anunciaré su poder tanto a aquellos que lo ignoran como a los que lo conocen, tanto a los pequeños como a los grandes. ¡Cuidado con Ptah, Señor del *maat*, porque no perdona ningún desliz de nadie! Absteneos de usar en falso el nombre de Ptah porque aquel que lo proclama falsamente sucumbirá.

Se nombraba a los sacerdotes sólo para que sirvieran al dios en nombre de su rey y, en consecuencia, no tenían ni el más mínimo interés en el aspecto espiritual de sus feligreses ni en otros aspectos de su bienestar. Los templos de Egipto no deberían verse como un equivalente antiguo de las catedrales ni de las mezquitas, sino que su construcción obedecía simplemente a la necesidad de que fueran las casas de los dioses, por lo que albergaban las estatuas de culto dentro de las cuales se suponía que habitaban las deidades. No tenían ninguna congregación y, de hecho, generalmente estaban fuera del alcance de la gente corriente. El acceso a la parte trasera del templo, que podría equipararse a las habitaciones familiares situadas en la parte trasera de las casas particulares, estaba restringido al clero y al rey, que atendía el culto proporcionando alimentos, bebidas y ropa y quemando incienso. La parte delantera, decorada con escenas de propaganda real, estaba abierta al público en general sólo en días festivos especiales, por lo que no había un equivalente egipcio de la mezquita de los viernes, de la sinagoga de los sábados ni de las iglesias cristianas de los domingos.

Aunque se permitía a la gente corriente hacer acto de presencia en las festividades religiosas que se celebraban durante el año, se les negaba toda

participación ritual en estos grandes acontecimientos. Ya se ha hablado de la festividad Opet, que se celebraba en Tebas el segundo mes de la inundación. No hay duda de que esta ceremonia, conmemorada con una fiesta oficial que duraba como mínimo once días, era una ocasión de júbilo nacional. En Medinet Habu las fiestas tenían un cariz extraordinario especial debido a la distribución gratuita de más de once mil trescientas hogazas de pan y trescientas ochenta y cinco grandes tinajas de cerveza. Ya más avanzado el año, los residentes de Tebas disfrutaban de otra celebración pública en ocasión de que la estatua de Amón hiciera un segundo recorrido oficial saliendo de su sede de Tebas, cruzando el Nilo y visitando los templos funerarios de los antiguos gobernantes de Egipto.

El equivalente en Abydos de la festividad Opet era la procesión de la estatua de Osiris desde su templo de Abydos hasta su tumba del Umm el-Qaab, lugar tradicional donde se enterraban los reyes arcaicos de Egipto. Parece que el ritual de esta procesión revivía el mito de la muerte y entierro del dios de una forma espectacular bastante parecida a las representaciones medievales inglesas de la Pasión, y que la representación de la muerte iba seguida del retorno triunfante a su casa del dios resucitado. Tenemos datos de esta conmemoración sobre todo a través de la descripción que nos ha quedado del funcionario Hernofret del Imperio Medio, quien había sido enviado a Abydos para supervisar la restauración de toda la parafernalia procesional del dios. Hernofret dejó una estela conmemorativa de piedra caliza en Abydos, donde detallaba tanto sus importantes actividades como los rasgos más sobresalientes del drama religioso:

> Yo dirigí la Gran Procesión siguiendo los pasos del dios. Hice navegar el barco de dios, con Tot en el timón… Ataviado con sus hermosas enseñas reales, procedió a dirigirse a los dominios de Peqer… Seguí al dios hasta su casa.

La festividad anual que se celebraba en Edfu comportaba una representación dramática que conmemoraba la victoria de Horus sobre Seth, su justificación ante el tribunal de los dioses y el desmembramiento de su antiguo adversario. Al reproducir de nuevo estos acontecimientos, se reforzaban sus efectos benéficos y el rey utilizaba la obra de teatro como un medio para desviar parte del triunfo de Horus hacia sí mismo, asegurándose con ello un próspero reinado. Con todo, no todos los festivales oficiales anuales eran tan solemnes. La fiesta del Periodo Tardío en honor a Bast, la

diosa con cabeza de gato, celebrada en la ciudad de Bubastis, en el Delta, era evidentemente una ocasión más alegre. Herodoto nos informa de que había bandas de excitados peregrinos que viajaban en barco a la ciudad y que pasaban el día entero bebiendo, cantando, volviendo a beber, batiendo palmas, bebiendo una vez más y tocando instrumentos musicales. Cuando se acercaban a una ciudad arrimaban la vacilante embarcación hacia la orilla del río y

> … mientras algunas mujeres seguían tocando los instrumentos y cantando otras llamaban a las mujeres del lugar y las maltrataban sin piedad, mientras que otras más seguían bailando y algunas incluso, puestas de pie, exponían sus partes íntimas. Después de seguir comportándose de esa misma manera a lo largo del curso del río llegaban a Bubastis, donde celebraban la fiesta con abundantes sacrificios. En esta festividad se consumía más vino de uva que en todo el resto del año.

Se consideraba que los dioses y diosas del panteón del Imperio Nuevo se comportaban de una manera marcadamente humana y tanto se enamoraban como se casaban, se peleaban y mostraban muchas de las debilidades y defectos de sus contrapartidas mortales. Así pues, las diosas reflejan hasta cierto punto, la función que tienen las mujeres dentro de la comunidad y nos ofrecen una de las pocas oportunidades de examinar el comportamiento de las mujeres —por muy mitológico que sea— fuera del ambiente de casa. Dentro del panteón observaban una jerarquía natural y, entre los dioses más importantes, había algunas diosas extremadamente poderosas. Sin embargo, ninguna diosa era comparable a los dioses más poderosos —Osiris, Ra y Amón— y en principio no había una «madre tierra» que estuviera particularmente asociada a los misterios de la fertilidad y la creación. Aun cuando todas las diosas se habían originado como deidades locales capaces de pensamiento y acción independientes, en su papel de diosas oficiales seguían las convenciones egipcias y se casaban con dioses vecinos de categoría más o menos equivalente y asumían la función más pasiva que corresponde a la mujer dentro del matrimonio. Era característico que engendrasen a un niño varón, adoptando con ello los rasgos femeninos aprobados de la fertilidad, la maternidad y la domesticidad.



Fig. 44 - Isis

Isis, tal vez la más famosa y la más poderosa de las diosas, sólo demostró su decisión cuando le tocó proteger y defender a su marido, admirable comportamiento para una esposa egipcia fiel. Después de la traición de Seth y del desmembramiento de Osiris, resultó que Isis y su hermana Nefthys decidieron ir hasta los confines de la tierra para recoger sus restos diseminados y poderlo reconstruir: «Levántate, Osiris, porque Isis tiene tu brazo y Nefthys tu mano». Después de tan sorprendente resurrección, Isis concibió un hijo, que escondió en los marjales hasta que pudo presentar a Horus sin peligro ante el tribunal de los dioses, donde fue reconocido heredero de su padre. La maternidad fue convirtiéndose lentamente en parte importante del culto de Isis y, sobre todo durante el Periodo Tardío, se la representó a menudo dando el pecho a su hijo Horus. Estas pinturas señalaron la transición de Isis desde su papel relativamente restringido como miembro del panteón egipcio a un reconocimiento más universal como diosa madre o madre tierra. Isis siguió siendo una diosa importante después del derrumbamiento del imperio egipcio, ya que su culto, observado por los

marineros visitantes, pasó primero a Roma y se propagó más tarde por todo el imperio romano, atrayendo misteriosos rituales y doctrinas. Dentro de Egipto, lo único que redujo el número de sus adeptos fue la difusión gradual del cristianismo y en el siglo V de nuestra era aún seguía practicándose su culto en la isla de Philae, en el Alto Egipto. El culto de Isis fue siempre particularmente importante para las mujeres, ya que se le atribuían las variadas funciones de patrona del matrimonio, protectora de los partos e incluso inventora del arte de tejer. No obstante, parece que el principal atractivo que tenía su culto en el mundo romano fue que se permitía a los fieles de ambos sexos que tomaran parte activa en las ceremonias en lugar de verse obligados a observar los rituales de los sacerdotes oficiantes.

Otra diosa egipcia influyente fue Hator, «Señora de los Sicómoros» y protectora del amor, la música y la borrachera. Hator ya era una diosa muy afianzada al principio del Imperio Antiguo, según confirma el papel preponderante que tenía en la Paleta Narmer y seguía recibiendo culto bajo diferentes modalidades unos dos mil años más tarde, durante el Periodo Saíta. Gozaba de gran popularidad entre las mujeres y aparece representada en muchos objetos populares que forman parte de la vida cotidiana femenina, como por ejemplo en los espejos, simbólicamente entroncados tanto con la fertilidad como con el parto. El papel de Hator como suministradora o aprovisionadora queda subrayado con su identificación con la vaca, por lo que tan pronto era representada en forma de diosa-vaca como de una mujer provista de orejas redondas de vaca y con cuernos. Su culto, que tenía su sede en la ciudad de Dendera, en el Alto Egipto, era atendido por muchas sacerdotisas femeninas, a menudo de alta cuna, supervisadas por un número relativamente reducido de administradores de sexo masculino. Se creía que Hator de Dendera era la esposa del cercano Horus de Edfu y la madre de Harsomtus, mientras que las «Siete Hators» estaban relacionadas con Hator como diosa de la muerte.

Sin embargo, había unas claras excepciones a la regla general de la diosa como esposa leal preocupada por unos objetivos femeninos aprobados tales como la fertilidad, el parto, la música y el amor. Meith, la deidad patronal de la ciudad de Sais, en el Delta, poseía una cierta cualidad andrógina. Aunque se la representó siempre como una mujer, estaba vinculada a intereses tan innegablemente masculinos como la guerra y la caza y se la representa a menudo llevando un arco o unas flechas cruzadas, por lo que acabó identificándosela con la doncella guerrera griega Atenea. Neith podría compararse con Sejmet, la diosa de la guerra y de la enfermedad con cabeza

de león y sedienta de sangre, que sólo desistió de su designio de destruir a toda la humanidad gracias a la oportuna intervención de Ra.[2] En sus momentos menos dramáticos, Sejmet fue la consorte de Ptah y la madre de Nefertum en Menfis y tuvo una contrapartida más benévola en Bast, la diosa de Bubastis con cabeza de gato.

Durante el Imperio Nuevo hubo varias diosas guerreras que fueron importadas a Egipto, y dice mucho en favor de la flexibilidad del sistema religioso que pudieran encontrar un puesto en el panteón oficial sin armar demasiado alboroto. La diosa canaanita Astarté, identificada también con la diosa asirio-babilónica Ishtar, se representa como una diosa con cabeza de león que conduce un carro contra sus enemigos vencidos o como una diosa desnuda cabalgando en un caballo y empuñando una espada de amedrentador aspecto y un hacha de guerra. Bajo el personaje más suave de Ashtoreth, vuelve a ser una hermosa mujer desnuda, a menudo identificada con Hator en su función de diosa del amor. Anath era la diosa de la guerra siria que en Egipto se convirtió en «Señora del Cielo» y en «Señora de los Dioses», hija de Ra y consorte de Seth. Aunque normalmente iba vestida al estilo femenino convencional, llevaba un hacha de guerra y una lanza, como queriendo indicar con ello en qué estribaban sus intereses reales.



> ¡Andaos con cuidado, anunciaré a los grandes y pequeños que están entre la tropa! ¡Cuidado con la visera, porque hay un león en ella! La visera se cala con el movimiento de un león salvaje y se lanza detrás de aquel que lo ofende.

Estela de Deir el-Medina, Imperio Nuevo

La vida religiosa de todos los días giraba en torno a los cultos dedicados a la familia presente y pasada. Los vínculos con los parientes vivos eran básicos para los egipcios, muy centrados en la familia, y en todos los tiempos hubo un vínculo profundo y permanente con los parientes difuntos, que en muchos aspectos seguían viéndose como miembros de la familia. En consecuencia, se consideraba una obligación religiosa importante hacer honor a los antepasados inmediatos. Los que estaban en situación económica suficientemente desahogada para construirse una sepultura privada se aseguraban de que figurara en ella una capilla a nivel del suelo con todo lo necesario. Esto permitía que los vivos visitaran la tumba e hicieran

ofrecimientos al espíritu que moraba en el cadáver del miembro difunto de la familia, enterrado en el fondo de un pozo excavado dentro de la propia capilla o delante de la misma. Se excavaban pozos separados para el marido, la esposa y los hijos solteros, y cada generación sucesiva esperaba construirse una nueva tumba en la que albergaría su propia familia nuclear.

La propiedad de una tumba era, sin embargo, un lujo negado a la mayor parte de egipcios, que se veían obligados a manifestar sus sentimientos reverenciales ante una tumba o, más normalmente, ante el altar o santuario familiar. En las casas más pobres este santuario era un nicho decorado con gran sencillez o un simple armario empotrado en el muro de la habitación principal y situado delante mismo de la entrada de la casa. Las familias más acomodadas podían construirse complejas capillas en los jardines de sus espaciosas mansiones. En cuanto al santuario, solía contener una pequeña imagen sagrada, ya fuera un relieve ya una estatua, que venía a representar una combinación del dios o diosa patronales. El ámbito del santuario o capilla familiar se extendía más allá de la capilla tumbal y no sólo se centraba en el bienestar de los que habían desaparecido sino también en el culto de una combinación de dioses y diosas que eran objeto de los cultos locales, de deidades menores y del rey. Las capillas votivas privadas, construidas en las afueras de Amarna, pueblo de obreros, habían creado un clero propio y cada capilla disponía de su propio guardián o conservador, que vivía dentro del recinto de la misma. En muchas de dichas capillas había imágenes de Renenutet, la diosa cobra de las cosechas y de la fertilidad, mientras que las capillas votivas del poblado de trabajadores de Deir el-Medina mostraban una inclinación definida hacia las diosas Renenutet, Meretseger y Taweret, todas ellas orientadas hacia la mujer. Sin ser particularmente influyentes en el panteón oficial, estas tres diosas personificaban hechos y ubicaciones que eran muy importantes en las vidas diarias de sus fieles.

En torno a la diosa cobra Renenutet evolucionó un poderoso culto doméstico fuertemente identificado con la familia y la vida familiar, aparte de que la diosa era también la patrona de las nodrizas y las cosechas. La serpiente, que a primera vista puede parecer una desagradable intrusa en cualquier casa, protegía de las alimañas el alimento que se guardaba en ella, por lo que se consideraba no sólo útil sino también agradable. Renenutet, Meretseger y Edjo, la diosa cobra del Bajo Egipto y protectora del rey, eran deidades-serpientes femeninas ampliamente reverenciadas, mientras que la única serpiente totalmente malévola era la serpiente macho Apofis, despreciada por ser enemiga de los dioses. Como diosa

de la montaña tebana, Meretseger (el «Pico de Occidente») era particularmente importante para los obreros de Deir el-Medina y a menudo se representaba en asociación con Ptah, patrón momiforme de los artesanos.

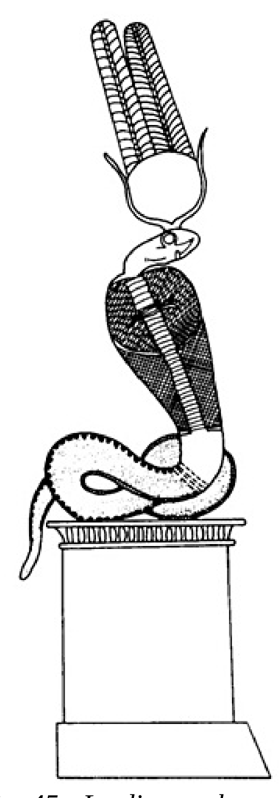


Fig. 45 - La diosa cobra Renenutet

Las serpientes estaban estrechamente relacionadas con las mujeres, la fertilidad y el parto, hasta el extremo de que solía representarse a Isis, con Horus niño en brazos, bajo la protección de dos serpientes. Una serie de figurillas femeninas de la fertilidad, correspondientes al Imperio Nuevo, aportan una prueba más de la conexión existente entre la serpiente y la mujer, y están modeladas tumbadas en camas decoradas con serpientes rayadas de rojo y negro, mientras que tanto los ostraca como las pinturas de los muros descubiertas en Amarna y Deir el-Medina representan serpientes asociadas íntimamente con figuras danzantes de Bes, con Taweret y arrastrando ramas de follaje y flores.**[3]** Estas escenas pueden ser representaciones fieles de una «estancia de parto», una habitación privada o incluso una cabaña apartada reservada al uso exclusivo de las mujeres en el momento del parto y periodo posterior de purificación o pueden ser representaciones más simbólicas encaminadas a ofrecer protección a la madre y al hijo y a asegurar la prosperidad continuada de toda la familia. Cualquiera que sea su propósito, no hay duda de que subrayan la importancia que da la comunidad en conjunto al parto.

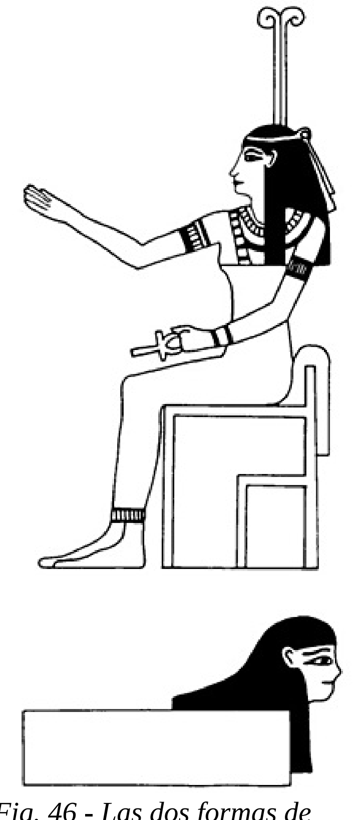
Los abstrusos misterios asociados a la creación de una nueva vida condujeron al desarrollo de un culto doméstico orientado hacia la mujer y centrado en torno a la fertilidad, el embarazo y, más específicamente, el parto. El proceso del parto no sólo era peligroso desde el punto de vista físico tanto para la madre como para el hijo, sino que parecía además poner a sus participantes, y de hecho a toda la familia, en contacto con fuerzas de la creación que están muy por encima del control humano. La medicina servía de muy poco en momentos como éstos, por lo que las mujeres recurrían de una manera natural al consuelo de la superstición y de los ritos mágicos para guardarse del mal y verse asistidas durante los dolores del parto. En un pequeño ajuar compuesto de material votivo privado, recién descubierto en el armario de una casa abandonada de Amarna, hay una estela que muestra a una

mujer y a una muchacha rindiendo culto a Taweret, dos figurillas femeninas rotas y dos reproducciones de camas. Este impresionante ajuar, todo un símbolo de las esperanzas y temores de una madre e hija desconocidas, nos brinda un atisbo de los rituales que encubre el parto. Tres mil años después, las aldeanas egipcias seguían viendo su confinamiento como algo relacionado con la intervención mágica más que con la ayuda médica. Como observó Blackman en tono desapasionado:

> En muchas ocasiones diferentes, han venido a verme mujeres con sus hijos pequeños y me han pedido que les escupiera en la boca porque así vivirían más tiempo. También descubrí que muchos de mis vestidos viejos, que yo había tirado, habían sido convertidos en jirones y distribuidos entre varias madres del pueblo, que los colgaban de los cuerpos de sus hijos como hechizos para prolongarles la vida. Una madre embarazada vino a verme para pedirme que le diera uno de mis vestidos viejos a fin de que su hijo naciera llevándolo ella puesto. La pobre no vio satisfecha su petición y lamento decir que su hijo murió al poco tiempo de haber nacido.

Los hechizos y amuletos más populares asociados con el parto eran los de Taweret («La Grande»), la diosa hipopótamo representada siempre de pie y muy erguida a fin de resaltar su enorme vientre, seguramente de mujer embarazada, y protectora de las mujeres durante el embarazo y el parto. Aunque era una diosa benévola, no por ello hay que subestimar el poder de Taweret. El hipopótamo es un animal peligroso y de grandes dimensiones y han muerto más africanos víctimas del hipopótamo que del león. También se asociaban a los misterios del nacimiento los hechizos que representaban a Hécate, la diosa con cabeza de rana, y a Bes, el feo dios enano. En efecto, en los muros interiores de las casas de los pueblos solían pintarse imágenes de Taweret y de Bes como una protección más a la familia.

Todos los objetos relacionados con el parto adquirieron un significado ritual especial y quedaron investidos de poderes mágicos particulares, hasta el punto de que incluso se personificó el taburete de parir o los ladrillos de parir bajo la forma de la diosa Mesjenet, dama 299de característico aspecto y representada a veces como una baldosa o un ladrillo con cabeza humana, aunque más a menudo como una mujer que lucía en la cabeza un útero de vaca a manera de tocado divino.[4] Mesjenet tenía la misión de proteger al niño recién nacido y quizá sea significativo que el revelador signo de una


Fig. 46 - Las dos formas de Mesjenet

serpiente apareciera escrito a menudo al final de su nombre. Se ponía especial empeño en la custodia de los ladrillos de parir, ya que más tarde los necesitaría el dios Tot para utilizarlos como tablas en las que escribir el futuro del recién nacido. Durante el Imperio Medio, las varitas o bastones mágicos en forma de bumerán desempeñaron un importante papel, aunque desgraciadamente ignorado, en el parto. Se han recuperado más de un centenar de dichos bastones, casi todos tallados de dientes de hipopótamo, lo que acentúa el vínculo con Taweret. Muchos llevan grabadas imágenes de espíritus protectores, Taweret y Bes, mientras que algunos ostentan inscripciones como, por ejemplo, «estamos para dar protección a este niño» y a continuación el nombre del niño o de la madre. Estos objetos fueron identificados primeramente como cuchillos mágicos pero, dado que son romos, parece más probable que tuvieran alguna función más misteriosa. La sugerencia más verosímil que se ha hecho con respecto a su uso es que se empleaban para trazar un círculo mágico en torno a la cama cuya finalidad era proteger a la madre y al hijo, de forma parecida a cómo, según parece, las brujas modernas trazan un pentágono mágico y seguidamente entran en él para hacer de las suyas.

Pero no fueron sólo los objetos asociados con el parto los que dieron pie a significados simbólicos o rituales que estaban por encima de su función utilitaria más obvia. La religión o la superstición había pasado a convertirse en parte tan integrante de la vida diaria que prácticamente todos los objetos usados por los egipcios transmitían algún poder mágico oculto o llevaban asociado algún ritual supersticioso. Incluso los días se clasificaban en buenos, malos e indiferentes de acuerdo con augurios mágicos, lo que permitía que los negociantes ansiosos pudiesen consultar el calendario oficial antes de tomar alguna decisión importante. De la misma manera, los sueños pasaron a convertirse en materia de intenso estudio como medio de adivinar el futuro. El *Libro de los Sueños* daba una larga lista de los más corrientes y de sus interpretaciones: «Si un hombre sueña que bebe cerveza caliente es un mal augurio y le sobrevendrán desgracias». Ya hemos hablado en el capítulo 5 de

los efectos benéficos de llevar encima hechizos específicos o incluso colores específicos. Menos evidentes a ojos modernos, pero a buen seguro importantes para los egipcios, eran las ventajas que comportaba lucir ciertos objetos decorativos. Por ejemplo, un cuenco de loza azul decorado con un dibujo de una flor de loto podría ser un objeto bello para tener en casa o en la propia tumba, pero además tenía un significado simbólico para su propietario. El motivo del loto, que representaba la flor azul del loto que abre sus pétalos al romper el día y los cierra al caer la noche, estaba estrechamente asociado al renacimiento diario del dios Sol y, por extensión, pasó a convertirse en simbolismo del renacimiento después de la muerte. De la misma manera, un platito o una cucharilla en forma de pez, utilizados para la aplicación de productos cosméticos, no sólo sería una baratija divertida y práctica sino que propiciaría, además, el renacimiento y la fertilidad de su propietaria.

> En lo que se refiere a la persona que conoce este hechizo, será como Ra en el cielo oriental y como Osiris en los infiernos. Bajará al círculo de fuego sin que las llamas lleguen nunca a tocarlo.
>
> *Fragmento de un ensalmo extraído de* Textos del ataúd, *Imperio Medio*

En marcado contraste con las escasas pruebas de las prácticas religiosas diarias de la gente corriente, los rituales asociados con la muerte han aportado una contribución significativa a los restos arqueológicos. Los egipcios eran un pueblo alegre y vibrante que sacaba el máximo partido de la vida y de los placeres y que se mostraba incansable en la búsqueda de la felicidad. Resulta, pues, un tanto irónico que su particular visión del Más Allá, eminentemente materialista, haya fascinado hasta tal punto a los observadores modernos que podría excusarse al visitante lego que acude a un museo egiptológico o a una librería especializada en el tema por imaginar que los egipcios abrigaban una morbosa y constante obsesión en relación con la muerte en todos sus aspectos. Hasta cierto punto esta falsa idea es resultado directo del sesgo arqueológico que se menciona en la introducción del presente libro y que incita a creer que la tradición de construir tumbas permanentes de piedra y de vivir, en cambio, en frágiles casas de adobe llevó de una manera natural a una conservación obsesiva de los cadáveres. Esta postura se ha exacerbado con el hecho de que muchos observadores, entre ellos egiptólogos que por su formación deberían de estar más enterados de la cuestión, dan muestras de un interés apasionado en el estudio de los ritos funerarios con la posible exclusión de otros aspectos

menos pintorescos pero igualmente válidos de la existencia egipcia. ¿No será que este interés casi morboso en las costumbres funerarias de los demás viene a ser como una reflexión de una arraigada inseguridad que ha hecho de la muerte un tema prácticamente tabú en el mundo occidental? No hay duda de que sería difícil encontrar en nuestra época moderna a gente capaz de aceptar e incluso de planear su desaparición con tanta ecuanimidad como los antiguos egipcios.

Si los egipcios no dejaron que las ideas morbosas se inmiscuyeran por su insistencia en el goce de la vida, por otra parte eran perfectamente conscientes de que su existencia terrena podía terminar bruscamente en el momento más impensado. En realidad, es probable que su mismo amor a la vida enmascarase un comprensible miedo a la muerte y a lo desconocido. La falta de algunos de los conocimientos médicos más básicos, unida a los peligros naturales que estaban constantemente presentes en su vida, como las inundaciones y el hambre, convertían a la muerte en continua amenaza de la seguridad familiar, lo que hacía que la mayoría de egipcios hubieran sufrido la muerte de alguna persona amada de su familia a una edad temprana. La teología estatal oficial no intentaba dar una explicación o justificación racional a la muerte, por lo que ésta se aceptaba como una realidad inexplicable de la vida. En lugar de perder el tiempo en interminables especulaciones en torno al significado de la existencia, los egipcios preferían proceder a los preparativos prácticos de su muerte. Los ricos y prudentes la planeaban con anticipación y se aseguraban de que se cumplirían sus deseos, por lo que vigilaban la construcción de sus tumbas y reunían los objetos que querían tener en ellas. Con todo, no hay que interpretar esta previsión como un deseo de morir y los textos que han sobrevivido no indican precisamente que aquellos que planificaban su muerte con antelación no lo hicieran de la misma manera tradicional que los cristianos devotos planean dejar este Valle de Lágrimas para atravesar un día las nacaradas puertas de los cielos.

> Pedí a la Majestad de mi Señor permiso para que me trajeran de Tura un sarcófago de piedra caliza blanca. Su Majestad ordenó al portasellos de dios y a una cuadrilla de hombres que estaban bajo sus órdenes que me transportaran el sarcófago desde Tura, situada en la otra orilla. Volvieron con él, transportándolo en una gran barca de la Residencia, con su tapadera y todo…
>
> *Inscripción de la tumba de Weni, Imperio Antiguo*

Así como casi universalmente se contempla la muerte como un rito femenino, en muchas culturas también se espera de las mujeres que se ocupen de los moribundos, mientras que los hombres ejercen el control de los ritos funerarios de los difuntos. Nacimiento y muerte, pues, se convierten en hechos indisolublemente unidos y vienen a ser caras contrastadas de una misma moneda: una el paso a la luz y la otra la entrada en la oscuridad. Parece incluso que la muerte es, en cierto modo, contaminante y que las mujeres, con sus cuerpos de por sí impuros, pertenecen al sexo más apropiado para ocuparse de esta transición. Sin embargo, esta teoría más bien de tipo antropológico podría suponer un análisis complicado de una situación básicamente más sencilla y sería igualmente válido afirmar que, puesto que las mujeres normalmente se pasan el día en casa, son por naturaleza las que están más a mano para cuidar de los enfermos terminales. Cualquiera que sea la razón, es innegable que la mayoría de personas ven la muerte como un hecho amedrentador que comporta el contacto directo con fuerzas desconocidas e incontrolables. Incluso los que disponen de las ventajas de los conocimientos médicos modernos contemplan los fenómenos del nacimiento y la muerte con cierto respeto y, hasta época relativamente reciente, los hombres han tendido en general a evitar el contacto inmediato con estos dos misterios. Hablando en términos prácticos esto significa que normalmente se confía a las mujeres el cuidado de los moribundos y que los hombres esperan de las mujeres que presidan el lecho de muerte y hasta que amortajen al difunto antes de pasar a ocuparse ellos de los ritos funerarios más ceremoniosos, que la mujer a menudo no sabría realizar adecuadamente.

Egipto no fue excepción a esta regla general y no es por azar que las diosas Isis y Nefthys estuvieran estrechamente relacionadas tanto con los ritos del nacimiento (en los que actuaban de comadronas) como en los de la muerte (donde eran deidades plañideras). Como en el Periodo Dinástico no existía un equivalente de nuestro sistema hospitalario que permitiera aislar al enfermo del ambiente de su casa, su cuidado pasó a convertirse en un deber de las mujeres de la casa. En estas circunstancias íntimas no había ningún miembro de la familia que pudiera tener la esperanza de evitar el contacto con los moribundos o con los que acababan de morir y, de hecho, la mayor parte de las mujeres esperaban que a lo largo de su vida tendrían que asistir en su lecho de muerte a sus parientes más próximos. La muerte no era, pues, ni un concepto abstracto ni sanitario para la mujer egipcia, sino simplemente un hecho más de la vida, por mucho que convenía eludirlo dentro de los límites de lo posible recurriendo al uso apropiado de oraciones, amuletos y hechizos.

> Levántate, oh, Teti. Coge tu cabeza y reúne tus huesos. Junta tus miembros y sacúdete el polvo de las carnes. Toma tu pan que ya nunca se echará a perder y tu cerveza que jamás se volverá ácida y quédate ante la entrada que excluye a las personas corrientes. El guardián de la puerta sale a tu encuentro. Te toma de la mano y te conduce al cielo, en presencia de tu padre, Geb.
>
> *Sermón de los* Textos de las Pirámides,
> *del faraón Teti, Imperio Antiguo*

Aunque la muerte era inevitable, no era necesariamente el final. A lo largo de todo el Periodo Dinástico los egipcios creyeron firmemente en la posibilidad de la vida después de la muerte, creencia que tuvo una profunda influencia tanto en el desarrollo del arte como de la arquitectura. Esta creencia fue evolucionando lentamente con el tiempo, por lo que el hecho de morir suponía para los egipcios del Periodo Arcaico un conjunto muy diferente de experiencias que para sus descendientes del Periodo Tardío. Durante el Imperio Antiguo se aceptaba en general que la única persona que podría pasar a un mundo nuevo más allá de la tumba sería el rey, que se convertiría en dios y viviría junto a los demás dioses. Alcanzaría esta transformación a través de uno de tres caminos principales: viajando con el dios Sol, Ra, en su barca solar; renaciendo como estrella inmortal o circumpolar; o identificándose con Osiris, el dios de los muertos. Los espíritus de egipcios menos exaltados también podían continuar existiendo después de la muerte, pero estaban obligados a morar en cercana proximidad con el cadáver enterrado en su tumba, creencia que condujo a las clases superiores a construir tumbas que fueran lo más grandes y cómodas posible. Después de todo, nadie querría vivir toda la eternidad acurrucado en una tumba exigua, una especie de pozo sucio e incómodo.

Gradualmente, después del derrumbamiento de la autoridad central a finales del Imperio Antiguo, muchas de las prerrogativas religiosas que hasta entonces habían sido exclusivamente reales pasaron a la gente ordinaria. En consecuencia, la supervivencia que en el Imperio Medio les esperaba a todos en el otro mundo dependía de la identificación del difunto, ya fuera varón o hembra, con Osiris muerto. Ahora bien, todos eran elegibles como súbditos del infierno, el reino de Osiris, contrapartida directa del mundo de los vivos gobernado por el faraón, Horus vivo. Esta imagen más bien restringida del cielo fue ampliándose lentamente hasta convertirse en el Más Allá del Imperio Nuevo, el «Campo de Cañaverales» o «Campo de los Ofrecimientos», tierra de placer y abundancia gobernada también por Osiris.

Este Más Allá era casi una réplica exacta de la vida rural terrena aunque muchísimo mejor. Era un lugar donde los vegetales eran más altos, el ganado se cebaba mejor y los peces del río estaban pidiendo a gritos que los atraparan. Todos los que allí vivían eran jóvenes, estaban pujantes y eran atractivos, iban vestidos con blancos y limpios ropajes de lino, adornados con centelleantes alhajas y saboreaban manjares deliciosos en un país donde la cerveza y el vino fluían como el agua del Nilo. Era evidente que la vida en el Campo de los Cañaverales era francamente apetecible. Desgraciadamente uno no entraba automáticamente en lugar tan deleitoso ni tampoco tenía franqueada la entrada en él por el simple hecho de haber llevado una vida virtuosa o devota en la tierra. La entrada en el Más Allá se hacía solamente por examen y mediante un estricto sistema de control. Los que eran rechazados no tenían una segunda oportunidad.

> «No te dejaré pasar a través de mí a menos que me digas mi nombre», decía la jamba de la puerta.
>
> «En el Lugar de la Verdad la plomada es tu nombre».
>
> *Extracto del* Libro de los Muertos, *Imperio Nuevo*

Después de la muerte, el espíritu del difunto se embarcaba en un largo y fantástico viaje durante el cual atravesaba un surrealista laberinto de salas, cámaras y puertas donde debía enfrentarse al reto de contestar a una sucesión de complejas preguntas que le planteaban los porteros o, lo que ya es más extraño, las propias puertas. Los que conseguían atravesar aquel laberinto comparecían ante un tribunal de los dioses donde un estricto examen *viva voce* permitía al viajero hacer una serie de ceremoniosos discursos con los que justificaba su propia vida: «He dado pan al que tenía hambre y agua al que tenía sed, vestidos al que estaba desnudo y una barca a los que no la tenían». A manera de prueba final, se pesaba el corazón del difunto en una balanza en cuyo platillo opuesto se colocaba la pluma, que simbolizaba el *maat*, a fin de que los dioses pudieran decidir si la persona en cuestión era limpia de corazón. Sólo aquellos que triunfaban sobre todos estos azares podían acceder a la vida perpetua en el Campo de los Cañaverales. Los que no cubrían los requisitos exigidos eran condenados a una segunda muerte, aterradora y permanente.

Con todo, la entrada en el Más Allá no dependía solamente de un buen examen. Como ya hemos hecho notar, los egipcios eran un pueblo muy práctico que no quería dejar nada al azar. Así pues, tenían la precaución de

proveer sus tumbas con una serie completa de preguntas y respuestas que sabían que les plantearían en el viaje que emprenderían después de la muerte, con lo que les facilitaban un pasaporte que les franquearía las delicias del otro mundo. Dado que los dioses no desaprobaban una trampa tan flagrante como ésta, los ricos tenían asegurado el renacimiento en el Campo de los Cañaverales. Durante el Imperio Medio esta guía hacia el Más Allá adoptó la forma de un conjunto de hechizos y encantamientos que habían evolucionado a partir de los *Textos de las Pirámides Reales*, del Imperio Antiguo, y que estaban grabados o pintados en los costados de los ataúdes. En el Imperio Nuevo se proveía a los difuntos de su ejemplar personalizado de *Los Capítulos de la Aparición de Día*, rollo de papiro ilustrado que contenía una extensa colección de hechizos, rituales, preguntas y respuestas que se conoce más familiarmente como *El Libro de los Muertos*.[5] Las personas más acomodadas de la sociedad poseían su ejemplar personal de *El Libro de los Muertos*, mientras que los que no eran tan ricos compraban rollos producidos masivamente, ya fuera para hombres o para mujeres, en los que había unos espacios en blanco colocados a intervalos regulares donde había que poner el nombre y los títulos correspondientes. De cuando en cuando había confusiones y se enterraba a mujeres con rollos destinados originariamente a hombres.

> Ésta es la manera cómo celebran los lutos y los entierros. En ocasión de la muerte en una casa de un hombre de rango, las mujeres de la familia proceden a embadurnarse la cabeza de barro y a veces incluso la cara. Después dejan el cadáver dentro de la casa, se lanzan a la calle y deambulan por la ciudad con el vestido atado con una faja y los pechos desnudos mientras se van golpeando al tiempo que caminan. Se les unen todos sus parientes femeninos, que hacen lo mismo. Los hombres, vestidos de forma parecida, también se golpean el pecho. Terminadas estas ceremonias, trasladan el cadáver para que lo embalsamen.
>
> *Herodoto*

Los egipcios no fueron el único pueblo de la antigüedad que creía en la existencia del Más Allá. De hecho, puede decirse que la repugnancia que inspira la posibilidad de que la muerte pueda ser el final absoluto de todo es prácticamente universal. Sin embargo, los egipcios fueron los únicos que creían que la supervivencia de los restos físicos del difunto era casi un requisito previo para la supervivencia del espíritu o fuerza vital. Al morir,

salían dos espíritus del cadáver, el Ka y el Ba. El Ka se quedaba junto al cadáver en la tumba mientras que el Ba estaba en libertad de abandonarla en forma de pájaro con cabeza humana. Al mismo tiempo, un tercer aspecto del alma, enteramente diferente, se embarcaba en el trabajoso viaje hacia el Más Allá. Sin embargo, tanto el Ka como el Ba necesitaban volver al cuerpo. Si se destruía el cadáver, también se destruía a los espíritus y ya no había esperanza de proseguir la vida, aunque en caso de apuro podían instalarse en un cuerpo sustituto que hasta podía ser una estatua o incluso una pintura del muro de una tumba. Esta creencia profundamente arraigada que condujo al desarrollo de elaborados rituales funerarios, entre ellos la momificación, tenía como finalidad básica la conservación del cadáver por toda la eternidad.

Por irónico que resulte, los que ponían más empeño y pagaban más para proteger sus cadáveres eran aquellos sobre los que se cernía con más fuerza la amenaza de la descomposición. Los más pobres, que durante los Periodos Dinásticos continuaron enterrándose sin ataúdes en las sencillas tumbas de los cementerios del desierto, quedaban desecados de una forma natural por las cálidas arenas y permanecían relativamente bien conservados y con apariencia más natural, aunque algo marchita. Lo que impidió el contacto directo entre el cadáver y la arena fue la introducción del ataúd de madera y de la tumba revestida de madera o de barro, cuya finalidad probablemente era proteger el cadáver frente al relleno de la tumba, pero que retenía la humedad cerca del cuerpo y propiciaba la putrefacción. Desgraciadamente tanto los ataúdes como las tumbas pasaron a convertirse muy pronto en componentes esenciales de un entierro muy de moda. La tumba servía de protección contra los ladrones, como almacén de los objetos que se guardaban en ella y, lo que era más importante de todo, como sede permanente del alma, mientras que el ataúd contenía los hechizos vitales necesarios para devolver el difunto a la vida. La descomposición resultante del muerto era evidente, por lo que llevó a acometer ingeniosos intentos de conservar el cadáver de una forma reconocible.

Durante el Periodo Dinástico mejoraron notablemente las técnicas de momificación por lo que, aunque al principio del Imperio Antiguo la mayoría de cadáveres embalsamados continuaron descomponiéndose, a mediados del Imperio Nuevo la mayoría de enterradores profesionales estaban en condiciones de preparar los cadáveres de modo que su aspecto tuviera una gran naturalidad. Los primeros intentos de preservar el cadáver habían fallado porque no se habían retirado los tejidos blandos y los cadáveres semidesecados estaban simplemente envueltos en vendajes de lino y con los

órganos internos en fase de descomposición. Como los cadáveres sometidos a este tratamiento se desintegraban, se utilizó resina o yeso para endurecer los vendajes, pese a lo cual el cuerpo aprisionado dentro de este envoltorio se pudría rápidamente aunque la dureza exterior daba una falsa impresión de naturalidad. Hasta la IV dinastía los embalsamadores no comenzaron a hacer experimentos con la extracción de las vísceras y a desecar y rellenar la cavidad del cuerpo. Estos experimentos prosiguieron hasta que, con la XXI dinastía, el arte de la momificación alcanzó su punto culminante.

Herodoto nos dice que los buenos enterradores del Imperio Nuevo ofrecían todo un abanico de servicios a sus clientes. El método que mejor resultado daba y, por supuesto, también el más caro, exigía que se hubiera extraído previamente del cadáver el cerebro y los intestinos antes de someterlo a un laborioso proceso de desecación con polvo seco de natrón. Las cavidades del cuerpo se rellenaban con trapos y resina y se vendaba meticulosamente todo el cuerpo. La operación completa duraba setenta días. En general, los embalsamientos más baratos eran los menos efectivos. El tratamiento de «segunda» clase comportaba la inyección de fluidos que disolvían las partes blandas del cuerpo sin necesidad de abrir el estómago, mientras que:

> … el tercer método de embalsamamiento, aplicado a las clases más pobres, consistía en extraer los intestinos con un clister y dejar después el cadáver sumergido en natrón por espacio de setenta días, después de los cuales se entregaba a aquellos que debían hacerse cargo de él.
>
> *Herodoto*

Terminada la larga estancia en la casa donde se practicaba el embalsamamiento, se colocaba el cadáver, cuidadosamente vendado y perfumado, en un ataúd donde aguardaría el entierro acorde con el rango del difunto. Al igual que en los tiempos modernos, el entierro era una indicación identificable de inmediato de la posición social del difunto. Un «buen» entierro daba prestigio a la familia y al mismo tiempo rendía respetuoso tributo al muerto. Por lo tanto, aunque la mayoría de egipcios celebraban una ceremonia relativamente sencilla seguida del entierro en el cementerio local, las familias acomodadas se costeaban las ceremonias fúnebres más elaboradas y ostentosas que podían permitirse. Si el Más Allá al principio sólo era accesible al rey, el funeral egipcio tradicional se reservaba también al uso exclusivo del monarca antes de ser usurpado gradualmente por la nobleza.

Este origen real no cayó nunca en el total olvido y las pinturas tumbales que reproducen funerales a menudo presentan a oferentes que llevan enseñas reales como coronas y cetros, no literalmente apropiados a la posición del difunto.

Las prácticas funerarias específicas fueron variando en épocas diferentes y también en lugares diferentes del país, de acuerdo con las tradiciones locales, si bien las ideas básicas se mantuvieron constantes. Se escoltaba al difunto hasta su nueva casa, se recurría a la magia para asegurarse de que renacería y se clausuraba la tumba para protegerla de intrusos. Todo el funeral tebano se desarrollaba de acuerdo con un prolijo ritual que constaba de cuatro fases básicas: la manifestación de duelo en la orilla oriental del Nilo, el trayecto a través del río, la procesión hasta la necrópolis y la llegada al lugar de la sepultura. Cada estadio constaba de sus actos y hechizos religiosos particulares y estaba presidido por uno de los diferentes sacerdotes que desempeñaban diversos papeles en la identificación del difunto con Osiris muerto. Escoltaban el cortejo fúnebre nueve funcionarios y en la puerta del sepulcro había varios danzarines varones que acogían la procesión con una danza ceremonial. Se realizaba allí la ceremonia vital e importante de la «Apertura de la Boca» y durante la misma se utilizaban instrumentos mágicos para tocar la boca de la momia o su sarcófago antropomorfo al objeto de devolver ciertas facultades al difunto que le permitirían respirar y comer en la otra vida. Las participantes femeninas más importantes de este ritual eran las *djeryt*, dos mujeres que acompañaban al cadáver y que representaban a Isis y a Nefthys, las fieles hermanas de Osiris que habían adoptado la forma de milanos para poder buscar los restos desperdigados del cuerpo de su hermano. Parece que la función de las *djeryt* había sido totalmente pasivo y que su puesto era adoptado a veces por grandes figuras femeninas de madera provistas de grandes alas protectoras de pájaro en lugar de brazos. La apesadumbrada familia seguía el cortejo fúnebre hasta la tumba y su número iba aumentando progresivamente con grupos de plañideras pagadas y criados de la familia, que transportaban los muebles que el difunto necesitaría usar en el Más Allá.

Los ritos funerarios que se celebraban en esta misma época en la ciudad septentrional de Menfis nos han dejado muchos menos restos arqueológicos que desentrañar. Sabemos, sin embargo, que cerca de la tumba se levantaban una especie de pabellones o refugios provisionales cuya finalidad era ofrecer alojamiento a la fiesta funeraria atendida por plañideras y sacerdotes. Seguía a la misma un rito conocido como «rotura de vasijas rojas» en el que, como

explica su nombre, se destruían los recipientes que se habían utilizado en la fiesta.

El hijo primogénito desempeñaba un importante papel en el entierro de su padre. Según la leyenda, Horus, fiel hijo y heredero de Osiris, vengó el asesinato de su padre y realizó ritos funerarios antes de subir al trono. Tomando este precedente como conclusión lógica, los egipcios acabaron por creer que la persona que se encargaba de los ritos del entierro se convertiría en el heredero reconocido del difunto, hasta el punto de que un hombre que tuviera alguna reivindicación legal dudosa con respecto a su herencia podía consolidar su posición llevando a cabo la necesaria ceremonia. Parece que la ley egipcia válida era: «… que los bienes pasen a aquel que hace el entierro». Por consiguiente, los reyes egipcios tenían buen cuidado de ofrecer un entierro digno a su predecesor, no ya por un sentido de decencia natural sino por el deseo práctico de prestar fuerza a sus aspiraciones al trono. Aun cuando era de desear que de los ritos funerarios se encargara un hijo, se trataba de un deber que se podía delegar a un sacerdote pagado sin que aquel perdiera su derecho a heredar, del mismo modo que posteriormente podía encargarse a un delegado de cuidar de la tumba y de hacer los ofrecimientos diarios al difunto. También era posible, aunque quizá no tan deseable, que fuera una hija o la esposa la que organizara el entierro. Se trataba sin duda de un acto caro; el funeral de Huy, habitante de Deir el-Medina, fue financiado, por ejemplo, por su esposa Iy, que tuvo que venderse una casa para reunir el dinero necesario para costearlo. Menos mal que Iy pudo resarcirse de la inversión heredando los bienes de su difunto marido. Durante el Periodo Romano el entierro tradicional, incluida la momificación, llegó a ser tan caro que la cuestión de quién debía costearlo podía dar motivo a encendidas discusiones entre los familiares. Algunos testamentos incluso tenían cláusulas que precisaban que los hijos deberían pagar el coste del entierro antes de entrar en posesión de la herencia y no era raro que hermanos y hermanas recurrieran a acuerdos legales en los que detallaban exactamente con qué cantidad contribuiría cada uno a los gastos originados por el entierro del padre o de la madre.

> Su amada esposa que participa de sus bienes, el Único Ornamento Real, la Sacerdotisa de Hator, Demyosnai, la que sabe hablar bien. Aquella que hace el ofrecimiento de pan blanco, la que gusta en todos los aspectos y la que complace el corazón en todo lo que uno podría desear. La hermana-de-la-mansión, elogiada por Hator, Señora de Dendera, Demyosnai.
>
> *De la estela funeraria del carnicero Merer,*
> *Imperio Medio*

Tan sólo los miembros más privilegiados de la sociedad podían permitirse la construcción de complicadas tumbas de piedra tallada, por lo que no nos sorprende que sean muy pocas las mujeres que ocupaban prestigiosas tumbas por derecho propio. La propiedad de la tumba reflejaba con exactitud el clima social y habría resultado imposible para la mayoría de mujeres reunir el dinero necesario para costear un monumento de aquellas características. A menudo se adjudicaba a las esposas, madres e hijas de la realeza, tumbas separadas próximas a la del rey, si bien estas sepulturas, normalmente mucho menos imponentes que la principal, deben verse en realidad como una prolongación del complejo funerario del rey. Incluso allí donde las dos tumbas están completamente separadas entre sí y separadas también del templo mortuorio real, como es el caso del Valle de los Reyes y del de las Reinas del Imperio Nuevo, es difícil decidir si hay que interpretar la tumba de la reina como una ampliación del complejo funerario del rey, como un monumento aparte que refleja la importancia de la reina o incluso como un monumento aislado que representa la menor importancia de la reina, que ya no era digna de ser enterrada con su marido.

A la mayoría de mujeres, por su condición de esposas o hijas, se las incluía en las tumbas de piedra tallada, en cuyo caso la sepultura del varón ocupaba por su relevancia un lugar de precedencia natural, en tanto que la mujer desempeñaba un papel secundario, como lo habría tenido en casa de su marido o de su padre. Conviene observar que la decoración de estas tumbas compartidas hace referencia casi exclusiva al varón difunto y a su supervivencia en el Más Allá y que el texto que figura en los muros se centra en su vida y hechos y sólo hace una referencia casual a las actividades de su esposa. Parece que se esperaba de la mujer que entraría en el Más Allá no como una persona por derecho propio sino como parte del entorno de su marido. Como ya se ha dicho, en casi todas las escenas de las tumbas se concedía a las mujeres un papel pasivo, hasta el punto de que es frecuente que la única vez que puede verse a una mujer actuando independientemente de su marido es cuando se la representa condoliéndose de la muerte de éste en su entierro. No hay testimonio de ninguna escena en la que un viudo dé muestras de dolor por la muerte de su esposa.

> No retrases la construcción de tu tumba en las montañas, no sabes cuánto tiempo vas a vivir.
>
> *Consejo de un escriba del Periodo Tardío*

La mayoría de mujeres eran enterradas en tumbas individuales excavadas en las arenas del desierto, donde se encontraba el cementerio del pueblo. Estos cementerios locales se mantuvieron en uso durante periodos de tiempos muy largos y fueron ampliándose y desplazándose lentamente a medida que aumentaba el número de entierros, por lo que las tumbas del Periodo Tardío podrían estar situadas a una cierta distancia del lugar donde estuvo originariamente el cementerio del Imperio Antiguo. Dentro del cementerio las tumbas de personas más humildes se encontraban dispuestas alrededor de las de importantes dignatarios locales, más impresionantes que las primeras, o simplemente excavadas en espacios vacantes del desierto, situados en las inmediaciones. Se marcaba entonces la situación de cada tumba de la clase media con una simple estela de madera o de piedra o a veces con una superestructura tumbal más llamativa. Parece que las tumbas de los campesinos analfabetos no ostentaban ninguna señal.

Las costumbres locales observadas en los entierros fueron evolucionando a medida que avanzaba el Periodo Dinástico, si bien la mayoría de entierros incluían siempre un ataúd de madera y todo un conjunto de diferentes objetos. Algunos eran específicos de un determinado sexo, de modo que si las vasijas de arcilla y de piedra o los reposacabezas de madera tanto podían figurar en las inhumaciones de hombres como en las de mujeres, había ciertos objetos como espejos y determinadas joyas que sólo se encuentran en tumbas de mujeres. Ayrton y Loat, que dirigieron la excavación de la necrópolis de Abydos, del Imperio Antiguo, nos han dejado una descripción detallada de la recuperación de una mujer enterrada, prácticamente intacta. Vale la pena citar su descripción, sumamente detallada, ya que nos ofrece una visión auténtica de las facetas prácticas de un entierro de una mujer egipcia corriente:

> El esqueleto (una mujer) estaba tendido sobre el lado izquierdo, con la cabeza dirigida hacia el noroeste, los brazos a los lados y las rodillas ligeramente levantadas. Bajo la sien izquierda había restos de una almohada de madera.
>
> Tenía delante de la cara un gran jarrón de alabastro, detrás de la cabeza una vasija plana de arcilla roja con asas y en la nuca un pequeño recipiente de arcilla roja bruñida. Tenía colocado delante del pecho un gran espejo de cobre con un mango de madera en forma de loto, detrás de las rodillas una gran vasija de arcilla roja bruñida y una aguja de cobre. Rodeándole el cuello llevaba dos sartas de abalorios de esteatita vidriada, una con un gran abalorio de cornalina en el centro y la otra con un sello

en forma de botón de esteatita con la figura de un avispón tallado en la parte anterior.

Sobre la tapadera del ataúd y a la altura de las rodillas tenía colocado un pequeño jarrón de arcilla roja y contra la parte exterior del ataúd y al pie del mismo se apoyaba un gran jarrón globular de arcilla basta, cuya boca estaba cubierta por un cuenco de arcilla roja bruñida, provisto de espita y colocado en posición invertida.[6]

Como los egipcios estaban profundamente convencidos de la existencia de fantasmas y espíritus, la muerte no significaba necesariamente para ellos que la comunicación entre marido y mujer hubiera cesado para siempre, por lo que era bastante corriente que el cónyuge superviviente escribiera al cónyuge difunto y solicitara su intercesión en algún problema personal o doméstico. En el capítulo 2 se ha citado una carta correspondiente a los tiempos de la XIX dinastía escrita por un marido que creía que su esposa difunta lo acechaba. Otra carta similar, escrita durante el Imperio Medio en la superficie de un cuenco rojo, solicita al sacerdote Intef, marido de la viuda Dedi, que use de su influencia para ahuyentar a los espíritus del mal que ponen enferma a la camarera de su esposa: «Como no me ayude en este asunto, su casa quedará destruida… luche por ella y vigílela, sálvela de los que le hacen daño». Este cuenco debió de usarse como vasija de ofrecimiento en la tumba de Intef. Es menos contundente en su expresión la estela del Imperio Medio ofrecida por Merirtifi a su esposa difunta Nebitef, en la que le pide que lo asista en su enfermedad. Le promete que, si se le aparece en sueños, acrecentará su culto funerario:

… Mira, soy tu amado en la tierra, lucha por mí e intercede en mi favor… Aparta la enfermedad de mis miembros. Ojalá que te presentes como una bienaventurada ante mí, que yo pueda verte luchando por mí en mis sueños.

Los muertos, a su vez, se comunicaban con los vivos a través de sus estelas funerarias: las piedras o placas conmemorativas colocadas en la necrópolis o en el templo y que normalmente llevaban escrita alguna información autobiográfica junto con la petición de que los paseantes repitiesen alguna oración para perpetuar el bienestar de los difuntos. Por supuesto que era prerrogativa del marido erigir una estela a su esposa muerta y era él quien elegía el texto correspondiente. La estela de Taimhotep, una

dama que vivió y murió durante el Periodo Grecorromano, es insólita porque nos proporciona ciertos detalles sobre su vida y su temprana muerte. Nos dice que se casó a los catorce años y que tuvo tres hijas y un hijo largo tiempo esperado antes de morir a la edad de treinta años. El texto prosigue lamentándose del destino cruel que la ha arrebatado a su amado esposo e hijos, reflejando en el tono el estilizado pesimismo ante la muerte habitual en los Periodos Tardío y Grecorromano:

> Oh, hermano mío, marido mío. Mi amigo y sumo sacerdote. No te canses de beber y comer, de beber en abundancia y de amar… En Occidente está el país del sueño, donde la oscuridad deja sentir su peso allí donde se mora. Los que viven allí duermen como las momias. No se despiertan para ver a sus hermanos y no pueden ver a sus padres ni a sus madres. Sus corazones se olvidan de sus esposas y sus hijos… Vuelve mi cara al viento del norte junto al borde del agua. Quizá entonces se aliviará el sufrimiento de mi corazón.

Acontecimientos históricos

Años Antes de Jesucristo	CRONOLOGÍA LOCAL EGIPCIA	EGIPTO
3000	Periodo Arcaico (I-II dinastías)	Unificación de Egipto Reina Neith-Hotep
2500	Imperio Antiguo (III-VI dinastías)	Pirámide escalonada de Djoser en Sakkara Gran Pirámide de Jufu en Gizeh
2000	Primer Periodo Intermedio (VII-XI dinastías)	
	Imperio Medio (XI-XIII dinastías)	Los reyes tebanos reunifican Egipto La reina Sobek-Nofru
1500	Segundo Periodo Intermedio (XIV-XVII dinastías)	Los reyes hicsos del Egipto norte
	Imperio Nuevo (XVIII-XX dinastías)	Reina Hatsepsut Reina Nefertiti Tutankamón Ramsés II
1000	Tercer Periodo Intermedio (XXI-XXV dinastías)	INICIO DE LA EDAD DEL HIERRO Reyes de Tanis Reyes nubios
500	Periodo Tardío (XXVI-XXXI dinastías)	
	Periodo Tolemaico	ALEJANDRO Egipto pasa a formar parte del Imperio romano
A.D.O.		

PRÓXIMO ORIENTE	EUROPA
Sargón funda el Imperio de Acad	Alineaciones de megalitos de Carnac, Francia
Advenimiento de Ur	Fase principal de construcción de Stonehenge, Inglaterra
Hammurabi rey de Babilonia	Periodo de los palacios de la Creta minoica
	Destrucción de la Creta minoica Advenimiento de la civilización micénica en el Egeo
DEL HIERRO EN EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL	
Salomón construye el templo de Jerusalén Imperio asirio	Fecha tradicional de la fundación de Roma
Nabucodonosor y el Imperio babilónico	Batalla de Maratón Se construye el Partenón en Atenas
MAGNO	
Imperio parto en Persia	

Bibliografía

Muchos libros y artículos incluyen importante información que puede contribuir a la comprensión de la vida de la mujer egipcia. Sin embargo, esta información suele ser una pequeña parte de un estudio más general, y hay muy pocos trabajos dedicados exclusivamente a cuestiones relacionadas con la mujer. Las referencias que se citan más abajo incluyen algunas de las publicaciones más importantes y accesibles, dándose preferencia a las escritas en inglés. Todos estos trabajos incluyen bibliografías de interés para los que buscan referencias más detalladas sobre temas específicos. Las referencias más concretas sobre puntos que aparecen en el texto han sido incluidas en las notas.

La arqueología referente a la mujer

Cameron, A. & Kuhrt, A., eds., *Images of Women in Antiquity*, Croom Helm, Londres, 1983.

Clark, G., *Women in the Ancient World*, New Surveys in the Classics 21, Oxford University Press, Oxford, 1989.

Desroches-Noblecourt, C., *La Femme au Temps des Pharaons*, Stock/Laurence Pernoud, París, 1986.

Lesko, B. S., ed., *Women's Earliest Records From Ancient Egypt and Western Asia: Proceedings of the Conference on Women in the Ancient Near East, Brown University*, Brown Judaic Studies 166, Scholars Press, Atlanta, 1987.

Moore, H. L., *Feminism and Anthropology*, Polity Press, Oxford, 1988.

Pomeroy, S. B., *Women in Hellenistic Egypt*, Schocken Books, Nueva York, 1984.

Watterson, B., *Women in Ancient Egypt*, Alan Sutton, Stroud, 1991.

Wenig, S., *The Woman in Egyptian Art*, traducido por Fisher, Edition Leipzig, Leipzig, 1969.

Observadores contemporáneos y modernos

Atiya, N., *Khul-Khaal: five Egyptian women tell their stories,* American University in Cairo Press, El Cairo, 1984.

Blackman, W. S., *The Fellahin of Upper Egypt*, Harrap, Londres, 1927.

Breasted, J. H., *The Edwin Smith Medical Papyrus*, University of Chicago Press, Chicago, 1930.

Diodorus Siculus, *Bibliotheca Historica*, traducido por Oldfather, C. H. & Sherman C. L., Loeb Classical Library, Nueva York, 1933-1967.

Ebbell, B., *The Papyrus Ebers*, Levin & Munksgaard, Copenhague, 1937.

Griffith, F. L., *Hieratic Papyri from Kahun and Gurob*, Bernard Quaritch, Londres, 1898.

Herodoto, *The Histories*, Traducido por A. de Selincourt, revisado con la introducción y las notas de A. R. Burn, Penguin Books, Londres, 1983.

James, T. G. H., *The Hekanakhte Papers and other early middle documents,* Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1962.

Lichtheim, M., *Ancient Egyptian Literature I: The Old and Middle Kingdoms*, University of California Press, Los Angeles, 1973.

Lichtheim, M. *Ancient Egyptian Literature II: The New Kingdom*, University of California Press, Los Ángeles, 1976.

Lichtheim, M. *Ancient Egyptian Literature III: The Late Period*, University of California Press, Los Ángeles, 1980.

Parkinson, R. B., *Voices from Ancient Egypt: an anthology of Middle Kingdom writings*, British Museum Press, Londres, 1991.

Rugh, A. B., *Reveal and Conceal: dress in contemporary Egypt*, American University in Cairo Press, El Cairo, 1986.

Simpson, W. K., ed., *The Literature of Ancient Egypt: an anthology of stories, instructions and poetry*, Yale University Press, New Haven, 1972.

Strabo, *The Geography of Strabo VII*, traducido por H. L. Jones, Loeb Classical Library, Nueva York, 1932.a

Watson, H., *Women in the City of the Dead*, Hurst & company, Londres, 1992.

Historia y geografía

Aldred, C., *Akhenaten and Nefertiti*, Brooklyn Museum, Nueva York, 1973.
Baines, J. & Malek, J., *Atlas of Ancient Egypt*, Facts on File, Nueva York, 1980.
Brovarski, E., Doll, S. K. & Freed, R. E., eds., *Egypt's Golden Age: the art of living in the New Kingdom*, Museum of Fine Arts, Boston, 1982.
Emery, W. B., *Archaic Egypt*, Penguin, Londres, 1961.
Gardiner, A., *Egypt of the Pharaohs*, Oxford University Press, Oxford, 1961.
Hayes, W. C., *The Scepter of Egypt Vol I: from earliest times to the end of the Middle Kingdom*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1953.
Hayes, W. C., *The Scepter of Egypt Vol II: the Hyksos Period and the New Kingdom*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1959.
Kemp, B. J., *Ancient Egypt: anatomy of a civilization*, Routledge, Londres, 1989.

Vida diaria

Bourriau, J., *Pharaohs and Mortals: Egyptian art in the Middle Kingdom*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.
James, T. G. H., *Pharaoh's People: scenes from life in Imperial Egypt*, Oxford University Press, Oxford, 1984.
Janssen, R. M. & Janssen, J., *Growing Up in Ancient Egypt*, The Rubicon Press, Londres, 1990.
Manniche, L., *Sexual Life in Ancient Egypt*, Kegan Paul International, Londres, 1987.
Morenz, S., *Egyptian Religion*, traducido por A. Keep, Methuen, Londres, 1973.
Spencer, A. J., *Death in Ancient Egypt*, Penguin Books, Londres, 1982.
Stead, M., *Egyptian Life*, British Museum Publications, Londres, 1986.

Wilkinson, K., *Ancient Egyptian Jewellery*, Methuen, Londres, 1971.

Láminas

A continuación listamos las fotografías originales de 1904 y 1907-1909 de los objetos encontrados por el profesor John Garstang en las excavaciones de Beni Hassan y de Abydos. Agradecemos a la profesora Slater, de la Universidad de Liverpool, que nos haya autorizado a publicar estas fotografías inéditas hasta hoy.

1. Estela del Primer Periodo Intermedio que muestra a Hetepi y Bebi, hijas del administrador Sennedjsui. (Museo Bolton.)
2. Elaborado vestido y tocado de una dama del Imperio Nuevo. (Tumba de Ramsés, Tebas.)
3. Estatua de un matrimonio del Imperio Antiguo. (Museo egipcio, El Cairo.)
4. Estela de Iteti acompañado de sus tres esposas y de dos de sus hijas. (Museo egipcio, El Cairo.)
5. Estela de una familia del Imperio Medio donde se ve al ayudante del escriba Iy junto con su esposa, sus hijos y sus padres. Se desconoce qué papel tienen las «Seis Mujeres de la Casa» que figuran en la parte baja de la estela. (Museo Bolton.)
6. Estatuilla del Imperio Medio que representa a una enana con un niño apoyado en la cadera. (Universidad de Liverpool.)
7. El dios enano Bes. (Templo grecorromano de Dendera.)
8. Fragmento de una varilla mágica de marfil con decoración de deidades protectoras. (Universidad de Liverpool.)
9. Figuras tumbales de madera que representan a dos sirvientas que acarrean una caja y dos patos cada una. (Garstang, Beni Hassan.)
10. Muñecas de cuerda del Imperio Medio propiciadoras de la fertilidad. (Garstang, Beni Hassan.)
11. Escoba y cesta de caña, artículos típicos de las casas del Imperio Nuevo. (Universidad de Liverpool.)
12. a y 12b. Cesta grande que contiene un taburete plegable. (Garstang, Beni Hassan.)

13. Damas del Imperio Nuevo en actitud de escuchar a un músico. (Escena de una tumba de Sakkara.)
14. Estatua de madera de una *djeryt*. (Universidad de Liverpool.)
15. La reina Kawit, del Imperio Medio, se atusa por la mañana, según muestra su sarcófago. (Museo egipcio, El Cairo.)
16. Navaja de bronce con asa en forma de cabeza y cuello de pato. (Universidad de Liverpool.)
17. Espejo de bronce con mango en forma de loto. (Universidad de Liverpool.)
18. Reproducciones de sandalias procedentes de una tumba del Imperio Medio. (Garstang, Beni Hassan.)
19. Brazalete de marfil y pizarra de la reina Neith-Hotep, procedente de una tumba de Nagada. (Universidad de Liverpool.)
20. Tarros de cosméticos del Imperio Medio, pulverizador y aplicadores. (Garstang, Beni Hassan.)
21. La reina Nefertiti en forma de diosa Hator en la fachada del templo de Abu Simbel.
22. La reina Hatsepsut recibe la corona *ibs* real de manos del dios Amón-Ra. (Escena de la «Capilla Roja» de Hatsepsut, Karnak.)
23. El templo funerario de la reina Hatsepsut en Deir el-Bahri, Tebas.
24. La «Esposa del Dios Amón», posiblemente Amenirdis I. (Medinet Habu, Tebas.)
25. La diosa Hator y el dios Ra con cabeza de halcón. (Tumba de Nefertiti, Valle de las Reinas.)
26. La momia de la dama Ray. (De Elliot Smith, G., *Catalogue General des Antiquités Égyptiennes: The Royal Mummies*, Institut Français d'Archéologie Oriental, El Cairo, 1912, Lámina 6.)
27. Tumba de una dama rica del Imperio Nuevo. (Garstang, Abydos.)

Figuras

1. Mujer que acarrea mercancías (según Wild, H., *Le Tombeau de Ti*, II, Institut Français d'Archéologie Oriental, El Cairo, 1953, lámina 105).
2. La reina Meresanj se pasea en barca por los marjales en compañía de su madre, la reina Heteferes (según Dunham, D. y Simpson, W. K., *The Mastaba of Queen Merysankh III*, Museum of Fine Arts, Boston, 1974, fig. 4).
3. Mujeres que luchan en las calles (según Petrie, W. M. F., *Deshasheh*, Egypt Exploration Society, Londres, 1898, lámina 4).
4. Estatua de marido y mujer (según Hornemann, B., 1951-1969 *Types of Egyptian Statuary*, Munksgaard, Copenhague, 1191).
5. Estela del niño Mery-Sejmet en brazos de su madre, cuyo nombre ignoramos (según *Hieroglyphic Texts from Egyptian Stelae etc. in the British Museum*, British Museum Publications, 1914, lámina 50).
6. Mujeres extranjeras con sus hijos (según Bouriant, V., *Le Tombeau de Harmhabi*, Mémoires Mission Archéologique Français au Caire, París, 1893, lámina 4).
7. Vasija en forma de figura de la fertilidad (según Hornemann, B., 1951-1969, *Types of Egyptian Statuary*, Munksgaard, C openhague, 11836).
8. Una prostituta entregada a prácticas sexuales con un cliente (según Omlin, J. A., *Der Papyrus 55001*, Edizioni d'Arte Fratelli, Turín, 1973, lámina 13).
9. Una prostituta se pinta los labios (según Omlin, J. A., *Der Papyrus 55001*, Edizioni d'Arte Fratelli, 1973, lámina 13).
10. La diosa Taweret (según Hornemann, B., 1951-1969, *Types of Egyptian Statuary*, Munksgaard, Copenhague, 929).
11. La diosa Hécate (según Naville, E., *The Temple of Deir el-Bahari*, Egypt Exploration Society, Londres, 1896, lámina 48).

12. Corte transversal y plano de una casa típica de Deir el-Medina (según James, T. G. H., *Pharaoh's People*, Oxford University Press, 1984, fig. 24).
13. Mujer que acarrea provisiones para su familia (según Wild, H., *Le Tombeau de Ti*, II, Institut Français d'Archéologie Oriental, El Cairo, 1953, lámina 50).
14. Mujer ocupada en cocer pan (según Homemann, B., 1951-1969, *Types of Egyptian Statuary*, Munksgaard, Copenhague, 1011).
15. Dos mujeres del Imperio Nuevo servidas por una criada en un banquete (según Davies, N. de G., *Private Tombs at Thebes: scenes from some Theban tombs*, vol. 4, Oxford University Press, 1963, lámina 6).
16. Mujer que vomita en un banquete (según Davies, N. de G., *Private Tombs at Thebes: scenes from some Theban tombs*, Vol. 4, Oxford University Press, 1963, lámina 18).
17. La diosa Seshat (según Bonnet, H., *Reallexikon der Ägyptischen Religionsgeschichte*, Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1952, fig. 399).
18. Jeroglíficos primitivos de Deir el-Medina (según Bruyère, B., *Rapport sur les Fouilles de Deir el-Medineh*, Institut Français d'Archéologie Oriental, El Cairo, 1937, fig. 32).
19. Banda de mujeres que amenizan un banquete (según Davies, N. de G., *Private Tombs at Thebes: scenes from some Theban tombs*, vol. 4, Oxford University Press, 1963, lámina 6).
20. Grupo de mujeres en procesión (según Davies, N. de G., *The Tomb of Neferhotep at Thebes*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1933, lámina 18).
21. Plañideras de la tumba de Neferhotep (según Davies, N. de G., *The Tomb of Neferhotep at Thebes*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1933, lámina 22).
22. Trueque en el mercado (según Scheil, V., *Tombeaux Thébains, Le Tombeau d'Apoui*, Leroux, París, 1894, lámina 2).
23. Mono guardián adiestrado en el momento de apresar un ladrón (según Moussa, A. M. y Altenmuller, H., *Das Grab des Nianchchnum und Chnumhotep*, P. von Zabern, Mainz am Rhein, 1977, Abb. 10).
24. Reina del Imperio Antiguo que luce una llamativa peluca roja y amarilla y posiblemente las hombreras más antiguas del mundo (según Dunham, D. y Simpson, W. K., *The Mastaba of Queen Merysankh III*, Museum of Fine Arts, Boston, 1974, fig. 7).

25. Muchacha con adorno de un pez en el cabello (según Blackman, A. M. y Apted, R. M., *The Rock Tombs of Meir,* VI, Egypt Exploration Society, Londres, 1953, lámina 14).
26. Vestido tubo del Imperio Antiguo (según Wild, H., *Le Tombeau de Ti*, II, Institut Français d'Archéologie Oriental, El Cairo, 1953, lámina 39).
27. Moda del Imperio Nuevo.
28. Espejo de bronce (según Hornemann, B., 1951-1969, *Types of Egyptian Statuary*, Munksgaard, Copenhague, 963).
29. Un escultor trabaja en una estatua de la reina Meresanj (según Dunham, D. y Simpson, W. K., *The Mastaba of Queen Merysankh III,* Museum of Fine Arts, Boston, 1974, fig. 8).
30. El conjunto de pirámides de Senwosret I (según Edwards, I. E. S., *The Pyramids of Egypt*, Penguin, Londres, 1947, fig. 44).
31. La diosa Maat (según Montet, P. *et al.*, *Les Constructions et le Tombeau d'Osorkon II à Tanis*, París, 1947, lámina 24).
32. Cartucho de la reina Nitocris.
33. Cartucho de la reina Sobeknofru.
34. Cartucho de la reina Hatsepsut.
35. Hatsepsut con atuendo de hombre (según Naville, E., *The Temple of Deir el-Bahari*, Egypt Exploration Society, Londres, 1908, lámina 157).
36. Hatsepsut mama de la diosa Hator (según Naville, E. y Carter, H., *The Tomb of Hatshopsitu*, Constable, Londres, 1906, lámina 58).
37. Hatsepsut (actualmente borrada) con Tutmosis I (según Naville, E., y Carter, H., *The Tomb of Hatshopsitu*, Constable, Londres, 1906, lámina 9).
38. Cartucho de la reina Nefertiti.
39. La reina Nefertiti (según Bouriant, U. *et al.*, *Monuments pour Servir à l'Étude du Culte d'Atonou en Egypte 1*, Institut Français d'Archéologie Oriental, El Cairo, 1903, lámina 1).
40. Cartucho de Smenjare.
41. Cartucho de la reina Twosret.
42. Mujer en actitud de rezar (según Bonnet, H., *Reallexikon der Ägyptischen Religionsgeschichte,* Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1952, fig. 59).
43. La diosa del cielo Nut (según Bonnet, H., *Reallexikon der Ägyptischen Religiongeschichte*, Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1952, fig. 133).

44. Isis (según Bonnet, H., *Reallexikon der Ägyptischen Religiongeschichte*, Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1952, fig. 83).
45. La diosa cobra Renenutet (según Davies, N. y N. de G., *The Tomb of Ken-Amun at Thebes*, Nueva York, 1930).
46. Las dos formas de Mesjenet (según Bonnet, H., *Reallexikon der Ägyptischen Religionsgeschichte*, Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1952, figs. 113 y 114).



JOYCE TYLDESLEY. Nacida en Bolton (Lancashire), es doctora en arqueología por la Universidad de Oxford. Cuenta con una extensa experiencia en excavaciones arqueológicas para el Museo Británico, la Universidad de Liverpool y la Universidad de Oxford. Asimismo, es Becaria Honoraria de la Escuela de Arqueología, Estudios Clásicos y Orientales de la Universidad de Liverpool. Ha publicado numerosos artículos e impartido conferencias sobre arqueología egipcia.

Notas

[1] Aunque Herodoto escribió su libro cuando Egipto estaba sometido al dominio persa, nos aporta una gran cantidad de datos en relación con la era dinástica anterior. Sus observaciones, junto con las de otros visitantes de Egipto —principalmente el historiador Diodoro Siculo y el geógrafo Estrabón— nos han proporcionado una fuente de datos útil que de otro modo se habría perdido. Sin embargo, debemos tratar todos estos datos con cierta precaución. Herodoto no era particularmente riguroso en sus observaciones y siempre confiaba en las noticias que le daban. En realidad, no hay pruebas directas de que Herodoto visitara Egipto, y algunas de las omisiones más flagrantes de sus textos, como el estudio relativamente corto de Tebas, ha llevado a varios entendidos a creer que su crónica podría estar basada en observaciones aportadas por otros. Como manifestó el propio Estrabón: «Tanto Herodoto como los demás cuentan muchas tonterías [sobre Egipto], añadiendo a sus relatos historias fantásticas, como para darles un poco de sabor». <<

[2] Esta cita tiene un tono ligeramente irónico, ya que el que fuera un templo importante ha desaparecido casi por completo. **<<**

[3] El problema se ha complicado debido a la reticencia de muchos egiptólogos a examinar y a dejar constancia de ciertos yacimientos del país, mientras templos y tumbas impresionantes siguen sin descubrir. Con mucha frecuencia se han considerado hallazgos importantes los más espectaculares o valiosos, mientras que los egiptólogos que se han hecho más famosos son los que han tenido la suerte de descubrir tumbas en las que abundaba el oro. <<

[4] Kahun fue construida como una población temporal en la entrada del Fayum y fue habitada durante unos cien años mientras se construía la pirámide del faraón Senwosret II del Imperio Medio. Después se abandonó. El poblado de Amarna (antigua Ajetaten) estuvo habitado aproximadamente durante veinte años por los trabajadores empleados en la construcción de la capital del Imperio Nuevo del faraón Ajnatón. En cambio, el pueblo de Deir el-Medina, situado en un valle de las colinas de Tebas delante del moderno Luxor, estuvo habitado de forma continuada durante más de cuatrocientos años. Este lugar nos ha proporcionado una información verdaderamente valiosa sobre las vidas de las gentes sencillas que trabajaron en la excavación y decoración de las tumbas reales en los alrededores del Valle de los Reyes y del de las Reinas. Para un conocimiento más detallado de la vida en esta y otras comunidades, consúltese a Kemp (1989). <<

[1] Hasta hace relativamente poco tiempo este campo de investigación potencialmente fértil había quedado relegado a un segundo plano en los estudios arqueológicos e históricos, que han tendido a prestar más atención a aspectos más sobresalientes y espectaculares en detrimento de otros más cotidianos. Desgraciadamente, lo espectacular se encuentra normalmente asociado a los éxitos masculinos y, casi invariablemente, es lo que menos tiene que ver con el estudio de la mujer. Naturalmente, no sólo las mujeres han sufrido en este aspecto. Nuestro conocimiento de las sociedades se basa mucho más en las acciones atípicas de los ciudadanos más importantes que en los sufrimientos diarios de las masas, y en nuestra reconstrucción del pasado también se han ignorado las vidas de grandes grupos humanos. Aunque hay tumbas espectaculares y monumentos impresionantes que siguen atrayendo el interés general, existe actualmente una demanda creciente de información sobre los detalles más básicos de la vida cotidiana. También se acepta que la excavación laboriosa de un yacimiento del país, y hasta un vertedero de basura, nos puede ofrecer una riqueza de información que quizá no tenga el valor intrínseco de un tesoro espectacular compuesto de artilugios de oro pero que puede ser igualmente importante para la comprensión del pasado. <<

[2] Estas tumbas no reflejan necesariamente que las reinas de Egipto fueran económicamente poderosas por propio derecho. Por el contrario, es evidente que las pirámides y mastabas de las reinas del Imperio Antiguo y Medio fueron construidas como subsidiarias del complejo de pirámides del rey, mucho más espacioso. Aunque las reinas del Imperio Nuevo eran lo suficientemente importantes para merecer un entierro individual y caro, es evidente que su clase social alta provenía directamente de su matrimonio. <<

[3] La mayoría de las sociedades que habitualmente esperan que sus mujeres adopten una actitud sumisa, aceptan generalmente que en caso de situación apurada nacional o local salgan a luchar. Petrie, W. F. M., *Deshasheh*, Egypt Exploration Society, Londres, 1897. <<

[4] Siguiendo este razonamiento, las figuras secundarias potencialmente amenazadoras que se incluyen en las escenas de las tumbas, junto con los jeroglíficos de animales y de forma casi humana incluidos en el comentario, a menudo se representaban sin piernas o bien partidos por la mitad en la zona de la cintura. Esta anomalía física deliberada era una precaución sabia y pretendía evitar que las imágenes peligrosas cobraran vida y amenazaran al ocupante principal de la tumba. <<

[5] Harris, J. E. & Wente, E. F., *An X-Ray Analysis of the Royal Mummies*, University of Chicago Press, Chicago, 1980. <<

[6] Heqanajt era el sacerdote del culto funerario del visir Ipi, con sede en Tebas. Vivió a principios del Imperio Medio, cuando Egipto todavía padecía los desórdenes del Primer Periodo Intermedio, y se vio obligado a hacer frecuentes viajes de negocios al norte del país. Lejos de su patria, escribió una serie de cartas en las que pretendía imponer un control a distancia tanto de sus intereses en negocios locales como del comportamiento de su familia, díscola y descontenta. Estas cartas fueron conservadas por sus destinatarios y finalmente acabaron en el pozo de una tumba de segundo orden excavada en el patio de la tumba de Ipi. Las cartas de Heqanajt han sido traducidas y publicadas por James, 1962. <<

[7] Christie, A., *Death Comes as the End*, Collins, Glasgow, 1945. <<

[8] Este tipo de sesgo en los registros escritos es lo que ha llevado a algunos historiadores feministas a sugerir que debería establecerse una clara diferenciación entre la «Historia», el pasado registrado con *H* mayúscula, y la «historia», el pasado más completo y real, registrado o no, con *h* minúscula. Todos los hombres y las mujeres han tenido un mismo papel en el desarrollo de la «historia», pero la «Historia» se suele elaborar con los hechos de una clase selecta de hombres excepcionales, instruidos y privilegiados. Los interesados en este tipo de convención pueden consultar a Lerner, G., *The Creation of Patriarchy*, Oxford University Press: 4,1986. <<

[9] Abana, o Ibana, es la madre de Ahmosis. <<

[10] La «autobiografía» del Periodo Tardío de la dama conocida por Taimhotep, escrita por su marido después de su muerte, es una excepción a esta regla general. Se cita un extracto de esta autobiografía al final del Capítulo 8 de este libro. <<

[11] Las traducciones al inglés de los papiros médicos se incluyen en la selección de la bibliografía que figura al final de este libro. <<

[12] La literatura griega y romana siempre mantuvo una actitud ambivalente frente a las mujeres. En la literatura clásica, la mujer intrigante era un personaje estereotipado. <<

[13] Egipto recibió mucha influencia cultural de sus vecinos y sería interesante e informativo tener en cuenta las costumbres sociales que prevalecieron en todos estos Estados. Desgraciadamente, aunque los estudios sobre la mujer estén convirtiéndose en un aspecto aceptable de la arqueología del Próximo Oriente, todavía hay muy pocas publicaciones que traten de las mujeres del Próximo Oriente. La ausencia de información accesible impresiona particularmente cuando se compara con la importancia que se concede a las mujeres del mundo clásico. Lesko (1987, ed.) ha intentado solucionar el problema aportando una bibliografía útil para los que están interesados en los estudios sobre la mujer del Próximo Oriente. <<

[14] Sería un error interpretar literalmente las leyes de Hammurabi, ya que parecen haber sido escritas como una guía del buen comportamiento y no como una norma estricta. Sabemos que algunas mujeres hicieron transacciones legales por cuenta propia y que las viudas ricas podían tener una considerable autonomía en su vida privada. Sin embargo, las normas nos indican con precisión los valores de la sociedad y de la situación legal de la mujer en la comunidad. <<

[15] Para un estudio conciso del papel de la mujer en el mundo clásico, consúltese Clark, 1989. <<

[16] Frazer, J. R., *The Golden Bough*, parte 4, vol. 2, Londres, 1914. <<

[17] Un matriarcado implica el dominio de la línea femenina, con el control femenino de todos los derechos sobre la propiedad que se transmiten de madre a hija. Actualmente se sabe que no ha habido nunca un verdadero matriarcado en ninguna parte del mundo. La posibilidad de que en Egipto pudo existir un sistema matrilineal tiene más credibilidad, pero no explica necesariamente la igualdad de derechos legales de las mujeres. Bajo un sistema matrilineal los derechos de herencia y de parentesco se transmiten por vía materna y van del hermano de la madre al hijo de la madre, y el parentesco hermana-hermano es más fuerte que el de mujer-marido. Sin embargo, los hombres siguen ejerciendo el control último de la sociedad, y las mujeres ya no son iguales que sus hermanas en el régimen patriarcal. La tumba de Paheri, citada tan a menudo, que incluye textos que investigan el origen familiar de los difuntos a través del linaje femenino, no avalan la teoría de una sociedad matrialineal. Paheri no hacía más que obedecer la naturaleza humana cuando citaba la rama más importante de su familia antes que a su línea paterna menos destacada. <<

[18] El caso de Mose se estudia con detalle en James, 1984.. <<

[19] Para más referencias sobre este tema consúltese Pestman, P. W., *Marriage and Matrimonial Property in Ancient Egypt*, E. J. Brill, Leiden, 1961. **<<**

[20] Gardiner, A., «Adoption Extraordinary», *Journal of Egyptian Archaeology* 26: 23-29, 1945. <<

[1] Citado en Lindsay, J., *Daily Life in Roman Egypt*, Frederick Muller Ltd., Londres: 17, 1963. <<

[2] Las mujeres suelen tener un nivel bajo de fertilidad durante el primer o segundo año después de iniciada la menstruación, pero los embarazos precoces de adolescentes pudieron ser un hecho frecuente. <<

[3] Esta indicación se basa en la traducción de un texto que hace referencia a la division de la propiedad del trabajador Nejmin. Una frase muy importante aunque incompleta dice: «Mientras ella comía su… con Nejmin». Por razones filológicas, la palabra que falta se ha identificado con sal. La mujer a la que se hace referencia es Merut, segunda mujer de Nejmin, y se ha insinuado que esta frase indica que la pareja no sólo convivía sino que estaba formalmente casada. Esta teoría se discute mejor en Janssen, J. J., «An allusion to an Egyptian wedding ceremony?», *Goettinger Miszellen*, 10: 25-28,1974. <<

[4] Para ulteriores referencias sobre este tema consúltese Pestman, P. W., *Marriage and Matrimonial Property in Ancient Egypt*, E. J. Brill, Leiden, 1961. <<

[5] Esta teoría se estudia con más detalle en Ward, W. A., *Essays on Feminine Titles of the Middle Kingdom and Related Subjects*, Beirut, 1986. Véase también: Ward, W. A., «Reflections on some Egyptians terms presumed to mean “harem, harem-woman, concubine”», *Berytus Archaeological Studies*, 31: 67-74, 1983. <<

[6] Véase Janssen, J. J., «Marriage problems and public relations» (P. B. M. 10416), en *Pyramid Studies and other essays presented to I. E. S. Edwards*, Baines J. *et al* (eds.), Egypt Exploration Society, Londres: 134-137, 1988. Las sugerencias de que este intento de ataque pudiera representar en realidad un antiguo Skimmington egipcio, como se describe en la novela clásica de Hardy *The Mayor of Casterbridge*, quedan descartadas en este artículo. **<<**

[7] Traducido por Burford, 1976; comentado por Miles (Miles, R., *The Women's History of the World*, Paladin, Londres: 247, 1988), que cita otros casos en que se habían utilizado excrementos como anticonceptivos. Watterson (1991, p. 88) indica que los excrementos de cocodrilo mojados en leche ácida, un pesario anticonceptivo recomendado en el *Kahun Medical Papyrus*, podía haber tenido un efecto débilmente ácido parecido al producido con la esponja mojada en vinagre que era un método usual en el control de natalidad en el oeste de Europa al final de este siglo, y que todavía es utilizado actualmente por los campesinos egipcios. <<

[8] Este extracto de las instrucciones del escriba Any del Imperio Nuevo se ha comparado a menudo con los comentarios de un aldeano actual egipcio, registrados por Winifred Blackman en 1927:

Mi mujer es buena y estoy contento con ella, pero debe permanecer allí [señalando hacia abajo]. Mi madre está allá [señalando hacia arriba], ¿No me estuvo llevando durante nueve meses [presionándose el estómago con las manos]? ¿No sufrió dolor para que yo naciera y no me alimentó con sus pechos? ¿Cómo podría no quererla? Mi mujer podría cambiar y dejar de quererme. Mi madre es siempre la misma; su amor por mí no puede cambiar. <<

[9] *Mammisi* eran pequeños templos vinculados a un gran templo, construidos para conmemorar el nacimiento del dios del templo principal. Están decorados invariablemente con escenas que muestran el nacimiento del dios. <<

[10] Baines, J., Egyptians Twins, *Orientalia*, 54: 461-482,1985. <<

[11] Para más detalles referentes a la infancia en el Egipto faraónico, consúltese Janssen R. M. & Janssen J. J., *Growing up in Ancient Egypt*, The Rubicon Press, Londres, 1990. <<

[1] La expansión y contracción de la casa de Hori quedan ilustrados esquemáticamente en Kemp, 157-158, 1989. <<

[2] Para la revisión de todos los aspectos de la colada, consúltese Hall, R. M., *Egyptian Textiles*, Shire Egyptology, Shire Publications, Aylesbury, 1986. <<

[3] Para más referencias sobre la comida de los egipcios antiguos véase Darby, W. J., Ghaliongui, P. & Grivetti, L., *Food: the gift of Osiris*, Academic Press, Londres, 1977; Wilson, H., *Egyptian Food and Drink*, Shire Egyptology, Shire Publications, Aylesbury, 1988. <<

[4] Emery, W. B., *A Funerary Repast in an Egyptian Tomb of the Archaic Period*, Netherland Institut Voor Het Nabije Oosten, Leiden, 1962. **<<**

[5] El inconveniente de comer cerdo supone un riesgo de infestación humana parasitaria cuando se consume poco cocido. Es muy interesante el estudio del cerdo doméstico como animal carroñero de granja en el Egipto urbano en Miller, R. L., «Hogs and Higiene», *Journal of Egyptian Archaeology* 76:125-40, 1990. Este artículo proporciona una gran abundancia de datos importantes e inesperados, desde el porcentaje de daños serios provocados por los cerdos de granja en Nueva Guinea hasta los rituales observados por los *zabbalin* en la recogida de basura en El Cairo actual. <<

[6] Tiene el mismo valor la observación de que resulta mucho más fácil representar a alguien derramando una bebida que mostrar a un noble comiendo dignamente un ganso. <<

[7] Para más referencias al consumo de vino y cerveza consúltese Lesko, L. H., *King Tut's Wine Cellar*, B. C. Scribe Publications, California, 1977. <<

[1] Conviene juzgar las escenas que representan a mujeres con instrumentos de escritura con una cierta precaución, ya que su interpretación provoca ciertas dudas. Por ejemplo, una famosa escena de una tumba del Imperio Antiguo muestra a la princesa Idut navegando por el Nilo con instrumental de escritura al lado, lo que indica que esta señora estaba muy orgullosa de su habilidad escolar. Ahora sabemos que la figura principal de esta escena originalmente debía ser un hombre —un visir (hombre) de la V dinastía llamado Ihui— y que la presencia de este equipo de escritura podría ser como una especie de error tipográfico antiguo que no tenía nada que ver con la princesa. <<

[2] Janssen, J. J., «A Notable Lady», *Wepwawet* 12: 30-31,1987. <<

[3] Para un estudio más detallado de los títulos de las mujeres en el Imperio Medio y Antiguo, consúltese Fischer, H. G., *Varia*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1976. <<

[4] Se sabe que por lo menos una mujer, Peshet, una dama del Imperio Antiguo, tuvo el título de «Jefe de las mujeres médico», lo que indica que en ese tiempo pudo existir un gremio de mujeres que eran doctoras profesionales o quizá un gremio de mujeres doctoras especializadas en atender a mujeres. Sin embargo, Peshet era miembro de una familia de sacerdotes y su hijo Ajethope, que tenía el título de «Capataz de los sacerdotes de Ka de la madre del rey», finalmente heredó de su madre el título de médico, lo que quizá indica que es más probable que se tratara de un galardón honorario. No tenemos ninguna otra información sobre el trabajo de mujeres doctoras egipcias. <<

[5] Aunque los acólitos de los dioses y las diosas normalmente eran sacerdotes de su mismo sexo, el jefe local de los sacerdotes de un culto solía ser un hombre y, por supuesto, el rey era el sumo sacerdote de todos los cultos, tanto masculinos como femeninos. <<

[6] No hay duda de que el título de visir hace referencia a Nebet y no a su marido Huy. Sin embargo, a Huy se le concedió el título de «Capataz de la Ciudad Pirámide», que normalmente forma parte del título de visir durante el Imperio Antiguo, y parece ser que fue realmente Huy quien actuó como visir en nombre de su mujer. En su revisión de las pruebas referentes a esta mujer inusual, Fischer, H. G., *Varia*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1976, llegó a la conclusión de que el título de Nebet fue seguramente honorario, destinado a reforzar el nivel social de una mujer nacida de una clase social relativamente baja, que hizo una buena boda y finalmente se convirtió en abuela de un rey de Egipto. <<

[7] Ward, W. A., «The case of Mrs Tchat and her sons at Beni Hassan», *Goettinger Miszellen* 71: 51-59, 1984. <<

[8] Como guía sobre la música y músicos egipcios, consúltese Manniche, L., *Music and Musicians in Ancient Egypt*, British Museum Publications, Londres, <<

[9] Penélope, la esposa fiel de Ulises ausente, que pasó los días trabajando en el telar mientras esperaba el retorno de su esposo, realizaba una tarea femenina socialmente admitida y que refuerza su comportamiento de virtuosa esposa. <<

[10] James: 175-177, 1984, proporciona todos los detalles del caso de la sirvienta desaparecida. <<

[11] Los expertos todavía están en desacuerdo sobre la extensión de la esclavitud en el Egipto Antiguo, y resulta muy difícil distinguir a los que clasificaríamos como esclavos de los que eran simplemente criados. Efectivamente, la estructura piramidal de la sociedad egipcia se asociaba a un sistema muy desarrollado de trabajo *corvée* para que los esclavos estuvieran en la periferia de la economía egipcia. El estudio más completo sobre este tema nos lo proporciona Bakir, A. M., *Slavery in Pharaonic Egypt*, Institut Français d’Archéologie Orientale, El Cairo, 1952. <<

[12] Para más detalles sobre la fijación de precios dinástica, consúltese Janssen, J. J., *Commodity Pricesfrom the Ramessid Period*, Brill, Leiden, 1975. <<

[13] Janssen, R. M. & Janssen, J. J., *Egyptian Household Animals,* Shire Publications, Aylesbury, 1989. <<

[1] Para una revisión de la historicidad de la circuncisión masculina en el Antiguo Egipto consúltese Janssen, R. M. & Janssen, J. J., *Growing Up in Ancient Egypt*, The Rubicon Press, Londres, 1990. <<

[2] Donde fue práctica aceptada, la circuncisión femenina se explica como una necesidad tanto para evitar que los órganos sexuales de la mujer se desarrollen como los de un hombre como para disminuir el impulso sexual reduciendo la posibilidad de llegar al orgasmo. Las pruebas de las que disponemos indican que las mujeres del Antiguo Egipto debían disfrutar de la vida amorosa igual que los hombres, lo que demuestra que no hubo necesidad aparente de practicar la circuncisión femenina. <<

[3] Para más detalles sobre la manufactura de pelucas, consúltese Cox, J. S., «The Construction of an Ancient Egyptian Wig», *Journal of Egyptian Archaeology* 63: 67-70, 1977. Parece ser que ni las mejores pelucas egipcias tenían una apariencia tan natural como idealizan algunas pinturas de las tumbas. <<

[4] Riefsthal, E., «An Ancient Egyptian Hairdresser», *Bulletin of the Brooklyn Museum* 13.4: 7-16, 1952; «Two Hairdressers of the 11th Dynasty», *Journal of Near Eastern Studies* 15: 10-17,1956. <<

[5] Keimer, L., *Remarques sur le Tatouage dans l’Egypte Ancienne,* Institut Français d’Archéologie Orientale, El Cairo, 1948. <<

[6] Para una revisión de todos los aspectos de la manufactura textil, véase Hall, R. M., Egyptian Textiles, Shire Egyptology, Shire Publications, Aylesbury, 1986. Los cambios de estilo en la moda femenina se detallan en Riefsthal, E. 8c Chapman, S., A «Note on Ancient Fashions», *Bulletin of the Museum of Fine Arts*, Boston 68: 244-259, 1970. <<

[7] Por lo menos algunos de los vestidos rescatados de las tumbas parecen haber sido diseñados exclusivamente como bienes sepulcrales, ya que eran demasiado largos y estrechos para vestir al ocupante de la tumba. Esta tradición de ofrecer prendas de vestir al muerto podría compararse con la ofrenda de joyas específicas para la tumba que se menciona más adelante en este mismo capítulo; la magia se encargaría de asegurar que tanto los vestidos como las joyas fueran de gran utilidad en el Más Allá. Para los detalles de las prendas de vestir recuperadas y comentarios interesantes sobre el papel de la manga en los vestidos egipcios consúltese Hall, R. M., «Two linen dresses from the 5th Dynasty site of Deshasheh», *Journal of Egyptian Archaeology* 67: 168-171,1981; Hall, R. M. y Pedrini, L., «A pleated linen dress from a Sixth Dynasty tomb at Gebelein», *Journal of Egyptian Archaeology* 70: 136-139, 1984. <<

[8] Para más información sobre el oráculo de Amenofis I, véase McDowell, A. G., *Jurisdiction in the Workmens Community of Deir-el-Medina*, Nederlands Institut Voor Het Nabije Oosten, Leiden, 1990. <<

[9] Cuando el oro tiene una elevada proporción de plata se transforma en una valiosa aleación llamada electro, un metal que puede confundirse con la plata y que era muy valorado por los joyeros egipcios. <<

[1] La interpretación correcta de los términos normalmente traducidos como «harén» o «harén real» se ha estudiado con detalle en Ward, W. A., «Reflections on some Egyptian terms presumed to mean “harem, harem-woman, concubine”», *Berytus Archaeological Studies*, 31: 67-74, 1983. <<

[2] En marcado contraste, las tumbas de los nobles contemporáneos muertos en Sakkara también se rodeaban de hileras ordenadas de inhumaciones subsidiarias, pero estas tumbas estaban reservadas a los artesanos y administradores que tenían una relación mucho menos íntima con los ocupantes de la tumba principal. <<

[3] Emery, W. B., *Great Tombs of the First Dynasty*, vol. 2, Egypt Exploration Society, Londres: 142, 1954. <<

[4] Para una descripción detallada y profunda de las excavaciones del Cementerio Real, consúltese Woolley, L., *Ur Excavations*, vol. 2, «The Royal Cemetery», *The Trustees of the British Museum*, Londres, 1934. <<

[5] Consúltese Ward, W. A., Reflections on some Egyptian terms presumed to mean «harem, harem-woman, concubine», *Berytus Archaeological Studies*, 31, 1983. <<

[6] No existe ningún testimonio de un verdadero título de esposa secundaria, pero es evidente que estas princesas extranjeras —quienes, a excepción de una, no tenían el rango superior de «Gran Esposa del Rey»— no eran clasificadas como simples concubinas del rey. <<

[7] Los escarabajos conmemorativos con largos textos jeroglíficos eran un método normal de publicar hechos importantes durante el reinado de Amenofis III, como por ejemplo matrimonios reales, expediciones de caza mayor e incluso la construcción de un gran estanque como lugar de esparcimiento para la reina Tiy. <<

[8] Sabemos que la reina hitita de Ramsés II y su séquito vivieron, al menos durante un tiempo, en *Mer-Wer*, ya que el profesor Petrie, durante la excavación del yacimiento, encontró la lista de su colada personal. <<

[9] El cuerpo de Ramsés III no muestra signos de un ataque violento pero el veneno, supuestamente un arma femenina, no habría dejado ninguna señal. <<

[10] El cartucho es un símbolo jeroglífico usado para indicar un nombre real desde principios del Imperio Antiguo en adelante. Consiste en un lazo ovalado que representa un doble espesor de cuerda dibujado alrededor del nombre, con los extremos de la «cuerda» atados para formar una línea recta en la base del óvalo. Dos de los nombres del rey, el nombre del trono y el nombre de nacimiento, siempre eran escritos dentro de un cartucho. **<<**

[11] La cuestión del cambio de papel de la reina consorte, incluido el registro escolar de títulos y epítetos de las mujeres reales, se ha estudiado en Troy, L., *Patterns of Queenship in Ancient Egyptian Myth and History*, Acta Universitatis Upsaliensis, Uppsala, 1986. <<

[12] Hay pruebas que indican que seis mujeres importantes (Meryt-Neith, Nitocris, Sobeknofru, Hatsepsut, Nefertiti y Twosret) pudieron ocupar el trono en Egipto y gobernar por derecho propio como reinas o reinas consortes. En el capítulo 7 se repasan las pruebas detalladas de estos reinados atípicos. <<

[13] Escenas que muestran a estas damas visitando una granja y bebiendo leche fresca mientras la vaca y su ternero las observan tal vez pretendan representar hechos imaginarios en el bucólico Más Allá y no acontecimientos reales diarios. <<

[14] ara un estudio de las razones a favor y en contra de la teoría «princesa-heredera» sobre la herencia del trono en Egipto, incluida una extensa bibliografía de relevantes referencias, consúltese Robin, G., «A critical Examination of the Theory That the Right to the Throne of Ancient Egypt Passed Through the Female Line in the 18th Dynasty», *Goettinger Miszellen*, Heft 62: 67-77, 1983. <<

[1] *Maat* fue personificado en forma de una diosa del mismo nombre. Esta diosa, hija de Ra, llevaba un tocado distintivo que consistía en una única pluma de avestruz sujeta en su sitio con hilo de oro. Estaba estrechamente relacionada con la verdad y la administración de justicia. <<

[2] Esta discriminación en contra de la sucesión femenina queda al menos en parte explicada en la realeza europea por el deseo de mantener una descendencia pura patrilineal. Sin embargo, esta solución no se puede aplicar al caso concreto de Egipto, donde el faraón nombró varias veces a un sucesor sin ningún parentesco, prefiriendo elegir al mejor hombre para el puesto antes que confiar en los lazos familiares. <<

[3] La famosa reina Cleopatra VII, última monarca egipcia, reinó durante el Periodo Grecorromano que siguió al Periodo Dinástico, y que por ello queda fuera del ámbito de este libro. <<

[4] Otra interpretación alternativa de estas tumbas reales prematuras indica que cada rey se construyó una tumba en Abydos, el cementerio real de su patria meridional. En este caso, las grandes tumbas de Sakkara debieron pertenecer a cortesanos de alto rango y a sacerdotes. Desgraciadamente, esto no explica la presencia de barcas solares en Sakkara; con la excepción de Meryt-Neith, estas barcas eran de uso exclusivo de los reyes. <<

[5] El texto de esta declaración, preservado en el magnífico templo funerario de Hatsepsut en Deir el-Bahri, es casi idéntico al decreto de la corregencia del Imperio Medio de Amenemhat III y Senwostret III, y presumiblemente se trate de una copia directa. Con la réplica de un texto ya existente, Hatsepsut parecería reforzar su mensaje, confirmando un lazo directo no sólo con su real padre, sino también con los primeros reyes de la XII dinastía. Este aspecto continuado de la realeza era muy importante para los egipcios porque indicaba la presencia de *maat* en el país. **<<**

[6] Para más referencias sobre Senenmut, consúltese Dormán, P. F., *The Monuments of Senenmut*, Kegan Paul, Londres, 1988. <<

[1] Juvenal, Sátira 15, citada en traducción inglesa en Lindsay, J., *Daily Life in Roman Egypt*, Frederick Muller Ltd., Londres: 113,1963. <<

[2] La Narración del Imperio Nuevo sobre la Destrucción de la Humanidad narra cómo Ra decidió eliminar toda la vida humana cuando la gente estaba conspirando contra él. Creó «El Ojo de Ra», Sejmet, que empezó la carnicería pero que después se arrepintió de sus actos irreflexivos. Para evitar que Sejmet hiciera una carnicería mezcló ocre rojo con cerveza. Figurándose que era sangre, la diosa se bebió el líquido rojo y quedó tan ebria que no pudo llevar a cabo sus designios de muerte. <<

[3] Para más referencias sobre la religión del país, consúltese: Pinch, G., Childbirth and Females Figurines at Deir el-Medina and el-Amarna, *Orientalia* 52: 405-414, 1983; Kemp, B. J., «Wall Paintings from the Workmen’s Village at el-Amarna», *Journal of Egyptian Archaeology* 65: 52-53,1979. <<

[4] El raro sombrero de Mesjenet, que lleva atado a la cabeza con un anillo, se ha interpretado como dos largos retoños de palmera con los extremos curvos. <<

[5] Budge, W., *Book of the Dead*, Textil, Kegan Paul, Londres, 1910. <<

[6] Ayrton, E. R., Untitled report in F. L. I. Griffith (ed.), *Egypt Exploration Fund Archaeological Report 1908-1909*, Egypt Exploration Fund, Londres: 3,1909. <<